

MARY HIGGINS CLARK

TEMOR A
LA VERDAD



Lectulandia

Cuando el negocio de muebles antiguos de imitación que fundó su abuelo queda totalmente destruido a causa de una misteriosa explosión, Hannah Connelly se convierte en el pilar de la familia. Su hermana Kate sigue en coma tras haber logrado escapar de las llamas, y su padre parece todavía más abatido, desconcertado y dependiente del alcohol de lo que lo ha estado en los últimos tiempos. Pero la pregunta que urge contestar es: ¿qué hacía Kate en el lugar del accidente, de madrugada y acompañada de Gus Schmidt, un antiguo empleado «jubilado» contra su voluntad hace cinco años? Las pesquisas de la policía apuntan claramente a un incendio provocado, el típico siniestro en el que el propietario de un negocio en decadencia trata de sacar provecho a la desesperada. Mientras Kate se debate entre la vida y la muerte, Hannah, empeñada en averiguar la verdad, no tardará en comprender que hay alguien decidido a que su hermana no recupere la consciencia.

Lectulandia

Mary Higgins Clark

Temor a la verdad

ePub r1.3

Titivillus 15.01.15

Título original: *Daddy's Gone a Hunting*
Mary Higgins Clark, 2013
Traducción: Verónica Canales Medina

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para John
y para nuestros hijos y nietos de las familias Clark y Conheeney,
con amor

Agradecimientos

Han pasado nueve largos meses desde que envié el primer capítulo de *Temor a la verdad* a mi fiel editor, Michael Korda, con una primera página en la que garabateé: «Allá vamos de nuevo».

Como siempre, el viaje en ocasiones puede ser fácil. Otros días, frente a la pantalla del ordenador, me pregunto: «Pero ¿qué te hace pensar que puedes escribir otro libro?».

Sin embargo, aunque las palabras fluyan o vayan saliendo con cuentagotas, el hecho es que me encanta el viaje, y ha llegado el momento de dar gracias a las personas que me ayudaron a emprenderlo.

Michael Korda sugirió el ADN como argumento para la historia. Al principio tuve ciertas dudas, pero, como acostumbra a suceder, me sentí atraída por la sugerencia como una mariposa hacia la luz. De nuevo y siempre, gracias, Michael. Mi querido amigo, ahora que se acerca nuestro cuarenta aniversario desde que empezamos a trabajar juntos, solo puedo decir que ha sido genial.

Hace casi tres años pedí que Kathy Sagan fuera mi correctora. Habíamos trabajado juntas en la revista *Mary Higgins Clark Mystery Magazine*, y sabía lo muy especial que es, y cómo es capaz de acordarse de miles de detalles cuando recibe el libro por capítulos. Gracias, Kathy.

Es fácil provocar un incendio. Pero cuando se escribe sobre ello, hay que saber cómo el departamento de bomberos conduce la investigación. Quiero expresar mi más sincero agradecimiento al ya jubilado jefe de bomberos Richard Ruggiero y al actual, Randy Wilson, por proporcionarme esa información y asesorarme. Si he cometido algún error, es porque no entendí lo que ustedes me contaron, pero mil gracias por su amabilidad y paciencia a la hora de responder a mis preguntas.

El señor Anthony Orlando, hábil pescador de atunes, fue mi experto para la descripción de un intrigante accidente de barco en el Atlántico. Muchas gracias, Anthony.

Los responsables de la producción y redacción, que trabajan entre bambalinas, son vitales en el proceso de convertir un manuscrito en un libro. Mi agradecimiento al redactor Gypsy da Silva, así como a la directora de diseño Jackie Seow, por sus cubiertas siempre intrigantes.

Mis lectores constantes me ayudan a tener los pies en el suelo. Gracias a Nadine Petry, Agnes Newton e Irene Clark. Siempre es una buena señal cuando me dicen que están esperando impacientes el siguiente capítulo y me preguntan cuándo lo tendré listo.

Y, por supuesto, él, John Conheeney, marido excepcional, que me aguanta con paciencia mientras aporreo el teclado del ordenador, durante horas, a medida que se aproxima la fecha de entrega. No todo el mundo tiene la oportunidad de encontrar una segunda alma gemela, y me siento agradecida de ser una de las afortunadas.

Y ahora, algo más sobre la sugerencia de Michael para el próximo libro. Tras terminar el primer esquema del argumento, dijo: «Creo que *Misterio en la clínica* sería un buen título». Yo tenía mis dudas: «Michael, me parece que ese título ya lo he utilizado. Ambos tuvimos que buscarlo. Sí, ya lo había utilizado. Así que de momento no tiene título, pero me encanta la idea para la trama.

Antes de empezar a escribir de nuevo seguiré, una vez más, el consejo del antiguo pergamino: «El libro está terminado. ¡Que lo celebre el autor!».

¡Creedme que lo haré!

Saludos y bendiciones,

Prólogo

En ocasiones, Kate soñaba con esa noche, aunque no se trataba de un sueño. Había ocurrido de verdad. Tenía tres años y estaba acurrucada en la cama viendo cómo se vestía su madre. Parecía una princesa. Llevaba un bonito vestido de noche rojo y los zapatos de tacón de raso rojo que a Kate le encantaba probarse. En ese instante, su padre entraba en la habitación, cogía a Kate en brazos y las llevaba a las dos bailando a la terraza aunque había empezado a nevar.

Le rogué a mi padre que cantara mi canción y lo hizo, recordó Kate.

*Adiós, pajarito mío,
papi se va a cazar,
una nube rosa atrapará,
con ella a su bebé arrullará.*

La noche siguiente, su madre murió en el accidente, y su padre jamás volvió a cantarle esa canción.

Jueves, 14 de noviembre

A las cuatro de la madrugada, Gus Schmidt se vistió con sigilo en el dormitorio de su modesta casa en Long Island, con la esperanza de no despertar a la que era su esposa desde hacía cincuenta y cinco años. Pero no lo logró.

Lottie Schmidt alargó enseguida el brazo para encender a tientas la lámpara de la mesilla de noche. Aunque le costó abrir los ojos, pegados por el sueño, vio que Gus llevaba puesta una chaqueta gruesa y quiso saber adónde iba.

—Lottie, voy a la fábrica. Ha surgido algo.

—¿Por eso Kate te llamó ayer?

Kate era la hija de Douglas Connelly, el dueño de Mobiliario antiguo de imitación Connelly, el complejo de fabricación de muebles cercano a Long Island City donde Gus había trabajado hasta su jubilación, hacía cinco años.

Lottie, una mujer delgada de setenta y cinco años con el pelo fino y canoso, se puso las gafas y echó un vistazo al reloj.

—Gus, ¿te has vuelto loco? ¿Sabes qué hora es?

—Son las cuatro, y Kate me pidió que me reuniera con ella a las cuatro y media. Sus motivos tendrá, por eso voy.

Lottie se dio cuenta de inmediato de que estaba visiblemente molesto. Lo conocía demasiado bien para hacerle la pregunta en la que ambos estaban pensando.

—Gus, desde hace unos días tengo un mal presentimiento. Ya sé que no te gusta oírme hablar así, pero tengo la sensación de que algo terrible va a ocurrir. No quiero que vayas.

Se observaron unos instantes bajo la tenue luz de la bombilla de sesenta vatios de la mesilla de noche. Aunque Gus respondió con calma, en el fondo estaba asustado. El hecho de que Lottie afirmara tener presagios le molestaba y a la vez le asustaba.

—Lottie, vuelve a dormir —dijo, enojado—. Sea cual sea el problema, estaré de vuelta para el desayuno.

Gus era un hombre más bien reservado, pero algo lo impulsó a acercarse a la cama, agacharse, besar a su esposa en la frente y acariciarle el pelo.

—No te preocupes —le dijo con firmeza.

Estas fueron las últimas palabras que ella le oiría decir.

Kate Connelly esperaba que no se le notara lo angustiada que estaba por el encuentro con Gus en el museo de la fábrica de muebles antes del amanecer. Cenó con su padre y su actual novia en el Zone, la cafetería de moda en el Lower East Side de Manhattan. Mientras tomaban unos cócteles, consiguió entablar una breve y superficial conversación con el «último bomboncito» de su padre.

Se llamaba Sandra Starling, una belleza rubia platino de veintitantos años, con grandes ojos color avellana, que explicaba muy seria que había participado en el concurso de Miss Universo, aunque no precisaba en qué lugar había quedado. Confesó que su meta era entrar en el mundo del cine y luego dedicar su vida a conseguir la paz mundial.

Esta es incluso más tonta que la mayoría de las novias que ha tenido, pensó Kate con sarcasmo.

Doug, tal como le había pedido a su hija que lo llamara, mostraba su cara más simpática y encantadora, aunque daba la impresión de que había estado bebiendo más de la cuenta.

Durante la cena, Kate se dio cuenta de que estaba juzgando a su padre como si ella fuera un miembro del jurado de *Tienes talento* o de *Mira quién baila*. Es un hombre guapo casi sesentón que se parece al legendario actor Gregory Peck, se dijo. Luego se percató de que poca gente de su edad podría valorar esa comparación. A menos que les guste el cine clásico tanto como a mí, concluyó.

Se preguntó si estaba cometiendo un error al implicar a Gus en el asunto.

—Kate, estaba contándole a Sandra que eres la más inteligente de la familia —comentó su padre.

—Me cuesta verme así —repuso Kate con una sonrisa forzada.

—No seas modesta —la reprendió Doug Connelly—. Kate es auditora de cuentas, Sandra. Trabaja en Wayne & Cruthers, una de las consultorías más importantes del país. —Se echó a reír—. El único problema es que siempre está diciéndome cómo llevar el negocio familiar. —Hizo una pausa—. Mi negocio —añadió—. Eso se le olvida.

—Papá, quiero decir, Doug —dijo Kate en un tono suave aunque sentía cada vez más rabia—. A Sandra no le interesan esas cosas.

—Sandra, mira a mi hija. Es una preciosa mujer de treinta años, rubia y alta. Ha salido a su madre. Su hermana, Hannah, se parece a mí. Tiene el pelo castaño y rizado, y los ojos azules, como yo, pero viene en envase pequeño. No mide más de un metro sesenta. ¿A que sí, Kate?

Papá ha estado bebiendo antes de venir aquí. Puede ponerse muy desagradable cuando se le va la mano, pensó Kate. Intentó llevar la conversación lejos del negocio familiar.

—Mi hermana está en el mundo de la moda, Sandra —explicó Kate—. Es tres

años menor que yo. Cuando éramos niñas, mientras ella hacía vestiditos para sus muñecas, yo fingía ganar dinero contestando a las preguntas de Jeopardy y La ruleta de la suerte.

¡Oh, Dios!, ¿qué hago si Gus está de acuerdo conmigo?, se preguntó mientras el camarero les servía los entrantes.

Por suerte, la orquesta, que había hecho una pausa, regresó al abarrotado comedor, y la ensordecedora música redujo la conversación al mínimo.

Sandra y ella no quisieron postre, pero entonces, para su desesperación, Kate oyó que su padre pedía una botella del champán más caro de la carta.

Empezó a protestar.

—Papá, no necesitamos...

—Kate, no me seas agarrada —replicó Doug Connelly alzando la voz lo suficiente para que lo oyeran las personas de la mesa de al lado.

Con las mejillas al rojo vivo, Kate dijo en voz baja:

—Papá, he quedado con alguien para tomar una copa. Sandra y tú podréis disfrutar del champán a solas.

Sandra estaba rastreando el comedor con la mirada en busca de alguna celebridad. De pronto sonrió ampliamente a un hombre que levantaba la copa en su dirección.

—Ese es Majestic. Su último disco es número uno en las listas de éxitos —comentó casi sin aliento. Luego murmuró como de pasada—: Encantada de conocerte, Kate. A lo mejor, si me hago famosa, podrías administrarme el dinero.

Doug Connelly rio.

—Es una idea magnífica. Así tal vez me deje en paz —añadió con entusiasmo—. Era una broma. Estoy orgulloso de mi cerebritito.

Si tú supieras lo que está planeando tu «cerebritito», pensó Kate.

Debatiéndose entre la rabia y la preocupación, recogió su abrigo del guardarropa, salió a la fría y ventosa noche de noviembre y subió a un taxi.

* * *

Su piso, que había comprado hacía un año, estaba en el Upper West Side. Era un apartamento espacioso de dos habitaciones con unas vistas impresionantes al río Hudson. Le encantaba, pero le apenaba pensar que el antiguo dueño, Justin Kramer, un adinerado asesor fiscal de treinta y tantos años, lo había vendido a precio de saldo tras perder su empleo. Cuando firmaron el acuerdo de compraventa, Justin le regaló una simpática sonrisa y una bromelia como la que ella había visto en el piso la primera vez que fue a visitarlo.

—Robby me ha dicho que te gustó mucho mi planta —comentó Justin al tiempo que señalaba al agente inmobiliario que estaba sentado junto a él—. La que viste me la he llevado, pero te regalo una de bienvenida. Ponla en el mismo lugar, en el alféizar de la ventana de la cocina, y crecerá como la mala hierba.

Kate solía pensar en ese regalo cuando entraba en su alegre piso y encendía la luz. Los muebles del salón eran modernos. El sofá, de color beis con tonos dorados y mullidos cojines, invitaba a echar una siesta. Las sillas, a juego con la tapicería del sofá, garantizaban el confort gracias al diseño de los reposabrazos y cabeceros. Unos cuantos cojines resaltaban los tonos y las figuras geométricas de las alfombras y añadían luminosidad a la decoración.

Kate recordó que Hannah se había reído cuando fue al piso el día en que le llevaron el nuevo mobiliario.

—Dios mío, Kate —dijo Hannah—. Creciste oyendo a papá comentar que todo lo que había en casa era una imitación de lujo y te has pasado al extremo contrario.

Y yo estuve de acuerdo con su opinión, pensó Kate. Estaba harta del discurso de papá sobre las imitaciones perfectas. Quizá algún día cambiaré de parecer, pero por ahora soy feliz así.

«Imitaciones perfectas». Solo pensar en esa frase se ponía nerviosa.

Mark Sloane sabía que la cena de despedida con su madre podía ser complicada y lacrimógena. Faltaban pocos días para que se cumplieran veintiocho años de la desaparición de su hermana, y él se trasladaba a Nueva York por su nuevo trabajo. Desde que se había licenciado en derecho hacía trece años, había trabajado en el sector inmobiliario en un despacho en Chicago. Estaba a más de ciento cuarenta kilómetros de Kewanee, el pequeño pueblo de Illinois donde se había criado.

Durante los años que había estado viviendo en Chicago, cada pocas semanas hacía el viaje de dos horas en coche para cenar con su madre. Cuando su hermana Tracey abandonó sus estudios en una universidad local y se marchó a Nueva York para dedicarse al teatro musical, él tenía ocho años y ella veinte. A pesar del tiempo que había transcurrido, Mark todavía la recordaba como si la tuviera delante. Tenía el pelo castaño rojizo, largo hasta los hombros, y unos ojos azules que normalmente transmitían alegría, pero que podían volverse tormentosos cuando estaba enfadada. Su madre siempre discutía con Tracey por las notas en la facultad y su forma de vestir. Pero un día, Mark bajó a desayunar y se encontró a su madre sentada a la mesa de la cocina llorando.

—Se ha ido, Mark, se ha ido. Ha dejado una nota. Se ha marchado a Nueva York para convertirse en una cantante famosa. Mark, es demasiado joven. Es demasiado tozuda. Se meterá en líos, lo sé.

Mark recordaba que había abrazado a su madre y había intentado contener las lágrimas. Adoraba a Tracey. Ella le lanzaba las pelotas para que pudiera practicar cuando él empezó a jugar en la liga infantil de béisbol. Lo ayudaba con los deberes. Lo llevaba al cine y le contaba anécdotas sobre actores y actrices famosos. «¿Sabes cuántos de ellos eran de pueblos pequeños como este?», le preguntaba.

Esa mañana él le había dado un consejo a su madre.

—En su carta Tracey dice que te enviará su nueva dirección. Mamá, no intentes que vuelva porque no lo hará. Escríbele y dile que aceptas su decisión y que te alegrarás mucho cuando se convierta en una gran estrella.

Había sido la estrategia correcta. Tracey escribía a menudo y llamaba con cierta frecuencia. Había conseguido trabajo en un restaurante. «Soy buena camarera y las propinas están muy bien. Voy a clases de canto. He actuado en un musical fuera del circuito de Broadway. Solo hubo cuatro funciones, pero fue maravilloso salir a escena». En tres ocasiones había vuelto a casa para pasar un fin de semana largo.

Pero un día, cuando Tracey ya llevaba dos años viviendo en Nueva York, su madre recibió una llamada de la policía. Tracey había desaparecido.

Su jefe, Tom King, el dueño del restaurante, preocupado porque llevaba dos días sin aparecer por el trabajo y sin responder a las llamadas, había ido a su casa. En el apartamento todo estaba en orden, y en su agenda tenía anotada una audición para el día después de su desaparición y otra para finales de esa misma semana.

—No se presentó a la primera audición —dijo Tom King a la policía—. Si no va a la segunda, sin duda es que le ha ocurrido algo.

La policía de Nueva York incluyó a Tracey en la lista de personas desaparecidas. Como si fuera otra más, pensó Mark mientras conducía a la casa de su madre. La arquitectura de estilo costero con tejas negras, molduras blancas y puerta de color rojo intenso transmitía una imagen alegre y acogedora. Entró por el camino principal y aparcó. El foco de la entrada, en el techo, proyectaba su luz sobre las escaleras de acceso. Sabía que su madre lo dejaría encendido toda la noche, como había hecho durante esos casi veintiocho años, por si Tracey regresaba a casa.

Rosbif, puré de patata y espárragos había sido su respuesta cuando su madre le preguntó qué le apetecería para la cena de despedida. En cuanto abrió la puerta, el reconfortante aroma de la carne asada le indicó que, como siempre, su madre había preparado exactamente lo que él quería.

Martha Sloane salió a toda prisa de la cocina, limpiándose las manos en el delantal. A sus setenta y cuatro años, el cuerpo esbelto de antaño había dado paso a una talla cuarenta y cuatro, y el pelo canoso y ondulado enmarcaba su rostro. Extendió los brazos hacia su hijo y lo abrazó.

—Has crecido un par de centímetros —le reprendió.

—Dios no lo quiera —respondió Mark en un tono enérgico—. Ya me cuesta subir y bajar de los taxis.

Medía casi dos metros. Dirigió la mirada hacia el comedor y vio que la mesa estaba puesta. Distinguió los cubiertos de plata y una porcelana elegante.

—Vaya, menudo despliegue.

—Bueno, al final esa vajilla nunca se utiliza —dijo su madre—. Prepárate una copa. Pensándolo bien, sírveme una a mí también.

Raras veces su madre tomaba un cóctel. Con una punzada de dolor, Mark se dio cuenta de que su madre no iba a permitir que el aniversario de la desaparición de Tracey empañara la última cena que compartirían en varios meses. Martha Sloane había sido taquígrafa en los tribunales y sabía que su hijo tendría que soportar largas jornadas en su nuevo trabajo como socio de una multinacional.

No fue hasta la hora del café cuando por fin habló de Tracey.

—Ambos sabemos qué fecha se acerca —dijo en voz baja—. Mark, últimamente siempre veo el programa de televisión sobre casos sin resolver —prosiguió en un tono calmado—. Cuando estés en Nueva York, ¿podrías intentar convencer a la policía para que reabriera la investigación sobre la desaparición de Tracey? Ahora cuentan con muchos medios para seguir la pista a los desaparecidos, incluso a personas de las que no se sabe nada desde hace años. Es probable que investiguen a fondo si alguien como tú empieza a hacer preguntas.

Dudó un instante y luego prosiguió:

—Mark, siempre pensé que Tracey había perdido la memoria o se había metido en líos y había huido. Pero ahora estoy convencida de que ha muerto. Si al menos

podría recuperar su cuerpo y enterrarla junto a su padre, sentiría mucha paz. Tengo que aceptarlo. Si tengo suerte viviré ocho o diez años más. Cuando me llegue la hora, quiero que Tracey descanse al lado de su padre. —Parpadeó para contener las lágrimas—. Ya sabes a qué me refiero. Siempre he sido una nostálgica y me gustan las tradiciones. Quisiera arrodillarme y rezar una oración frente a la tumba de Tracey.

Cuando se levantaron de la mesa, añadió con entusiasmo:

—Me encantaría jugar al *Scrabble*. He encontrado palabras largas y complicadas en el diccionario. Pero tu avión sale mañana por la tarde y, conociéndote, seguro que todavía no has hecho el equipaje.

—Me conoces demasiado bien, mamá —añadió Mark sonriendo—. Y no digas que solo te quedan ocho o diez años de vida. El famoso presentador Willard Scott te enviará una de sus felicitaciones cuando cumplas los cien.

Una vez en la puerta, él la abrazó con fuerza y aprovechó para preguntarle:

—Cuando me vaya, ¿apagarás la luz del porche?

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Por si acaso, Mark, por si acaso...

No terminó la frase, la dejó en el aire. Pero Mark sabía cómo continuaba: «Por si acaso Tracey vuelve a casa esta noche».

En su última visita a la empresa familiar, a Kate le había sorprendido descubrir que las cámaras de seguridad seguían sin funcionar.

—Kate, tu padre no ha dado el visto bueno para instalar un nuevo sistema —dijo Jack Worth, el jefe de fábrica—. El problema es que todo en esta compañía necesita una actualización. Y el hecho es que ya no contamos con los ebanistas que trabajaban aquí hace veinte años. Los de ahora cobran sueldos prohibitivos, porque el mercado es cada vez más reducido, y la calidad del producto no es la misma. Las devoluciones de los muebles por parte de los clientes son cada vez más frecuentes. No entiendo por qué tu padre se niega a vender este lugar a un constructor. El terreno vale, por lo menos, veinte millones de dólares.

Y luego añadió a regañadientes:

—Claro que, si lo hiciera, me quedaría sin trabajo. Con el cierre de tantas empresas no hay mucha demanda de jefes de fábrica.

A sus cincuenta y seis años, Jack conservaba el cuerpo de luchador que había tenido a los veintitantos. Su poblada melena rojiza estaba veteada de canas. Kate sabía con certeza que era un jefe estricto tanto en la fábrica como en la tienda y el museo privado, que ocupaba tres plantas decoradas con antigüedades de un valor incalculable. Jack había empezado a trabajar en la empresa hacía más de treinta años como ayudante de contabilidad y había ascendido a la gerencia hacía cinco años.

Después de la cena con su padre y Sandra, Kate se había puesto el chándal y había programado el despertador a las tres y media de la madrugada. Se había echado en el sofá creyendo que no se dormiría, pero sí lo hizo. El problema fue que tuvo un sueño agitado, plagado de pesadillas que no lograría recordar pero que la habían inquietado. El único fragmento que pudo traer a la memoria era una escena recurrente en sus sueños: una niña aterrorizada, vestida con un camisón de flores, corriendo por un largo pasillo, alejándose de unas manos que intentaban atraparla.

Solo me faltaba ahora esta pesadilla, pensó cuando apagó la alarma y se incorporó. Diez minutos después, abrigada con una chaqueta negra y un pañuelo en la cabeza, estaba en el aparcamiento de su edificio y entraba en su Mini Cooper.

A esa hora tan temprana ya había tráfico en Manhattan, pero era fluido. Kate se dirigió hacia el este por Central Park, dobló a la altura de la calle Sesenta y cinco y, a los pocos minutos, cruzó el puente de Queensboro. Tardó solo diez minutos más en llegar a su destino. Eran las cuatro y cuarto, y sabía que Gus aparecería en cualquier momento. Aparcó detrás de los contenedores situados en la parte trasera del museo y esperó.

El viento soplaba con fuerza y el coche empezó a enfriarse. Cuando estaba a punto de volver a encender el motor, la luz brumosa de unos faros apareció en la esquina y la ranchera de Gus avanzó hasta detenerse junto al Mini Cooper.

Bajaron de los coches al mismo tiempo y se dirigieron con rapidez hacia la puerta

de servicio del museo. Kate llevaba una linterna y la llave. Giró la llave en la cerradura y empujó la puerta. Suspiró con alivio y dijo:

—Gus, es maravilloso que hayas venido a estas horas. —Una vez dentro, utilizó la linterna para iluminar el tablero de la alarma—. ¿Puedes creer que incluso el sistema de seguridad interno está averiado?

Gus llevaba una gorra de lana calada hasta las orejas. Un par de mechones le caían sobre la frente.

—Tiene que ser algo importante para que me hayas pedido que venga a estas horas —dijo—. ¿Qué ocurre, Kate?

—Espero estar equivocada, Gus, pero en la sala Fontainebleau hay algo que quiero enseñarte. Necesito que me des tu opinión porque eres un experto en la materia. —Metió la mano en el bolsillo, sacó otra linterna y se la dio—. Mantenla apuntando hacia el suelo.

Subieron en silencio las escaleras de la parte de atrás. Mientras Kate pasaba la mano por la delicada madera de la barandilla, recordó las anécdotas que había oído sobre su abuelo, que llegó a Estados Unidos como un inmigrante con estudios pero sin un penique y logró amasar una fortuna en la Bolsa. A los cincuenta años vendió la compañía inversora que había creado e hizo realidad su sueño de reproducir muebles antiguos. Adquirió una propiedad en Long Island City y construyó un complejo que incluía una fábrica, una tienda y un museo privado, donde expondría la colección de antigüedades que había adquirido durante años y que a partir de entonces se dedicaría a imitar.

A los cincuenta y cinco decidió que quería un heredero y se casó con mi abuela, que era veinte años más joven que él. Entonces nacieron mi padre y mi tío. Papá se ocupó de la dirección del negocio solo un año antes del accidente, pensó Kate. Después se encargó Russ Link, hasta que se jubiló hace cinco años.

Mobiliario antiguo de imitación Connelly había sido una empresa floreciente durante sesenta años, pero, tal como Kate intentaba explicarle a su padre una vez y otra, el mercado de las imitaciones de lujo era cada vez más pequeño. Kate no había tenido el valor de decirle que su costumbre de beber tanto, descuidar el negocio y llegar a la oficina a una hora distinta cada día eran indicios de que había llegado la hora de vender la empresa. Afrontémoslo. Cuando murió mi abuelo, Russ se encargó de todo, pensó.

Desde el pie de la escalera, Kate empezó a decir:

—Gus, lo que quiero enseñarte es el escritorio... —Se calló de pronto, lo agarró por el brazo y añadió—: Dios mío, Gus, este lugar apesta a gas.

Lo tomó de la mano, se volvió y regresó a la puerta.

Habían dado solo un par de pasos cuando se produjo una explosión y la escalera se derrumbó sobre ellos.

Tiempo después, Kate apenas recordaba que se había limpiado la sangre de la frente y había arrastrado el cuerpo inerte de Gus hacia la puerta. Las lenguas de fuego

lamían las paredes, y el humo era cegador y la asfixiaba. De pronto, la puerta se abrió con un estallido, y el fuerte viento irrumpió en el corredor. El instinto de supervivencia empujó a Kate a coger a Gus por las muñecas y tirar de él unos metros hasta llegar al aparcamiento. Luego lo vio todo negro.

Cuando llegaron los bomberos, Kate estaba inconsciente, con una herida en la cabeza y la ropa hecha jirones.

Gus yacía en el suelo a escasos metros, inmóvil. El peso de la escalera derrumbada le había provocado lesiones muy graves. Estaba muerto.

El punto álgido de la reunión del miércoles por la tarde en Hathaway Haute Couturier fue el anuncio de que Hannah Connelly tendría su propia marca de moda y diseñaría una serie de vestidos para las pasarelas de la temporada de verano.

Lo primero que Hannah pensó fue en compartir esa maravillosa noticia con su hermana Kate, pero eran casi las siete de la tarde y recordó que Kate había quedado con su padre y con su última novia para tomar una copa y cenar. En vez de eso, llamó a su mejor amiga, Jessie Carlson, que había estudiado en Boston con ella durante dos años antes de que Hannah ingresara en el Instituto de Moda y Tecnología. Jessie había ido a la facultad de Derecho de la Universidad de Fordham.

Jessie soltó un grito de alegría al escuchar la noticia.

—Hannah, Dios mío, eso es genial. Serás la próxima Yves Saint Laurent. Nos vemos en el Mindoro's dentro de media hora. Yo invito.

A las siete y media, las dos estaban sentadas en un salón privado. El comedor del popular restaurante estaba abarrotado y había mucho ruido, una prueba de su excelente cocina y su ambiente amigable.

Su camarero favorito, el calvo, robusto y sonriente Roberto, les sirvió el vino.

—¿Estáis de celebración, chicas? —les preguntó.

—No te quepa la menor duda. —Jessie alzó su copa—. Por la mejor diseñadora del mundo, Hannah Connelly. —Luego añadió—: Roberto, cualquier día de estos diremos: «Nosotros la conocimos cuando...».

Hannah brindó con Jessie, bebió un sorbo de vino y quiso despreocuparse de lo que podría estar pasando entre su padre y Kate. El negocio familiar estaba naufragando, por lo que la relación entre ellos dos iba de mal en peor.

No obstante, parecía que su amiga le hubiera leído el pensamiento.

—¿Cómo está ese padre tuyo tan guapo? —le preguntó mientras mojaba pan italiano en el aceite que había vertido en el plato—. ¿Ya se lo has contado? Sé que se alegrará muchísimo por ti.

Solo ella podría haber dicho esa frase en un tono tan irónico. Hannah miró con cariño a su antigua compañera de clase. El pelo rizado y rojizo de Jessie, recogido atrás con una pinza, le caía en cascada por debajo de los hombros. Sus ojos, de un azul intenso, brillaban, y su piel, blanca como la leche, no tenía ni una gota de maquillaje. Con su metro ochenta, sobrepasaba en altura a Hannah incluso sentada al otro lado de la mesa. Era una deportista nata, y tenía un cuerpo delgado y bien torneado. La moda le era totalmente indiferente, así que recurría a Hannah cuando tenía que vestirse para una ocasión especial.

Hannah se encogió de hombros.

—Oh, ya sabes cuánto se emocionará. —Imitó la voz de su padre—: «Hannah, eso es maravilloso. ¡Maravilloso!». Después olvidará lo que le he contado. Y en un par de días me preguntará cómo va el negocio del diseño de moda. El playboy del

mundo occidental nunca ha tenido mucho tiempo ni para Kate ni para mí y, cuanto más viejo se hace, más desapegado está de nosotras.

Jessie asintió en silencio.

—Ya percibí la tensión en el ambiente la última vez que cené con vosotros. Kate lanzó un par de indirectas muy duras a tu padre.

Roberto se acercó a la mesa con las cartas en la mano.

—¿Queréis pedir ahora o dentro de unos minutos? —preguntó.

—*Linguine* con salsa de ostras y ensalada de la casa. —Era el plato de pasta favorito de Hannah.

—Salmón con ensalada tricolor. —Fue la elección de Jessie.

—No sé para qué me molestó en preguntar —dijo Roberto. Llevaba quince años en el restaurante y conocía los platos favoritos de todos los clientes.

Cuando el camarero ya no podía oírlas, Hannah tomó otro sorbo de vino y se encogió de hombros.

—Jessie, conoces a mi familia desde la facultad. Has visto y oído lo suficiente como para hacerte una idea de la situación. El mercado ha cambiado. La gente no compra imitaciones de muebles antiguos tanto como antes, y la realidad es que nuestras copias ya no son tan finas. Hasta hace unos cinco años más o menos contábamos con un par de ebanistas magníficos, pero ahora todos se han jubilado. Cuando murió mi abuelo, hace ya treinta años, mi padre tomó las riendas de la empresa con la ayuda de Russ Link, que había sido la mano derecha de mi abuelo. Pero, tras el accidente, mi padre tardó mucho en recuperarse y, cuando por fin lo hizo, había perdido el interés en el negocio. Estoy convencida de que ni él ni su hermano se implicaron realmente en el funcionamiento de la empresa. Es la clásica historia del inmigrante que se esfuerza para que sus hijos disfruten de todas las ventajas que él no pudo tener.

Hannah se dio cuenta de que hablar con una amiga en quien confiaba por completo le sentaba bien.

—Jess, mi padre está al borde de la ruina. No lo entiendo. Cada día es más imprudente con el dinero. ¿Puedes creer que el verano pasado alquiló un yate durante un mes? ¡Cincuenta mil dólares a la semana! Él alquilando yates mientras el barco familiar se va a pique. Ojalá hubiera conocido a alguien y se hubiera casado cuando éramos pequeñas. Quizá una mujer con buen juicio lo hubiera mantenido en sus cabales.

—Para serte sincera, he pensado en eso en más de una ocasión. Tenía solo treinta años cuando tu madre falleció, y de eso hace casi veintiocho años. ¿Crees que estaba tan enamorado de ella que no ha podido sustituirla?

—Supongo que era el amor de su vida. Ojalá yo lograra recordarla. ¿Qué edad tenía en ese momento? ¿Ocho meses? Kate tenía tres años. Fue una tragedia. Mi padre perdió a su esposa, a su hermano Connor y a cuatro amigos íntimos. Y él estaba al timón de la nave. Aunque debo decir que no se ha sentido culpable por tener tantas

novias o como quieras llamarlas. Pero ya basta de desgracias familiares. Disfrutemos de la cena a la que me has invitado y esperemos que Kate, mi padre y quienquiera que lo acompañe esta vez estén comportándose de forma cívica.

Pasadas dos horas, de camino a su piso en Downing Street, en el Greenwich Village, Hannah volvía a pensar en el pasado. Yo era solo un bebé cuando perdimos a nuestra madre, se dijo mientras bajaba del taxi. Le vino a la memoria su niñera Rosie, llamada Rosemary Masse, que se había jubilado y había regresado a su Irlanda natal hacía diez años. Que Dios bendiga a Rosie. Aunque ella nos crio, siempre nos dijo que deseaba que papá volviera a casarse. «Cásese con una buena mujer que quiera a sus dos preciosas hijas y sea una madre para ellas». Era el consejo que le daba a papá, recordó Hannah con una tímida sonrisa mientras entraba en su piso y se acomodaba en su sillón favorito para encender el DVD y ver un par de desfiles que había grabado.

El mortal accidente en el que habían fallecido su madre, su tío y otras cuatro personas se había producido porque el barco en el que habían salido a pescar chocó contra un cable tendido entre un petrolero y una barcaza, en la oscuridad previa al amanecer. Se dirigían a setenta millas hacia el Atlántico, en dirección al lugar donde los atunes solían reunirse al alba. Su padre, Douglas Connelly, fue el único superviviente. Un helicóptero de la guardia costera lo encontró al amanecer, inconsciente y herido de gravedad, en un bote salvavidas. Los restos de la nave a la deriva lo habían golpeado en la cabeza.

No ha sido un padre totalmente ausente, pensó Hannah mientras pasaba los anuncios. En realidad, no estaba mucho en casa porque tenía que viajar por trabajo o estaba demasiado ocupado con su vida social. Russ Link llevaba el negocio y era un perfeccionista. Los otros empleados, como Gus Schmidt, no eran simples ebanistas. Eran artistas. Rosie vivía con nosotros en la Ochenta y dos Este y siempre estaba durante el verano y cuando volvíamos a casa tras las vacaciones escolares. Dios sabe que papá nos enviaría internas en cuanto nos aceptaran.

Hannah no tenía sueño y no apagó la tele hasta la medianoche. Luego se desvistió a toda prisa y se acurrucó entre las mantas, a las doce y veinte de la noche.

* * *

A las cinco de la madrugada sonó el teléfono. Era Jack Worth.

—Hannah, ha habido un accidente, una explosión en la fábrica. Gus Schmidt y Kate estaban allí. Dios sabe por qué. Gus ha muerto y una ambulancia lleva a Kate al Hospital Manhattan Midtown.

Se adelantó a la pregunta de ella.

—Hannah, no sé por qué narices Kate y Gus estaban en el museo a esas horas. Estoy de camino al hospital. ¿Llamo a tu padre o lo haces tú?

—Llámalo tú —dijo Hannah al tiempo que salía a toda prisa de la cama—. Voy

para allá. Nos vemos allí.

—Dios mío, que no sea culpa de Kate —suplicó—. Que no sea culpa de Kate...

6

Antes incluso de que Sandra empezara a flirtear descaradamente con Majestic, Douglas Connelly ya se había aburrido de ella. Sabía que esa historia de su participación en el concurso de Miss Universo era un cuento chino. Había buscado información en internet y había descubierto que había sido finalista en un concurso de belleza en su pueblo natal, Wilbur, en Dakota del Norte.

En cierta forma, le había entretenido esa capacidad para fantasear, hasta que vio la cara de desprecio de Kate y supo que su hija lo desdeñaba a él y a su estilo de vida.

También supo que se merecía ese desprecio.

Le vino a la cabeza una frase que a su padre le encantaba citar cuando tenía que tomar una decisión difícil: «Me siento como si estuviera entre el infierno y el fondo del mar y tuviera que ir hacia los dos lados». No importa cuánto beba, me siento así todo el tiempo, pensó Doug mientras apuraba el champán que le quedaba.

«Entre el infierno y el fondo del mar». Era como una canción que no lograba acallar.

—Me gusta venir a sitios como este —estaba diciendo Sandra—. Aquí conoces a personas que pueden hacerte una prueba para una película o algo por el estilo.

¿Cuánto amoníaco hace falta para que el pelo adquiriera ese color?, se preguntó Doug.

El maître se acercó a la mesa con otra botella de champán.

—Saludos a la hermosa señorita de parte de Majestic —dijo.

Sandra soltó un grito ahogado.

—¡Oh, Dios mío!

Cuando se levantó de un salto y cruzó a toda prisa el comedor, Douglas Connelly decidió marcharse disimuladamente.

—La propina habitual —dijo con la esperanza de no farfullar—. Pero asegúrate de que esta botella se la cobren al tal Majestic o como quiera que se llame.

—Desde luego, señor Connelly. ¿Tiene el coche fuera?

—Sí.

Esa es otra cosa que pone furiosa a Kate, que tenga chófer, pensó Doug unos minutos después de subir a la limusina y cerrar los ojos. Lo siguiente que vio fue a Bernard, el conductor, abriéndole la puerta frente a su apartamento en la calle Ochenta y dos Este.

—Ya hemos llegado, señor Connelly.

A pesar de que el brazo del portero lo guio por el vestíbulo, fue un esfuerzo para Doug conseguir que sus piernas avanzaran en la misma dirección.

Danny, el ascensorista, cogió las llaves de la mano de Doug después de que este las sacara a tientas del bolsillo. En la planta dieciséis, Danny lo acompañó hasta su piso, le abrió la puerta y lo condujo hasta el sofá.

—¿Por qué no descansa un poco, señor? —le sugirió.

Doug notó que le colocaba un cojín debajo de la cabeza, le desabrochaba el primer botón de la camisa y le quitaba los zapatos.

—Las copas me han sentado un poco mal —masculló.

—Se pondrá bien, señor Connelly. Las llaves están encima de la mesa. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Danny. Gracias. —Doug se quedó dormido antes de poder añadir algo más.

* * *

Cinco horas después, no oyó el constante repiqueteo del teléfono en la mesa, a escasos metros del sofá, ni el insistente zumbido del móvil en el bolsillo de su pechera.

Finalmente, en la sala de espera de la sala de operaciones, Hannah, blanca como el papel, guardó el móvil y apoyó las manos en el regazo para que dejaran de temblarle.

—No pienso seguir intentándolo —dijo a Jack—. Dejémosle dormir la mona.

El jueves por la mañana Douglas Connelly se despertó a las nueve. Soltó un gruñido, abrió los ojos y se sintió desorientado durante unos segundos. Lo último que recordaba era haber subido a la limusina. Luego visualizó algunas imágenes borrosas. El portero agarrándolo del brazo... Danny cogiéndole las llaves... Danny colocándole un cojín debajo de la cabeza.

Esa cabeza que estaba a punto de reventarle.

Doug se incorporó con torpeza, y puso los pies en el suelo. Apoyó las manos en la mesa de centro para no perder el equilibrio, logró darse impulso y se puso de pie. Esperó unos segundos hasta que la habitación dejó de dar vueltas y después caminó como pudo hasta la cocina, donde cogió una botella de vodka medio llena y una lata de zumo de tomate de la nevera. Se sirvió mitad y mitad en un vaso y se lo bebió de un trago.

Kate tenía razón. Anoche no tenía que haber pedido esa botella de champán, pensó. Y otro pequeño detalle pasó por su mente nublada. Tengo que asegurarme de que no cargaran en mi cuenta la botella que ese capullo de Majestic envió a la finalista a reina de la belleza.

Doug avanzó poco a poco hacia su dormitorio, quitándose la ropa. Solo después de ducharse, afeitarse y vestirse se molestó en escuchar los mensajes del móvil.

A las dos de la madrugada Sandra había intentado ponerse en contacto con él.

«Oh, Doug, me siento fatal. Fui a dar las gracias a Majestic por el champán y las cosas tan bonitas que había dicho sobre mí, y me suplicó que me sentara con él y sus amigos unos minutos. Antes de que me diera cuenta, el *sos-men-lié*, o como se llame el experto en vinos, se presentó con otra botella que Majestic había pedido y me dijo que habías tenido que marcharte. Lo pasé muy bien contigo y con...».

Connelly borró el mensaje antes de que Sandra terminara de hablar. Después vio que el siguiente mensaje era de Jack y que había otro de su hija Hannah. Bueno, al menos ella no me echa el sermón de cómo debería dirigir la fábrica cada vez que habla conmigo, pensó.

Cuando se dio cuenta de que la llamada de Jack había entrado a las cinco y diez de la madrugada y la de Hannah veinte minutos después, supo que algo iba mal. Con un dedo tembloroso presionó el botón para devolver la llamada. Parpadeó para aclararse la vista y procuró sonar sobrio.

Hannah respondió a la primera. Le contó lo de la explosión con frialdad y añadió que Gus había muerto y Kate estaba herida de gravedad.

—Acaba de salir del quirófano, han intentado aliviar la presión en el cerebro. Todavía no puedo verla. Estoy esperando para hablar con el cirujano.

—¡La fábrica ha desaparecido! —Exclamó Doug—. ¿Todo? ¿Quieres decir que todo ha volado por los aires? ¿La fábrica, la tienda, el museo, las antigüedades?

La voz de Hannah transmitió una mezcla de rabia contenida y tristeza.

—¿Es que no has recibido nuestras llamadas? ¡Puede que tu hija no sobreviva! — le gritó—. Y si lo hace, quizá tenga lesiones cerebrales. Kate se está muriendo... Y a ti, su padre, lo único que te preocupa es tu maldito negocio.

Luego habló con voz gélida.

—Solo por si quieres pasar a verla, está en el Hospital Manhattan Midtown. Si estás lo bastante sobrio para llegar hasta aquí, pregunta por la sala de espera del postoperatorio. Me encontrarás allí, rezando para que mi única hermana siga viva.

A las seis de la mañana, mientras Lottie Schmidt se tomaba un café en la cocina, preocupadísima porque Gus se hubiera reunido con Kate Connelly a una hora tan intempestiva como las cuatro y media de la madrugada, llamaron a la puerta. Cuando abrió y vio al párroco y a un policía en el porche, estuvo a punto de desmayarse. Antes de que dijeran nada, ella ya sabía que Gus había muerto.

El resto del día lo pasó en una confusión en la que reinaba la incredulidad. Apenas era consciente de los vecinos que entraban y salían y de que había hablado con su hija Gretchen por teléfono.

¿Gretchen había dicho que viajaría desde Minneapolis ese mismo día o al siguiente? No lograba recordarlo. ¿Había advertido a Gretchen de que no mostrara fotos de su hermosa casa en Minnetonka? No estaba segura.

Lottie dejó el televisor encendido todo el día. Necesitaba ver las imágenes de la destrucción de la fábrica, necesitaba el consuelo de saber que Gus no había muerto quemado.

Charley Walters, director de la Funeraria Walters, se había encargado de los actos fúnebres de la mayoría de las personas de su congregación y le comentó que Gus siempre había querido que lo incineraran. Más tarde, ella recordó que había respondido a Charley algo así como: «Bueno, casi se incinera en ese incendio, pero por suerte eso no ocurrió».

Su vecina y amiga íntima Gertrude Peterson pasó a verla y la animó a tomar una taza de té y probar una magdalena. El té pudo beberlo, pero no quiso comer nada.

Sentada en la butaca junto a la chimenea del salón, su menudo cuerpo parecía aún más pequeño en aquella silla de respaldo alto y asiento ancho. Lottie se acurrucó bajo una manta. El policía le había dicho que Kate Connelly estaba gravemente herida. Lottie conocía a Kate desde que nació. Había llorado por las pequeñas huérfanas tras el accidente que habían sufrido sus padres.

—¡Oh, Dios! No importa lo que Kate haya hecho, haz que sobreviva —rezó—. Y perdona a Gus. Le dije que estaba cometiendo un error. Se lo advertí. ¡Oh, Dios!, por favor, apiádate de él. Era un buen hombre.

Jack Worth se quedó con Hannah hasta que Douglas Connelly llegó al hospital. A Jack le costó ocultar su desprecio cuando vio los ojos inyectados en sangre de Connelly. Sin embargo, le habló con amabilidad:

—Señor Connelly, no sé cómo decirle cuánto lo siento.

Doug asintió en silencio al pasar junto a él para acercarse a Hannah.

—¿Hay alguna novedad sobre el estado de Kate? —le preguntó en voz baja.

—Nada nuevo. Sigue en coma profundo. No saben si saldrá de esta y, si lo consigue, puede que tenga lesiones cerebrales.

Hannah se zafó del abrazo de su padre.

—Ha venido gente del cuerpo de bomberos. Me han pedido mi número de teléfono. Querían hablar con Kate, pero, claro, eso era imposible. Encontraron a Gus y Kate en la entrada trasera del museo después de la explosión. Jack tiene miedo de que la policía crea que fue provocada.

Apartándose de su padre, Hannah dijo en un tono bajo pero furioso:

—Papá, la fábrica estaba perdiendo dinero. Kate lo sabía. Jack lo sabía. Tú lo sabías. ¿Por qué no aceptaste esa oferta que te hicieron por el terreno? No estaríamos aquí sentados si lo hubieras hecho.

En el taxi de camino al hospital, Douglas Connelly se había preparado para esa pregunta. Pese al persistente dolor de cabeza que ni la copa a primera hora de la mañana ni tres aspirinas habían mitigado, se obligó a sonar firme y autoritario en el momento de responder.

—Hannah, tu hermana exageraba los problemas que tenía el negocio, y el terreno vale mucho más de lo que me ofrecen. Kate sencillamente no entraba en razón.

Sin intentar acercarse a Hannah, cruzó la sala de espera, se dejó caer en una silla y hundió la cara entre las manos. Minutos después, los llantos ahogados hacían temblar todo su cuerpo.

En ese momento Jack Worth se levantó.

—Creo que es mejor que os deje solos —dijo—. Hannah, ¿me avisarás si se produce algún cambio en el estado de Kate?

—Por supuesto. Gracias, Jack.

Durante varios minutos, después de que él se fuera, Hannah se quedó quieta, sentada en la butaca gris de la sala de espera. Mientras miraba a su padre, sentado frente a ella en una silla idéntica a la suya, los pensamientos se acumulaban en su cabeza. Los sollozos se acallaron de repente, tal como habían empezado. Doug echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Me pregunto si todas las butacas de las salas de espera son como estas, se dijo Hannah. ¿Se salvará Kate? Y si es así, ¿será la misma persona de siempre? No puedo imaginármela actuando de una manera distinta... Precisamente, anoche cenó con papá. ¿Le insinuaría algo sobre su encuentro con Gus en el museo?

Era una duda que tenía que resolver.

—Papá, ¿Kate te comentó que iría al museo de madrugada?

Doug se enderezó mientras abría y cerraba los dedos de una mano con nerviosismo. Luego se frotó la frente.

—Claro que no me dijo nada, Hannah. Pero Dios sabe que cuando me llamó la semana pasada y me sermoneó sobre la venta del complejo, aseguró que le encantaría hacerlo saltar por los aires y acabar de una vez por todas con él.

Pronunció la última frase en el mismo momento en que un médico con semblante serio abrió la puerta de la sala de espera.

El doctor Ravi Patel no dio signos de haber oído el comentario fuera de lugar de Doug Connelly. En lugar de eso, haciendo caso omiso de Doug, se dirigió a Hannah.

—Señorita Connelly, tal como le he dicho antes de operar a su hermana, ha sufrido graves contusiones en la cabeza y el cerebro está inflamado. Ahora mismo no podemos saber si las lesiones cerebrales serán permanentes, y no lo sabremos hasta que salga del coma, lo que podría ocurrir en un par de días o en un mes.

A Hannah se le secó la boca. Apenas podía pronunciar palabra, pero finalmente preguntó:

—Entonces ¿cree que vivirá?

—Las primeras veinticuatro horas son cruciales. Sin duda le aconsejo que no espere aquí. Será mejor que vaya a descansar un poco. Le prometo que, si se produce algún cambio, la...

—Doctor, quiero los mejores cuidados para mi hija —lo interrumpió Doug—. Quiero un equipo especializado y enfermeras privadas.

—Señor Connelly, Kate está en la UCI. Más adelante podrá pedir enfermeras privadas, pero ahora no es el momento. Desde luego, estaré encantado de consultar el estado de su hija con cualquier otro médico que usted designe.

El doctor Patel se volvió de nuevo hacia Hannah para comprobar si tenía bien anotado su número de móvil. Luego, con mirada y actitud comprensivas, dijo:

—Si Kate supera estos primeros días, le espera un largo camino hasta la recuperación. Lo mejor que puede hacer usted es reservar fuerzas.

Hannah asintió en silencio.

—¿Puedo verla?

—Puede echarle un vistazo.

Doug tomó a Hannah del brazo mientras seguían al doctor y abandonaban la sala de espera.

—No va a pasarle nada —le dijo él en voz baja—. Kate es fuerte. Saldrá de esta más fuerte que nunca.

Si es que no la arrestan por provocar un incendio e incluso por homicidio involuntario, pensó Hannah. Por el momento, la rabia que sentía contra su padre se había mitigado hasta convertirse en una especie de resignación. Era imposible que Doug previera que el doctor Patel entraría en la sala justo en el momento en que él hacía ese comentario sobre Kate.

Al final del largo pasillo, el doctor Patel presionó el botón que abría las puertas de la UCI.

—Prepárense —les advirtió—. Kate tiene la cabeza vendada. Está entubada para que pueda respirar y tiene todo tipo de cables conectados.

Pese a la advertencia, a Hannah le impactó ver a su hermana en la cama. Supongo que tendré que creer al doctor Patel cuando dice que es Kate, pensó mientras buscaba

alguna señal que la ayudara a reconocerla. Tenía las manos totalmente vendadas, y recordó que al llegar al hospital le habían dicho que Kate había sufrido quemaduras de segundo grado en las manos. El tubo de la respiración asistida le cubría casi toda la cara, y ningún mechón rubio se escapaba bajo las vendas de la cabeza.

Hannah se agachó y besó a su hermana en la frente. ¿Era su imaginación o percibió el perfume que Kate siempre usaba?

—Te quiero —susurró Hannah.

No me dejes, Kate. Eres todo lo que tengo, estuvo a punto de añadir, pero no logró decirlo.

Es la verdad, pensó con tristeza. Nos ha faltado la figura paterna durante todos estos años; él solo ha insistido en que lo llamemos Doug. Retrocedió unos pasos y le cedió el turno a su padre.

—Mi pequeña —dijo con voz temblorosa—. Tienes que recuperarte. No nos falles.

Ambos miraron a Kate por última vez y se volvieron para marcharse. En la puerta de la sala de reanimación, el doctor Patel prometió, una vez más, que llamaría si había algún cambio en el estado de Kate.

Cuando estaban a punto de abandonar el hospital, a la una y media del mediodía, Hannah evitó cualquier sugerencia de comer juntos y dijo:

—Papá, iré al despacho. Tengo algunas cosas que hacer y es mejor que esté ocupada en vez de quedarme en casa esperando.

En la calle se toparon con una avalancha de periodistas.

—¿Cómo se encuentra Kate Connelly? —preguntaron—. ¿Por qué estaba en el museo con Gus Schmidt a esas horas de la madrugada? ¿Les dijo que pensaba ir allí?

—Mi hija está muy grave. Por favor, respeten nuestra intimidad.

Un taxi que estaba en la esquina quedó libre en ese momento. Doug rodeó con un brazo a Hannah, se abrió paso entre la multitud hasta que Hannah se sentó en el asiento trasero del taxi. Él subió de un salto y cerró la puerta de golpe.

—Arranque —ordenó con brusquedad al conductor.

—¡Dios mío! —Exclamó Hannah—. ¡Son como una manada de buitres!

—Esto es solo el principio —comentó Douglas Connelly en tono grave—. Es solo el principio.

Pese a la insistencia de su padre para que se fuera a casa y descansara un poco, Hannah reiteró que pasaría por el despacho, al otro lado de la ciudad, en la calle Treinta y dos Oeste.

—La empresa va a anunciar a los medios una nueva línea de diseño —dijo Hannah. No mencionó que era una nueva marca que llevaría su nombre.

En la esquina del edificio donde estaba su despacho, abrió la puerta del taxi y dio a Doug un beso fugaz en la mejilla.

—Te llamaré en cuanto sepa algo. Te lo prometo.

—¿Volverás al hospital esta noche?

—Sí. Estaré allí a las siete a menos que el médico llame y diga que hay motivos para ir antes.

Hannah se dio cuenta de que estaba entorpeciendo el tráfico cuando oyó el claxon del coche de atrás.

—Hablamos luego —dijo a toda prisa en cuanto pisó la acera.

La calle abarrotada, llena de transeúntes que rozaban sus hombros, y el traslado de percheros llenos de ropa de un edificio a otro conformaban una imagen que a Hannah solía gustarle. Sin embargo, ese día no le ofreció ningún consuelo. Aunque no llovía, el intenso y húmedo viento la hizo apresurarse a entrar en el edificio.

Luther, el guardia de seguridad, estaba en el mostrador de recepción.

—¿Cómo está su hermana, señorita Connelly? —preguntó.

Después del acoso de los medios a la salida del hospital, Hannah se dio cuenta de que el incendio era la noticia más comentada y reconoció que tenía que prepararse para responder a las preguntas sobre ese suceso y su hermana Kate.

—Ha sufrido graves heridas —contestó en voz baja—. Solo nos queda rezar para que se salve.

Tuvo la sensación de que podía leerle el pensamiento a Luther. ¿Qué estaba haciendo Kate allí a esas horas? Sin darle tiempo a que preguntara nada más, Hannah se dirigió a toda prisa hacia el ascensor. Cuando llegó a su despacho y se enfrentó a las sorprendidas reacciones de sus compañeros, se dio cuenta de que nadie esperaba verla allí ese día.

Farah Zulaija, la diseñadora jefe de la empresa, la animó a volver a casa.

—Aplazaremos el anuncio para un momento más apropiado, Hannah —dijo—. Durante varios días el incendio acaparará toda la atención. Algunas personas que viven cerca del East River me han contado que veían las llamas desde la ventana de su casa.

Hannah insistió en quedarse. Aseguró que era mejor estar allí que esperar en el hospital o en su piso. Pero, en cuanto estuvo en su pequeño y abarrotado despacho con la puerta cerrada, se sentó y hundió la cara entre las manos. No sé qué hacer. No sé hacia dónde ir, se dijo. Si Kate no sobrevive, o si vive pero sufre lesiones

cerebrales, no podrá defenderse si la acusan de haber provocado la explosión.

¿Cuántas veces en el último año Kate ha dicho sin tapujos que la fábrica debería estar cerrada y que la propiedad debería venderse? Lo sabían todos nuestros amigos, pensó Hannah. Kate y yo tenemos el diez por ciento de las acciones, pero hemos sufrido pérdidas durante los dos últimos años. Gracias a Dios obtuvimos suficientes ganancias para comprarnos un piso.

¿Usó Kate la expresión «hacerla saltar por los aires» con otra persona que no fuera papá?

El médico se lo oyó decir a Doug.

Pero ¿por qué iba a querer que explotara un lugar lleno de antigüedades valiosas? No tiene ningún sentido, concluyó.

Eso la consoló un poco. Pero luego el corazón le dio un vuelco: recordó que había una póliza de veinte millones de dólares solo para las antigüedades.

Hacia poco había visto un vídeo de un coche avanzando a toda velocidad por la autopista y dando bandazos para evitar el choque. La mujer que conducía había llamado a emergencias y gritaba: «¡No puedo frenarlo! ¡No puedo frenarlo!».

Así era como Hannah se sentía en ese momento; pasaba a todo correr de una opción terrible a otra. Supongamos que la explosión fue un accidente y fue una coincidencia que Kate y Gus estuvieran allí justo cuando ocurrió. Era eso imposible ¿incluso a las cuatro de la madrugada? Pero ¿para qué se reuniría Kate con Gus?, pensó.

Cinco años atrás, Jack Worth había dicho que había llegado el momento de que Gus se jubilara porque el temblor que tenía en las manos y la visión cada vez más deteriorada le dificultaban el trabajo. Gus se había enfadado e incluso le había molestado que Kate insistiera en que recibiera la bonificación de un año de sueldo. Pero Kate y él siguieron siendo buenos amigos.

¡Oh, Dios!, tiene que haber una explicación razonable. Kate jamás cometería un delito para conseguir dinero. La conozco muy bien. No puedo creer siquiera que yo esté pensando en esa posibilidad, se dijo mientras echaba la silla hacia atrás. ¿Qué estoy haciendo aquí? Tengo que volver al hospital. Tengo que estar con ella.

Hannah se despidió de sus compañeros de despacho con una frase sencilla:

—Os llamaré si hay algún cambio.

Había apagado el móvil en el hospital y había olvidado volver a encenderlo. Leyó los mensajes. Había también decenas de llamadas de sus amigos y una del jefe de Kate y de sus compañeros. Todos expresaban su inquietud y preocupación. Tres de las llamadas eran de Jessie. «Hannah, llámame», le había dicho.

No llamaré a Jessie hasta que vuelva a ver a Kate, pensó Hannah. ¿Cómo es posible que fuera ayer mismo cuando Jessie y yo celebramos mi propia marca de moda? ¿Importa algo todavía? ¿Hay algo que siga importando si Kate no se recupera?

Cuando llegó al hospital, le dijeron que fuera a la sala de espera de la UCI, que el doctor Patel se reuniría con ella. Al llegar allí vio a alguien de pie junto a la ventana,

dándole la espalda. Le bastó ver el pelo rojizo de Jessie para que pudiera liberar el miedo que crecía en su interior.

Unos segundos después, sollozando y temblando, estaba rodeada por los brazos de su amiga.

Doug Connelly no sabía adónde ir después de dejar a Hannah. Cuando ella bajó del taxi y dobló la esquina, el taxista le preguntó:

—¿Adónde vamos ahora, señor?

Lo único que Doug quería era llegar a casa, tomar un par de aspirinas y beber un poco de café, aunque se preguntó si no sería mejor ir a Long Island City para contemplar el desastre con sus propios ojos. ¿Resultaría extraño que el dueño no pasara por allí cuando había habido un incendio tan brutal?

Por otro lado, era mejor acercarse a la fábrica con su propio coche. Tal vez no debía ir enseguida, después de todo. Indicó al taxista su dirección en la calle Ochenta y dos Este, se recostó en el asiento y cerró los ojos. Intentaba calcular cuál sería el movimiento más adecuado a continuación.

¿Estaba claro que el fuego había sido intencionado? ¿Parecía que Kate se había conchabado con Gus para provocarlo? ¿Y si algo salió mal y todo sucedió demasiado pronto, antes de que pudieran escapar? Cinco años atrás, cuando obligaron a Gus a jubilarse, él se mostró muy enfadado. Las chicas siempre habían tenido buena relación con él. No era imposible que hubiera ayudado a Kate a preparar algún tipo de explosión y que se hubiera desencadenado antes de lo planeado.

Pero ¿podrían cobrar la póliza? Si la compañía de seguros demostraba que un miembro de la familia había provocado el incendio, ¿lo utilizaría como excusa para no pagar la indemnización? Estaba claro que el terreno era valioso, pero la póliza de las antigüedades era de veinte millones de dólares.

Bueno, nadie pensará siquiera que yo haya tenido algo que ver. Doug se refugió en la idea de que había bebido demasiado la noche anterior y que un montón de testigos lo confirmarían. Apenas recordaba que Bernard, su chófer, lo había ayudado a salir del coche y que Danny, el ascensorista, lo había acompañado hasta el sofá de su piso. Llegado el caso, podían testificar sobre su estado, y el portero juraría que no había salido del edificio en toda la noche.

Al menos yo me libraré, se consoló Doug. Si es necesario, prepararé todo para que acusen a Gus. Sobre todo, si Kate no sobrevive, pensó. Aunque luego se avergonzó de haber considerado siquiera esa posibilidad.

El taxi llegó por fin a la puerta de su edificio. El taxímetro marcaba veinte dólares. Doug sacó dos billetes de veinte de la cartera y se los pasó por la abertura de la mampara que separaba la parte de delante y de atrás.

—Quédese el cambio.

Esta es otra de las cosas que Kate odia, pensó. Papá, ¿por qué necesitas dar propinas que equivalen al precio del viaje? Si te parece que así quedas bien, te equivocas.

¿No fue ayer cuando Kate lo miró con desprecio porque había pedido champán? Ahora le parecía que había sido hacía un año. Ralph, el portero del horario diurno, lo

esperaba ya con la puerta abierta. Cuando bajó del taxi le preguntó:

—¿Cómo está su hija, señor Connelly?

Al responder le vino a la mente la mirada de desaprobación de Kate la noche anterior.

—Es demasiado pronto para decir nada.

—Hay una joven esperándolo, señor. Ha llegado hace una hora.

—¿Una joven?

Sorprendido, Doug entró con paso enérgico, aprovechando que Ralph aún sostenía la puerta. Sandra estaba sentada en el vestíbulo de estilo modernista, en una silla de lino sin reposabrazos. Al verlo se levantó de un salto.

—¡Oh, Doug! ¡Cuánto lo siento! Debes de estar muy angustiado. ¡Es horrible!

—Ah, la reina de la belleza se ha alejado de Majestic hecha un paño de lágrimas —comentó Doug.

Pero cuando ella le acarició las manos y lo besó en la mejilla, desaparecieron los fantasmas de su cabeza. Sandra podía testificar sobre el lugar donde él había estado la noche anterior. Ya visitaría el complejo al día siguiente, o al otro, o nunca... No quiero verlo, pensó.

La cogió del brazo.

—Subamos —dijo.

Cuando supo que se mudaba de forma definitiva a Nueva York, Mark Sloane meditó y tomó unas cuantas decisiones. Firmó un contrato con un agente inmobiliario de prestigio y le especificó el tipo de vivienda que quería. Un piso espacioso de dos habitaciones y dos baños en la zona del Greenwich Village. Su despacho de abogados estaba en el Pershing Square Building, justo enfrente de la Gran Estación Central, así que podría volver fácilmente a casa en metro o a pie.

Los muebles que había acumulado cuando terminó la carrera habían conocido tiempos mejores. Decidió liarse la manta a la cabeza y empezar de cero. Eso también le daba la oportunidad de borrar por completo las huellas de las mujeres con las que había estado y que se habían mostrado más que dispuestas a vivir con él.

El agente inmobiliario le había presentado a un decorador que lo ayudó a escoger el sofá y las sillas, la mesa de centro y las mesitas de café para el salón, la cama, la cómoda, el diván para el dormitorio y una pequeña mesa con dos sillas que encajaban a la perfección bajo la ventana de la cocina, un lujo inusual.

Mark había enviado por mensajería toda su ropa, las estanterías, los libros, la colección de obras de arte indígena y la alfombra tejida a mano, de vivos colores y complejos dibujos, que había comprado en la India.

—Los demás muebles los iré adquiriendo a medida que sienta que estoy en mi casa —dijo al decorador, que se había mostrado ansioso por restaurar las ventanas y comprar otros accesorios.

Salió de Chicago ese jueves, cuando se desató una fuerte tormenta de nieve. Su avión despegó con tres horas de retraso. No es un principio muy alentador, pensó cuando desembarcó en el aeropuerto de LaGuardia y ya había oscurecido. Pero luego, mientras esperaba el equipaje junto a la cinta, reconoció que era una suerte estar allí en ese momento. El trabajo que había desempeñado durante cinco años había perdido su aliciente.

Acordó con su madre que hablarían por *skype* con frecuencia. De esa forma no tendría que fiarse de que ella le dijera que estaba bien. Además, en Nueva York tenía un montón de viejos amigos que habían sido sus compañeros en la Universidad Cornell. Había llegado la hora de volver a empezar.

También ha llegado el momento de resolver otro asunto, pensó mientras cogía su pesado equipaje. Junto con los demás pasajeros que también habían recogido sus maletas entre las primeras que salieron en la cinta transportadora, se dirigió hacia la parada de taxis y esperó pacientemente en la cola. Su altura lo había convertido en una estrella del baloncesto en la universidad. El pelo rojo cobrizo, como el de su hermana Tracey, se le había oscurecido y ahora era de color castaño. Sus rasgos, un tanto irregulares por una fractura en la nariz que había sufrido durante un partido, se complementaban con unas cejas marrones, unos labios carnosos y una mandíbula cuadrada. A los desconocidos, Mark Sloane les daba la impresión de que era un chico

al que había que conocer.

Finalmente subió a un taxi para dirigirse a su piso. En sus visitas anteriores a Nueva York, Mark había observado que muchos taxistas hablaban por el manos libres y no entablaban ninguna conversación con el pasajero. Este conductor era distinto. Tenía el típico acento neoyorquino y ganas de hablar.

—¿Negocios o turismo? —preguntó.

—En realidad a partir de hoy soy residente —respondió Mark.

—¿En serio? Bienvenido a la Gran Manzana. Yo creo que cualquiera que viene a esta ciudad luego no quiere volver a su casa. Aquí siempre ocurre algo. De día y de noche. Me refiero a que no es como vivir en un barrio en las afueras, donde lo más emocionante es ver cómo le cortan el pelo a alguien.

Mark se arrepintió de haberle dado pie a la conversación.

—Hasta ahora vivía en Chicago. A algunas personas también les parece una ciudad muy bonita.

—Sí, puede que sí.

Por suerte, el tráfico se complicó y el conductor tuvo que centrar toda su atención en él. Mark se preguntó cuál habría sido la primera impresión de su hermana Tracey al llegar a Nueva York. No había ido en avión porque no quería gastar demasiado dinero. Había viajado en autobús y se había alojado en una pensión de la YWCA antes de trasladarse al piso donde vivía cuando desapareció.

No tardaré en adaptarme al trabajo, pensó, y después me encargaré de que los investigadores vuelvan a interesarse en la desaparición de Tracey. Supongo que el mejor lugar para empezar será la oficina del fiscal en Manhattan. Esos investigadores fueron los que se encargaron del caso. Tengo el nombre del tipo que dirigió la operación, Nick Greco. Debería localizarlo.

Cuando había acabado de idear el plan, se dio cuenta de que ya habían llegado a su piso en Downing Street. Tras darle una generosa propina al taxista, sacó de la cartera sus nuevas y relucientes llaves, fue hacia el portal y luego entró en el vestíbulo. Había que caminar un poco para llegar al ascensor, donde esperaban dos mujeres muy atractivas: una chica alta, con el pelo de color rojo, y otra morena, menuda y con unas gafas de sol que le cubrían casi toda la cara. Resultaba evidente que estaba llorando.

La pelirroja se fijó en la maleta de Mark.

—Si esta es tu primera vez aquí, te advierto que este ascensor es lento —dijo—. Cuando reformaron estos edificios antiguos, no se molestaron en cambiar los ascensores.

Mark tuvo la sensación de que le daba conversación para que no se fijara en su llorosa amiga.

Sonó el timbre de la puerta principal del edificio y un segundo después el portero, a quien Mark ya había conocido, hizo entrar a dos hombres. Mark oyó con toda claridad la voz de uno de ellos.

—Tenemos una cita con la señorita Hannah Connelly.

Mark reconoció el tono autoritario y supo que, aunque ninguno llevaba uniforme, ambos pertenecían a los cuerpos de seguridad.

—Ahí está, esperando el ascensor —dijo el portero, y señaló a la mujer con las gafas de sol—. Seguramente acaba de llegar.

—Oh, por el amor de Dios, ya están aquí. Ni siquiera has tenido tiempo de comer algo —murmuró la pelirroja.

La voz de la otra mujer sonó temblorosa y resignada cuando dijo:

—Jessie, da igual que lleguen antes o después. No puedo añadir nada nuevo a lo que ya les he dicho esta mañana.

¿De qué va todo esto?, se preguntó Mark cuando la puerta del ascensor se abrió y todos, él, las dos mujeres y los dos hombres, entraron.

Los jefes de bomberos Frank Ramsey y Nathan Klein estaban de servicio en sus despachos de Fort Totten, en el distrito de Queens, cuando recibieron la llamada de emergencia alertándoles sobre el incendio en el complejo Connelly, en Long Island City. Se movilizaron a toda prisa y al llegar allí se encontraron con dos brigadas de bomberos que ya estaban combatiendo las llamas. El hecho de que dos personas lograran salir del edificio tras la explosión les hizo pensar que quizá había más gente en la fábrica, aunque se tratara de una hora tan intempestiva. En ese momento no sabían si Gus Schmidt había conseguido arrastrarse y salir del lugar antes de morir. Cuando supieron que la única superviviente había sido trasladada al Hospital Manhattan Midtown, fueron allí cuanto antes, con la esperanza de poder hacerle unas preguntas. Pero Kate ya estaba en la UCI, y su hermana y el jefe de fábrica no tenían ni idea de por qué había ido al complejo.

Los jefes de bomberos habían regresado al lugar del incendio con el equipo especializado que siempre llevaban en el coche. Después de haber luchado contra el fuego durante horas, sus compañeros habían extinguido las llamas y había quedado claro que no había nadie más en ninguno de los edificios. La pared del fondo del museo fue lo primero que se derrumbó, pero para entonces los bomberos ya habían abandonado el lugar de la explosión.

Ramsey y Klein, con las gruesas botas que los protegían de los restos calcinados, registraron el complejo industrial de forma metódica en busca del origen del incendio.

El primer testigo ocular, un vigilante de un almacén situado en los alrededores, se acercó apenas oyó la explosión y comprobó que las llamas procedían del museo. El hecho de que la pared del fondo se hubiera desplomado fue la segunda pista de que el fuego había empezado en esa parte del complejo.

Lo siguiente sería buscar las causas de la explosión, sin descartar la posibilidad de que hubiera sido intencionada.

A las once de la mañana del jueves, Ramsey y Klein descubrieron que un conducto del gas estaba medio desenroscado y que la fuga había tenido lugar en el museo. La pared que se había derrumbado estaba cubierta por los restos calcinados del tubo de gas. Los dos veteranos no necesitaron buscar nada más. El fuego era de naturaleza incendiaria y había sido provocado.

Antes de que ellos finalizaran el informe, Jack Worth, el jefe de fábrica, llegó al lugar de los hechos.

Cuando aparcó en lo que había sido el complejo Connelly, Jack Worth se quedó impactado ante tanta destrucción. Aunque era un día frío y húmedo, una multitud de fisgones, que se mantenían a cierta distancia gracias a las cintas amarillas, observaban cómo los bomberos caminaban entre los escombros con sus gruesas botas para protegerse del calor que irradiaban los restos calcinados. Las mangueras rociaban con potencia los rescoldos humeantes que quedaban en el lugar. Jack se abrió paso hasta la puerta y captó la atención de un policía que garantizaba que nadie se colase dentro del perímetro delimitado por las cintas. Cuando Jack se identificó, lo llevaron hasta donde estaba uno de los jefes de bomberos, Frank Ramsey.

Ramsey fue breve.

—Sé que hablamos con usted en el hospital y quiero verificar algunas de sus declaraciones. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Más de treinta años. Me licencié en contabilidad en la Universidad de Pace y me contrataron como ayudante de contable. —Adelantándose a otras preguntas, explicó—: El anciano señor Connelly todavía vivía por entonces, pero falleció poco después de que yo empezara a trabajar aquí. Fue dos años antes del naufragio en el que murieron uno de sus hijos, su nuera y cuatro pasajeros más. A partir de ese momento, aunque yo era bastante joven, me nombraron jefe de contabilidad.

—¿Cuándo comenzó a ejercer el mando en toda la fábrica?

—Hace cinco años. Entonces teníamos un gran volumen de ventas. El antiguo jefe de fábrica se jubiló. Se llama Russ Link. Ahora vive en Florida. Puedo facilitarles su dirección. En los últimos diez años nuestros ebanistas han ido jubilándose. Gus fue el último en marcharse, justo cuando me asignaron el cargo. Para serles sinceros, fue una jubilación obligada. Sencillamente, ya no podía hacer su trabajo.

—¿Cuentan con asesoría contable externa?

—Desde luego. Quienes nos asesoran pueden testificar que el negocio iba de mal en peor.

—¿La empresa está asegurada?

—Por supuesto que sí. Y hay una póliza aparte para las antigüedades.

—¿De cuánto es ese seguro?

—De veinte millones de dólares.

—¿Por qué no funcionaban las cámaras de seguridad?

—Como les he dicho, la empresa no iba muy bien últimamente. De hecho, estábamos perdiendo muchísimo dinero.

—¿Quiere decir que no podían reparar las cámaras de seguridad?

Jack Worth estaba sentado en una silla plegable frente al jefe de bomberos Ramsey, al fondo de una furgoneta, la unidad móvil de la policía. Durante un instante rompió el contacto visual que había mantenido con Ramsey y dijo:

—El señor Connelly estaba evaluando varios sistemas de seguridad, pero no quería comprar ninguno todavía. Dijo que esperaría porque pensaba vender la empresa en cuanto recibiera una buena oferta por el terreno.

—Repetiré la pregunta que le hice en el hospital. ¿Estaba al corriente de que Kate Connelly se reuniría con Gus Schmidt aquí de madrugada?

—Claro que no —respondió Jack en un tono forzado.

—Señor Worth, volveremos a hablar con usted largo y tendido. ¿Tiene tarjeta de visita?

Jack se metió la mano en el bolsillo del pantalón.

—Lo siento. He salido sin la cartera. —Dudó un instante y luego añadió—: Lo que significa que he venido hasta aquí sin el carnet de conducir. Espero que no me pare la poli de regreso a casa.

Frank Ramsey no le siguió el juego de aligerar un poco la tensión.

—Por favor, deme su dirección y número de teléfono. ¿No estará pensando en salir de la ciudad?

—Desde luego que no. —En ese momento Jack Worth se enfureció—. Tienen que entender que todo esto me ha impactado muchísimo. Llevo más de treinta años trabajando en esta empresa. Gus Schmidt era mi amigo. He visto crecer a Kate Connelly. Ahora Gus está muerto y puede que Kate no sobreviva. ¿Cómo creen que me siento?

—Estoy seguro de que está muy afectado.

Jack Worth sabía qué estaba pensando el jefe de bomberos. Como jefe de fábrica, Jack debería haber insistido en que el complejo estuviera protegido por cámaras de seguridad. Y Ramsey tenía razón. Pero le habría gustado ver a ese tipo echándole el guante a Doug Connelly, pensó con seriedad. Ramsey podrá hacerse una idea del tipo de persona con la que tengo que lidiar.

Un policía le dio a Jack una libreta y un bolígrafo. Escribió a toda prisa su nombre, dirección y número de móvil. Se lo entregó al policía y se volvió con brusquedad. No pueden acusarme por no tener en condiciones el equipamiento, pensó mientras regresaba a su coche con las manos en los bolsillos.

Los curiosos empezaban a dispersarse. Las pocas ascuas que todavía ardían eran cada vez más pequeñas y estaban desperdigadas.

El coche de Jack era un BMW de hacía tres años. Había pensado en comprarse uno nuevo, pero ahora no podía hacerlo. No tenía trabajo y debía guardar las apariencias.

Ni siquiera era la una del mediodía, aunque tenía la sensación de que ya era medianoche. Se había acostado tarde y lo había despertado la llamada sobre el accidente en la fábrica. He dormido menos de tres horas, pensó mientras conducía hacia su casa en Forest Hills. Había mucho tráfico y recordó que no había comido nada desde la noche anterior. Al llegar a casa, se preparó algo rápido y echó una siesta.

Sin embargo, media hora después, cuando estaba sentado con una cerveza y un bocadillo de jamón y queso en la barra de la cocina que su ex mujer había diseñado con tanto cariño hacía quince años, sonó el teléfono. Era la hija de Gus Schmidt, Gretchen, que lo llamaba desde Minneapolis.

—Estoy en el aeropuerto —dijo con voz temblorosa—. Jack, prométeme que cuando la policía hurgue en el pasado de mi padre saldrás en su defensa y dirás que nunca lo tomaste en serio cuando decía que quería hacer volar la fábrica por los aires.

Jack agarró la cerveza y prometió con firmeza:

—Gretchen, diré a cualquiera que me pregunte que Gus era un hombre honrado y bueno que tuvo la mala suerte de ser víctima de las circunstancias.

Después de interrogar a Jack Worth en la unidad móvil, los jefes de bomberos Frank Ramsey y Nathan Klein se pusieron en contacto con las personas que habían hecho las llamadas de emergencia cuando escucharon la explosión en los alrededores. También llamaron a Lottie Schmidt y hablaron con algunos compañeros de trabajo de Kate.

Luego fueron a la comisaría local para terminar de redactar el informe en el que especificaban que el fuego había sido de naturaleza incendiaria y había provocado la muerte de Gus Schmidt. Pasaron el resto de la tarde en el lugar del incendio, en busca de otras pruebas.

La siguiente persona con la que querían hablar era Hannah Connelly. La llamaron al teléfono móvil. Les comentó que se iría pronto del hospital y que podían reunirse con ella en su piso. Los inspectores recogieron la ropa de Gus Schmidt en la oficina forense y luego se dirigieron hacia Downing Street. Fue entonces cuando se encontraron con Hannah en la puerta del ascensor.

No estuvieron mucho rato en su apartamento.

—Señorita Connelly, sé lo afligida que estaba esta mañana, y lo último que queríamos era molestarla. Pero nos gustaría repasar los hechos con usted —dijo Ramsey—. ¿No sabía que su hermana se reuniría con el señor Schmidt en el museo la madrugada pasada?

—No, no me lo dijo. Kate solo me explicó que cenaría con mi padre. Solemos hablar casi todos los días, pero ayer tuve mucho trabajo y hasta primera hora de la noche no me enteré de sus planes.

—Algunos compañeros de su hermana han mencionado que estaba preocupada y que por lo general comentaba abiertamente que la empresa familiar iba de mal en peor y que debían venderla.

Después de prepararle una taza de té a Hannah, Jessie se sentó junto a ella en el sofá con gesto protector. No pretendía entrometerse, pero sus instintos de abogada criminalista le advertían de que, por la forma en que los investigadores realizaban las preguntas, daban por sentado que Kate había provocado el incendio.

Jessie se dirigió a Nathan Klein.

—Jefe Klein, está claro que Hannah no sabía que su hermana había planeado ir al complejo en la madrugada del jueves. Conociendo a Kate, estoy segura de que habrá alguna explicación al respecto, pero creo que no deberían hacer más preguntas hasta que la señorita Connelly haya descansado un poco.

Klein permaneció inmutable.

—No creo que a la señorita Connelly —asintió con un gesto de la cabeza en dirección a Hannah— le importe responder a unas cuantas preguntas más mientras tenga fresca la memoria sobre las circunstancias en que se ha producido la explosión que ha acabado con la vida de una persona.

Jessica miró a Hannah.

—No estoy de acuerdo. Soy abogada y amiga íntima tanto de Hannah como de Kate Connelly. En sus palabras percibo un tono de sospecha y acusación. —Dirigió la mirada hacia Hannah—. ¿Me das permiso para actuar como la representante legal de Kate al menos de momento, Hannah?

Hannah observó a Jessie, su mente era un caleidoscopio. Cuando había ido al hospital esa tarde, agradeció que Jessie estuviera allí. El médico permitió que ambas vieran a Kate.

—¿No responde a ningún estímulo o tiene algún nivel de conciencia? —había preguntado Hannah al doctor Patel.

—Le hemos dado unos sedantes muy fuertes —contestó el médico.

Jessie y ella permanecieron en la sala de espera un par de horas más. Cuando ya se iban, llegó Douglas Connelly con una joven.

—Sandra conoció a Kate anoche —explicó Doug—. Ha venido a acompañarme.

—No voy a permitir que una desconocida vea a mi hermana. —Hannah se dio cuenta de que había subido el tono de voz.

—No quiero entrometerme —dijo Sandra intentando limar asperezas.

Doug decidió entrar solo en la UCI. Después de un rato Hannah se unió a él. Se quedó mirándolo detenidamente mientras Doug se inclinaba sobre Kate. Le dio la impresión de que su hermana movía los labios. Cuando su padre se enderezó, Hannah vio que estaba pálido.

—Papá, ¿te ha dicho algo? —preguntó Hannah, desesperada por oír que Kate podía comunicarse.

—Ha dicho: «Te quiero, papá. Te quiero».

En su fuero interno Hannah pensó que su padre estaba mintiendo. Pero ¿por qué iba a hacerlo?

Jessie estaba mirando a Hannah.

¿Qué me ha preguntado Jessie?, pensó Hannah. Se refería al tema de la representación legal de Kate.

—Por supuesto, quiero que mi leal amiga Jessie represente a mi hermana en esta situación —dijo.

—Entonces, como abogada de Kate Connelly, exijo que no intenten verla en el hospital o hablar con ella a menos que sea en mi presencia.

Los jefes de bomberos se marcharon poco después y señalaron que se mantendrían en contacto. Aliviadas por el momento, Hannah y Jessie se acercaron a la tienda gourmet del barrio y pidieron unos bocadillos. Luego volvieron al hospital. Kate, sumida en un coma profundo, no volvió a hablar.

Mientras estaba en el hospital, Hannah llamó a Lottie Schmidt, le dio su más sentido pésame y prometió acudir al funeral de Gus. Lottie le dijo que se celebraría al día siguiente por la tarde.

Después Hannah insistió en que Jessie volviera a casa en taxi.

—Ya has tenido un día larguísimo con los Connelly.

Y minutos después ella también paró un taxi.

Una vez en su piso, Hannah se fue directamente a la cama. Dejó el móvil encendido toda la noche, con el volumen a tope. Necesitaba dormir, pero le preocupaba no oír las llamadas. Sin embargo, estuvo más de una hora tumbada con los ojos cerrados, pensando en lo que Kate habría dicho a su padre para que él reaccionara de esa manera. ¿Qué expresión había visto Hannah en el rostro de Doug?

Cuando estaba a punto de quedarse dormida, obtuvo la respuesta. Miedo. Su padre estaba aterrorizado por lo que Kate le había susurrado.

¿Quizá había admitido que provocó el incendio?

Kate estaba atrapada en un pozo. No había agua, pero ella sabía que era un pozo. Algo tiraba de su cuerpo hacia abajo, y tenía la cabeza separada del cuello. A ratos oía el murmullo de unas voces, algunas de ellas eran conocidas.

Mamá. Kate prestó atención. Mamá le dio un beso de despedida y le prometió que algún día ella también saldría a navegar de noche.

Papá le dio otro beso de despedida.

—Te quiero, pajarito mío.

¿Eso estaba ocurriendo? ¿O era un sueño?

La voz de Hannah:

—Aguanta, Kate. Te necesito.

La pesadilla. El camisón de flores y la carrera por el pasillo. Era muy importante recordar lo que había ocurrido. Casi lo logró. Durante un instante lo visualizó. Estaba segura de ello.

Pero todo volvió a oscurecerse.

Los jefes de bomberos no se reunieron con Doug Connelly hasta la noche.

Llamaron al hospital y supieron que había visitado a su hija por segunda vez a última hora de la tarde. Lo había acompañado una joven, pero ella no había entrado con él en la UCI, mientras que sí lo hizo su hija Hannah minutos después.

Fueron a comprar algo de comer y luego esperaron a Doug en la entrada de su piso, pero no se presentó hasta las nueve de la noche, en compañía de Sandra.

Los invitó a subir y enseguida preparó unas copas para él y su novia.

—Tengo entendido que cuando están de servicio no pueden beber —dijo.

—Es cierto.

Ni a Ramsey ni a Klein les molestó que él, que ya iba un poco achispado, se sirviera con tanta generosidad un vaso de *whisky*. *In vino veritas*, pensó Ramsey. Y con el *whisky* seguro que saldrían a la luz más verdades.

Cuando se sentaron, Sandra comentó:

—El pobre Doug se ha derrumbado después de ver a Kate. Así que he insistido para que saliéramos a cenar. Apenas ha comido nada en todo el día.

Sin conmovearse ni una pizca, Ramsey y Klein empezaron a interrogar a Douglas Connelly.

Él hablaba arrastrando las palabras y dudaba mientras evitaba explicar sus diferencias con Kate.

—El negocio no iba muy bien, pero yo siempre intentaba explicarle a Kate que no era para tanto. Piensen en lo que valía ese terreno en Long Island City hace treinta años. Una miseria comparado con lo que vale ahora. Long Island City está cambiando. La gente se está mudando a esa zona. Por fin se han dado cuenta de lo cerca que está de Manhattan. Los artistas están llegando en bandadas, como cuando se instalaron en Williamsburg. Hasta hace poco se podía vivir en Williamsburg por casi nada. Ahora está de moda. Con Long Island City está pasando lo mismo. Teníamos una oferta por el terreno. Si lo aceptáramos ahora, en cinco años recuperaríamos todo el dinero que hemos perdido.

—Por lo que nos han comentado otras personas, parece que su hija Kate estaba convencida de que la empresa estaba perdiendo muchísimo dinero —dijo Ramsey.

—Kate es tozuda. Incluso de niña lo quería todo enseguida... ahora mismo... nada para mañana.

—¿Cree que esa impaciencia podría haberle llevado a conchabarse con Gus Schmidt para destruir el complejo?

—¡Kate no haría algo así!

Para los jefes de bomberos, el tono airado de Doug era una forma de ocultar su miedo. Tenían muy claro lo que él estaba pensando. Si un miembro de la familia había provocado el incendio para cobrar el seguro, la compañía no los indemnizaría.

Pasaron a las preguntas sobre la relación de Kate con Gus.

—Tenemos entendido que se mostró muy comprensiva con él cuando lo obligaron a jubilarse.

—Hablen con el jefe de fábrica, Jack Worth. El trabajo de Gus era cada vez más torpe. Todas las personas de su edad ya se habían jubilado. Él no quería dejarlo. Aparte de los beneficios, le dimos el equivalente a un año de su salario. Pero seguía insatisfecho. Era un viejo amargado.

—¿No fue Kate quien insistió en esa bonificación?

Ramsey le lanzó la pregunta a Doug.

—Puede que ella lo sugiriera.

—Señor Connelly, algunos de sus empleados se han ofrecido como voluntarios para contar lo que saben. Nos han comentado que Gus Schmidt decía textualmente que no había nada que no hubiera hecho por Kate...

—Está claro que Gus sentía mucho cariño por Kate —respondió Doug.

Cuando se marcharon al finalizar el interrogatorio, los inspectores, aunque estaban abiertos a todas las posibilidades, tenían la intuición de que Kate había encontrado a alguien dispuesto a hacer lo que había dicho a muchas personas.

Hacer volar por los aires el complejo Connelly.

Después de interrogar a Douglas Connelly, Frank Ramsey y Nathan Klein pusieron punto final a su jornada. Volvieron en coche hasta Fort Totten, llamaron a su supervisor, completaron los informes y se marcharon a casa. Habían estado de servicio casi veinticuatro horas.

Ramsey vivía en Manhasset, una bonita urbanización en Long Island. Suspiró aliviado cuando llegó a su casa y presionó el botón del mando a distancia para abrir el garaje. Estaba acostumbrado al mal tiempo, pero las horas que había pasado fuera en un día frío, húmedo y ventoso lo habían dejado calado a pesar de la vestimenta térmica. Necesitaba una ducha de agua caliente, ropa cómoda y una copa. Y aunque echaba de menos a su hijo, que estaba cursando el primer año en la Universidad de Purdue, estaba encantado de estar a solas con Celia esa noche, pensó.

No importa cuántos años lleve en esta profesión. Sigue afectándome que un hombre muerto acabe en la oficina forense y que una joven sea trasladada de urgencia en una ambulancia, se dijo. Frank Ramsey era un hombre fuerte que medía un metro ochenta. A sus cuarenta y ocho años, aunque pesaba casi noventa kilos, tenía el cuerpo fibroso gracias al ejercicio. Si pensaba en los hombres de su familia, sabía que por herencia tendría canas a los cincuenta años, pero, para su sorpresa y alegría, de momento solo tenía unas pocas. Era un hombre de trato fácil, pero eso cambiaba de forma radical si se percataba de cualquier incompetencia entre sus subordinados. En el departamento era querido por todos.

Su mujer, Celia, oyó que aparcaba el coche en el garaje y le abrió la puerta de la cocina. Hacía cinco años le habían realizado una doble mastectomía y, aunque el médico le había dado el alta definitiva, Frank siempre temía que un día, al llegar a casa, ella ya no estuviera. Al verla con el pelo castaño sujeto en una coleta, la sudadera y los pantalones de chándal que tan bien le sentaban y con una sonrisa de bienvenida, sintió un nudo en la garganta.

Si le ocurriera algo... Apartó ese pensamiento mientras la besaba.

—Menudo día has tenido —comentó ella.

—Y qué lo digas —le confirmó Frank.

Olió el reconfortante aroma a carne guisada que emanaba de la olla. Era la comida que Celia solía preparar cuando había un incendio importante, y eso que en esos casos nunca había manera de saber cuándo llegaría su marido a casa.

—Dame diez minutos —dijo él—. Y me tomaré una copa antes de cenar.

—Claro.

Pasados quince minutos estaba sentado con ella en el sofá del salón, delante de la chimenea. Tomó un trago del *martini* con vodka y se comió la aceituna que adornaba el cóctel. La televisión estaba puesta en un canal de noticias.

—Llevan todo el día mostrando el incendio —comentó Celia— y han recuperado las imágenes del naufragio en el que murió la madre de Kate Connelly y su tío hace

años. ¿Sabes algo más de ella?

—Está en coma —respondió Frank.

—Es una pena lo de Gus Schmidt. Lo había visto un par de veces.

Cuando su marido puso cara de sorpresa, ella se explicó:

—Lo conocí cuando iba a quimioterapia en Sloan-Kettering. Su mujer, Lottie, también estaba en tratamiento. Lo siento por ella. Era evidente que estaban muy unidos. Debe de estar destrozada. Si no recuerdo mal, tienen una hija, pero vive en algún lugar de Minnesota.

Hizo una pausa y añadió:

—Intentaré averiguar dónde será el funeral. Si hay una ceremonia, me gustaría asistir.

Así es Celia, pensó Frank. Si hay una ceremonia, irá. Mucha gente piensa así pero luego no lo hace. Tomó otro trago de su *martini* sin sospechar que el nexo entre su mujer y Lottie Schmidt le desvelaría un aspecto importante de la investigación sobre la explosión de Mobiliario antiguo de imitación Connelly.

La curiosidad de Mark Sloane por su vecina quedó rápidamente satisfecha cuando compró el periódico del viernes. Lo leyó mientras desayunaba un bollo y un café en una cafetería de camino a su despacho. El complejo en llamas salía en primera plana y en las páginas interiores vio una foto de Hannah Connelly en la entrada del hospital, subiendo a un taxi a toda prisa con ayuda de su padre. Qué irónico, pensó. Tanto la empresa que había dejado como en la que estaba ahora trataban con propiedades empresariales. Había visto muchos edificios que habían sido convenientemente arrasados por las llamas cuando se convertían en un lastre económico.

Recordaba cuando Billy Owens, el dueño de un restaurante en Chicago, había cobrado una altísima póliza de seguros tras un segundo incendio que levantaba sospechas. El investigador de la compañía aseguradora había comentado con sarcasmo que la próxima vez que Billy necesitara desprenderse de una propiedad debería intentar inundarla.

Mientras daba un mordisco al bollo, Mark leyó que la viuda de Gus Schmidt insistía en que había sido Kate Connelly, la hija del dueño, quien había propuesto la cita de madrugada en el complejo. Sin embargo, según afirmaban los periódicos, Schmidt era un ex trabajador resentido con la empresa. La mente analítica de Mark coqueteó con la idea de que Schmidt era el cómplice perfecto de alguien que quisiera quemar el complejo. Había una foto de Kate Connelly en el periódico. Era una rubia preciosa.

En cualquier caso, era una coincidencia interesante que la hermana de esa chica viviera justo en el piso de abajo. No la había visto bien por las gafas de sol y porque ella le daba la espalda para que no la viera llorando. Pero estaba claro que no se parecía a su hermana en absoluto. La amiga que la acompañaba, con el pelo de color rojo y una actitud sobreprotectora, le había impactado.

Cuando aceptó la segunda taza de café de la camarera de la barra, se centró en su situación personal. Había ido desde Chicago al nuevo despacho con bastante frecuencia como para familiarizarse con sus compañeros, así que reabría el caso de la desaparición de Tracey lo antes posible. No es solo por mamá, pensó. Yo tampoco he dejado de pensar nunca en Tracey. Cuando escuché la historia de esa mujer que había desaparecido a los catorce años y escapó de su captor doce o catorce años después, me pregunté si Tracey podía estar retenida contra su voluntad en algún lugar.

Este mes habría cumplido cincuenta años. Pero para mí no ha envejecido, se dijo. Siempre tendrá veintidós.

Pagó la cuenta y salió a la calle. A las ocho de la mañana, el Greenwich Village era un hervidero de gente que se dirigía hacia el metro. Aunque hacía frío, no parecía que fuera a llover, y Mark se sintió feliz de ir andando al trabajo. Oficialmente no

tenía que empezar en el nuevo despacho hasta el lunes, pero acercarse ese mismo día le permitiría empezar de una vez el proceso de adaptación. Por el camino pensó en el investigador que se había encargado del caso de Tracey. Nick Greco. Mamá dijo que por aquel entonces debía de tener unos treinta años, así que ahora tendrá sesenta. Seguro que está jubilado, pensó. Intentaré encontrarlo en *Google*.

El viernes por la mañana, un funcionario de la oficina forense entregó el cuerpo de Gus Schmidt a Charley Walters, el director de la funeraria que Lottie había escogido.

—Si le sirve de consuelo a la viuda —comentó el funcionario—, la muerte fue instantánea. Murió al recibir el impacto de la escalera que se derrumbó encima de él. No sintió las quemaduras de las manos cuando lo sacaron fuera a rastras.

El cuerpo de Gus sería llevado al tanatorio para que pudieran velarlo. Al día siguiente sería incinerado.

El funcionario, un técnico de laboratorio delgaducho y de unos treinta años, era nuevo en su trabajo y le resultaba emocionante. Había leído con voracidad todo lo relativo a la explosión que había destruido el complejo Connelly y había pensado en el motivo que había llevado a Gus Schmidt y Kate Connelly a reunirse allí a esas horas de la madrugada. Aunque sabía que no tenía derecho a preguntar, su curiosidad fue más fuerte que él.

—¿Sabe qué hacían en ese lugar Schmidt y la señorita Connelly?

Consciente de que se trataba de una conversación entre colegas, Walters respondió:

—Nadie ha dicho nada, pero todo el mundo sabe que Gus Schmidt nunca superó el hecho de que lo despidieran.

—Un par de jefes de bomberos vinieron ayer a recoger su ropa. Cuando se produce un incendio sospechoso, lo primero que hacen es examinar la ropa de las víctimas en busca de pruebas.

—Siempre que tenemos un funeral con algún incendio de por medio hay una investigación —aclaró Walters—. Algunos de ellos son provocados por la mano de Dios, como cuando cae un rayo. Otros son accidentes, como cuando los niños juegan con cerillas. Hace poco hubo un caso como este. El niño de tres años logró salir corriendo, pero su abuela murió intoxicada por el humo mientras lo buscaba. O a lo mejor hay gente que no puede vender una casa o un negocio y quiere cobrar el seguro. Dicen que la empresa de Connelly estaba yéndose a pique.

Walters se dio cuenta de que estaba hablando demasiado. Tenía que firmar los documentos necesarios para la recogida del cuerpo de Gus Schmidt y ponerse en marcha.

Tras pasar la noche en vela, Lottie Schmidt durmió un sueño ligero durante las primeras horas de la mañana del viernes. La última vez que vio el reloj, marcaba las cuatro y cinco, justo la hora en que Gus se había marchado el día anterior. Su esposo no había sido un hombre que demostrara sus sentimientos. En el momento de decirle adiós, se había inclinado y le había dado un beso de despedida. Lottie se preguntó si habría intuido que nunca más regresaría a casa.

Fue el último pensamiento que tuvo antes de dormirse. Más tarde, la despertó el agua de la ducha. Durante unos segundos, llena de esperanza, pensó que era Gus, pero entonces se dio cuenta de que se trataba de Gretchen, que había llegado desde Minneapolis a última hora de la tarde del día anterior.

Lottie suspiró y, con gesto cansado, se incorporó en la cama. Buscó a tientas el albornoz que tenía desde hacía diez años y metió los pies en las zapatillas. El albornoz había sido un regalo de Navidad de Gus. Se lo había comprado en Victoria's Secret. Recordó que, al ver el envoltorio, pensó que Gus se había gastado el dinero en uno de esos camisones con escote que ella jamás se pondría. Pero al desenvolver el paquete se encontró con un bonito albornoz azul de satén con un cálido forro. Y era lavable.

Ya no fabricaban ese tipo de prendas. En cuanto bajaba la temperatura, ella lo sacaba del armario y se lo ponía al levantarse. Tanto a Lottie como a Gus les gustaba madrugar; siempre se despertaban antes de las siete y media. Gus solía adelantarse para tener preparado el café cuando ella bajara.

Además, se encargaba de recoger los periódicos, y desayunaban en silencio. Lottie siempre era la primera en leer el *Post*. A Gus le gustaba el *News*. Ambos tomaban zumo de naranja y comían cereales con trozos de plátano porque el médico les había dicho que era la mejor forma de empezar el día.

Sin embargo, esa mañana no habría un café esperándola. Y tendría que ir a la entrada de la casa para recoger los periódicos. El chico que los repartía no solía llegar hasta la puerta para entregarlos porque no le gustaba dar marcha atrás en dirección a la calle.

El agua de la ducha todavía corría cuando Lottie pasó junto al baño. Pensó que Gus se habría enfadado por el consumo innecesario de agua caliente. Él odiaba el derroche.

Mientras bajaba las escaleras dejó de preocuparse por el hecho de que Gretchen mostrara las fotos de su carísima casa de Minnesota durante el velatorio de Gus. La gente que nos conoce se preguntará cómo puede permitirse una casa tan lujosa. Divorciada y sin hijos, después de trabajar durante años en una compañía telefónica, Gretchen se había hecho masajista. Y es muy buena, pensó Lottie con lealtad hacia su hija. Aunque no gane mucho dinero, ha creado un bonito círculo de amigos. Es muy activa en la iglesia presbiteriana. Pero no piensa las cosas, habla demasiado. Lo único

que tendría que decir es...

Lottie no concluyó ese pensamiento. En lugar de hacerlo, entró en la cocina, encendió la cafetera y abrió la puerta.

Al menos no estaba lloviendo. Caminó hasta la entrada y se agachó con cuidado para no perder el equilibrio. Recogió los tres periódicos: el *Post*, el *News* y el *Long Island Daily*, y los llevó a la casa.

Una vez dentro, les quitó los envoltorios protectores y los desenrolló. Los tres tenían en la portada la foto del incendio en el complejo Connelly. Con dedos temblorosos, fue a la página tres del *Post*. Había una foto de Gus bajo el siguiente titular:

«Víctima del incendio, un empleado resentido con Mobiliario antiguo de imitación Connelly».

«No es casualidad que seas pelirroja» era el comentario que solía hacer el padre de Jessica a medida que ella crecía. A los veintiún años, Steve Carlson se había licenciado en la academia de policía de Nueva York, y durante los siguientes treinta años se dedicó a escalar posiciones, hasta que se jubiló siendo capitán. Se había casado con Annie, su novia del instituto, y cuando fue evidente que la familia numerosa que querían tener no iba a ser una realidad, convirtió a su única descendiente, Jessica, en su acompañante en los acontecimientos deportivos.

A pesar de lo unidos que estaban Annie y él, su esposa prefería quedarse en casa leyendo un libro a estar sentada a la intemperie, pasando frío o calor, viendo cualquier tipo de partido.

A los dos años Jessica iba sobre los hombros de Steve al estadio de los *Yankees* en verano y al de los *Giants* en otoño. Había sido la goleadora estrella en el equipo de fútbol del colegio y era una tenista muy competitiva.

Su decisión de estudiar derecho había emocionado a sus padres, pero cuando eligió ser abogada criminalista, Steve no se sintió tan encantado.

—El noventa por ciento de los acusados son culpables sí o sí —comentó su padre en una oportunidad.

La respuesta de ella fue:

—¿Y qué pasa con el otro diez por ciento y las circunstancias atenuantes?

Jessie trabajó dos años como abogada en el tribunal penal de Manhattan y luego aceptó una oferta en un despacho que empezaba a especializarse en el área criminalista.

El lunes por la mañana, Jessie entró en el despacho de su jefa, Margaret Kane, una antigua fiscal federal, y le comunicó que había aceptado defender a Kate Connelly contra una posible acusación de incendio provocado.

—Quizá la cosa no se quede ahí —dijo a Kane—. Tal como lo veo, es posible que intenten acusar a Kate de ser cómplice de la muerte de Gus Schmidt.

Margaret Kane escuchó los detalles sobre el caso.

—Adelante —dijo—. Envía a la familia el contrato habitual y el anticipo de la minuta. —Luego añadió con parquedad—: La presunción de inocencia tal vez no sea el mejor alegato en esta ocasión, Jess. Pero mira a ver qué puedes hacer por tu amiga.

Clyde Hotchkiss había vivido en las calles de distintas ciudades desde mediados de los 70. Era un veterano condecorado de la guerra de Vietnam; fue recibido como un héroe cuando regresó a Staten Island, pero su experiencia en la guerra le obsesionaba. Comentaba sus recuerdos con el psiquiatra para veteranos del hospital, sin embargo había uno que no podía desvelar, y eso que lo tenía muy fresco en la memoria: la noche en Vietnam en la que él y Joey Kelly, el chico más joven del pelotón, se vieron atrapados por una ráfaga de fuego enemigo.

Joey siempre había hablado de su madre, de lo unidos que estaban, y de la muerte de su padre cuando él era un bebé. Clyde y Joey se arrastraban hombro con hombro hacia una arboleda que les ofrecería refugio cuando hirieron a Joey.

Clyde lo abrazó y se dio cuenta de que Joey estaba sujetándose las tripas para que no se le salieran. El joven susurró: «Dile a mi madre que la quiero mucho». Y después empezó a gritar: «Mamá, mamá, mamá...». La sangre empapó el uniforme de Clyde, y Joey murió en sus brazos.

Clyde se había casado con su novia del instituto, Peggy, «la devota Margaret Monica Farley», como la había llamado el periódico local de Staten Island. Se habían reído muchísimo con aquello. Algunas veces, cuando Clyde la llamaba para decirle que llegaría tarde del trabajo, le decía:

—¿Tengo el privilegio de hablar con la devota Margaret Monica Farley?

Dotado para cualquier tarea relacionada con la construcción, Clyde consiguió un puesto en una constructora local y se convirtió rápidamente en la mano derecha del jefe.

Tres años más tarde nació Clyde hijo, y no tardaron en ponerle el apodo de *Skippy*.

Clyde amaba a su mujer y a su hijo con una pasión profunda y duradera, pero los llantos del bebé le hacían recordar a Joey, sobre todo a aquel al que había visto morir.

Comenzó a beber. Un cóctel con Peggy después de un duro día de trabajo, vino durante y después de la cena... Cuando Peggy expresó su preocupación, él empezó a ocultar el vino en distintos lugares. Cuando ella perdió la paciencia, le rogó que buscara ayuda.

—La guerra vuelve a afectarte —dijo Peggy—. Clyde, tienes que ir al hospital de veteranos y hablar con alguno de los médicos de allí.

Cuando a *Skippy* empezaron a salirle los dientes, todas las noches los despertaba gritando: «Mamá, mamá, mamá...», y Clyde supo que jamás podría vivir una vida normal, que necesitaba estar solo.

Unos días antes de Navidad, cuando Peggy y el bebé estaban en casa de los padres de ella en Delray Beach, Florida, donde vivían felices porque se habían jubilado antes de tiempo, Clyde supo que todo había terminado. Se bebió una botella de vino tinto, se puso una camisa de franela, unos vaqueros gruesos y unas botas.

Guardó los guantes en el bolsillo de su cálida chaqueta vaquera y escribió una nota: «Mi devota Margaret Monica, mi pequeñín *Skippy*. Lo siento. Os quiero mucho, pero no puedo vivir así. Todo el dinero de nuestros ahorros es para ti, Peggy, y para *Skippy*. Por favor, no lo gastes buscándome».

Clyde no firmó la nota. Sacó sus siempre lustrosas medallas del aparador del salón y las dejó sobre la mesa. Luego cogió la foto enmarcada de Peggy, *Skippy* y él, y la metió en la mochila que ya había llenado con un par de botellas de vino.

Se aseguró de que la puerta trasera de su pequeño rancho en Staten Island quedara cerrada con llave y empezó su paseo de cuarenta años hacia ninguna parte...

En la actualidad tenía sesenta y ocho años, se estaba quedando calvo, renqueaba porque se había roto la cadera cuando se cayó en las escaleras del metro y no se afeitaba a menos que encontrara una cuchilla en alguna papelera. Clyde vivía una vida solitaria.

Pasaba los días mendigando por las calles, lo suficiente para comprar bebida. Al principio vivió varios años en Filadelfia e incluso realizó algunas chapuzas para tener algo de calderilla. Pero cuando los vagabundos con los que pasaba la noche empezaron a mostrarse demasiado amistosos, desconfió. Así que partió rumbo a Baltimore, donde vivió unos cuantos años más. Hasta que un día sintió la necesidad de regresar a su ciudad. Para entonces habían pasado varias décadas.

Cuando por fin volvió a Nueva York, se paseó por los cinco distritos, aunque tenía una rutina bastante marcada. Normalmente desayunaba en el albergue para indigentes de San Francisco de Asís y después iba a otros lugares parecidos a este en los diferentes distritos, donde también conseguía comida. El único albergue que evitaba era el de Staten Island, aunque suponía que Peggy se había ido con *Skippy* a Florida a vivir con sus padres.

La vara y el cayado de Clyde eran esas botellas de vino que mitigaban el dolor y calentaban su envejecido cuerpo durante las frías noches que pasaba a la intemperie, pues siempre esquivaba los cuidados de los voluntarios que intentaban protegerlo de los tempestuosos vientos invernales. Tenía mucho ingenio para dormir de tapadillo en los cementerios de las iglesias o en edificios en ruinas, independientemente de la ciudad en la que se encontrara. Ahora buscaba refugio en las estaciones de metro abandonadas o entre los coches de algún aparcamiento, después de que el guarda cerrara el lugar por las noches.

Con los años había desarrollado un sexto sentido que lo mantenía siempre alerta. En una ocasión, cuando se encontraba en Filadelfia, golpeó a un policía que se había empeñado en llevarlo a un albergue y estuvo a punto de pasar la noche en prisión. Al final accedió a ir al refugio, pero no quiso que eso volviera a ocurrirle jamás. Demasiada gente. Demasiada cháchara.

Clyde empezó una nueva vida en el complejo Connelly hacía poco más de dos años. Una noche, alrededor de las once, entró en el metro con su carrito de la compra y recorrió varias estaciones, hasta que se quedó dormido. Al despertarse se

encontraba en la estación de Long Island City y decidió salir del metro. Clyde recordaba vagamente que ya había estado en esa zona y que todo eran antiguas fábricas, algunas vacías y otras en funcionamiento. Su sentido de la orientación, que todavía conservaba, lo ayudó y lo llevó hasta el complejo Connelly, una joya en medio de aquel barrio mugriento.

Las pocas luces que vio conducían a la entrada de los edificios. Avanzó con cautela para evitar que lo captaran las cámaras de seguridad. No se acercó a las edificaciones. Supuso que habría algún vigilante somnoliento.

Pero entonces, en uno de los extremos de la propiedad, una vez pasada la zona donde aparcaban los coches, encontró un recinto aislado que le recordó a un aparcamiento techado donde se había refugiado en Staten Island. Solo que este era más grande. Mucho, mucho más grande, se dijo.

Una por una, contó las furgonetas que había. Tres grandes, del tamaño ideal para transportar un montón de cosas, y dos medianas. Una por una, probó todas las puertas. Estaban cerradas con llave.

Finalmente vio otra. Al fondo del todo. Era una noche nublada, pero le bastó para ver que esa furgoneta había sufrido un accidente. El techo estaba destrozado, la puerta lateral no se cerraba, tenía el parabrisas hecho añicos y los neumáticos deshinchados.

Pensó que no estaría mal dormir debajo de la furgoneta y salir por la mañana, antes de que apareciera alguien. Entonces se le ocurrió algo. Probar con las puertas traseras. Tenía mucho frío y el carro pesaba. Movié las manillas y cedieron. El sonido que emitieron fue para él como una señal de bienvenida.

Sacó una linterna bolígrafo de su mugriento bolsillo, apuntó hacia el interior de la furgoneta y soltó un suspiro de placer. Las paredes y el suelo estaban forrados con un acolchado de algodón grueso. Clyde entró, levantó el carrito, lo colocó en el fondo y cerró las puertas.

Inspiró y se alegró al percibir un olor rancio. Eso significaba que nadie había abierto esas puertas hacía mucho tiempo. Temblando de emoción, sacó del carro unos periódicos que harían la función de colchón y los harapos que le servirían de manta. No se había sentido tan cómodo desde hacía muchos años. Con la plena seguridad de que estaba solo, se bebió una botella de vino y se quedó dormido.

No importaba lo tarde que era cuando encontraba un lugar donde dormir, su reloj biológico lo despertaba invariablemente a las seis de la mañana. Recogió los harapos, los metió en el carrito, se abrochó el abrigo y abrió las puertas traseras de la furgoneta. En cuestión de minutos estaba a varias manzanas de distancia con sus pertenencias; era otro mendigo en su viaje interminable a ninguna parte.

Al final del día regresó a la furgoneta, y así acabó convirtiéndose en su lugar de retiro nocturno.

A veces oía que las otras furgonetas salían para hacer algún reparto, rumbo a un lugar lejano. A veces incluso oía murmullos, pero pronto se dio cuenta de que no

constituían ningún peligro para él.

Y siempre se marchaba a las seis en punto con todas sus pertenencias. No dejaba rastro de haber estado allí, salvo por un detalle, los periódicos que habían empezado a amontonarse.

Solo hubo un incidente en los dos años previos a la madrugada de la explosión que lo obligó a salir corriendo, justo a tiempo para escapar de los bomberos y la policía. Fue la noche en la que esa chica lo siguió desde el metro y consiguió meterse en la furgoneta antes de que él cerrara la puerta. Era una universitaria que al parecer solo quería hablar con él. Clyde extendió los periódicos, se arropó con los harapos y cerró los ojos. Pero ella no paraba de hablar. Y él no podía beberse su botella de vino en paz. Recordaba haberse incorporado y haberle pegado un puñetazo en la cara.

Pero ¿qué ocurrió después? No lo sabía. Había bebido mucho y se había quedado profundamente dormido muy deprisa. Al despertar, ella ya no estaba. Eso quería decir que debía de estar bien. ¿O había gritado después de que la golpeará? ¿La he metido en el carrito y la he sacado de aquí? No, creo que no, pensó. En cualquier caso, ya no estaba.

Estuvo unos días sin regresar a la furgoneta. Cuando lo hizo, no hubo problema. Supuso que la chica no se lo habría contado a nadie.

Cuando se produjo la explosión, Clyde salió corriendo antes de que llegaran los bomberos e intentó meterlo todo en el carrito. Sin embargo, temía haberse dejado alguna de sus pertenencias.

Echo de menos mi lugar secreto, pensó Clyde con tristeza. Allí me sentía tan seguro que nunca soñaba con Joey.

No era tan tonto como para regresar al complejo incendiado al día siguiente. En un periódico que había encontrado en una papelería de Brooklyn había leído que un tipo que trabajaba en la fábrica y la hija del dueño estaban en el complejo en el momento de la detonación, y se sospechaba que ellos habían provocado el incendio. Qué raro que no los hubiera oído esa noche. Ahora el lugar debía de estar plagado de policías.

Seguramente jamás volvería a su furgoneta. Ni siquiera cuando se dio cuenta de que, con las prisas, había olvidado la foto de Peggy, Skippy y él. Se encogió de hombros. Nunca miraba esa foto. ¿Qué más daba? Casi no recordaba a su familia. Ojalá pudiera olvidar también a Joey.

Aterrorizada ante la idea de que no oiría las llamadas del doctor Patel, Hannah había dormido con el volumen del móvil al máximo. Estaba tan agotada que concilió el sueño de inmediato. Tan pronto como se despertó a las siete de la mañana del viernes, llamó al hospital. La enfermera de la UCI le dijo que Kate había pasado una noche tranquila.

—¿Ha intentado decir algo? —preguntó Hannah.

—No. La sedación es muy fuerte.

—Pero ayer por la tarde, a última hora, dijo algo a mi padre.

¡Oh, Dios!, y si en algún momento confiesa que provocó el incendio y la oyen, pensó Hannah, muerta de miedo, ¿qué ocurrirá?

—Dudo que pronunciara una frase coherente, señorita Connelly.

La enfermera intentó tranquilizarla.

—No ha habido ningún cambio en su estado, y eso es una buena señal. Estoy segura de que el médico ya se lo ha explicado.

—Sí, sí. Gracias. Enseguida estaré ahí.

Hannah colgó el teléfono y se quedó un buen rato tumbada en la cama. ¿Qué día es hoy?, se preguntó. Luego repasó todo lo que había ocurrido en un día y medio, desde la explosión. El miércoles había sido un día genial en el trabajo, cuando le dijeron que tendría su propia línea de moda. No llamó a Kate, recordó, porque iba a reunirse con papá y su última novia, Sandra. Jessie y yo salimos a cenar. Llegué a casa, miré la tele y me fui a dormir. Luego recibí la llamada de Jack a eso de las cinco de la mañana. ¿Eso fue el jueves? ¿De verdad que todo eso ocurrió ayer?

Intentó ordenar cronológicamente los acontecimientos del jueves. La carrera hasta el hospital. Esperar a que apareciera su padre. Aguardar hasta que Kate saliera del quirófano y luego ir al trabajo. Eso fue una idiotez, se dijo en ese momento. ¿Qué pretendía hacer? Por fin volví al hospital y, gracias a Dios, me encontré con Jessie. Después papá y Sandra se presentaron en la sala de espera a última hora de la tarde. Entramos en la UCI y al parecer Kate le dijo algo a papá. Regresé a casa y tuve que lidiar con los jefes de bomberos otra vez. Cuando se marcharon, Jessie y yo nos comimos unos bocadillos en la tienda gourmet del barrio y fuimos de nuevo al hospital.

Por la tarde papá entró a ver a Kate antes que yo, recordó. Cuando me acerqué a la cama, papá estaba inclinado sobre Kate, y era obvio que se asustó mucho con lo que ella le dijo.

¿Sabrá Kate que Gus ha muerto? ¿Se habrá disculpado con él por haber provocado el incendio?

No lo creo.

Encendió la tele con el mando, pero se arrepintió enseguida. La noticia principal era el incendio.

«La pregunta es por qué Kate Connelly, la hija del dueño, estaba a esas horas en el complejo con Gus Schmidt, un antiguo empleado al que habían despedido hacía cinco años», comentó el presentador.

Era la primera vez que Hannah veía imágenes del complejo calcinado. ¿Cómo consiguió Kate salir con vida?, se preguntó. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo logró salir con vida?

Apagó la televisión. Cuando se levantó de la cama se dio cuenta de que llevaba la camisola para andar por casa que Kate le había regalado. «*Ma petite soeur*, esto te quedará genial. Es demasiado corta para mí», le dijo.

Desde el momento en que empezó las clases de francés, Kate siempre me llamaba así, pensó Hannah. «Mi hermanita». Siempre me cuidaba. Ahora soy yo la que tengo que cuidarla a ella.

Jessie tiene razón. Los jefes de bomberos intentarán colgarle el muerto a Kate. Bueno, pues no lo permitiré, pensó.

Una larga ducha con agua caliente la hizo sentirse mejor. Enchufó la cafetera que Kate le había regalado, de esas que sirven una taza por vez. Decidió ponerse un jersey y unos pantalones de chándal. Más tarde se cambiaría para ir a la funeraria donde velarían a Gus.

Le daba miedo ver a Lottie. ¿Qué puedo decirle para aliviar su tristeza?, se preguntó. «Lottie, siento que los medios estén afirmando que Gus era “un empleado resentido con la empresa” e insinúen que era un conspirador». En realidad, no importa lo que le diga, porque ella asegurará delante de todos que fue Kate quien llamó a Gus para reunirse con él, y no al contrario.

Sus botas tenían unos tacones de casi ocho centímetros de alto, pero aun así no llegaba al metro setenta. Con esas modelos tan altas, en los desfiles de moda me siento una enanita, pensó mientras se cepillaba el pelo. Siempre he querido ser tan alta como Kate y parecerme a nuestra madre tanto como ella. Sus fotos podrían ser intercambiables.

Pero yo soy una copia de papá, o de Doug, como quiere que lo llamemos ahora que somos adultas. ¡Dios quiera que no me parezca a él en nada más!

Cuando salió al pasillo y llamó el ascensor, recordó la escena del día anterior y le dio vergüenza. Estaba llorando justo cuando llegó el chico alto de la maleta, que también vio a los dos jefes de bomberos. Espero que no haya creído que bebí demasiado y eran lágrimas de borracha, pensó.

Pero en el fondo nada le importaba, salvo que Kate se recuperase y no fuera acusada de provocar el incendio.

Gracias a Dios nadie la acompañó en el ascensor, y al salir a la calle cogió un taxi enseguida. De camino al hospital sintió que le costaba respirar. El médico le había advertido que el estado de Kate podía cambiar en cualquier momento. Las noticias relativamente buenas que le había dado la enfermera por teléfono no tenían por qué ser ciertas.

Al llegar al hospital, bajó del taxi y se dio cuenta por primera vez de que la lluvia y la humedad de los días anteriores habían sido sustituidas por un cielo radiante.

Lo tomaré como una buena señal, pensó Hannah. Por favor, que sea un indicio de que todo saldrá bien.

Cuando llegó a la UCI le impactó ver a su padre junto a la cama de Kate tan temprano. Cuando él volvió la cabeza, sus ojos rojos le indicaron que había pasado otra noche de borrachera.

—¿Te han llamado? ¿Por eso estás aquí? —preguntó ella con un susurro asustado.

—No, no. No te asustes. No podía dormir y tenía que verla.

Con las piernas temblorosas por la preocupación, Hannah inclinó la cabeza para mirar a su hermana. Nada había cambiado. Kate tenía la cabeza totalmente vendada. El tubo de la respiración asistida todavía le cubría la cara. Los cables y las sondas seguían en el mismo sitio. Era una figura de cera: inerte, impasible.

Hannah estaba en el lado derecho de la cama. Tomó la mano vendada de Kate, se inclinó y la besó en la frente. ¿Sentirá algo con todos esos vendajes encima?, se preguntó.

—Katie, papá y yo estamos aquí —habló en voz baja pero de manera pausada y clara—. Vas a ponerte bien. Te queremos.

¿Sintió Hannah una mínima respuesta en las palmas de las manos? Se volvió hacia Doug.

—Papá, juraría que puede oírme. Sé que puede oírme. Dile algo.

Mirando hacia los lados para ver si había alguna enfermera que pudiera escucharlo, Doug se inclinó sobre Kate y le susurró:

—Cariño, estás a salvo. Nunca diré nada, te lo prometo. Nunca diré nada.

Luego miró a Hannah y articuló las siguientes palabras:

—Ayer me pidió perdón por lo del incendio.

A Hannah le daba miedo preguntarle algo más, pero, por la mirada de Doug, supo que Kate se había disculpado por provocar el incendio.

El viernes al mediodía, Mark Sloane supo que había tomado la decisión correcta al aceptar el trabajo en el despacho de abogados Holden, Sparks & West. Eran especialistas en derecho comercial, representaban a inmobiliarias internacionales, compañías inversoras y bancos con sucursales en todo el mundo. En la comunidad legal tenían una reputación formidable. Las modernas oficinas ocupaban tres plantas del edificio y eran una señal visible de su éxito.

En los meses anteriores Mark había ido y venido al despacho las veces suficientes como para no sentir que era un recién llegado. Ya sabía que la recepcionista, a quien veía a través de las puertas de cristal cuando entraba en el vestíbulo en dirección al ascensor, era madre de tres chicos en edad de ir al instituto. Estaba encantado de ser uno de los hombres de confianza del presidente de la compañía, el renombrado Nelson Sparks, y de trabajar con él en los casos más importantes. Le habían prometido convertirlo en socio en dos años.

Aunque no era consciente de ello, desde su primera visita a las oficinas despertó el interés de las mujeres de la empresa y fue objeto de animadas conversaciones entre ellas.

Le gustaba su nuevo despacho, que tenía vistas a la calle Cuarenta y dos Este y la Gran Estación Central. Y, sobre todo, estaba contento de estar en Nueva York. A lo mejor lo he heredado de Tracey, reflexionó mientras permanecía de pie junto a la ventana y observaba el panorama que se extendía a sus pies, en una de las calles con más actividad del mundo. Ir a Nueva York siempre había sido el sueño de su hermana. Me habló de ello tantas veces... Me pregunto si habrá actuado en algún teatro importante. Hay tantas personas que lo intentan y nunca lo consiguen... Y de repente alguien es bendecido con el estrellato.

Basta ya de pensar en eso, se dijo. Ha llegado la hora de ganarse la vida en este sitio. Algo nada desdeñable, reconoció para sí mientras se acomodaba tras su escritorio y tomaba la agenda telefónica de los empleados. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que la mejor manera de conocer a todo el mundo en una empresa era relacionar los nombres con el cargo que ocupaban. Ya había estado trabajando en eso, pero ahora que estaba allí completaría su proceso de aprendizaje con rapidez.

A pesar de las ganas de sumergirse en su nuevo trabajo, se distraía con la idea de empezar a buscar a Tracey o al menos de llegar a alguna conclusión en cuanto a la desaparición de su hermana, sobre todo de cara a su madre. A las cuatro y cuarto de la tarde, buscó por internet el nombre del investigador del caso: Nick Greco.

La información que buscaba apareció de inmediato. Greco tenía una página web de su agencia de detectives privados. Según la descripción de su perfil, tenía sesenta y cuatro años, estaba casado, era padre de dos hijas y vivía en Oyster Bay, Long Island. Se había jubilado como inspector jefe de policía en Manhattan, tras treinta y cinco años de servicio, y había abierto su propia agencia de detectives en la calle

Cuarenta y ocho Este. Está a pocas manzanas de distancia, pensó Mark. Sin darse cuenta, empezó a marcar el número de teléfono que aparecía en la web.

Para sorpresa de Mark, una recepcionista contestó al teléfono. Agradeció no encontrarse con las instrucciones de voz de un sistema telefónico automatizado Pulse uno para esto, pulse dos para aquello, pulse tres...

Cuando preguntó por Greco, la recepcionista quiso saber cuál era el motivo de su llamada. Mark se dio cuenta de que tenía la boca seca. Intentó aclararse la voz, pero le dolió y le picó la garganta, y entonces dijo:

—Soy Mark Sloane. Mi hermana Tracey Sloane desapareció hace veintiocho años. El señor Greco era inspector en la oficina del fiscal del distrito que llevaba el caso. Acabo de mudarme a Nueva York y me gustaría hablar con él.

—Espere un momento, por favor.

Pasados unos segundos, respondió un hombre con voz firme:

—Mark Sloane, me encantaría conocerlo. No haber resuelto la desaparición de su hermana durante todos estos años sigue siendo una gran frustración para mí. ¿Cuándo podemos reunirnos?

—Mamá, no sé por qué insistes en que el velatorio de papá solo dure un par de horas —se lamentó Gretchen mientras su madre sacaba el traje azul marino del armario para su padre.

—Sé lo que hago —respondió Lottie con firmeza—. Tu padre no va a ser embalsamado, así que quiero que lleves esta ropa a la funeraria ahora mismo. Recogieron su cuerpo en la oficina forense a primera hora de la mañana. Podremos velarlo a partir de las cuatro. He hablado con el pastor. Dará un sermón esta noche a las ocho. Y mañana por la mañana lo incinerarán, como siempre quiso.

La voz de Lottie sonaba indiferente. Esa corbata no, pensó. Me gustaba como le quedaba, pero a Gus no. La azul es bonita. Los zapatos buenos están lustrados. Gus era un perfeccionista.

—Lo digo porque a mis amigos de la infancia siempre les cayó bien papá, y no me ha dado tiempo de llamarlos a todos.

Gretchen estaba sentada al borde de la cama, todavía llevaba puesto un albornoz y los rulos en el pelo. Con cincuenta y cuatro años, su redondeado rostro apenas tenía arrugas. A diferencia de sus padres, siempre había sido gordita, aunque su cuerpo estaba bien proporcionado. Tras divorciarse hacía veinte años, ni echaba de menos a su marido ni lamentaba el hecho de no haberse casado de nuevo.

Era una masajista excelente y tenía muchísima clientela. Era miembro activo de la iglesia presbiteriana de Minnetonka, un barrio a las afueras de Minnesota. Tenía un huerto y le encantaba cocinar. Los fines de semana solía invitar a sus amigos a comer.

La alegría de su vida era la casa que sus padres le habían regalado hacía cinco años. Compraron el terreno y la construyeron. Una estructura de piedra, de una sola planta, con tejas de madera. Tenía una cocina con isla central y una galería acristalada. El terreno descendía en pendiente hasta un lago, y el paisaje realzaba el encanto de la casa y los alrededores. Una anualidad que Gus y Lottie habían adquirido para Gretchen le permitía pagar los impuestos, el seguro y cualquier reparación en los años venideros.

Gretchen adoraba la casa como otras mujeres adoraban a sus hijos. A la primera de cambio, mostraba las fotos para presumir: la vivienda por dentro y por fuera, en diferentes momentos del año... «Es como vivir en el cielo», decía a cualquiera que la oyera hablar de la casa por primera vez.

Era el tipo de felicidad que Lottie y Gus habían deseado para su única hija, sobre todo a medida que ellos envejecían. Pero también era el motivo por el que Lottie le dijo a Gretchen que no hablara de esa propiedad en el velatorio y tampoco llevara las fotos.

—No quiero que se las enseñes a nadie —le advirtió—. No quiero que nadie se cuestione de dónde sacamos el dinero para ayudarte. Tu padre debería haber pagado los impuestos sobre donaciones de todo lo que te regalaba. —Lottie colgó la corbata

azul en la percha del traje y lo dejó sobre la cama, al lado de Gretchen—. Sé que no pagó lo suficiente, así que, si no quieres que te pillen, será mejor que mantengas la boca cerrada.

—Mamá, ya sé que estás disgustada, pero no hace falta que me hables de esa manera —respondió Gretchen con brusquedad—. No sé por qué tienes tanta prisa por enterrar a papá. ¿Por qué no celebras un funeral como Dios manda en la iglesia? Iba todas las semanas y se encargaba de recibir y acompañar a los feligreses hasta sus asientos.

Mientras hablaba, Gretchen se había movido ligeramente y estaba sentada sobre la manga del traje azul que Lottie había dejado sobre la cama.

—Levántate —le ordenó Lottie con dureza—. Y vístete. —Se le quebró la voz—. Bastante difícil ya es preparar la ropa para tu padre en estas condiciones. Es muy duro saber que no estará aquí mañana, ni la semana que viene, ni nunca. No quiero discutir contigo, pero tampoco deseo que pierdas tu casa. Tu padre renunció a muchas cosas para que tú pudieras tener esa propiedad.

Cuando Gretchen se levantó, Lottie abrió un cajón de la cómoda y sacó los calcetines y una camiseta interior de Gus para enviarlos a la funeraria. Dentro de un torrente de palabras, preguntó con amargura:

—Y en cuanto a lo de las prisas por enterrar a tu padre, ¿no has leído lo que dicen los periódicos? Todos comentan que se reunió con Kate para provocar el incendio. Él trabajaba igual de bien que siempre cuando Jack Worth lo despidió. Kate fue la que insistió en que recibiera un año de sueldo, además de la pensión. Según los medios de comunicación y los jefes de bomberos, Kate quería quemar la fábrica y le pidió ayuda a tu padre. Si los periodistas se enteran de que el velatorio se celebra hoy, acudirán con sus cámaras y habrá un montón de curiosos que querrán salir en la tele. Y ahora vístete.

Cuando por fin se quedó sola porque Gretchen fue a vestirse, Lottie cerró la puerta.

¡Oh, Gus, Gus!, ¿por qué te reuniste con ella?, se lamentaba mientras escogía una camiseta interior y unos calzoncillos. Te dije que te meterías en líos. Lo sabía. Te lo advertí. ¿Por qué no me escuchaste? ¿Qué va a ser de nosotras ahora? No sé qué hacer. No sé qué hacer.

* * *

A las tres y media, Lottie llegó sola a la Funeraria Walters.

—Cuando hablé con usted, le dije que quería el ataúd cerrado —dijo en voz baja a Charley Walters, el director de la funeraria—. Pero he cambiado de opinión. Quiero verlo. —Se había puesto un vestido negro y el collar de perlas que Gus le regaló en su vigésimo quinto aniversario de boda—. ¿Y ha colocado las flores a mi nombre y al de mi hija?

—Sí, así es. Todo está listo. ¿Me acompaña para ver a su marido?

—Por supuesto.

Lottie siguió a Walters hasta la sala donde velarían a Gus y se acercó al féretro. Asintió satisfecha cuando vio el arreglo floral con el lazo donde se podía leer:

A MI AMADO ESPOSO.

Esperó en silencio mientras el director cogía las flores, las dejaba en una silla y abría la mitad superior del ataúd. Sin decir nada más, salió de la estancia y cerró la puerta. Lottie se dejó caer en el reclinatorio y miró con detalle el rostro de su marido. Solo se le quemaron las manos, pensó. Parece muy sereno, pero debió de asustarse mucho. Le acarició la cara.

—¿Sabías que era peligroso ir allí cuando me diste el beso de despedida? —susurró—. ¡Oh, Gus!

Transcurridos diez minutos, se levantó, se dirigió hacia la puerta y la abrió. Charley Walters estaba esperándola.

—Ahora cierre el ataúd —ordenó—. Y vuelva a colocar las flores encima.

—Cuando su hija entregó la ropa del señor Schmidt, dijo que quería verlo —repuso Walters.

—Ya lo sé. La he convencido de que sería un error. Se pondría histérica, y lo ha reconocido. Llegará dentro de unos minutos.

Lottie no añadió que seguramente Gretchen agradecería a su padre, entre sollozos, su generosidad con ella. Cuando Lottie llegó a la funeraria, vio a dos hombres en un vehículo aparcado en la calle de enfrente. Observó una placa oficial colocada en la visera del conductor. No han venido a presentar sus respetos, pensó. Quieren tomar nota de quiénes vienen al velatorio y quizá se acerquen para hacer un par de preguntas sobre Gus.

Tengo que mantenerlos alejados de Gretchen.

Después de ver a Kate en la UCI y encontrarse con Hannah en el hospital el viernes por la mañana, Douglas Connelly se había ido a casa.

Sandra había pasado la tarde del jueves con él y en algún momento de la noche se marchó. A Doug no le extrañaba que hubiera recibido un mensaje de texto de Majestic, o como se llamara ese rapero de aspecto desaliñado, pero le daba igual.

¿Había hecho bien diciéndole a Hannah que Kate se había disculpado por lo del incendio? ¿Habría sido mejor no comentarle nada más? Hannah se había dado cuenta enseguida de que mentía cuando le dijo que Kate le había susurrado que lo quería. Pero luego, cuando afirmó que Kate había dicho que lamentaba lo del incendio, Hannah puso cara de espanto.

Hannah le contó que había contratado a su amiga Jessie para que representara a Kate si la acusaban de haber planeado la explosión.

¿Y Gus? ¿Su mujer también contrataría un abogado para defender su reputación?

Doug se hacía esas preguntas mientras regresaba a casa desde el hospital, poco después de las nueve. El piso de ocho habitaciones en la calle Ochenta y dos Este, donde había criado a sus hijas, estaba justo al final de la Quinta Avenida, al doblar la esquina del Museo de Arte Metropolitano. Ahora sus dos hijas tenían su propio apartamento. Él no necesitaba tanto espacio, pero le gustaba vivir en la zona de los museos y le encantaba el restaurante que había en su edificio. El piso estaba lleno de muebles de Mobiliario antiguo de imitación Connelly, decorado con un gusto exquisito, aunque el propio Doug admitía que la atmósfera era demasiado formal, aparte de que el mobiliario no era especialmente cómodo.

De hecho, era un recordatorio diario de que Kate tenía toda la razón. Los multimillonarios, o bien compraban antigüedades como inversión, o bien combinaban antigüedades y comodidad. Decorar con imitaciones de muebles exclusivos, aunque fueran de muy buena calidad, ya no estaba de moda ni siquiera en los hoteles de cinco estrellas, que habían sido sus mejores clientes. Doug reconoció esa realidad cuando Kate amuebló su propio piso, aunque lo hubiera hecho como un acto de rebeldía. Ni una mesa procedía de la fábrica.

Doug abría y cerraba la mano mientras pensaba. Para calmar sus nervios se sirvió un vaso de vodka, a pesar de que era muy temprano. Mientras bebía poco a poco, a sorbos, se sentó en su sillón con respaldo reclinable y tapicería de cuero e intentó encontrar un sentido a todo lo que estaba ocurriendo. ¿Debía contratar un abogado? No necesitaba a ninguno para saber que la compañía de seguros no pagaría la póliza por las antigüedades ni por todo el complejo si se demostraba que un miembro de la familia había provocado el incendio.

Sin el negocio, aunque estuviera perdiendo dinero, me quedaré sin liquidez en dos meses, pensó. Podría cobrar un adelanto por la venta de la propiedad con la condición de que no estará disponible hasta que se dicte sentencia. De repente un sudor frío le

recorrió todo el cuerpo. Ahora no, se dijo mientras cerraba los ojos. Recordó el momento en que su vida cambió para siempre, cuando navegaba y el barco chocó contra un cable tendido entre un petrolero y una barcaza. Fue como si hubieran zarpado hacia el fin del mundo. La proa del barco se partió en dos y el resto se hundió hasta llegar al fondo del mar.

Él iba al timón. Los otros estaban en el camarote.

Nunca se enteraron de lo que ocurrió, pensó. La tripulación del petrolero tampoco supo que habíamos chocado con el cable. Cuando el barco estaba hundiéndose, él se puso un chaleco salvavidas, tiró el bote salvavidas al agua, cogió una bolsa con su documentación y saltó. Doug cerró los ojos con la esperanza de que el recuerdo se disipara. Y de pronto desapareció, tan rápido como había llegado. Resistió el impulso de servirse otro vodka. En lugar de eso, cogió su móvil y llamó a Jack Worth. No habían vuelto a hablar desde el día anterior, cuando se vieron en el hospital.

Jack respondió al primer tono. Cuando estaban en el complejo o delante de otras personas, él siempre llamaba a Douglas «señor Connelly», pero cuando estaban solos era «Doug».

—¿Cómo está Kate?

—No hay ninguna novedad.

—¿Fuiste ayer a la propiedad?

—No, quería pero no. Fui dos veces al hospital, y los jefes de bomberos estuvieron aquí anoche. Tú sí pasaste por allí, ¿verdad?

—Fui directamente desde el hospital. Los jefes de bomberos se pusieron bastante duros con el tema de la falta de seguridad en las instalaciones. —Jack Worth parecía preocupado—. Tengo la sensación de que, como soy el jefe de fábrica, creen que debí insistir en que las cámaras funcionaran. Ya les dije que ibas a vender el lugar por un buen precio.

A Doug no le gustaba el miedo que se apreciaba en el tono de Jack.

—Algunos empleados de la fábrica han llamado a la mujer de Gus —dijo Jack—. Ya sabes lo popular que era. Ella les dijo que hoy se celebraría el velatorio en la Funeraria Walters, en Little Neck, de cuatro a ocho. Gus no se relacionaba contigo ni conmigo después del despido, así que no sé si iré.

—Creo que deberías hacerlo —repuso Doug con determinación—. Y yo también iré. Eso demostrará nuestro respeto por Gus. —Miró el reloj—. Estaré allí a eso de las seis. —Lo pensó un momento y supo que no quería cenar con ninguna de las mujeres que tenía anotadas en la agenda—. ¿Por qué no vas a la misma hora y después vamos a comer algo?

—Me parece bien. —Jack Worth dudó un instante y añadió—: Doug, ten cuidado con lo que bebes hoy. Tiendes a irte de la lengua cuando bebes demasiado.

Aunque sabía que era cierto, Douglas Connelly se enojó por la sugerencia y dijo en un tono cortante:

—Te veo a eso de las seis. —Y colgó el teléfono.

Lawrence Gordon, presidente y director general de Gordon Global Investments, cuya hija en edad universitaria, Jamie, había sido asesinada hacía dos años, había dado instrucciones a Lou, su chófer, de recogerlo en su despacho de Park Avenue el viernes por la tarde, a las tres y cuarto, pero pasó más de una hora antes de que pudiera irse.

Las últimas noticias eran que tres empresas importantes publicarían sus previsiones del cuarto trimestre y ninguna había alcanzado sus expectativas. Esta revelación había provocado que los valores en la Bolsa se desplomaran.

Lawrence había permanecido frente a su escritorio para seguir el desarrollo de los acontecimientos. A última hora de la tarde, la Bolsa se había estabilizado.

Con un suspiro de alivio, por fin subió a su coche y comentó a Lou:

—Todavía no son las cinco. Al menos nos hemos adelantado a la hora punta.

—Señor Gordon, la hora punta empieza a las cuatro, pero llegará a casa antes que el resto de la familia —respondió Lou.

Bedford, en el centro del condado de Westchester, estaba a una hora de viaje en coche. Lawrence solía aprovechar ese tiempo para leer informes y ponerse al día con las noticias. Pero ese día reclinó el asiento, se echó hacia atrás y cerró los ojos.

A sus sesenta y siete años, el metro ochenta y ocho que había medido en tiempos se había quedado en un metro ochenta y dos. Su cabellera rala y canosa, sus rasgos patricios y el aura de autoridad que irradiaba eran las razones por las que, en los numerosos artículos que hablaban sobre él, lo describían de manera inevitable como una persona «distinguida».

Esa noche Lawrence y su esposa, Veronica, celebraban su cuadragésimo quinto aniversario de boda. Hasta hacía dos años siempre lo habían festejado con un viaje a París, Londres o en su mansión en Tórtola.

Eso fue así hasta que su hija Jamie desapareció. El dolor laceraba el cuerpo de Lawrence cada vez que pensaba en su niña, su única hija. Veronica y él creían que su familia ya estaba completa con los tres varones que habían tenido: Lawrence, Edward y Robert. Pero cuando Rob tenía diez años, nació Jamie. Tanto Veronica como él tenían entonces cuarenta y tres años, pero estaban encantados y emocionados con la llegada de su hija.

Lawrence recordaba lo contento que se había sentido la primera vez que sostuvo a la recién nacida en brazos, con su hermosa carita y sus ojazos castaños. Le agarró el pulgar con sus deditos, y él experimentó una felicidad absoluta. Pensó en sus antepasados colonos y en la creencia de que existía un vínculo eterno entre un padre y su hija pequeña, un lazo de amor que los unía para siempre.

Jamie, la niña de oro. Todos podríamos haberla malcriado, pero ella nunca permitió que eso pasara, pensó Lawrence con tristeza. Desde niña tenía conciencia social. Cuando estaba en el instituto se ofreció voluntaria para ayudar en las colectas

de comida y ropa. Mientras estudiaba en la Universidad de Barnard pasó dos veranos con la ONG Habitat, uno en Sudamérica y otro en África.

En el último curso de carrera, específicamente para la clase de sociología, hizo un trabajo sobre los indigentes. Les explicó a sus padres que eso implicaría conversar con los sin techo, que literalmente vivían en la calle.

Lawrence y Veronica intentaron disuadirla del proyecto, pero Jamie siempre había sido tozuda. Prometió que tendría mucho cuidado y bromeó mientras aseguraba que no tenía ninguna intención de ponerse en peligro.

—Tengo un radar para las personas. Confiad en mí. No voy a meterme en una situación que no pueda manejar —insistió.

Pero tres semanas después de empezar el proyecto, Jamie desapareció. Un mes más tarde, el barco del guardacostas encontró su cuerpo en el East River. Tenía un moratón negro y azulado en la mandíbula y las manos atadas. La habían estrangulado.

No hallaron ni una sola pista del lugar donde había estado ni del asesino. Como las cámaras de seguridad la habían captado caminando por las calles del sur de Manhattan el día anterior a su desaparición, el caso lo llevaba la oficina del fiscal de Manhattan. John Cruse, el inspector a cargo de la investigación, llamaba a Lawrence con frecuencia.

—Le prometo que este caso seguirá abierto y activo hasta que localicemos al animal que le hizo eso a su hija —había dicho Cruse.

Lawrence negó con la cabeza. No quería pensar en Jamie justo en ese momento, ni en el fresco perfume de su pelo castaño, que le llegaba por debajo de los hombros, tostado por el sol.

—Si sigues lavándotelo todos los días, se te caerá —le decía él en broma.

Cuando estaba en la universidad y volvía a casa para pasar el fin de semana, le gustaba acurrucarse junto a su padre en el sofá y ver las noticias de la noche.

Mientras el coche realizaba su lento recorrido por Manhattan hasta la autovía del West Side, Lawrence se concentró en el regalo que le haría a Veronica por el aniversario de boda. Donaría dos millones de dólares para la cátedra de sociología en la Universidad de Barnard a nombre de Jamie. Sabía que eso complacería a Veronica. Echaba muchísimo de menos a Jamie. Ambos la extrañaban, pensó.

Cuando doblaron hacia el norte para entrar en la autovía, miró el Hudson. En los días de niebla como aquel, el río parecía una sombra móvil de color gris opaco. Lawrence desvió rápidamente la mirada. Siempre que pasaba junto al Hudson o el East River imaginaba el cuerpo de Jamie saliendo a flote, con su largo pelo cubierto de fango.

Sacudió la cabeza para borrar esa imagen horrible y se inclinó hacia delante para encender la radio.

Eran las cinco y media cuando Lou presionó el botón que abría las puertas de acceso a la casa. Lawrence se desabrochó el cinturón apenas enfilaron el camino de la entrada principal. Sus hijos y nueras llegarían a las seis, y él quería tener tiempo para

ponerse cómodo.

Cuando bajó del coche, Lou ya había abierto la puerta de la lujosa mansión, de ladrillo vista. Lawrence estaba a punto de subir las escaleras curvilíneas del vestíbulo cuando miró hacia el comedor. Veronica estaba allí sentada, junto a la chimenea, vestida ya para la noche, con una colorida blusa de seda y una larga falda negra.

Si a Lawrence lo consideraban distinguido, a ella la describían en los medios como «la encantadora y elegante Veronica Gordon», una frase que por lo general encabezaba una lista de obras de caridad en las que la esposa de Lawrence siempre participaba. En el último año, los artículos habían incluido la Fundación para los sin techo, creada por Lawrence y ella en recuerdo de Jamie.

Veronica siempre procuraba mantener el ánimo bien alto, pero algunas noches él se despertaba y la oía intentando acallar los sollozos con la almohada. Entonces él la abrazaba y le decía:

—Está bien que lo saques, Ronnie. Es peor que te lo guardes.

Cuando entró en el salón, ella corrió hacia él. Enseguida se dio cuenta de que tenía los ojos vidriosos.

—Lawrence, no te lo vas a creer. No te lo vas a creer.

Antes de que él pudiera responder, ella siguió hablando a toda prisa:

—Sé que pensarás que es una locura, pero he oído hablar de una vidente que es increíble.

—¡Ronnie!, ¿no habrás ido a verla? —exclamó Lawrence, anonadado.

—Sabía que pensarías que estoy loca. Por eso no te había contado que le pedí hora. Se ha reunido con unas personas en casa de Lee esta tarde. Lawrence, ¿sabes lo que me ha comentado?

Él esperó la respuesta. Fuera lo que fuese, había consolado a Veronica, y eso le parecía bien.

—Lawrence, me ha dicho que yo había sufrido una tragedia, una tragedia terrible, que había perdido a una hija llamada Jamie. Me ha asegurado que Jamie está en el cielo. No estaba destinada a tener una vida larga. Todo el bien que estamos haciendo en su memoria la hace muy feliz. Pero se angustia cuando ve lo mal que lo estamos pasando y nos pide que intentemos ser felices por su bien.

Lee seguramente había pedido a la vidente que dijera esas palabras a Veronica. Que Dios la bendiga, pensó Lawrence.

—Y ha dicho que el bebé que va a nacer será una niña, y que Jamie está muy contenta de que vayan a ponerle su nombre.

Su hijo Rob y su esposa estaban esperando su tercer hijo para Navidad y habían decidido no saber el sexo del bebé. Ya tenían dos niños pequeños. Si era una niña, pensaban llamarla Jamie.

Lee también sabía eso, pensó Lawrence.

La expresión de Veronica cambió.

—Lawrence, sabes lo difícil que es para nosotros que no arresten al asesino de

Jamie antes de que le ocurra lo mismo a otra chica.

—Y también es duro no haber estado en la sala de juicios y presenciar cómo condenaban a ese monstruo a pudrirse en prisión durante el resto de su vida —espetó Lawrence.

—Ocurrirá. La vidente ha dicho que muy pronto encontrarán algo que perteneció a Jamie y eso permitirá que la policía dé con el asesino.

Lawrence se quedó mirando a su mujer. Seguro que Lee no le ha dicho eso a la vidente, pensó. Por el amor de Dios, ¿la vidente no es una farsante? ¿Es posible que eso vaya a ocurrir?

Pocos días después recibió la respuesta.

A las cuatro y media del viernes por la tarde, Jessica recogió en coche a Hannah para ir de la isla a la funeraria en Little Neck, donde se celebraba el velatorio de Gus Schmidt. Hannah se había puesto un traje blanco y negro diseñado por ella. Cuando subió al coche, Jessie comentó con aprobación:

—Siempre vas tan guapa... Yo, en cambio, doy la impresión de alguien que ha cerrado los ojos, se ha acercado al armario y ha pillado lo que había en la percha que le quedaba más a mano.

—No es cierto —dijo Hannah con decisión— y, de hecho, es insultante. Yo te ayudé a escoger ese traje en Saks, y te queda muy bien.

Tiró el impermeable al asiento trasero, donde cayó junto a la gabardina de Jessie.

—Lo siento. Había olvidado que me ayudaste a elegirlo —dijo Jessie con arrepentimiento mientras pisaba el acelerador y maniobraba con destreza su Volkswagen entre los coches aparcados en doble fila.

—Solo era una manera de darme conversación, y eso es muy amable por tu parte —repuso Hannah—, pero no es necesario. Reconozco que estoy nerviosa porque voy a ver a Lottie Schmidt. Pero es algo que debo hacer.

—Tú sabes tan bien como ella que tiene que haber una explicación razonable para que Kate y Gus fueran al complejo esa noche. En cuanto Kate salga del coma, lo averiguaremos —dijo Jessie con firmeza.

Hannah no respondió.

Jessie esperó hasta girar por la calle Cuarenta y cuatro, en dirección al túnel de Queens-Midtown, para decir:

—Hannah, ¿te has enterado de algo que no me hayas contado? —Luego añadió —: Soy la abogada de Kate. Es absolutamente necesario que me cuentes lo que sepas para que pueda representarla como es debido. ¿Entiendes lo importante que es? Y no te preocupes. Si a Kate la acusan de algún delito, no tengo que explicarle al fiscal del distrito nada de lo que averigüe por mi cuenta.

Mientras Hannah escuchaba, se sentía prácticamente paralizada por el miedo. Kate estaba muy grave. En cualquier momento podía morir o, si se recuperaba, podían quedarle lesiones cerebrales. Si se recuperaba y la culpaban de haber hecho estallar el complejo y provocar la muerte de Gus, pasaría casi todo el resto de su vida en la cárcel. Era un panorama que, como un tambor que toca a duelo, retumbaba de forma obsesiva en su mente.

—Está bien, Jessie, lo entiendo. —Hannah no dijo nada más.

Jessie la miró con preocupación, pero decidió no presionarla más. Permanecieron el resto del camino en silencio y llegaron a la funeraria en cuarenta y cinco minutos.

Cuando Jessie entró en el aparcamiento dijo:

—¡Mira quiénes están entrando!

Hannah volvió la cabeza a toda prisa y vio a los dos jefes de bomberos abriendo

la puerta de la funeraria.

—¿Crees que deberíamos esperar un rato en el coche para evitarlos?

Jessie negó con la cabeza.

—Supongo que se quedarán por aquí e intentarán hablar con cualquiera que haya trabajado con Gus. Vamos.

En la recepción, un asistente de expresión grave las llevó a la sala donde se encontraba el ataúd de Gus Schmidt. A Hannah le sorprendió que la estancia estuviera abarrotada. Se había formado una larga cola para dar las condolencias a Lottie y Gretchen, que estaban junto al ataúd cerrado y cubierto de flores.

Jessie le tocó un brazo.

—Deja que se pongan unas cuantas personas más en la cola. No quiero ir justo detrás de los jefes de bomberos.

Hannah asintió en silencio. Se pusieron en el lado izquierdo, en la última fila de sillas, la mayoría de las cuales ya estaban ocupadas. Desde donde estaba sentada, Hannah vio que Lottie estaba tranquila, pero Gretchen tenía un pañuelo hecho una bola en la mano y lo levantaba cada dos por tres para enjugarse las lágrimas.

Pasados un par de minutos, Jessie susurró:

—Ya hay más personas en la cola. Ya podemos acercarnos.

Un segundo después de que se incorporaran a la fila, apareció una mujer que se situó detrás de ellas y dijo a Hannah:

—La he reconocido por la foto de los periódicos. ¿Cómo está su hermana?

Hannah se volvió y vio la mirada de preocupación de una mujer delgada que aparentaba casi cincuenta años.

—Está luchando. Gracias por preguntar.

—Mi marido está más adelante en la cola. ¿Le importa dejarme pasar para reunirme con él? —Señaló al jefe de bomberos Frank Ramsey.

Fue Jessie la que respondió:

—Por supuesto que no.

Se la quedaron mirando mientras hacía la misma pregunta al hombre que se encontraba justo delante de ellas y se colaba hasta llegar donde estaban su marido y Nathan Klein.

—No creo que haya venido solo porque su marido está investigando la explosión —susurró Jessie—. Debe de tener alguna relación con la familia. Quiero intentar oír lo que les dice.

Jessie se apartó a un lado y se adelantó hasta que estuvo a los pies del ataúd. Escuchó que ambos bomberos expresaban sus condolencias a Lottie y Gretchen. Luego oyó decir a la mujer de Ramsey:

—Lottie, soy Celia Ramsey. No sé si me recuerdas, fuimos juntas a quimioterapia en Sloan-Kettering hace cinco años. Pasamos por mucho juntas. Siento tu pérdida en el alma. Siempre me fijaba en la devoción que Gus tenía por ti.

Celia se volvió hacia Gretchen.

—Gretchen, lo siento mucho. Recuerdo cuando te conocí en Sloan, acababas de comprarte la casa. Me enseñaste algunas fotos.

A Gretchen se le iluminó el rostro. Se metió el pañuelo empapado en el bolsillo del pantalón de su traje negro.

—No puedes ni imaginarte lo bonita que está después de todo el trabajo que he hecho, tanto en el interior como en el exterior. He sembrado muchas plantas y hortalizas en el invernadero —comentó con entusiasmo.

Miró a su madre con disimulo, pero su expresión no había cambiado.

—Mamá, no te importa si le enseño a Celia un par de fotos, ¿verdad? Lo digo porque ella ya ha visto imágenes de la casa.

Lottie no respondió. Se limitó a observar a su hija mientras esta pasaba por delante de la cola de condolencias, corría hacia una silla de la primera hilera y sacaba su agenda. Luego Lottie volvió a mirar a las personas de la cola. Hannah no tardó en situarse delante de ella.

Antes de que pudiera darle el pésame, Lottie, en un tono tan bajo que Hannah tuvo que inclinarse para poder oírla, dijo:

—La policía está convencida de que Gus y Kate provocaron esa explosión.

—Sospechan de ellos, sí —respondió Hannah con calma—. Pero no creo que estén seguros de nada.

—No sé qué pensar —respondió Lottie con brusquedad—, pero lo que sí sé es que mi marido está muerto. Si tu hermana lo convenció para incendiar el complejo, más le vale morir, a no ser que prefiera pasar el resto de su vida en la cárcel.

Con el corazón en un puño, Hannah se dio cuenta de que Lottie temía que Gus y Kate realmente hubieran provocado el incendio. ¿Qué les habría dicho a los bomberos? Sintiendo que Lottie no necesitaba sus condolencias, Hannah dio media vuelta. Gretchen, sentada con Celia Ramsey en primera fila, tenía el *iPad* sobre el regazo y señalaba con entusiasmo los detalles de las fotos que aparecían en la pantalla.

El jefe de bomberos Frank Ramsey se había sentado en silencio al otro lado de Gretchen, así que él también estaba viendo las imágenes de la bonita casa en Minnetonka, Minnesota.

En ese instante, Hannah oyó un claro gemido y se volvió justo a tiempo para ver que Jessie intentaba sujetar a Lottie Schmidt cuando la frágil mujer se desmayaba y caía desplomada al suelo.

Cuando Clyde Hotchkiss se arrastró por el suelo para escapar del complejo el jueves a primera hora, antes de que la policía y los camiones de bomberos llegaran, le había dado el tiempo justo de meter a toda prisa sus cosas en el carrito y abrir la puerta trasera de la furgoneta.

Vio que todos los edificios del complejo estaban ardiendo. Densas nubes de humo se dispersaban por el viento. Empezaron a llorarle los ojos y se puso a toser. A lo lejos, oyó las sirenas. Cuando el impacto de la explosión lo despertó, se sintió desesperado por escapar de allí y llegar a la estación de metro. Estaba bastante seguro de que olía a humo. Pero había tenido suerte. Siempre llevaba un billete de metro de un viaje. Levantó el carrito por encima de las barras giratorias, bajó las escaleras y llegó al andén justo cuando entraba el tren con destino a Manhattan. Con un suspiro de alivio, Clyde subió. El vagón estaba casi vacío.

Cerró los ojos y empezó a pensar. No puedo volver jamás a ese lugar de Long Island City. Cuando se extinga el fuego, seguramente moverán las furgonetas y, si miran dentro de la que está averiada, sabrán que alguien se había refugiado allí. Incluso podrían culparme de la explosión. Había leído suficientes periódicos como para saber que la gente de la calle solía ser el chivo expiatorio si habían estado rondando por alguna casa o edificio abandonados donde se producía un incendio.

Luego pensó en la chica que se había colado en su furgoneta aquella vez. Por algún motivo desconocido, estaba soñando con ella en el momento en que se produjo la explosión. No creo que le hiciera daño, pensó. Sí que le di un viaje porque no paraba de hablar y hacerme preguntas. Necesitaba que se callara. Pero no sé... Es que no sé... Creo que le pegué un puñetazo...

Estuvo mendigando todo el día en Lexington Avenue. Esa noche regresó a uno de sus antiguos refugios. Era un garaje de la calle Cuarenta y seis Oeste, con una rampa que iba desde el exterior hasta la zona de aparcamiento subterráneo. Entre la una y las seis de la madrugada, el lugar permanecía cerrado, y la puerta de acceso, al final de la rampa, se bajaba y quedaba cerrada con llave. Clyde podía dormir junto a la puerta, protegido del viento y oculto de la calle.

Se quedó remoloneando a media manzana de distancia hasta que vio que el cobrador del aparcamiento subía por la rampa, y entonces se coló dentro y se instaló. Estaría bien allí porque no solía dormir demasiado, pero se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos la comodidad de la furgoneta.

El viernes por la mañana se marchó, antes del amanecer, y fue a mendigar a la calle Treinta y tres Oeste. Le dieron suficientes monedas y billetes de un dólar como para comprarse cuatro botellas de vino barato, dos de las cuales se bebió a última hora de la tarde. Esa noche llevó su carrito de vuelta hasta la Octava Avenida con la calle Cuarenta y seis, alerta siempre para evitar las almas caritativas que quisieran obligarlo a pasar la noche en algún albergue.

Había bebido incluso más vino de lo que era habitual en él, y se impacientó mientras esperaba a que el cobrador del aparcamiento se fuera. Eran casi la una y cuarto cuando Clyde oyó el portazo de la verja golpeando el suelo.

Pasados unos segundos, el cobrador subió por la rampa y desapareció calle abajo.

Cinco minutos después, Clyde estaba instalado junto a la verja de entrada, con periódicos por debajo y por encima, bebiendo el vino a sorbos, con los ojos cerrados.

Pero entonces oyó el ruido de otro carrito que bajaba por la rampa. Furioso, abrió los ojos y en la penumbra vio que se trataba de un vagabundo realmente viejo llamado Sammy.

—¡Lárgate! —gritó Clyde.

—¡Lárgate tú, Clyde! —le respondió a gritos una voz ronca, arrastrando las palabras.

Entonces Clyde notó que le arrancaba la botella de la mano y que derramaba el contenido en su cara. En un instante, su puño salió disparado y golpeó a Sammy en plena mandíbula. El viejo mendigo se tambaleó y cayó, pero luego consiguió levantarse.

—Vale, vale, no quieres compañía —masculló—. Me voy.

Sammy puso la mano en el carrito y dio un paso hacia delante, pero luego se detuvo, volcó el carrito de Clyde y subió corriendo por la rampa.

La última botella de vino de Clyde cayó rodando del carrito y fue a parar a su lado. Estuvo a punto de levantarse de un salto e ir a por Sammy. Sabía que podía atraparlo y se moría de ganas de echarle las manos al cuello y asfixiarlo. Pero se controló, agarró la botella de vino, la descorchó y volvió a acomodarse entre los periódicos. Con la manga de su sucio chaquetón, se limpió el vino que Sammy le había tirado en la cara.

Luego cerró los ojos y empezó a beber de la botella. Cuando estuvo vacía, se sumió, con un suspiro de satisfacción, en un profundo sueño.

A primera hora de la tarde del viernes, Doug Connelly y Jack Worth se reunieron en el aparcamiento de la funeraria y fueron a presentar sus respetos al fallecido Gus Schmidt. Lottie, blanca como un fantasma, había regresado a la fila de condolencias tras un breve descanso y los saludó con la misma frialdad que había demostrado ante Hannah.

—Gus jamás volvió a ser el mismo desde que lo echaron de Connelly —dijo a Jack—. No era demasiado viejo para seguir trabajando. Era un perfeccionista, y tú lo sabías. —A Doug, le dijo—: Kate se aprovechó de él. Gus la adoraba porque ella luchó para que él recibiera un año de sueldo cuando lo despidieron.

Ambos hombres escucharon, y luego Doug comentó:

—Lottie, sabemos lo que están diciendo los medios. Es de conocimiento público que Gus nos odiaba, a Jack y a mí. No tenemos ni idea de por qué Kate se reunió con él a esas horas en el museo. Lo único que sabemos es que quizá se puso en contacto con él para saber cómo le iba. Eran buenos amigos. La verdad acabará saliendo a la luz. Y ahora, una vez más, quiero expresarte mi más sincero pésame por tu pérdida y por toda esta situación tan trágica.

Sabiendo que había llegado el momento de marcharse, Doug se limitó a saludar con la cabeza a Gretchen y empezó a caminar hacia la puerta. Pero no llegó muy lejos, porque la mayoría de las personas que estaban allí eran sus empleados y muchos de ellos trabajaban con Gus. Todos estaban muy impacientes por saber si Doug tenía intención de reconstruir el complejo.

—Estoy removiendo cielo y tierra para que eso ocurra —les aseguró Doug.

Miente, pero lo hace con estilo, pensó Jack Worth. Supo que era su momento de entrar en escena.

—Señor Connelly —dijo en un tono respetuoso—, ha tenido un día agotador en el hospital junto a su hija. Sé que quiere hablar con todo el mundo, pero entenderán que tenga que irse. —Su tono firme transmitía un claro mensaje a los hombres cuyo trabajo, hasta el día anterior por la mañana, había supervisado a diario.

—Por supuesto... desde luego... Rezaremos por su hija Kate, señor Connelly.

Seguido por Jack Worth, Doug salió de la funeraria y caminó por el sendero hasta el aparcamiento.

Jack le abrió la puerta del Mercedes.

—¿Esta noche no tenemos chófer? —preguntó.

—Vamos a retirarnos pronto y no pienso beber más que un *whisky* en la cena. ¿Has hecho una reserva en el Peter Luger?

—Sí, así es, Doug.

—Bien. Nos vemos allí en diez minutos.

* * *

En menos de media hora ya estaban sentados a una mesa del famoso Peter Luger Steak House. Ambos pidieron un *whisky* con hielo.

—Lottie acaba de darme una buena idea —dijo Doug—; de hecho, una idea perfecta. El móvil de Kate demostrará que llamó a Gus el miércoles por la tarde, pero nadie sabe qué hablaron. A lo mejor Gus había planeado tenderle la trampa de la explosión.

Jack miró la atractiva cara de su jefe, al otro lado de la mesa.

—Doug, ¿crees que alguien se tragaría eso?

—No veo por qué no —respondió Doug, animado—. Cualquiera que conozca a Kate sabe que tenía tendencia a exagerar. Por ejemplo, ¿alguna vez te dijo que quería hacer volar por los aires el maldito complejo?

—Sí, sí lo hizo, cuando fue a la fábrica hace un par de semanas y vio que las cámaras de seguridad no funcionaban.

—¿Crees que lo decía en serio?

—No, claro que no.

—Pues ahí lo tienes.

Llegaron las bebidas. Doug Connelly tomó el primer sorbo y sonrió.

—Perfecto.

—Es difícil estropear un *whisky* con hielo —comentó Jack.

—Lo siento, pero creo que en eso te equivocas, Jack. Demasiado hielo puede estropearlo.

Había ciertos temas que Doug había prohibido que Jack sacara a colación.

—Ni siquiera pienses en ello —había ordenado Doug.

Por esa razón Jack pensó con mucha cautela su siguiente pregunta antes de formularla:

—Si Kate se recupera, ¿crees que accederá a decir que Gus la engañó pidiéndole que se reuniera con él?

—Jack, Kate es una joven muy inteligente. Es contable titulada. Estaba deseando recibir su participación del diez por ciento con cualquier venta de la propiedad. Si culpan a Gus de todo, nos pagarán la póliza, incluido el seguro por las antigüedades. Un incendio provocado por un ex empleado disgustado es algo frecuente.

Dejando de lado el tema, Doug levantó la vista para llamar la atención del camarero.

—Yo tomaré el filete, Jack —dijo—. ¿Y tú?

El estado de Kate no mejoró durante el fin de semana. Hannah sabía que el doctor Patel lo consideró un revés. Hannah estuvo casi todo el sábado en el hospital, se marchó cuando Jessie la sacó de allí a la fuerza para llevarla a cenar.

El domingo por la mañana regresó. El doctor Patel también había pasado por la UCI para echar un vistazo a Kate. Al ver las oscuras ojeras de Hannah, dijo con firmeza:

—Hannah, no puedes volver a quedarte aquí sentada todo el día. Si hay algún cambio significativo en la condición de tu hermana, se te avisará cuanto antes. Después de todo lo que ha llovido, hoy hace un día muy bonito. Ve a dar un paseo y vuelve a casa a descansar. Dudo que hayas dormido mucho desde el jueves.

—Ya había decidido que me iría, al menos durante unas horas —respondió ella.

No fue suficiente para satisfacer al médico.

—Hannah, Kate podría seguir en este estado durante meses. Ya he tenido otros casos como este, pacientes en coma profundo, y siempre digo a los familiares que vivan con la mayor normalidad posible. Ve a trabajar mañana. No anules tus actividades cotidianas.

—Pero Kate habló a mi padre el jueves por la tarde.

—Aunque hubiera sido capaz de decir unas palabras, seguramente no tenían ningún sentido.

Si no tenían sentido, Kate no sabía lo que hacía al admitir que provocó el incendio, pensó Hannah, sintiendo un pequeño rayo de esperanza. ¿Es posible? Se dio cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas de cansancio y preocupación cuando dio las gracias al doctor por cuidar a Kate.

—Volveré a pasarme esta tarde —le aseguró el médico. Luego sonrió y preguntó —: ¿Qué parte de mi consejo vas a seguir, la de dar un largo paseo o la de volver a casa a descansar?

—Me temo que ni una ni otra —respondió Hannah—. Se me ha ocurrido que debería echar un vistazo al piso de Kate. Seguramente en la nevera hay comida que habrá que tirar.

—Sí, supongo que sí.

Mientras el doctor Patel asentía en silencio, le sonó el móvil y, con un ligero gesto de la mano, se despidió y salió de la habitación. Durante treinta segundos agónicos, Hannah estuvo convencida de que lo habían llamado para que regresara junto a la cama de Kate, pero luego lo vio en el pasillo a través de una amplia ventana interior. Se quedó mirando mientras el médico hablaba por el móvil y esbozaba una sonrisa a medida que se alejaba. Es hora de que vaya a tomar un poco de aire fresco, pensó. Daré un paseo por el parque hasta el West Side. Me sentará bien. Luego volveré para ver cómo está Kate.

Después de una semana fría y lluviosa, Central Park estaba lleno de corredores,

paseantes y ciclistas disfrutando del sol, aunque la temperatura todavía rondaba la friolera de doce grados. Mientras caminaba, Hannah inspiró hondo y trató de recuperar mentalmente el equilibrio. Tal como el doctor Patel me ha advertido, Kate puede seguir en ese estado durante mucho tiempo, se recordó. Si la policía intenta culparla de la explosión, más vale que tenga la mente despejada para trabajar con Jessie en su defensa. Ayer Jessie me sugirió con amabilidad que me buscara un abogado por si acaso me involucraban a mí también. Me recomendó uno de los mejores, según ella. Tengo que pensar si lo necesito.

Sonrió de forma involuntaria al ver a una hermosa y joven madre empujando a sus dos hijos en un carrito doble. El más pequeño tenía unos dos años, y el más alto, un año más. Hannah pensó en sus fotos con Kate y su madre cuando eran pequeñas. Algunas eran de Central Park. En todas, su madre, como esa joven que acababa de ver, estaba muy guapa y miraba orgullosa y feliz a sus pequeñas.

¿Cómo habría sido todo si ella estuviera viva? Seguro que papá habría estado mucho más cerca de nosotras en lugar de pasar tanto tiempo fuera. El día anterior había ido al hospital a última hora de la tarde y solo se había quedado una media hora. Doug le contó su gran preocupación porque Kate mascullara algo más sobre el incendio y que el personal del hospital la oyese. Si papá se presenta esta tarde cuando esté yo allí, pensó, le diré que el doctor Patel ha asegurado que nada de lo que diga Kate mientras siga en coma tiene sentido.

Salió del parque por la calle Sesenta y siete Oeste, subió por el lado oeste de Central Park hasta la Sesenta y nueve y luego giró a la izquierda. Una manzana y media después, se encontraba frente al edificio de Kate, unos portales más al oeste de Columbus Avenue. Kate y ella se habían intercambiado una copia de las llaves de sus pisos, y qué bien que lo hiciéramos, pensó. No habían encontrado el bolso de Kate, con sus llaves. Seguramente la fuerza de la explosión se lo había arrancado y destrozado.

El portero le abrió la puerta. Ella no lo reconoció, aunque durante el año anterior había ido conociendo al personal del edificio. El encargado de la recepción la identificó enseguida; ella, por la inercia de la repetición, le dio la misma respuesta que a todo el mundo:

—Kate está grave. Esperamos lo mejor y rezamos por ella.

Recogió el correo de su hermana, se lo metió en el bolso como pudo y luego entró en el ascensor para subir a su piso.

A primera vista estaba todo tan ordenado como siempre. Jessie le había advertido de que era muy probable que a medida que se desarrollara la investigación la policía centrara sus sospechas en Kate. En ese caso, conseguirían una orden para registrar su piso. Y también la casa de Gus. Si eso ocurre, pobre Lottie, pensó.

Se quitó el abrigo y, mientras daba una vuelta por el comedor, vio una manta doblada y una almohada en el sofá. La radio despertador que, por lo general, estaba en la cocina, se hallaba en el borde de la mesita, junto al sofá. Presionó el botón de la

alarma y vio que estaba puesta a las tres y media de la madrugada. Tiene sentido, pensó. La explosión ocurrió una hora después. Entró en la habitación. Estaba perfectamente ordenada. Abrió la puerta del vestidor. En el hospital le habían dicho que Kate llevaba un chándal y una chaqueta cuando la encontraron en el aparcamiento del complejo.

Debió de ponerse el chándal tras llegar de cenar con Doug, pensó Hannah. Luego cogió una manta, una almohada, puso la alarma y se tumbó en el sofá. Pero ¿por qué quedó con Gus a esas horas de la madrugada?

Echó un vistazo al dormitorio de Kate en busca de respuestas. La forma en que estaba amueblado era un acto de rebeldía contra las imitaciones de lujo Connelly. Había tres alfombras blancas sobre el pulido suelo de madera de haya. La cama, con un dosel de cuatro postes, estaba cubierta con un edredón blanco. El diseño azul marino y blanco del reborde se repetía en los cojines que había en el cabecero. Los visillos blancos de la ventana combinaban con las cortinas, también de color azul y blanco, que enmarcaban los dos amplios ventanales, uno de los cuales le ofreció una panorámica del río Hudson.

Las modernas mesillas de noche, una tele en un soporte giratorio, un escritorio y una gran butaca con una otomana eran los únicos muebles de la habitación. El vestidor había sido diseñado a medida, con estanterías para jerséis, pañuelos y guantes, y estantes de metal para colocar los zapatos. Y Dios sabe qué más, pensó Hannah. Kate no soportaba tenerlo todo amontonado.

Sintiéndose como una intrusa, se acercó al escritorio de Kate. El estrecho cajón situado justo debajo del tablón de la mesa era un canto a la perfección. Contenía los objetos habituales: un abrecartas, una pluma de recambio, papel de cartas personalizado y una agenda de direcciones, de esas que se usaban antes de la existencia del correo electrónico y los mensajes de texto.

En el cajón grande había las típicas carpetas de cartulina con facturas pagadas. La última carpeta era distinta. Tenía la anotación:

TESTAMENTO-COPIA.

Con manos temblorosas, Hannah la cogió y la abrió.

En la tapa interior estaba el nombre y la dirección del abogado al que Kate había consultado para la gestión de su patrimonio. Debajo había escrito: «Original en la caja fuerte». Junto a la copia de su testamento había un sobre sellado con el nombre:

HANNAH.

Tras abrirlo con mucho cuidado para poder volver a cerrarlo, Hannah empezó a leer:

Queridísima Hannah:

Si estás leyendo esto seguramente es porque estoy muerta. Salvo algunos donativos, te he dejado todo lo que tengo, incluido, por supuesto, mi interés del diez por ciento en las participaciones de la empresa.

Espero que esto solo lo leas tú, pero debo advertirte de que no confío en papá. Es un derrochador y siempre piensa solo en él. Si me ocurre algo, asegúrate de que mi colega contable, Richard Rose, se encargue de los libros de contabilidad de la empresa. No quiero que te timen.

No entiendo por qué Doug no quiere enfrentarse a la realidad, a menos que, llevando la empresa a la ruina, obtenga algún beneficio económico para sí mismo en detrimento de los empleados. Las antigüedades del museo son una propiedad aparte. El ochenta por ciento es suyo y el resto es tuyo y mío, al diez por ciento, y no es un activo de la empresa.

Sé que siempre te ha gustado que yo me encargase del negocio, pero ahora debes tomar el relevo.

Espero que no leas esto hasta dentro de cincuenta años o más.

Te quiero, hermanita,

KATE

Con los ojos anegados en lágrimas, Hannah volvió a meter la carta en el sobre y la selló. Luego tuvo un momento de duda. Admítelo, se dijo con rabia. ¿Y si Kate no se recupera del todo? ¿Quién velará por ella? No soportaría que viniera papá y registrase sus archivos personales. No creo que tenga llave, pero el portero podría dejarlo pasar.

Sacó el sobre. Nada deseo más que devolverlo a su sitio porque Kate ha salido de esta, pensó Hannah, pero hasta entonces estará más seguro conmigo. Tenía la combinación de la pequeña caja fuerte de Kate. Estaba en una pared de su vestidor. La abrió y sacó las joyas de las cajas. En su testamento, su madre había dejado todas las joyas a sus hijas, deberían entregárselas al cumplir la mayoría de edad. Kate tenía anillos, collares y brazaletes bastante valiosos. Cualquiera que supiera que el piso iba a estar vacío de forma indefinida encontraría la manera de entrar. Hannah sabía que las cajas fuertes pequeñas eran coser y cantar para un ladrón profesional.

No quiso detenerse a pensar que su padre podría reclamar las joyas, teniendo en cuenta su tendencia al derroche. Hannah metió la carta y las joyas en su gran bolso para colgar al hombro. Luego fue a echar un vistazo a la segunda habitación, que Kate usaba como refugio.

La estancia tenía un sofá abatible, un sillón cómodo, mesitas supletorias y una tele de sesenta pulgadas. Hannah sabía que, tras un largo día en el despacho, a Kate le encantaba repantigarse en su sillón favorito, relajarse y cenar algo tarde mientras veía la tele. Tengo muchas ganas de que vuelva pronto a casa, pensó Hannah, con los ojos

ardiéndole por las lágrimas.

Lo último que revisó fue la cocina. Buscó el número de teléfono de Marina, la asistente que iba todas las semanas a casa de Kate, para pedirle que sacara de la nevera todo lo que pudiera estropearse. Lo encontró en la puerta del refrigerador y la llamó. Como le dijo que no iría hasta el jueves, Hannah miró la nevera para asegurarse de que no había nada que estuviera pudriéndose. Su principal preocupación era la planta frondosa que Kate tenía en el alféizar de la ventana. En los cuatro días que habían pasado desde que Kate estuvo por última vez en casa, había empezado a ponerse mustia por falta de agua.

Esa es otra cosa sobre la que no sé nada, pensó Hannah. Kate tiene muy buena mano para las plantas. Yo miro una planta y se muere. En ese momento sonó el teléfono de la cocina. Hannah lo cogió.

Era el portero.

—Señorita Connelly —dijo—, un tal Justin Kramer está aquí. Vendió el piso a su hermana. Preguntaba cómo podía contactar con usted, y le he dicho que está aquí. Parece que le entregó una planta a su hermana como regalo de bienvenida al piso y quiere ofrecerse para cuidarla hasta que ella vuelva a casa.

¡Hasta que vuelva a casa! Eran unas palabras que Hannah necesitaba oír desesperadamente de labios de alguien.

—Por favor, diga al señor Kramer que suba.

Cuando Justin Kramer subió al piso de Kate, a Hannah le gustó de inmediato. Aparentaba treinta y pocos. Delgado, casi un metro ochenta, ojos marrones, mandíbula marcada y pelo castaño y rizado. Le recordó al chico por el que estaba colada cuando tenía dieciséis años.

Su preocupación por Kate era sincera.

—Me lie la manta a la cabeza al comprarme este piso —explicó—. Luego, cuando perdí el trabajo, cuando estalló la crisis de Wall Street hace dos años, supe que lo más razonable era venderlo. Mi padre nos grabó a fuego que cuando hubiera un bajón en la Bolsa deberíamos recoger las velas y no tocar los ahorros. La empresa inversora en la que estoy ahora es incluso mejor que en la que estaba antes. Pero no olvidaré jamás lo preocupada que se mostró tu hermana por mí. Por eso, cuando leí lo del accidente, pensé en la bromelia que le había regalado y en que, si todavía la tenía, necesitaría cuidados. Sé que, con todo lo que ha ocurrido, es un gesto muy pequeño, pero quería hacer algo.

—Es muy típico de Kate preocuparse por alguien —se limitó a decir Hannah—. Ella es así.

—Sé que está grave, pero, si te sirve de consuelo, tengo el fuerte presentimiento de que saldrá adelante. Evidentemente, he leído y visto las insinuaciones de los medios de que Kate podría estar implicada en la explosión. Por poco que la conozca, me resulta imposible creer que Kate estuviera involucrada en algo así.

—Gracias por decirlo —respondió Hannah—, y gracias por pensar que superará todo esto. Ahora mismo, estando en su casa y preguntándome si volverá a estar aquí de nuevo, necesitaba oír eso.

Salieron juntos del piso. Justin llevaba la planta. Cuando estaban fuera del edificio, en la acera, antes de despedirse, Justin dijo:

—Hannah, son la una y media. Si todavía no has almorzado, ¿quieres comer algo rápido conmigo?

Tras dudar solo un par de segundos, Hannah contestó:

—Sí, me gustaría.

—¿Te apetece comida italiana?

—Es mi favorita.

Caminaron tres manzanas hasta un pequeño restaurante llamado La cocina de Tony. Resultaba evidente que allí conocían a Justin. Él se dio cuenta de que ella no quería conversar sobre Kate ni sobre la explosión, así que decidió hablarle de sí mismo.

—Me crie en Princeton —dijo—. Mis padres enseñan en Princeton.

—Entonces debes de ser muy listo. —Hannah sonrió.

—Eso no lo sé. Fui a Princeton, pero, en opinión de mis maestros, mi destino era otro, así que fui a estudiar empresariales a Chicago.

Ambos pidieron ensalada. Hannah eligió un plato pequeño de *penne* con salsa de vodka. Justin se decidió por la lasaña y pidió media botella de *Simi chardonnay*. Hannah se dio cuenta de que era la primera vez, desde la cena de celebración con Jessie por la nueva línea de moda, que saboreaba la comida. Justin le preguntó por su trabajo, otro tema inofensivo. Cuando salieron del restaurante, le consultó si quería que parara un taxi.

—No. Daré un paseo por el parque hasta el hospital y pasaré a ver a Kate. No creo que sepa que estoy allí, pero necesito estar con ella.

—Por supuesto, pero antes dame tu número de móvil, por favor. Me gustaría mantenerme en contacto contigo para saber cómo va evolucionando Kate. —Sonrió y luego añadió—: Además de informarte de cómo evoluciona su planta.

* * *

Cuando Hannah llegó al hospital y subió a la UCI, su padre estaba sentado junto a la cama de Kate. Levantó la vista cuando oyó los pasos de su hija.

—Está igual —dijo él—. No ha habido ningún cambio. No ha dicho nada más. —Echó un vistazo a su alrededor para comprobar que no había ningún médico ni ninguna enfermera que pudieran oírlo—. Hannah, he estado pensando. El otro día, cuando Kate murmuró que sentía lo de la explosión, creí que se refería a que la había provocado.

Hannah lo miró asombrada.

—Diste por hecho que Kate había ocasionado el incendio.

—Exacto. Es que en ese momento no regía. Dijo que sentía lo que pasó, no que sentía haberlo provocado.

—Jamás he creído que Kate hubiera causado la explosión —susurró Hannah con decisión—, y podrías haberme ahorrado mucha angustia si no hubieras llegado a la conclusión de que prácticamente lo había admitido. Y, de todas maneras, el médico ha dicho que cualquier cosa que haya murmurado, seguramente no tenga ningún sentido.

—Lo sé. Es que todo lo que ha ocurrido estos últimos días me ha recordado lo que pasó cuando perdí a vuestra madre y...

Douglas Connelly hundió la cara entre las manos y sus ojos se anegaron en lágrimas.

Recuperó la compostura y se levantó poco a poco.

—Sandra está en la sala de espera —explicó—. Sé que no querías que entrara aquí.

—Y lo mantengo.

Hannah se quedó una hora más en el hospital y después regresó a casa. Más tarde vio las noticias de la noche, mientras comía un bocadillo de mantequilla de cacahuete, que era lo único que le apetecía cenar. Empezó a ver el episodio de una

serie de televisión que le gustaba hasta que se quedó dormida. Tras despertarse a medianoche, se quitó la ropa, se puso el pijama, se lavó la cara, se cepilló los dientes y se derrumbó en la cama.

La alarma la despertó a las siete del lunes por la mañana. A las ocho visitó a Kate durante media hora, luego pasó un largo día en el trabajo intentando concentrarse en el nuevo diseño de ropa de deporte. Una cosa es que pongan tu nombre a una línea de moda y otra cosa bien distinta es conseguir que siga llevándolo, se dijo.

Después del trabajo fue a visitar otra vez a Kate, la tomó de la mano, le acarició la frente y le habló con la esperanza de que, de algún modo, la entendiera. Estaba a punto de marcharse cuando entró el doctor Patel. La profunda preocupación de su voz fue evidente cuando dijo:

—Me temo que le ha subido la fiebre.

En cierto sentido, Clyde Hotchkiss era muy cuidadoso. Siempre intentaba que del dinero que recogía mendigando le quedara lo suficiente para comprar un billete de metro de al menos un viaje. El destino no importaba. Se subía a un vagón a última hora de la noche y salía para ir a la furgoneta o donde quisiera. Algunas veces se quedaba dormido durante el trayecto, llegaba hasta el final del recorrido y luego volvía a Manhattan.

Tras la pelea con Sammy, y después de que lo echaran del aparcamiento el domingo por la mañana, empujó su carrito hasta la calle Treinta y uno para ponerse en la cola de reparto de pan de San Francisco. Luego, como sabía que Sammy contaría a sus amigos sin techo lo que había ocurrido, y que ellos se pondrían de su parte, hizo algo que odiaba: quedarse en un albergue para vagabundos el domingo por la noche. Cuando llegó allí, estar cerca de tanta gente casi lo vuelve loco. Era como si tuviera otra vez el cuerpo de Joey Kelly apretado contra el suyo, como en Vietnam, pero se quedó allí. Tosía mucho, y el dolor de su antigua lesión en la cadera era cada vez más intenso. El hecho de haber olvidado la foto con Peggy y *Skippy* al marcharse de la furgoneta empezaba a obsesionarlo. Al principio no le había importado, pero ahora sabía que necesitaba la tranquilidad que le proporcionaba la foto, la sensación de ser querido por alguien. No había visto ni a Peggy ni a *Skippy* en todos esos años, pero de pronto los contempló en su mente con toda claridad.

Y luego el rostro de Joey y la cara de esa chica empezaron a seguir a las de Peggy y *Skippy*, y comenzaron a darle vueltas y más vueltas, como un tiovivo.

El lunes llovió de nuevo. La tos de Clyde se volvía más profunda cuando temblaba. Estaba acuclillado junto a un edificio en Broadway. Casi ninguno de los transeúntes que pasaban a toda prisa se paraba para echar una moneda ni un billete de un dólar en la ajada gorra que había colocado junto a sus pies. Su suerte estaba cambiando, y él lo sabía. Se había acostumbrado tanto a la protección nocturna de la furgoneta que no podría durar mucho en las calles sin ella.

Con frío y calado hasta los huesos, empujó su carrito por el centro hasta otro albergue para pasar la noche. Al llegar a la puerta, se desmayó.

El lunes por la mañana, Frank Ramsey y Nathan Klein regresaron a la escena de la explosión. Se encontraron a los dos peritos de la compañía de seguros examinando al detalle las ruinas. Frank los conocía a ambos. Con los años se habían producido otros incendios de los que se sospechaba que habían sido provocados. La diferencia en este caso, pensó Frank, es que, si se puede culpar solo a Gus Schmidt, tendrán que pagar la póliza. Incluso aunque Kate Connelly estuviera implicada, un buen abogado conseguiría culpar únicamente a Schmidt. A menos que, claro está, se recupere y reconozca que fue ella quien lo involucró. Lo que es bastante improbable, se dijo Frank.

El viernes, en la funeraria, Klein y él se acercaron corriendo a ayudar cuando vieron que Lottie Schmidt se había desmayado. La llevaron hasta el sofá del despacho. Recobró la conciencia enseguida, pero tanto ellos como la hija insistieron en que se quedara descansando en el sofá de la sala del fondo durante al menos veinte minutos. Un ayudante de la funeraria le preparó una taza de té.

La ausencia de Lottie dio a Frank y Nathan la oportunidad de hablar con otros asistentes al velatorio que habían trabajado con Gus. Casi todos dijeron a los jefes de bomberos que Gus había sido despedido después de que Jack Worth se convirtiera en el jefe de fábrica, y que Gus lo odiaba a él y a Douglas Connelly.

—Gus era un perfeccionista —explicó uno de ellos—. Habría hecho falta un grupo de expertos para descubrir la diferencia entre los muebles originales y las imitaciones que hacía. Que ellos le dijeran que su trabajo no estaba a la altura fue un insulto terrible.

—¿Habló alguna vez de hacer volar por los aires el complejo? —preguntó Ramsey.

Uno de los hombres asintió.

—Era una manera de hablar. Estoy en el mismo equipo de bolos que Gus. Bueno, quiero decir que estábamos en el mismo equipo. Siempre preguntaba cómo iban las cosas en el complejo. Cuando le dije que recibíamos muchas devoluciones, comentó algo así como: «No me sorprende. Hazme un favor y préndele fuego al sitio ese».

Todo esto indicaba que acabarían culpando a Gus del incendio. Los preocupados investigadores de la compañía de seguros así se lo comentaron a Frank Ramsey el lunes por la mañana. Mientras estaban hablando, los transportistas del complejo empezaron a sacar las furgonetas de los aparcamientos para llevarlas al almacén. Salvo por el daño provocado por el humo y los restos que volaron por los aires, parecían en bastante buen estado.

—Connelly jamás reconstruirá este lugar —dijo Jim Casey, el mayor de los peritos—. Si consigue cobrar el dinero del seguro, vivirá como un rey. Aparte de que la propiedad por sí sola ya vale una fortuna. ¿Por qué iba a molestarse en reconstruirlo?

Cuatro furgonetas sin daños, todas ellas con el rótulo: MOBILIARIO ANTIGUO DE IMITACIÓN CONNELLY, pasaron despacio delante de ellos hacia la entrada principal. Frank Ramsey se fijó en que todavía quedaba una al fondo de la zona donde guardaban los vehículos. Era un espacio techado con los laterales abiertos. Se dirigió hacia allí para inspeccionarla y observó las puertas abolladas, el parabrisas resquebrajado, la carrocería oxidada y los neumáticos deshinchados. Resultaba evidente que esos daños eran anteriores a la explosión y que esa furgoneta averiada había estado allí durante mucho tiempo. ¿Por qué no se habrán deshecho de esto?, se preguntó. Jack Worth da la impresión de ser un buen jefe. Sin embargo, no insistió en la necesidad de reparar las cámaras de seguridad, así que a lo mejor lo hizo intencionadamente. Pero Worth les había dicho que era Douglas Connelly quien no quería gastar dinero. De una forma u otra, no habría costado mucho remolcar ese maltrecho vehículo y llevarlo a un desguace.

Frank se dirigió a la parte posterior de la furgoneta y entonces, sin imaginar que se abrirían, movió las manillas de las puertas traseras. Para su sorpresa, descubrió los rastros inequívocos de que aquel vehículo había sido ocupado por alguien. Botellas de vino vacías desparramadas por el suelo. Periódicos peligrosamente apilados en el fondo. Levantó el periódico que estaba más cerca de la puerta y miró la fecha.

Era del miércoles, el día antes de la explosión.

Eso significaba que un vagabundo usaba aquel lugar para dormir y que tal vez estaba allí esa noche. Frank Ramsey no quiso averiguar más y cerró la puerta de la furgoneta.

Tenía bastante claro que aquel lugar se había convertido en una compleja escena del crimen.

Mark Sloane quedó con Nick Greco a la una en punto del lunes. Le explicó que acababa de mudarse para empezar en un nuevo trabajo y que no podía tomarse más de una hora de su tiempo de comida para encontrarse con él. La alternativa podía ser reunirse a las cinco de la tarde.

—Llego muy temprano a la ciudad, pero luego tengo que coger el tren de las cinco y veinte para volver a casa —le dijo Greco—. ¿Puedo sugerirle que venga a comer y que pidamos algo para llevar en un local de la zona?

Nick Greco, de sesenta y pocos años, tenía una estatura media y el cuerpo atlético de un corredor de toda la vida. Tenía el pelo, antes negro, casi completamente cano. Sus gafas de cristales al aire acentuaban sus ojos de color marrón oscuro, que veían el mundo con una mirada tranquila pero penetrante. Era un insomne rematado, a menudo se levantaba a las tres o cuatro de la madrugada y se paseaba por la habitación que su mujer llamaba «su refugio nocturno». Allí leía un libro o una revista, o encendía la tele para ponerse al día de las últimas noticias.

Justo después de las cinco de la madrugada del pasado jueves, vio en las noticias las primeras imágenes del incendio que estaba arrasando el complejo de Mobiliario antiguo de imitación Connelly, en Long Island City. Como siempre, Nick empezó a pensar como un investigador. Su memoria fotográfica se llenó de inmediato con los detalles de la tragedia que había ocurrido casi tres décadas atrás, cuando Douglas Connelly, su esposa Susan, su hermano Connor y cuatro amigos habían sido víctimas de un naufragio. Solo Douglas había sobrevivido.

La tragedia parece perseguir a algunas personas, pensó Greco. Primero ese tipo pierde a su mujer, a su hermano y a sus amigos. Y ahora su hija está en coma y su empresa queda destruida. Luego los medios empiezan a insinuar que Kate Connelly y un antiguo empleado, Gus Schmidt, podrían haber conspirado para provocar la explosión. A Greco no se le ocurría nada peor que perder a una hija, a menos que la verdadera tragedia fuera que tu hija destruyese el trabajo de tu vida y que, en el proceso, causara la muerte de otra persona.

Pero no era eso lo que estaba pensando cuando la recepcionista anunció la llegada de Mark Sloane, hermano de Tracey Sloane, desaparecida hacía tanto tiempo.

—Que pase —dijo Greco mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta. Unos segundos después, estaba estrechando la mano de Mark e invitándolo a sentarse a la mesa de reuniones de su espacioso despacho.

Estaban de acuerdo en pedir bocadillos de jamón y queso con pan de centeno. Greco solicitó a la recepcionista que llamara para encargarlos.

—Tengo una buena cafetera —explicó a Mark—. Así que, si ambos tomamos café solo, podríamos beberlo muy caliente en lugar de pedirlo fuera y tener que esperar.

Le gustó la primera impresión de Mark Sloane, con su firme apretón de manos y

su contacto visual directo a pesar de lo alto que era. Pero también percibió que estaba algo tenso. ¿Y quién no lo estaría?, pensó Nick Greco, comprensivo. Tiene que ser muy duro revivir la desaparición de su hermana. Por eso dedicó unos minutos a charlar con Mark sobre su nuevo trabajo antes de abrir el expediente que había revisado a primera hora del día.

—Como ya sabe, yo era uno de los investigadores encargados del caso de la desaparición de Tracey —dijo Greco—. Al principio, por el procedimiento habitual, se consideró que se hallaba en paradero desconocido, pero al no presentarse en el trabajo, al perder dos audiciones importantes y al no ponerse en contacto con ninguno de sus amigos, ya se supuso que había pasado algo malo.

Leyó en voz alta el expediente:

—«Tracey Sloane, de veintidós años de edad, salió del Tommy's Bistro, en el Greenwich Village, donde trabajaba como camarera, a las siete de la tarde. Rechazó ir a tomar una copa con varios compañeros del trabajo porque dijo que iría directamente a casa. Quería dormir lo suficiente para estar fresca antes de una audición que tenía programada para la mañana siguiente. Al parecer, nunca volvió a su piso en la calle Veintitrés. Como no se presentó en el trabajo en los dos días siguientes, Tom King, el dueño del restaurante, temiendo que hubiera tenido un accidente, decidió a ir a su piso. Acompañado por el portero del edificio, entraron dentro. Todo estaba en orden, pero Tracey no se encontraba allí. Ni su familia ni sus amigos volvieron a verla ni a saber nunca más nada de ella».

Greco miró a Mark al otro lado de la mesa. Descubrió el dolor en su mirada, un dolor que había visto muchas veces a lo largo de los años en otras personas que intentaban localizar a un ser querido desaparecido.

—Su hermana salía con gente, pero, según toda la información que recibimos, su carrera era lo primero, y no quería mantener una relación seria. Después de las clases de interpretación se tomaba una hamburguesa y una copa de vino con algunos compañeros de clase, pero eso era todo lo que hacía. Investigamos un amplio círculo, preguntamos a sus vecinos y amigos, a las personas de la academia y a los compañeros de trabajo, pero no tuvimos éxito. Sencillamente había desaparecido.

Llegaron los bocadillos. Greco sirvió café para ambos. Cuando se percató de que Mark apenas tocaba la comida, dijo:

—Mark, por favor, coma. Le aseguro que el bocadillo está bueno, y usted tiene un cuerpo bastante grande que debe llenar. Sé que ha venido para recibir respuestas, pero no puedo dárselas. Siempre tengo presente el caso de su hermana. Cuando me jubilé, me llevé una copia del expediente. Nunca pensé que fuera un secuestro con asesinato sin más. A menos que hiciera muy mal tiempo, su hermana siempre volvía a casa caminando. Les decía a sus compañeros que así hacía ejercicio. No creo que se la llevaran estando en la calle. Creo que se encontró a alguien a quien conocía y que había estado esperando a que saliera del restaurante.

—¡Quiere decir que alguien quería asesinarla! —exclamó Mark.

—O al menos recogerla cuando saliera del trabajo, pero algo salió mal. Podría ser alguien que ella considerase un amigo pero que se hubiera obsesionado con ella. Tracey quizá aceptó que la llevara en coche. A lo mejor él perdió la cordura al verla y la situación se le fue de las manos. Puedo decirle que aunque hayan pasado veintiocho años, el caso jamás se ha cerrado. Hace poco se descubrieron los cadáveres de cuatro mujeres que habían desaparecido hacía más de veinte años. Estaban enterradas en el mismo lugar, fue obra de un asesino en serie. Se tomaron muestras de ADN de los cuerpos y se compararon con los de los miembros de las familias que habían colaborado en los últimos años a completar las bases de datos policiales relativos a casos como este.

—Ni a mi madre ni a mí nos han pedido jamás muestras de ADN —dijo Mark—. Teniendo esto en cuenta, no me parece que el caso siga abierto.

Greco asintió en silencio.

—Estoy totalmente de acuerdo, pero nunca es tarde. Llamaré a la oficina del fiscal de Manhattan y me aseguraré de que les pidan las muestras a ambos. Nos pondremos en contacto con su madre para que colabore. Dígale que no se preocupe. No es más que un bastoncillo que se mete en la boca, como los bastoncillos para las orejas.

—¿Así que hoy por hoy no tienen ninguna pista de quién puede ser el sospechoso?

—No, nunca ha habido un sospechoso. Aunque me haya jubilado, los chicos de la oficina me habrían avisado si hubiera surgido alguna novedad. La única pregunta que teníamos, y que todavía tenemos, es la importancia de esta foto que Tracey tenía sobre su cómoda.

Mark la miró. Tracey, hermosa, con su larga melena y su sonrisa vivaracha, estaba sentada a la mesa con dos mujeres y dos hombres.

—Al parecer se tomó una de las noches en que Tracey se reunió con sus amigos en Bobbie's Joint —dijo Nick—. Los investigamos a los cuatro y no descubrimos ninguna conexión. Pero, de alguna manera, siempre he creído que esta foto nos dice algo y no sabemos qué es.

Mamá bailando con sus zapatos de raso rojo. De nuevo el recuerdo era muy nítido cuando empezaron a formarse las imágenes en la mente de Kate mientras se encontraba en el profundo coma inducido que los médicos esperaban que le salvara la vida. Mamá llevaba un vestido de noche rojo y unos zapatos del mismo color. Entonces papá entró en la sala y vio lo guapa que estaba, y me tomó en brazos y bailamos con mamá hasta salir a la terraza, aunque empezaba a nevar. Y él me cantaba. Luego bailó con mamá y conmigo dando vueltas por toda la habitación. La noche siguiente, papá y mamá salieron a pescar en barco.

Kate recordó que, tras la muerte de su madre, ella se había quedado con esos zapatos de raso rojo y los había abrazado sin parar; al hacerlo sentía los brazos de su madre y su padre rodeándola. Pero su padre después se los quitó. Él parecía cambiado. Lloraba y dijo que era muy triste verlos y que no era bueno para mí seguir abrazándolos. Y luego dijo que no volvería a bailar con nadie mientras viviera.

El recuerdo se esfumó, y Kate volvió a sumirse en un profundo sueño. Después de un rato oyó el murmullo de una voz conocida y sintió que alguien le daba besos en la frente. Sabía que era Hannah, pero no podía tocarla. ¿Por qué lloraba Hannah?

A mediodía, la destartada furgoneta había sido llevada al laboratorio de criminología para ser analizada, palmo a palmo, con el objeto de averiguar quién la había usado como refugio. Y si esa persona había estado allí la noche de la explosión, ¿tendría algo que ver con lo ocurrido?

—Sin ninguna duda esto abre otra posibilidad —dijo Frank Ramsey a Nathan Klein. Ambos se dirigían a casa de Lottie Schmidt—. Sabemos que quienquiera que se hubiera instalado allí tenía el periódico del miércoles. Seguramente lo había sacado de alguna papelera. Tenía pegotes de comida por todas partes. Yo supongo que esa persona, hombre o mujer, aunque apuesto a que era un hombre, entraba en el complejo por la noche. No había vigilante ni cámaras de seguridad. Y probablemente se marchaba a primera hora de la mañana, antes de que alguien llegara a trabajar. Y así ha sido durante mucho tiempo. Los periódicos más antiguos tienen casi dos años.

—Y si no tuviera nada que ver con el incendio, podría haber oído o haber visto algo o a alguien en el lugar. —Klein estaba pensando en voz alta—. Sería interesante averiguar si la muestra de ADN o las huellas coinciden con las de alguien fichado.

—Ya sabes que hay dos personas a las que no les alegraría mucho saber que el incendio fue provocado por un vagabundo. Nuestros amigos peritos de la compañía de seguros —comentó Frank—. Lo pasarán fatal si se niegan a pagar a Connelly y se descubre que el mendigo tiene un historial delictivo, sobre todo si entre los delitos está el incendio provocado.

Frank había llamado antes a Lottie y le había preguntado si podían pasar por su casa unos minutos. Percibió resignación en su voz cuando ella le respondió:

—Contaba con que querrían volver a verme.

Treinta y cinco minutos después estaban llamando al timbre de su modesta casa en Little Neck. Con mirada práctica, ambos hombres observaron que los setos estaban recién recortados, el viejo arce japonés del jardín delantero había sido podado hacía poco y el caminito de entrada estaba limpio de malas hierbas.

—Parece que Gus Schmidt cuidaba mucho la casa y el terreno —observó Nathan—. Apuesto a que esas persianas están recién pintadas, y se ve que reparó las tejas de madera de la parte derecha de la casa.

Lottie Schmidt abrió la puerta justo a tiempo para escuchar ese último comentario.

—Mi marido era un hombre muy meticuloso en todos los sentidos —dijo—. Adelante.

Abrió más la puerta y se apartó para dejarlos entrar. Luego la cerró y los condujo hasta el salón.

Con una sola mirada, Ramsey vio que estaba amueblado exactamente igual que el salón de sus padres hacía cincuenta años. Un sofá, un sillón de piel, otro de orejas y sillas y mesitas supletorias a juego con la mesa de centro. Portarretratos familiares

sobre la repisa de la chimenea y otra serie de fotos en la pared. La alfombra de estilo persa, aunque no auténtica, estaba deshilachada por algunas partes.

Lottie vestía una falda negra de lana, un jersey de cuello alto de color blanco y una rebeca oscura. Llevaba su ralo pelo blanco pulcramente recogido en un moño. Tenía expresión de agotamiento en la mirada, y los jefes de bomberos se fijaron en que le temblaban las manos.

—Señora Schmidt, sentimos mucho tener que molestarla otra vez. No es nuestra intención apenarla más de lo que ya lo está. Pero queremos que sepa que la investigación sobre la explosión no ha terminado, ni de lejos —dijo Frank Ramsey.

Lottie puso cara de preocupación.

—Eso no es lo que leo en los periódicos. Algún periodista del *Post* ha estado hablando con los amigos de Gus. Uno de los de su equipo de bolos, que todavía trabaja en la fábrica de Connelly, le comentó que hace solo un par de semanas Gus le dijo que le hiciera el favor de prender fuego a todo el complejo con una cerilla.

—Retrocedamos un poco en el tiempo. Cuando despidieron a su marido, ¿fue totalmente inesperado?

—Sí y no. Habían tenido un jefe maravilloso durante años. Se llamaba Russ Link. Empezó a dirigir la empresa un par de años antes del naufragio. Douglas Connelly prácticamente puso en sus manos todas las operaciones diarias. Douglas se pasaba por allí dos o tres veces por semana si no estaba fuera de vacaciones.

—¿Iba bien la empresa cuando la dirigía Russ Link?

—Gus decía que los problemas habían empezado incluso antes de que él se marchara. Las ventas habían caído muchísimo. A la gente ya no le interesaba ese tipo de muebles tanto como antes. Quieren comodidad y algo fácil de mantener, no sofás barrocos y aparadores de estilo florentino.

Lottie hizo una pausa; tenía los ojos inyectados en sangre.

—Gus era su mejor ebanista. Todo el mundo lo sabía. El mercado había disminuido, pero nadie era capaz de imitar un mueble como él. Ponía todo su cariño en cada pieza. Y luego ese miserable de Jack Worth sustituyó a Russ y en un par de meses despidieron a Gus.

—¿Conoce bien a Jack Worth?

—No personalmente. Para nada. En las fiestas de Navidad de la empresa siempre se ponía en evidencia. Gus me contó que Jack no paraba de echar los tejos a las jovencitas del trabajo. Por eso su mujer se divorció de él. Y tenía muy mal carácter. Si estaba de malhumor, cargaba contra cualquiera.

—Teniendo en cuenta todo eso, supongo que Gus se alegró de dejar la fábrica Connelly —comentó Nathan Klein.

—A Gus le encantaba su trabajo. Sabía cómo mantenerse alejado de Jack.

Frank Ramsey y Nathan Klein estaban sentados en el sofá. Lottie estaba en el sillón de orejas. Frank se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas, y miró directamente a los ojos de Lottie.

—¿Su hija sigue aquí?

—No. Gretchen regresó ayer a Minnesota. Es masajista y tiene una clientela muy activa.

—Me dijo que estaba divorciada.

—Desde hace muchos años. Gretchen es una de esas personas nacidas para estar soltera. Se siente muy feliz con su trabajo y sus amigos, y es un miembro muy activo de la iglesia presbiteriana de su localidad.

—Por las fotos que hemos visto, sabemos que tiene una casa muy bonita —comentó Klein—. Yo diría que, por lo menos, debe de costar un millón de dólares. Nos contó que su padre se la había comprado hace unos cinco años, pocos meses después de que lo despidieran. ¿De dónde sacó Gus el dinero para hacerlo?

Lottie estaba preparada para esa pregunta.

—Si echan un vistazo a nuestra chequera, verán que Gus se encargaba de todas las cuestiones relacionadas con el dinero. Pagaba las facturas y me daba efectivo para las compras y cualquier imprevisto. Era muy ahorrador. Algunas personas dirían incluso que era tacaño. Hace cinco años, cuando yo estaba en el hospital, compró un billete de lotería y ganó tres millones de dólares. He olvidado qué lotería del Estado era. Siempre se gastaba veinte dólares en boletos, todas las semanas.

—¿Ganó la lotería! ¿Pagó impuestos por ese dinero?

—¡Oh, claro que sí! —exclamó Lottie. Y añadió—: Gus siempre se preocupó por Gretchen. Le angustiaba que, si nos pasaba algo, ella pudiera gastarse todo el dinero que le dejáramos. Cuando ganó la lotería, hizo lo que le pareció mejor para asegurarse de que ella estuviera bien. Le regaló esa casa, y a ella le encanta. Con el resto del dinero de la lotería, le compró una anualidad para que siempre tuviera un ingreso con que cubrir los gastos de mantenimiento de la vivienda.

Lottie miró abiertamente a ambos jefes de bomberos.

—Estoy bastante cansada, como creo que entenderán. —Se levantó—. Y ahora, ¿puedo pedirles que se marchen?

Los hombres la siguieron en silencio hasta la salida. Tras cerrar la puerta, los dos inspectores se miraron. No necesitaban decirse nada. Ambos sabían que Lottie Schmidt había mentido.

Entonces Frank dijo:

—No importa dónde ganó supuestamente la lotería, el Estado se queda automáticamente con parte del premio en concepto de impuestos. Es fácil comprobarlo. Aunque intuyo que no tardaremos en descubrir que Gus Schmidt no ganó nunca un premio gordo.

En el laboratorio de criminología analizaron metódicamente el interior y el exterior de la furgoneta destartada en busca de pruebas que pudieran conducir a la policía hasta el vagabundo que había pasado tantas noches allí. Las botellas vacías de vino barato y los montones de periódicos amarillentos fueron extraídos y espolvoreados de forma sistemática para obtener huellas dactilares. Prendas de ropa harapientas fueron analizadas para dar con sangre u otros fluidos corporales, así como con etiquetas de identificación. El suelo y las paredes acolchados de la furgoneta se observaron con unas lámparas de laboratorio especiales para tener la seguridad de que no se pasaba por alto ninguna pista. Los cabellos humanos se guardaron en bolsas de plástico.

La foto familiar en un viejo portarretrato de plata, que habían encontrado en un rincón del vehículo, envuelto con un harapiento jersey, suscitó gran interés en los investigadores científicos.

—Es evidente que esa fotografía se tomó hace décadas —comentó Len Armstrong, el químico jefe, a su ayudante, Carlos López—. Fíjate en cómo van vestidos. Mi madre llevaba ese peinado cuando yo era niño. El pelo despeinado del padre, con esas largas patillas, me recuerda a las fotos que he visto de mi tío de los años setenta. Y este marco ha recorrido mucho, mucho camino.

—La pregunta es si la fotografía tiene algo que ver con el tipo que ocupaba la furgoneta o si la encontró en la basura —puntualizó López—. Los jefes de bomberos podrían colgarla en internet para ver si alguien la reconoce.

Estaban acercándose al extremo donde se encontraba el montón de periódicos.

—De aquí vamos a sacar tantas huellas que tendremos ocupados a los del FBI durante al menos un mes —observó López. De repente en un tono firme añadió—: Un momento. ¡Mira esto! —Sacó una libreta de espiral de entre los periódicos y la abrió. En la primera página había solo un par de frases—: «Propiedad de Jamie Gordon. Si la encuentra, por favor, llame al 555-425-3795».

Ambos químicos intercambiaron una mirada.

—¡Jamie Gordon! —exclamó Len—. ¿No es la universitaria que encontraron en el East River hace dos años?

—Sí, es ella —dijo López muy serio—. Y quizá acabamos de descubrir el lugar donde fue asesinada.

Después de su reunión con Nick Greco a la hora de comer, Mark Sloane se quedó en su mesa hasta después de la seis de la tarde. Intentaba aplazar el momento de llamar a su madre para pedirle que se hiciera el análisis de ADN que serviría para la búsqueda de Tracey. Hablar con Greco le había traído muchos recuerdos. Él solo tenía diez años, pero recordaba a su madre llorando desconsolada cuando supo que su hermana había desaparecido. Él se había quedado con los vecinos mientras ella iba a Nueva York. Su madre estuvo una semana en el piso de Tracey mientras la policía desarrollaba una búsqueda intensiva.

Después, siguiendo el comprensivo consejo de la policía, su madre había vuelto a casa. Con el rostro ensombrecido por la pena, le había explicado que creían que algo malo le había ocurrido a Tracey.

—No perderé las esperanzas y seguiré rezando —dijo su madre—. Estoy convencida de que Tracey pudo sufrir una especie de pérdida de memoria. Estaba trabajando muy duro y asistía a un montón de clases. O puede que haya sufrido una crisis nerviosa.

Su madre había pagado el alquiler del piso de Tracey durante seis meses. Luego, al no poder seguir haciéndolo, regresó a Nueva York para recoger la ropa de su hija y otros objetos personales y se lo llevó todo a su casa. Durante un año guardó los muebles de Tracey en un trastero, pero después dijo a los dueños del almacén que los donaran al Ejército de Salvación.

Todo eso era lo que le pasaba a Mark por la cabeza hasta que logró llamar a casa. Para su sorpresa y alivio, su madre le comentó que ya había recibido la llamada del inspector Greco.

—Ha sido muy agradable —dijo ella—. Me ha explicado que ibas a llamarme, pero él quería asegurarme que este era un paso muy importante para conseguir que Tracey vuelva a casa algún día. Yo le he dicho que recordaba lo amable que había sido durante todos esos años y que siempre me había sentido muy agradecida.

Cambió de tema y preguntó a Mark por su nuevo trabajo y su piso. Cuando terminó la conversación, animado por haber hablado con ella, Mark se marchó del despacho. Había pensado en matricularse en el gimnasio de su barrio, aunque decidió volver directamente a casa. En el recibidor, una vez más, esperando el ascensor, vio a la pelirroja alta y atractiva que acompañaba a Hannah Connelly el día en que fueron al edificio los jefes de bomberos.

Ella le dedicó una tímida sonrisa y luego apartó la mirada.

No hace falta ser un genio para ver que está disgustada, pensó él.

—Soy Mark Sloane —dijo—. Subimos juntos en el ascensor el otro día. Desde entonces he seguido todas las noticias de la explosión en la fábrica Connelly. ¿Cómo está la hermana que resultó herida?

—Ahora le ha subido la fiebre —dijo Jessie en voz baja—. Hannah va a quedarse

esta noche en el hospital y me ha pedido que pase a recoger sus cosas.

El ascensor llegó, y entraron. Mark sacó una tarjeta de visita y se la entregó a Jessie.

—Verás, soy el nuevo vecino de Hannah. Si puedo hacer algo para ayudar, espero que ella o tú me llaméis.

Jessie miró la tarjeta.

—Soy Jessie Carlson. También soy abogada. Ya has leído algo sobre la explosión, así que supongo que sabes que la hermana de Hannah, Kate, podría ser acusada de haberla provocado. Yo la represento. —El malestar en su expresión dejó paso a una mirada de fuerte determinación—. Es inocente y no puede defenderse.

Entonces el ascensor se detuvo en el piso de Mark y él se bajó sin ganas. El abogado que llevaba dentro quería saber en qué iba a basarse la defensa de una joven gravemente herida y acusada de algo así. Pensar en el dolor por el que estaba pasando Hannah, que ahora era su vecina, intensificó la tristeza que él sentía por Tracey.

Era imposible imaginar que la respuesta a la desaparición de su hermana sería hallada entre los escombros de la explosión del complejo Connelly.

Durante el fin de semana Jack Worth llamó a Douglas Connelly para preguntar por Kate, y siempre recibió la misma respuesta: «Ningún cambio».

El lunes por la tarde, cuando Jack hizo su llamada, respondió la nueva novia de Doug, Sandra.

—Kate tiene fiebre —le explicó ella—. Doug lleva un buen rato en el hospital, con Hannah. Cenaremos tarde. El pobre hombre está muy preocupado y, entre tú y yo, creo que Hannah está portándose fatal con él. Lo he visto con mis propios ojos. Cualquiera diría que ella es la única que está hecha polvo por lo de su hermana. Ya le he comentado a Doug que debería ponerla en su sitio y decirle que deben apoyarse emocionalmente.

—No podría estar más de acuerdo —puntualizó Jack Worth, aunque arqueó las cejas con gesto sarcástico—. Douglas Connelly quiere a sus hijas más que a su propia vida.

—Me refiero a que él me confesó en una ocasión que no había vuelto a casarse porque temía que la presencia de una madrastra afectara a las niñas. Ahora yo te pregunto: ¿no crees que fue un gran sacrificio para un hombre tan guapo y generoso como Doug?

Sandra hablaba en un tono indignado.

De haber estado casado, no habría salido con tantísimas tías buenas todos estos años, pensó Worth. Habría estado atrapado como yo, tendría que haberse divorciado y habría tenido que repartir sus bienes. Doug no habría hecho eso nunca.

—Hizo un gran sacrificio por sus hijas —respondió a Sandra insuflando sinceridad en su tono de voz.

Al colgar, Jack Worth se sintió incómodo. Estaba muy bien que Doug se imaginara que Kate se había dejado embaucar por Gus Schmidt para acudir al complejo, porque Gus quería que ella muriera en la explosión. Pero ¿serviría de algo? Y si Kate salía del coma, ¿aceptaría fingir que esa versión era cierta? Si así era, todo iría bien. Pero si no lo hacía, Doug no cobraría la póliza de millones de dólares por las antigüedades, por no hablar del valor del resto del complejo. Se quedaría con un terreno que valía muchísimo dinero, pero nada comparado con el precio total de los muebles, los edificios, la maquinaria y todo cuanto pudiera tasar el perito.

Pero la esposa de Gus Schmidt prácticamente había admitido que creía que Gus y Kate habían planeado la explosión. Lo irónico era que Lottie había dicho que, si Kate se recuperaba y podía librarse de esta, Gus sería acusado. Y los comentarios de Lottie sobre lo mal que Gus se había sentido con la familia Connelly les ayudarían a cobrar el seguro.

Jack Worth echó un vistazo a su casa de estilo colonial, que había sido decorada con mucho gusto por la que fuera su mujer, Linda, antes de que se marchara hacía quince años. No le dijo que iba a dejarlo. Sencillamente se marchó y se llevó a

Johnny consigo. Le dejó una nota sobre la mesa.

«Querido Jack:

*Me he esforzado por que esto funcione, pero es imposible, y no funcionará porque no paras de tener asquerosas relaciones con las empleadas de Connelly. Voy a pedir el divorcio. Mis padres me apoyan por completo. Me quedaré con ellos hasta que encuentre un lugar donde vivir. Mi madre está muy contenta de encargarse de Johnny mientras yo esté trabajando y el niño no esté en la guardería. Adiós,
Linda».*

Linda era enfermera en la unidad de neonatología del Hospital Presbiteriano de Columbia. Seguía allí, pero ahora estaba casada con un ginecólogo, Theodore Stedman. A los doce años Johnny, John William Worth hijo, solicitó el cambio de apellido para ser John William Stedman y no sentirse diferente a sus dos hermanos pequeños.

—Y además, papá —explicó el niño a Jack—, tampoco te veo mucho.

—Bueno, ya sabes cómo va todo, Johnny. Soy un tipo bastante ocupado.

Ahora Johnny tenía dieciocho años y era *quarterback* del equipo de fútbol americano de su instituto. Jack sabía que esa noche su hijo jugaba un partido importante y, por un momento, se planteó acudir. Luego se encogió de hombros. Hacía frío y no le apetecía mucho sentarse en los gélidos bancos metálicos para animar al equipo local. Sobre todo porque a su hijo no podía importarle menos que él estuviera allí.

Pensó en trasladarse hasta su casa en Connecticut, cerca del casino Mohegan Sun, donde podía probar suerte jugando a las veintiuna. Pero esa noche no se sentía muy afortunado y, en lugar del casino, decidió ir al *pub* local, donde podía sentarse a la barra, comerse un buen filete, tomar un par de copas y ver el partido de béisbol en una tele de pantalla grande. ¿Y por qué no? A lo mejor tenía suerte con alguna de las muchas mujeres que iban al *pub*.

Jack sonrió y pensó en que era una buena alternativa para un día tan desagradable. Se dirigía al armario de la entrada para coger la chaqueta cuando le sonó el teléfono. Era el jefe de bomberos Frank Ramsey.

—Me alegro de encontrarlo, señor Worth —le dijo—. Llegaremos a su casa dentro de veinte minutos. Es importante.

—Claro, vengan enseguida —respondió Worth.

Colgó despacio y se dejó caer en una butaca. Se quedó mirando al frente mientras intentaba imaginar qué era aquello tan urgente por lo que los bomberos necesitaban verlo de inmediato. Tranquilo, se dijo. No hay nada de qué preocuparse. Absolutamente nada.

Los jefes de bomberos Frank Ramsey y Nathan Klein salieron a todo correr del laboratorio de criminología cuando recibieron la llamada sobre la libreta de espiral que habían encontrado en la destartada furgoneta y que pertenecía a Jamie Gordon, la universitaria asesinada. Cuando llegaron, ya la habían analizado en busca de huellas dactilares y rastros de sangre. Las huellas coincidían con las que la policía tenía de Jamie. Las habían obtenido los investigadores asignados al caso de su desaparición a partir de las pertenencias que la chica tenía en su casa y en su piso de estudiante.

Con semblante serio y las manos enguantadas, Frank y Nathan, padres ambos, revisaron la libreta. Había cuatro historias sobre hombres y mujeres sin techo a los que Jamie había entrevistado largo y tendido. También había una lista de personas a las que había intentado entrevistar. En algunos casos no sabía los nombres, solo escribía descripciones y anotaba que no habían querido hablar con ella. En otras ocasiones sus observaciones eran más detalladas:

«Mujer de unos setenta años, pelo largo y canoso, le faltan casi todos los dientes... claramente desilusionada... dijo que había sido nómada en la Edad Media y que estaba decidida a vivir así en la actualidad. Creo que es una persona con estudios. Va a los albergues a pasar la noche, pero no se queda durante el día, a menos que el tiempo sea muy malo. Se hace llamar Naomi. Por lo que he podido averiguar sobre ella, antes ocupaba un piso vacío en el Lower East Side, pero ya han desocupado ese edificio. Su problema eran las drogas duras. Ahora se dedica a mendigar marihuana a otros vagabundos. Cae bien a todo el mundo, y todos acceden a compartirla con ella. Entonces ella los bendice para que en su próxima reencarnación vuelvan como reyes, reinas o jeques».

Las historias de los otros tres casos también estaban descritas al detalle.

—El cuaderno está en buenas condiciones —observó Frank Ramsey—. Así que es posible que lo llevara encima cuando entró en la furgoneta.

—Tiene un pegote de barro seco —señaló Klein—. Te planteo otra posibilidad: se sintió amenazada por alguna persona con la que habló, la libreta se le cayó al escapar y el tipo que vivía aquí dentro la recogió.

Los jefes de bomberos se pusieron en contacto con el detective encargado del asesinato de Gordon, el inspector John Cruse, para informarlo de su descubrimiento. Cruse decidió de inmediato que de momento el hallazgo de la libreta no se comunicaría ni a la familia de Jamie Gordon ni a los medios.

—Tendrá que salir a la luz tarde o temprano —dijo.

Pero todos estuvieron de acuerdo en que sería perjudicial para ambas investigaciones que se montara un circo mediático en ese momento. Sabían que cualquier pista sobre la desaparición de Jamie Gordon ocuparía las primeras planas durante semanas.

—Se enviará a todas las comisarías de Nueva York la descripción de los sin techo con los que Jamie habló o que aparecen descritos en su cuaderno —dijo Cruse—. Los policías locales conocen a todos los vagabundos de su zona.

* * *

Aunque ya era de noche, Ramsey y Klein decidieron ir directamente desde el laboratorio de criminología a interrogar a Jack Worth en su casa, en Forest Hills, en el distrito de Queens. La primera pregunta de Ramsey fue:

—Señor Worth, teniendo en cuenta la reciente evidencia de que esa furgoneta averiada era el refugio de un vagabundo, ¿cómo es posible que jamás hubieran detectado su presencia?

La respuesta de Jack Worth fue arisca y a la defensiva.

—Antes de responder a eso, les contaré algo. Trabajo en ese lugar desde que tenía veinticinco años. Hace más de treinta años. Fui ascendiendo hasta convertirme en la mano derecha de Russ Link. Él pasó a ser el jefe cuando el padre del señor Douglas Connelly falleció, un par de años antes del trágico naufragio. Después de aquello, Douglas Connelly apenas se ocupaba de la empresa, salvo por el par de veces a la semana que se pasaba por allí. Cuando nos visitaba algún cliente importante, hacía la gran visita con ellos por el museo y luego los llevaba a cenar y al teatro. O se iba a las oficinas centrales de la empresa en Roma o Londres, o sabe Dios adónde. Cuando Russ se jubiló y yo tomé el relevo, hace más de cinco años, vimos que los libros de cuentas reflejaban una importante caída de las ventas. En ese momento Douglas Connelly se implicó más en la empresa. —Se encogió de hombros—. Fue entonces cuando uno de nuestros nuevos transportistas tuvo un accidente con la furgoneta. Había realizado una entrega en Pensilvania y al parecer en el trayecto de vuelta se paró en un bar. Cuando se durmió y chocó contra un árbol del jardín de una casa, se encontraba a tan solo unos kilómetros de aquí, en Jersey. La furgoneta quedó muy mal parada, aunque él consiguió llegar conduciendo al aparcamiento. Por suerte para nosotros, nadie vio el accidente, y por suerte para él no le retiraron el permiso por conducir ebrio.

»El señor Connelly no quería que la furgoneta acabara fichada por estar implicada en un accidente con un conductor borracho. Despició al tipo y me dijo que diera de baja el seguro del vehículo. Luego dejamos la furgoneta al fondo de la zona de aparcamiento techada.

—Al señor Connelly parecen preocuparle mucho los seguros —observó Klein—. ¿Se le ocurrió que deberían haber puesto al corriente del accidente al dueño de la casa

donde se produjo el choque? —Fue una pregunta retórica. Luego Klein añadió—: ¿Ningún empleado hizo algún comentario sobre el estado en que se encontraba la furgoneta?

—Creo que todos sabían que debían mantener la boca cerrada.

—¿Cómo se llama el empleado que tuvo el accidente?

—Gary Hughes. Se fue a trabajar a una empresa de limusinas, según supe. Deseo buena suerte a los que se suban al coche cuando él vaya al volante. —Jack Worth se levantó, sacó la agenda de teléfonos del escritorio y anotó el nombre completo y la dirección del empleado—. Si es que todavía vive ahí y trabaja para la misma empresa —comentó mientras le pasaba la hoja a Klein.

—Lo encontraremos —dijo Ramsey con calma.

A todas luces nervioso, Jack Worth se humedeció los labios antes de añadir:

—Como ya les he dicho, el señor Connelly sabía que la empresa iba mal. Estaba esperando a que le pusieran sobre la mesa una oferta más suculenta. Y tiene razón. La propiedad vale más de lo que le han ofrecido. Suele alquilar yates, pero no ha gastado nada de nada en cinco años para el mantenimiento del complejo. —Worth se levantó—. Verán, ha sido un día muy largo. No puedo contarles nada más. Vamos a dejarlo.

—Está bien —respondió Klein—. Dejémoslo por ahora, pero volveremos a llamarlo.

—Estoy seguro —replicó Jack Worth con mordacidad.

La temperatura de Kate era de 38,6 °C. Con la boca seca por el miedo, Hannah permanecía sentada junto a ella. Solo podía susurrar:

—Por favor, Dios mío, por favor.

Sabía que debería llamar a Doug, pero no quería. No quiero que se presente y se ponga a balbucear entre sollozos, pensó. De todas formas, puede que el doctor Patel ya lo haya llamado.

Al menos esa puede ser mi excusa para no haberlo hecho yo, se dijo.

Kate, Katey, por favor, no te mueras. Por favor, no te mueras.

A las siete y media de la tarde, Jessie llegó con una bolsa con lo necesario para pasar la noche en el hospital. Hannah se encontró con ella en la sala de espera de la UCI.

—Te he traído unos vaqueros, un jersey y unas deportivas, además de tu cepillo de dientes y dentífrico —dijo—. Se me ha ocurrido que estarías mucho más cómoda con esta ropa que paseándote por ahí con traje y tacones.

Hannah susurró:

—Gracias.

—¿Cómo está? —Jessie sabía que debía preguntarlo aun si podía adivinar la respuesta en la mirada de Hannah.

—Si consiguen que baje la fiebre en las próximas horas, todo irá bien. Si sigue subiendo, seguramente quiere decir que hay una segunda infección activa y... — Hannah no terminó la frase. Se mordió el labio inferior y dijo—: Jess, voy a cambiarme y volveré a entrar con Kate. No quiero que te quedes aquí sentada, puede que la situación no cambie en toda la noche. Solo serviría para que estuviera preocupada por ti. Te prometo que si le baja la fiebre me iré a casa. —Intentó sonreír—. Si ocurre eso, el doctor Patel me echará de aquí.

Jessie se dio cuenta de que Hannah necesitaba su espacio.

—Pero recuerda, vendré en cuanto me llames.

—Lo sé.

—¿Qué pasa con Doug? ¿Dónde está?

—El doctor Patel me ha dicho que había hablado con él. Está de camino. — Entonces Hannah explotó—: Ojalá no viniera. Juraría que lo único que le preocupa es poder culpar a Gus del incendio y asegurarse de que Kate se invente una historia que ayude a probarlo. Si hay algo importante para mi padre es poder echar mano al dinero del seguro. Si consigue cobrarlo todo, olvídate de que siga alquilando un yate. ¡Se lo comprará!

La puerta de la sala de espera se abrió. Era el doctor Patel.

—Kate empieza a responder a la medicación —dijo—. La fiebre ha bajado un grado. No prometo nada, pero es una buena señal, desde luego. —Con una sonrisa de ánimo, añadió—: Estaré por aquí, Hannah. Ve a tomar una taza de café y a comer

algo.

Con un rápido asentimiento de cabeza, el médico regresó al pasillo.

—Acaban de darte una noticia maravillosa y un consejo espléndido —comentó Jessie animadamente—. ¿Por qué no vas al lavabo y te cambias? Voy a por unos bocadillos y café a la cafetería y los subo. Nos los tomamos aquí y luego me largo. — Antes de poder escuchar las protestas de Hannah dijo—: Son casi las ocho. La hora de cenar de la gente con clase.

—Gracias. Eso estaría muy bien —accedió Hannah.

A Kate está bajándole la fiebre, pero creer que está fuera de peligro basándome en algo así sería una locura, pensó. Sé que cualquier clase de fiebre, aunque esté bajando, sigue siendo peligrosa.

Jessie se dirigió al ascensor mientras Hannah iba al lavabo, que estaba en la dirección contraria. Entró con su bolsa y vio que no había nadie. A toda prisa se quitó los tacones, la chaqueta, la blusa y los pantalones de vestir. Me arriesgo a que entre alguien y me pille desnudándome aquí en medio, se dijo, pero si intento cambiarme en uno de esos angostos retretes tardaré el doble.

Volvió a la sala de espera justo a tiempo para ver que su padre entraba en la UCI. Lo dejaré a solas con Kate, pensó. Conociéndolo, como máximo se quedará quince minutos.

Cinco minutos después, Jessie estaba de vuelta con el café y los bocadillos. Mientras los desenvolvían, Hannah señaló con la cabeza la sala de urgencias.

—Doug está aquí. No me ha visto. Veamos cuánto tiempo aguanta.

Pasados quince minutos, habían terminado de comer. Estaban tirando los envoltorios y los vasos de polietileno a la papelera cuando Doug entró en la sala.

Lo primero que pensó Jessie al verlo era lo que siempre le venía a la mente cuando se encontraba con él cara a cara. Era un hombre increíblemente atractivo, de rasgos muy bien definidos. Tenía el pelo rizado y castaño, salpicado de canas; y los ojos, de un negro azulado, eran muy grandes y estaban enmarcados por largas pestañas. Su sonrisa mostraba una dentadura perfecta; si llevaba fundas, no se notaba. Iba vestido de forma impecable con una camisa a rayas, corbata y jersey de punto. Hannah había comentado a su amiga que suponía que el nuevo diseñador favorito de su padre era Armani.

Además de su belleza y su estilo impecable, Doug seguía dando la impresión de ser un hombre deportista. Jessie sabía que no se trataba de una mera suposición. Ella había estado con él y con sus hijas en varias ocasiones en las que Doug ganó trofeos de golf o tenis en campeonatos de su club de campo. Y, además, sabía que de joven había jugado al polo.

—Hannah, he hablado con el doctor Patel mientras estaba dentro —dijo Doug—. Se muestra muy animado por el hecho de que a Kate esté bajándole la fiebre.

—Sí, ya lo sé —respondió Hannah.

—Me quedaría más rato, pero creo que los jefes de bomberos quieren hablar

conmigo esta noche. No entiendo a qué viene tanta prisa, por qué no pueden esperar hasta mañana por la mañana. ¿Has tenido noticias de ellos?

—No. No desde el jueves por la noche.

—Imagino que ahora estarán con Jack Worth.

Doug parece preocupado, pensó Jessie, y no creo que sea solo por el estado de Kate.

Doug besó a Hannah en la mejilla con cierta inseguridad y dijo:

—Estoy seguro de que nuestras oraciones están siendo escuchadas. Parece que la fiebre está bajo control.

—Sí. Y yo ya llevo demasiado tiempo separada de Kate —añadió Hannah—. Adiós, papá. Jess, mil gracias.

Partió hacia la UCI. Jessie se alegraba de tener la oportunidad de pasar unos minutos a solas con Doug mientras bajaban en el ascensor y salían a la entrada del hospital, donde estaba esperando el coche de él.

—Te ofrecería llevarte a casa —dijo—, pero esos inspectores me han citado, y hay muchísimo tráfico para cruzar la ciudad.

—No pasa nada —comentó Jessie—. Ahí viene un taxi. —Levantó una mano para detenerlo—. Pero, Doug —añadió a toda prisa—, no olvides que represento a Kate. Cualquier cosa que pueda ayudarla en caso de que la acusen de estar implicada en la explosión, será muy importante. Me gustaría saber qué tienen entre manos los jefes de bomberos.

—Te llamaré por la mañana si hay algo de lo que informarte —le prometió Connelly mientras subía al coche. En cuanto estuvo dentro, sacó el móvil y llamó a Jack Worth—. ¿Ya has hablado con esos tipos?

—Sí. ¿Sabes la furgoneta accidentada que estaba al fondo del aparcamiento?

—¿Qué le pasa?

—Algún vagabundo llevaba un par de años usándola como «hogar, dulce hogar».

—¿Un par de años? —repitió Doug con un susurro nervioso.

—Sí. Se preguntan si él habrá provocado el incendio. Eso está bien. Al menos es una nueva hipótesis que podría librar a Kate de toda sospecha.

—Lo entiendo y estoy de acuerdo, es algo bueno. ¿Con cuánta frecuencia creen que el tipo se refugiaba en la furgoneta?

—Por los periódicos que encontraron, de forma bastante regular y, casi con total seguridad, la noche de la explosión. Así que, si no la provocó él, sí que podría ser un testigo.

Douglas Connelly no quiso ni considerar las posibles consecuencias de ese último supuesto. Cortó la llamada.

Frank Ramsey y Nathan Klein habían dejado atrás la casa de Jack Worth y se dirigían al puente de la calle Cincuenta y nueve, hacia Manhattan. Cuando llegaron al edificio de apartamentos de lujo donde vivía Douglas Connelly, el portero les dijo que acababa de volver a casa. Subieron y se encontraron con la misma escena que habían presenciado hacía apenas unas noches.

Sandra abrió la puerta y los condujo hasta la biblioteca, donde Connelly estaba sentado, copa en mano.

—Quiero que sepan que a Kate le ha subido la fiebre y, como podrán ver, Douglas está muy afectado —dijo Sandra—. Espero que sean muy breves, necesita relajarse y comer algo. El pobre está al límite.

—Ambos lamentamos que el estado de la señorita Connelly haya empeorado —dijo Frank Ramsey con toda sinceridad—. Si el señor Connelly tiene intención de regresar al hospital esta noche, lo entendemos, podríamos quedar con él para mañana.

—No. Su otra hija está haciéndose la mártir. Quiere estar a solas con su hermana.

—Ya está bien, Sandra. —Todavía con la copa en la mano, Connelly se levantó—. ¿Qué es eso que he oído sobre un vagabundo que podría estar viviendo en la furgoneta averiada?

—Que vivía en la furgoneta, señor Connelly —lo corrigió Frank Ramsey.

—Y según me han dicho, ¿ha pasado allí varios años?

—Como mínimo dos. Hay periódicos de hace dos años.

Douglas Connelly tomó un buen trago de vodka.

—Aunque suene increíble, me parece bastante factible. Ya han visto el aparcamiento cubierto donde están los vehículos de transporte. Está abierto por delante, pero los laterales y la parte trasera están cerrados. Esa furgoneta estaba aparcada al fondo de todo. En los dos últimos años solo dos de las cuatro que estaban delante prestaban servicio. Las otras dos formaban una barrera natural que tapaba cualquier visión de la furgoneta accidentada. A veces, cuando teníamos una entrega en algún lugar lejano, el transportista salía a última hora de la tarde o a primera hora de la mañana. Pero está claro que ningún conductor tenía motivos para echar un vistazo a esa furgoneta vieja. Si ese vagabundo que vivía ahí dentro se marchaba antes de que empezara a llegar la gente por la mañana, debió de pasar desapercibido. Si se quedaba dentro del vehículo todo el día, tampoco debieron de verlo. Pero, como evidentemente necesitaría comida y asearse un poco, imagino que al menos de vez en cuando saldría bien temprano por la mañana, cuando no había nadie por allí, y volvía de noche.

—Creo que está usted en lo cierto —admitió Nathan Klein—. Nuestra gente ha peinado el barrio. Un indigente empujando un carrito fue visto a primera hora de la mañana el día del incendio, pero esa zona, con todos los almacenes que rodean el complejo, tiene varios albergues para los sin techo.

—Existe otra posibilidad, señor Connelly —dijo Frank Ramsey—. Creemos que es posible que el vagabundo estuviera allí en el momento de la explosión. Quizá fue testigo de lo que ocurrió esa noche. —Con los ojos entornados se quedó observando la reacción de Connelly.

—Sabemos que mi hija Kate y Gus Schmidt se encontraban en la propiedad. Pero si por cualquier motivo el vagabundo los vio allí juntos, no hay forma de averiguar si Kate había sido embaucada por Gus Schmidt.

—Y esa va a ser la línea oficial de la investigación —comentó Ramsey con sarcasmo a Klein mientras volvían a Fort Totten para redactar y actualizar el expediente del caso.

Cuando terminaron, cada uno subió a su propio coche y, muertos de cansancio, se fueron a sus respectivas casas.

A las diez y media de la noche del lunes, a Kate le había subido la fiebre hasta unos alarmantes 40 °C. El doctor Patel pasó toda la noche en el hospital. La enfermera dijo a Hannah que el médico había ido a descansar un poco en la sala del fondo del pasillo pero que regresaría en cualquier momento. Sin poder llorar ni pensar con coherencia, Hannah se quedó sentada en silencio y atontada en el cubículo de la UCI, junto a Kate. En ocasiones su hermana se agitaba inquieta, y eso disparaba la alarma y hacía que la enfermera se presentase para asegurarse de que no se había arrancado ninguno de los viales que le suministraban la medicación por goteo.

A las siete de la mañana del martes, a Kate le bajó la fiebre. Con una amplia sonrisa, la enfermera pidió a Hannah que fuera a la sala de espera mientras le cambiaban el pijama y las sábanas, que estaban empapados de sudor.

Cuando Hannah, débil y aliviada, salió de la UCI, se encontró con un sacerdote que la esperaba para hablar con ella. Se levantó y la saludó con cariño. Era un hombre alto y delgado que aparentaba sesenta y pocos años; sus ojos, marrones, se le arrugaron cuando la saludó. Su apretón de manos fue firme y tranquilizador.

—Hola, Hannah. Soy el padre Dan Martin. Hace un momento que el doctor ha pasado por aquí —dijo—. Así que ya sé que Kate está mejorando. No hay motivo para que me recuerdes, pero cuando eras pequeña, tu familia era feligresa de San Ignacio de Loyola.

—Sí, íbamos a esa iglesia —admitió Hannah con un sentimiento de culpa; desde que Kate se había trasladado a su piso en el West Side, y ella se había mudado al Village, no habían ido mucho a la iglesia, salvo en las fiestas de guardar.

—Yo ayudaba en San Ignacio en esa época —dijo él— y estuve en el altar durante el funeral de tu madre y tu tío. Acababa de ordenarme sacerdote, y desde el accidente he pensado mucho en tu familia. Tú eras un bebé, pero tu hermana estaba allí. Tenía solo tres años y se agarraba a la mano de tu padre. He asistido a muchos funerales tristes, pero ese se me quedó grabado en la memoria. Desde la explosión, he estado rezando por tu hermana y he querido pasar y saber si querías que la visitara.

Hizo una pausa de un segundo y luego añadió:

—Kate era una niña tan bonita..., tenía el pelo largo y rubio y unos ojos azules preciosos. Los dos ataúdes estaban en el pasillo, y ella intentaba tirar del paño que tapaba el primero, como si supiera que era ese donde descansaba el cuerpo de su madre.

—Había muchísimos periodistas a la puerta de la iglesia y junto a la tumba —dijo Hannah—. He visto las imágenes en televisión. Fue un accidente horrible. Las otras dos parejas que murieron eran muy conocidas en el mundo de las finanzas.

El padre Martin asintió con la cabeza.

—Me encomendé la misión de llamar a tu padre después de aquello, y llegamos a trabar cierta amistad. Estaba muy mal tras perder a tu madre y, por supuesto, a su

hermano y sus amigos. El pobre no podía parar de llorar. Estaba totalmente hundido. Me dijo que, de no haber sido por sus pequeñas, lo habría dado todo por haber muerto también en el accidente.

Eso seguro que lo superó, se dijo Hannah, y luego se avergonzó de haberlo pensado.

—Sé que quería mucho a mi madre —comentó—. Cuando yo tenía unos trece años, le pregunté por qué no se había vuelto a casar. Me contó que a Robert Browning le hicieron la misma pregunta tras la muerte de Elizabeth Barrett Browning. Me respondió que habría sido un insulto a la memoria de mi madre.

—Un par de meses después del funeral me enviaron a Roma para ingresar en un seminario gregoriano y entonces perdí el contacto con tu padre. Ahora me gustaría llamarlo. ¿Serías tan amable de darme su número?

—Por supuesto.

Le recitó el número del móvil, el fijo y por un momento estuvo a punto de añadir el de la empresa, pero se contuvo. El padre Martin los apuntó todos.

Hannah dudó un instante y luego dijo:

—Después de doce años como alumna en el Sagrado Corazón, supongo que tendría que haber pedido la extremaunción para Kate.

—Estoy listo para officiarla ahora —dijo el padre Martin en voz baja—. En la actualidad mucha gente cree que recibir este sacramento es señal de que alguien está a punto de morir, pero no es el caso. También es una oración para que el enfermo recupere la salud.

Cuando la enfermera regresó, los invitó a acompañar a Kate, y la encontraron tumbada y serena, sumida en un profundo sueño reparador.

—Está muy sedada, pero de vez en cuando dice algo —susurró Hannah—. El médico ha comentado que cualquier cosa que diga seguramente no tendrá ningún sentido.

—He presenciado muchos casos en los que la persona que está en coma en realidad es consciente de todo cuanto ocurre a su alrededor —afirmó el padre Martin mientras abría el maletín de piel negra que había llevado consigo a la habitación. Sacó su estola plegada, la besó y se la colocó alrededor del cuello. Luego abrió un tarrito con los santos óleos—. Esto es aceite puro de oliva bendecido por el obispo —explicó a Hannah—. La Iglesia escogió este aceite por sus propiedades curativas y sus efectos revitalizantes, que son sus características principales.

Hannah observó cómo el sacerdote sumergía el dedo en el aceite y dibujaba la señal de la santa cruz en la frente y las manos de Kate. Curativo y revitalizante, pensó mientras escuchaba las oraciones que el padre Martin pronunciaba para Kate. Una sensación de paz la invadió y por primera vez creyó que su hermana podría recuperarse del todo y ser capaz de explicar por qué estaba en el complejo esa noche en compañía de Gus.

A lo mejor he sido muy dura con papá, se dijo. Desde el principio ha temido que

Kate hubiera provocado el incendio. Quizá no solo estaba preocupado por el seguro. Quizá le vuelve loco la idea de que, si Kate mejora y la culpan de haber causado la explosión, tenga que enfrentarse a muchos años de prisión. A lo mejor debería darle un poco de tregua.

El padre Martin y Hannah se despidieron de Kate. Unos minutos después, Hannah se detuvo en el mostrador de la UCI. La enfermera, que a esas alturas ya la llamaba por su nombre de pila, le dijo:

—Hannah, dime que te vas a casa.

—Sí, así es —dijo Hannah—. A ducharme y a cambiarme. El negocio de la moda se mueve deprisa, y no puedo ausentarme del despacho durante tanto tiempo. Además, viendo cómo está Kate ahora, ya no me asusta dejarla.

El padre Martin esperó a que cogiera su bolsa y el abrigo, y salieron juntos del hospital. Una vez en la puerta, Hannah comentó:

—Voy a serle sincera. No he sido muy amable con mi padre desde que empezó todo esto. Es una larga historia, pero usted me ha dicho muchas cosas que me han hecho pensar, y espero que vuelva a ver a mi padre pronto. Sé que eso podría ayudarlo a cambiar de actitud.

Tim Fleming era el supervisor jefe de bomberos al que tenían que dar cuentas Frank Ramsey y Nathan Klein. Durante los cinco días que habían transcurrido desde la explosión en el complejo Connelly habían entregado informes diarios sobre la investigación, con actualizaciones detalladas. El martes por la mañana, en forma tras una noche de sueño reparador, se encontraban en el despacho de su supervisor, en Fort Totten.

Fleming, un hombre de complexión fuerte, de casi sesenta años, con el pelo gris y cara de póquer, había revisado al detalle los informes y fue directo a los hechos más destacados del caso. Su voz, muy bien modulada, era profunda y resonante.

—¿Ese tal Connelly y el gerente de la fábrica dejaron una furgoneta accidentada en el aparcamiento de la empresa durante cinco años? Sería interesante averiguar si ese conductor borracho que tenían chocó solo contra un árbol o si se llevó por delante a un pobre tipo en bicicleta.

—La carrocería de la furgoneta se ha analizado a fondo en busca de sangre o de tejido humano —explicó Klein para tranquilizar a su jefe—. Sí que chocó contra un árbol. Era un olmo y, por lo que los investigadores han comentado, ya estaba muerto.

—Así que el dueño de la casa, gracias al accidente, se libró de que el árbol se desplomara sobre el tejado en un día de tormenta —observó Fleming—. Qué majo el conductor.

Ramsey y Klein sonrieron. Su jefe era famoso por ese tipo de comentarios. Pero Fleming volvió a centrarse en el asunto de inmediato.

—El cuaderno de Jamie Gordon se encontró en la furgoneta, pero eso no significa que fuera ella quien lo llevó hasta allí.

—No, así es.

—¿Y el vagabundo que se había instalado en el vehículo está fichado?

—No lo hemos encontrado. Las huellas de la furgoneta no coinciden con las de nadie con antecedentes penales.

—Bien. Convocaremos una rueda de prensa al mediodía para notificar que es posible que un vagabundo estuviera en el complejo en el momento de la explosión. Supongo que las descripciones de los sin techo que aparecen en el cuaderno ya están circulando por todas las comisarías de la ciudad.

Klein y Ramsey asintieron en silencio.

—Los polis conocen a la gente de la calle. No me sorprendería que identificaran a unos cuantos bastante deprisa. El comisario general de policía ha decidido que pasará copias de esa foto familiar a los medios de comunicación. Pero seguiremos sin decir nada a la prensa sobre el cuaderno de Jamie Gordon. Los chicos del laboratorio de criminología saben que el nombre de la chica no debe ni susurrarse.

—Desde luego —confirmó Ramsey.

—Comunicar a los medios lo del vagabundo ya es darles suficiente carnaza —

dijo Fleming—. Ahora solo hablan de la posibilidad de condenar a la hija de Connelly, que está en estado grave, por haber provocado la explosión con su cómplice, ese tal Schmidt.

Se levantó, lo cual indicaba que la reunión había terminado.

—A las doce en punto —añadió—. Estáis haciendo un buen trabajo, chicos. Por cierto, no me sorprende.

* * *

Tres horas después, la rueda de prensa se convirtió en noticia candente por la información sobre el vagabundo que podía haber estado presente en el momento de la explosión. Se entregaron copias de la foto de la joven pareja con el bebé. Tras casi una semana de especulaciones sobre la culpabilidad de Kate Connelly y Gus Schmidt, ese nuevo ángulo era carne fresca para los periodistas, que así podían mantener la noticia en primera plana.

A las dos en punto, la foto tomada hacía más de cuarenta años en una modesta casa de una sola planta en Staten Island ya circulaba por internet.

* * *

Frank Ramsey era más optimista que Nathan Klein en cuanto a que la imagen pudiera estar relacionada con el vagabundo.

—Yo creo que alguien la tiró a la basura al limpiar su casa —predijo Nathan—. Por ejemplo, cuando Kat LeBlanc, una amiga de Sarah, mi mujer, perdió hace poco a su abuela, descubrió cajones llenos de fotos antiguas. La mayoría eran instantáneas de hace ochenta o noventa años de los primos de la abuela y de personas que Kat ni siquiera podía identificar. Sarah le preguntó si se llevaría todo a casa y lo guardaría en el desván para que sus hijos tuvieran que tomarse la molestia de tirarlas dentro de treinta o cuarenta años.

—¿Y qué hizo su amiga? —inquirió Frank recordando que su propia madre conservaba cajas de fotografías de parientes fallecidos hacía mucho tiempo.

—Kat se quedó algunas en las que salía su abuela. Luego escogió otras en las que podía reconocer a ciertas personas, y rompió las demás.

—Yo sigo creyendo que la foto de la furgoneta nos dará alguna pista —dijo Frank— y estoy deseando visitar a Lottie Schmidt otra vez. Además, el informe de la oficina de Hacienda de Nueva York llegará en cualquier momento, a lo largo del día de hoy. Si Gus Schmidt pagó impuestos por ganar ese boleto de lotería premiado, «me comeré la gorra», como decía mi padre.

—Tu gorra está a salvo —le aseguró Klein—. Volveré a llamar a los tipos de Hacienda y esta vez les diré que «urgente» significa «urgente».

Shirley Mercer, una atractiva mujer negra de cincuenta y pocos años, era la trabajadora social asignada para visitar a Clyde en el hospital de Bellevue. Llegó junto a su cama durante una guardia a última hora de la tarde del martes. Habían bañado, afeitado y rapado a Clyde. Sufría una bronquitis aguda, pero, en las diecinueve horas que llevaba en el hospital, la temperatura había descendido hasta los valores normales, y el paciente había comido bien. Estaban a punto de darle el alta, y Shirley lo había dispuesto todo para que lo llevaran a una habitación en uno de los hoteles que el ayuntamiento había reconvertido en albergues.

Shirley había estudiado el historial de Clyde antes de visitarlo. El personal del albergue donde se había desmayado sabía muy poco sobre él. Se había alojado allí en contadas ocasiones y siempre había dado un apellido diferente. Creían que el nombre de pila era auténtico. Siempre decía que se llamaba Clyde. Sin embargo, su apellido cambiaba continuamente: Clyde Hunt, Clyde Hunter, Clyde Holling, Clyde Hastings.

Hastings era el apellido que había dado en el albergue esa última noche, tras haber recuperado la conciencia y mientras esperaba la llegada de la ambulancia.

Algunos de los vagabundos que acudían al albergue contaron al director que llevaban años viendo a Clyde deambular por ahí.

—Siempre va solo de aquí para allá. No quiere hablar nunca con nadie. Se pone de muy mala baba si alguien se le arrima para dormir cerca de él en la calle. Hacía un par de años que casi nunca se le veía de noche. Todos creíamos que había encontrado algún escondite.

Otro indigente explicó que el sábado por la noche Clyde había propinado un puñetazo a Sammy porque este pretendía dormir en el mismo sitio que él.

Sin embargo, Shirley se fijó en que no tenía ficha policial y en que, al parecer, llevaba muchos años de vagabundo. Clyde había dicho a la enfermera que tenía sesenta y ocho años, lo que parecía verdad. Una cosa está clara, pensó Shirley; si se queda en la calle, morirá de neumonía.

Pertrechada con esa información, acudió junto a la cama de Clyde. El hombre tenía los ojos cerrados. A pesar de las manchas en la piel y las profundas marcas de expresión entre la nariz y los labios, Shirley se dio cuenta de que debía de haber sido un hombre muy guapo de joven.

Le tocó la mano. Él abrió los ojos de golpe y levantó la cabeza de la almohada como un resorte.

—Lo siento, señor Hastings —dijo ella con amabilidad—. No pretendía sobresaltarlo. ¿Cómo se encuentra?

Clyde se dejó caer cuando vio la amable expresión en la mirada de la mujer que se encontraba de pie junto a su cama. Entonces empezó a toser; una tos grave y hosca que le propinó un latigazo en el pecho y la espalda. Al acabar, se apoyó de nuevo en la almohada.

—Ya no tengo tanta fiebre —dijo.

—Fue un acierto que lo trajeran aquí anoche —comentó Shirley—. De no haber sido así, hoy podría tener una neumonía grave.

Clyde recordó vagamente que se había desmayado justo al llegar al albergue. Entonces de golpe le vino a la cabeza otra cosa.

—¡Mi carrito! ¡Mis cosas! ¿Dónde están?

—Se las han guardado —respondió Shirley enseguida—. Clyde, ¿Hastings es su apellido?

—Sí. ¿Por qué?

—A veces ha dado otros apellidos.

—A veces me confundo.

—Entiendo. Clyde, ¿tiene usted familia?

—No.

—¿Nadie? ¿Algún hermano o hermana?

Clyde pensó en la foto de Peggy, *Skippy* y él. Por un momento se le humedecieron los ojos.

—Sí que tiene a alguien, ¿verdad? —preguntó Shirley en un tono comprensivo.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Shirley Mercer entendió que no tenía sentido seguir hablando sobre un posible vínculo familiar.

—¿Estuvo alguna vez en el ejército? —inquirió—. Según su informe médico, tiene cicatrices en el pecho y la espalda. Por su edad, podría ser veterano de la guerra de Vietnam.

Estaba acercándose demasiado a la verdad.

—Jamás he estado en el ejército —dijo Clyde, y luego añadió—: Fui lo que llamaban «objeto de conciencia».

Joey Kelly. «Dile a mi madre que la quiero mucho...». Nunca visité a su madre, pensó Clyde. No podría decirle que su hijo intentaba que no se le salieran las tripas mientras pronunciaba esa frase. Y que su sangre me empapaba como si fuera yo el que me estaba muriendo, ni...

—¡Cállese! —gritó con violencia a Shirley Mercer—. Cállese y dígame cuándo me devolverán la ropa. Me largo de aquí.

Shirley retrocedió, tenía miedo de que le pegara.

—Clyde —le replicó—, se marchará ahora. Estoy arreglándolo todo para que le den una habitación en uno de los hoteles del ayuntamiento. Se llevará su medicación; no olvide tomársela. Allí estará caliente y seco, y podrá comer. Lo necesita para recuperarse.

Ten cuidado, se advirtió Clyde a sí mismo. Sabía que había estado a punto de pegar a esa mujer. Si lo hago, me detendrán y acabaré en uno de esos horribles agujeros que llaman «cárceles».

—Lo siento —se disculpó—. Lo siento mucho. No debería haberme enfadado.

Usted no tiene la culpa. Es usted una mujer muy amable.

Sabía cómo sería el hotel. Un vertedero. Un auténtico vertedero. Me largaré en cuanto me deje allí, pensó. Encontraré otro lugar como mi furgoneta, donde pueda quedarme cada noche.

Entonces abrió mucho los ojos. La televisión de la pared, que quedaba justo detrás de la trabajadora social, estaba encendida. Vio a unos tipos de las noticias enseñando la foto de Peggy, Skippy y él. Van a echarme la culpa de todo, se dijo; de la explosión, de lo que le pasó a la chica que entró en la furgoneta esa noche.

Intentando no expresar el pánico que sentía, comentó:

—Estaré encantado de ir al hotel con usted. Ya lo había imaginado. No puedo seguir en la calle.

—No, no puede —afirmó Shirley Mercer con firmeza, aunque sabía perfectamente lo que pensaba Clyde.

Haremos todo lo posible para que se instale, pero él se largará, se dijo. Me pregunto cuál será su verdadera historia, aunque supongo que nunca lo sabremos.

—Buscaré a alguien para que lo ayude a vestirse —dijo justo después de levantarse—. Le darán ropa agradable y cálida.

Detrás de ella, el presentador de las noticias estaba diciendo: «Si reconoce a la familia de esta foto, por favor, llame de inmediato al siguiente número...».

Skip Hotchkiss, de cuarenta y dos años, era propietario de cinco *delicatessen* en Irvington y Tarrytown, en Nueva York. Ambas poblaciones eran barrios periféricos de Westchester County, situado a menos de una hora en coche desde Manhattan. En su infancia, después del colegio, Skip iba con frecuencia a la tienda de *delicatessen* de Staten Island donde trabajaba su madre tras la desaparición de su padre.

El comprensivo dueño, un amable inmigrante alemán, Hans Schaeffer, había acogido al pequeño. Skip hacía los deberes en la trastienda y, a medida que fue creciendo, empezó a colocar los productos en las estanterías y a hacer repartos.

Las ensaladas caseras, los fiambres y el *strudel* de manzana que preparaban los Schaeffer eran deliciosos, y a menudo Skip se sentaba con la señora Schaeffer mientras ella guisaba y horneaba. No tardó en ayudarla a cocinar. Tenía un montón de amigos en el colegio y era un estudiante excelente, aunque nunca se le dieron muy bien los deportes. La tienda de productos exquisitos era el sitio donde deseaba estar.

A las seis en punto, su madre y él volvían a casa caminando. Ella jamás había dejado la pequeña vivienda que había compartido con su esposo.

—No pienses nunca que nos abandonó, Skip —le decía ella—. Nos quería mucho a los dos, pero regresó de la guerra muy afectado y asustado. Le ocurrió algo que estoy segura que nunca contó, ni siquiera cuando los médicos intentaron ayudarlo. Mira todas las condecoraciones que le dieron en Vietnam. Pagó un precio demasiado alto por ellas.

—¿Un precio demasiado alto? —recordaba haber preguntado Skip.

Jamás había olvidado la sonrisa melancólica de su madre.

—Supongo que sí.

Al acabar el bachillerato, Skip consiguió una beca para estudiar en el Instituto Politécnico de Virginia, donde se matriculó en la escuela de cocina. Después de graduarse, durante dos años trabajó de ayudante de chef en un restaurante de Nueva York. Por aquel entonces, el anciano Schaeffer estaba listo para jubilarse y dejó en manos de Skip la tienda de exquisiteces. Se la vendió sin pedirle ningún depósito, le bastaba con que fuera pagándole a plazos durante diez años.

—La gente me dice que estoy loco —le comentó el anciano en su momento—. No estoy loco. Te conozco. Lo amortizarás todo en cinco años.

Y eso fue exactamente lo que ocurrió. En esa época Skip, casado y con dos hijos pequeños, decidió mudarse a Westchester County. Vendió el negocio y abrió su propia charcutería y *delicatessen* en Irvington. Ahora, pasados quince años, era un próspero y respetado miembro de la comunidad. Ninguno de sus cuatro hijos se llamaba Clyde. A menudo pensaba que su padre lo había apodado Skip porque a él tampoco le gustaba su nombre.

Peggy, su madre, se había quedado en Staten Island.

—Todos mis amigos están aquí —le dijo—. No estás tan lejos, así que podrás

verme con mucha frecuencia.

Ya tenía casi setenta años y era voluntaria activa de su congregación y de las obras de caridad locales. Donald Scanlon, viudo y vecino de toda la vida, que había sido inspector en Nueva York, habría dado cualquier cosa por casarse con Peggy, pero Skip sabía que eso jamás ocurriría. Peggy nunca había dejado de creer que su marido seguía vivo.

El martes por la tarde, Skip terminó la ronda por sus tiendas y volvió a casa a las seis y cuarto. Con cuatro hijos, que tenían entre diez y dieciséis años, nunca había permitido que su floreciente negocio lo distrajera de sus deberes como esposo y padre. Algunas veces se aprende por no haber tenido un ejemplo que seguir, era el triste pensamiento que en ocasiones se le pasaba por la mente.

Cuando abrió la puerta de casa, oyó a sus dos hijos medianos enzarzados en una acalorada discusión. Una mirada de su padre paró la disputa en seco.

—Me parece que ambos necesitáis pasar un rato en vuestro cuarto para tranquilizaros —dijo en tono calmado pero con firmeza.

—Pero, papá...

Las protestas finalizaron, y los chicos subieron a su habitación pisando con fuerza para indicar que estaban disgustados por el castigo.

Cuando se hubieron ido, su esposa, Lisa, soltó un suspiro y dijo:

—No sé cómo hay mujeres que crían solas a sus hijos. —Lo besó—. Bienvenido al campo de batalla.

—¿Por qué discutían esta vez?

—Ryan ha tirado el móvil de Billy al váter.

—Por error, espero —dijo Skip a toda prisa.

—Sí, eso creo. Aunque parece que todavía funciona. La cena estará lista dentro de una hora. Vamos a tomar una copa de vino y a ver las noticias.

—Me parece bien. ¿A qué hora llegan Jerry y Luke?

—A la de siempre. Las prácticas acabarán pronto.

Mientras Lisa iba a la sala delante de su marido, Skip Hotchkiss pensaba en lo afortunado que era. Lisa y él se habían conocido en el Instituto Politécnico de Virginia. Nunca había existido otra pareja para ninguno de los dos.

Como lo que mi madre sentía por mi padre, fue lo que le vino de pronto a la mente mientras servía el vino del mueble bar en el salón, brindaba con Lisa y se acomodaba junto a ella en el sofá.

Estaban dando las noticias de la CBS.

«El caso de la explosión del complejo Connelly, que se cobró una vida y dejó gravemente herida a Kate Connelly, hija del propietario, ha dado un giro asombroso —dijo Dana Tyler, la presentadora—. Se ha sabido que una persona sin techo estuvo viviendo en una furgoneta estacionada en la propiedad y que cabe la posibilidad de que estuviera allí la noche de la explosión. Una fotografía encontrada en el vehículo podría ayudar a la policía a localizar a esa persona. Mírenla detenidamente».

Skip apenas había prestado atención a esa historia, estaba más preocupado por el hecho de que sus hijos de trece y catorce años estuvieran siempre discutiendo por algo. Pero de pronto inspiró profundamente.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—. ¡Oh, Dios mío!

—Skip, ¿qué ocurre? —La voz de Lisa transmitía pánico.

—Esa foto. Mírala. ¿Dónde la has visto antes?

Lisa se sobresaltó.

—Es la que tiene tu madre sobre la repisa de la chimenea. ¡Oh, Skip! ¿Es posible que el vagabundo sea tu padre?

El martes por la mañana se inició el proceso de retirada de escombros en el complejo Connelly. Tras una profunda investigación, el origen y la causa de la explosión, así como del incendio, quedaron resueltos más allá de toda duda. El conducto de gas había sido desenroscado ligeramente —clara señal de manipulación—, generó una fuga en el museo, y el gas explotó al entrar en contacto con un cable pelado que había en la sala Fontainebleau.

Los investigadores periciales del seguro encontraron patas en forma de garra quemadas y rotas de antiguas sillas y mesas señoriales, así como retales de tejidos hilados siglos atrás. Hallaron algunas piezas a una manzana de distancia, en las entradas de los almacenes. Pero había llegado la hora de retirar todos aquellos restos rotos y potencialmente peligrosos.

Se transportaron hasta allí montacargas. Se bajaron contenedores de otros camiones y se colocaron en la zona donde se iniciaría la limpieza. Los trabajadores empezaron por el museo, que durante años había albergado los lujosos muebles antiguos y originales que Dennis Francis Connelly había tenido el orgullo de imitar.

—Parece una zona de guerra —comentó José Fernández, uno de los jóvenes trabajadores, al supervisor—. Quienquiera que lo haya provocado, lo hizo a conciencia.

—Es una zona de guerra —coincidió el supervisor—. Y quienquiera que lo haya hecho, lo hizo a conciencia. Debemos tener cuidado con los socavones. No quiero que nadie se haga daño, ni quiero que se estropee la maquinaria.

A lo largo de todo el día, con solo una pausa a mediodía para comer, el numeroso equipo de limpieza se dedicó a retirar los escombros cubiertos de ceniza y a derribar las paredes de piedra resquebrajadas, que empezaban a combarse.

A las cinco en punto de la tarde, mientras estaban recogiendo, apareció un hoyo grande en el pavimento, en una zona próxima al lugar donde estaban aparcadas las furgonetas.

—No hay que lamentar daños —dijo el supervisor—. Precíntenlo por si algún idiota decide venir esta noche en plan carroñero.

Agradecidos por la decisión de no tener que hacer la reparación del socavón en ese momento, los trabajadores colocaron cuatro postes alrededor del resquebrajado pavimento y extendieron una cinta de color amarillo chillón que decía: PELIGRO.

Por hoy basta, pensó José mientras se estiraba para aliviar sus doloridos hombros y se ponía al volante de uno de los camiones. Con un máster en historia antigua, y más de cien mil dólares en becas universitarias, se había sentido agradecido al conseguir ese trabajo y se prometió a sí mismo que sería solo temporal, hasta que mejorase su situación económica. Criado en un piso de protección oficial de Brooklyn, donde vivía con sus padres, esforzados trabajadores e inmigrantes de Guatemala, le gustaba buscar alguna frase que encajase con la situación en la que se

encontraba.

Por hoy basta, pensó. ¿De dónde venía exactamente esa expresión? Ya sé, se dijo mientras arrancaba el camión. «Así que no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal». Satisfecho consigo mismo, José pisó el acelerador.

A lo lejos, detrás de los camiones que se marchaban, las sombras del crepúsculo habían empezado a proyectarse sobre una silueta oculta casi por completo bajo las losas rotas del pavimento, donde estaba el socavón. Era un esqueleto, y todavía llevaba una sucia y vieja cadena con el nombre TRACEY grabado en el medallón.

Justin Kramer pasó buena parte del lunes y el martes pensando en Hannah Connelly.

Le había conmovido la evidente preocupación de Kate Connelly por él. Al firmar el contrato de venta del piso, ella intuyó que Justin se veía obligado a venderlo porque se había quedado en paro. Incluso entonces él intentó convencerla de que no era para tanto. Sí, le gustaba vivir allí. Pero no quería vivir por encima de sus posibilidades. Dos mil dólares al mes más los gastos de mantenimiento y el pago de la hipoteca se disparaban de su presupuesto cuando se quedó sin trabajo.

Regalar a Kate una bromelia fue, en realidad, un gesto que se le ocurrió a última hora. Casualmente él se encontraba en el piso cuando el agente inmobiliario estaba enseñándoselo a Kate, la posible compradora. A ella le había gustado y estaba claro que sabía de plantas, por eso se le había ocurrido hacerle ese regalo de bienvenida. Kate le gustaba.

Sin embargo, al subir al piso el domingo por la tarde y ver a Hannah Connelly, ocurrió algo. Sus ojos oscuros y desafiantes, enmarcados por unas largas pestañas, destacaban con el blanco marfil de su piel y su brillante cabellera castaño oscuro. Llevaba zapatillas de deporte y era tan bajita que apenas le llegaba al pecho. Aunque él, que medía uno setenta y siete, siempre había ansiado unos centímetros más.

Justin recordaba que, al quejarse de su altura, su padre siempre le sugería en tono cansino:

—Pues ponte derecho. No hay nada como el porte militar para parecer más alto.

Hannah y él habían pasado un rato juntos antes de entrar en la cocina para que él recogiera la planta. Luego, de camino al ascensor, Justin se había preguntado si sería demasiado pedirle que comiera con él.

Y se lo había pedido, y ella, que todavía no había almorzado, aceptó la invitación. Y lo pasaron bien. Después de comer, Hannah fue al hospital a visitar a Kate. Durante todo el lunes, Justin estuvo dándole vueltas a la idea de llamarla, pero decidió que no quería agobiarla. Se dijo a sí mismo que el hecho de regar una planta no era una puerta abierta al inicio de una amistad, por mucho que así lo deseara.

El martes tuvo una reunión a última hora de la tarde con un futuro cliente, un hombre de casi cuarenta años que había heredado un dinero y estaba impaciente por invertirlo de la forma más rentable. Al terminar, Justin se dijo que volvería a casa caminando desde su nuevo despacho. Esa decisión suponía que pasaría por delante del piso de Kate Connelly.

Al hacerlo, miró de soslayo la puerta, con la esperanza de que Hannah hubiera vuelto a pasar por allí. Pero, en lugar de eso, vio salir de la casa a un hombre. Había visto bastantes fotos de Douglas Connelly en los periódicos durante los últimos días y estaba seguro de no equivocarse.

—Señor Connelly —dijo.

Sorprendido, Douglas Connelly se detuvo y se quedó mirando a Justin, pues le

llamó la atención su aspecto pulcro, incluido el hecho de que iba muy bien vestido, con traje. Connelly forzó una sonrisa.

—Señor Connelly, conozco a sus hijas. ¿Cómo sigue Kate?

—Está mejor, gracias. ¿De qué la conoce?

Brevemente, Justin explicó su vínculo con la joven y dijo:

—Luego me topé con Hannah aquí el domingo por la tarde, cuando recogí la planta que le había regalado a Kate.

—¿Eso fue el domingo por la tarde?

—Sí.

—¿Y se encontró con Hannah en este edificio?

—Sí, señor, así fue.

—No me comentó que había estado aquí. Eso lo explica todo —dijo Connelly, más para sí mismo que para Justin—. Bueno, pues encantado de conocerlo. —Tras un rápido gesto con la cabeza, entró en su coche.

Era un Bentley. Justin, aficionado a los coches, admiró el elegante automóvil mientras el chófer doblaba la esquina. Luego pensó que sería una buena excusa para llamar a Hannah contarle que había coincidido con su padre.

Se quedó en la calle y sacó el móvil. Ya tenía el número de Hannah en la agenda de contactos.

Respondió a la primera. Cuando él le preguntó por Kate, Hannah le dijo que había vuelto al hospital el domingo a última hora y que a Kate le había subido la fiebre el lunes por la noche.

El agotamiento se percibía con claridad en la voz de Hannah.

—¿Cómo está ahora? —preguntó Justin.

—Mejor. Esta mañana le ha bajado la fiebre. Hoy tengo que trabajar, pero acabo de pasar por allí y está todo lo bien que puede estar.

—Iba a sugerirte cenar algo rápido, pero tengo la sensación de que estás agotada.

—Te aseguro que sí. Anoche no dormí, pero gracias.

Con cierto retraso, Justin recordó que su excusa para llamar a Hannah era contarle que había visto a su padre. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que Douglas Connelly no había dado importancia al estado de Kate.

—¿Te has topado con mi padre saliendo del edificio de Kate? —preguntó Hannah, asombrada.

—Sí. De hecho, acaba de irse en su coche.

—No me dijo que pasaría por allí, pero no tiene importancia. —Hannah intentó que no se le notase el enfado mientras se preguntaba por qué habría ido su padre al piso de Kate. Seguro que no era porque le preocupaba que hubiera comida que pudiera pudrirse. Había ido a por las joyas, y seguramente quería revolver el escritorio de Kate, husmear en sus asuntos privados.

Justin no tenía duda de que lo que acababa de decirle la había disgustado.

—Hannah, ¿estás bien?

A ella le dio la sensación de que la pregunta procedía de algún rincón muy lejano de la tierra.

—Oh, sí, estoy bien —dijo enseguida—. Justin, lo siento. Es solo que... Me sorprende. Gracias de nuevo por llamar.

Justin Kramer deseaba que, antes de colgar, Hannah hubiera oído que le decía:

—Volveré a llamarte dentro de un par de días.

Mark Sloane disfrutaba con su nuevo trabajo. Se dio cuenta de que cada mañana estaba deseando llegar al despacho; no había sentido esa vitalidad en todos los años que había pasado en su antigua empresa de Chicago.

Le gustaba su piso y había pasado el lunes por la tarde desembalando cuadros y objetos que había ido comprando en sus vacaciones anuales al extranjero.

Luego había colocado los cuadros en el suelo, apoyados en las paredes donde quería colgarlos. Los adornos que irían en las estanterías de la segunda habitación, que había destinado a su despacho, ya estaban en su sitio. La habitación tenía su propio baño y el sofá cama más cómodo que había podido comprar, con la esperanza de que su madre fuera a visitarlo varias veces al año.

Después de encontrarse con Jessie el lunes por la tarde, supo que Kate Connelly había empeorado por la noche y tenía fiebre. Era consciente de que su preocupación por una nueva vecina, a la que ni siquiera conocía, tenía mucho que ver con la visita que había hecho a Nick Greco y con lo que habían hablado sobre la desaparición de Tracey. Era como si la cicatriz emocional que había ido formándose durante todos esos años se hubiera abierto de pronto.

Sabía que la espera constante y las oraciones formaban parte de las vidas de Hannah Connelly y de su amiga íntima, Jessie Carlson. Esa preocupación angustiosa que compartía con Hannah por su hermana Kate le recordaba el día en que su madre había recibido la llamada sobre la desaparición de Tracey.

El momento exacto en que se produjo esa llamada estaba grabado en su memoria, aunque él solo tuviera diez años. Se había quedado en casa, no había ido al colegio porque estaba muy resfriado, y estaba sentado a la mesa de la cocina con su madre. Cuando sonó el teléfono, ella acababa de preparar una taza de té y un bocadillo de beicon para él.

«¡Desaparecida!». Esa fue la palabra que oyó decir a su madre con voz temblorosa, y supo de inmediato que hablaba de Tracey.

Y entonces empezó la espera. Una espera que todavía continuaba.

* * *

El martes por la tarde, Mark fue al gimnasio. Se había hecho socio y realizaba una tabla de ejercicios de media hora que relajaba la tensión de la espalda y el cuello. Después de ducharse y cambiarse, metió la ropa de deporte en una bolsa de lona y la dejó en casa. Luego, como no tenía ganas de prepararse el filete que había en la nevera, cogió su *iPhone* e hizo una búsqueda en la red. El Tommy's Bistro seguía en la lista de *pubs* de la zona, se hallaba a solo cuatro manzanas de su piso.

A lo mejor solo han mantenido el nombre del local, pensó mientras se ponía la

cazadora. No creo que siga teniendo el mismo dueño después de treinta años.

No había llegado a la puerta de casa cuando le sonó el móvil. Era Nick Greco.

—Nunca adivinaría hacia dónde voy —dijo Mark—. Al Tommy's Bistro, el lugar donde trabajaba Tracey; está a solo cuatro calles de donde vivo. Voy a cenar y, si el antiguo dueño sigue por ahí, intentaré hablar con él. Fue quien se preocupó tanto por Tracey que fue a buscarla a su piso cuando ella no se presentó a trabajar.

—Entonces lo he encontrado justo a tiempo —puntualizó Greco—. Acabo de recibir una llamada de uno de mis amigos del departamento de policía. Dentro de unos minutos harán pública una detención relacionada con el asesinato de otra actriz de veintitrés años que desapareció el mes pasado y a la que encontraron muerta. La estrangularon.

—No entiendo —dijo Mark—. Nick, ¿a dónde quiere ir a parar?

—El presunto asesino se llama Harry Simon. Tiene cincuenta y tres años y, no se lo va a creer, trabaja en la cocina del Tommy's Bistro. ¡Y lleva allí treinta años! Como a todos los demás empleados, se le interrogó cuando Tracey desapareció, pero en ese momento parecía tener una buena coartada. Ahora descubriremos si esa coartada todavía se aguanta después de tantos años.

Shirley Mercer acompañó a Clyde hasta su habitación en el hotel Ansler, habilitado por el ayuntamiento. Con sus techos dorados y sus exquisitos candelabros, el edificio había albergado en el pasado uno de los más elegantes salones de Nueva York. Pero hacía noventa años de eso. En la década de 1950 dejó de recibir las visitas de los neoyorquinos más sofisticados y finalmente cerró sus puertas. Localizado cerca de los grandes almacenes Macy's, en la calle Treinta y tres, permaneció vacío durante muchos años. Luego lo volvieron a abrir, hacía también mucho tiempo, como albergue municipal para vagabundos.

Shirley había tenido la amabilidad de pedir que la habitación destinada a Clyde tuviera un catre, una pequeña cómoda y una silla. El baño estaba al final del pasillo, donde Shirley vio restos de comida que alguien había tirado al suelo. Sabía que el personal de limpieza hacía cuanto podía, pero allí trataban con personas que habían perdido el sentido de la higiene hacía tiempo. Alguien estaba escuchando música en la habitación de al lado a un volumen tan alto que amenazaba con reventarle los tímpanos.

Shirley observó la expresión de Clyde mientras él empujaba su carro para entrarlo en la habitación. Era un semblante impasible, frío. No habrán pasado ni quince minutos después de que me vaya cuando él volverá a cruzar esa puerta, pensó.

Clyde empezó a toser, con esa tos profunda y ronca que ella había oído en el hospital.

—Clyde, aquí tengo un par de botellas de agua. Tiene que tomarse la medicina.

—Sí. Gracias. Esto es muy bonito. Acogedor.

—Ya veo que tiene sentido del humor —dijo Shirley—. Buena suerte, Clyde. Vendré a visitarlo dentro de un par de días.

—Eso estaría bien.

¿Qué clase de hombre sería?, se preguntó Shirley mientras bajaba los cuatro tramos de escalera hasta el recibidor. O salía por allí o se fiaba del ascensor que se averiaba con frecuencia. Hacía un par de meses se había quedado encerrada durante horas.

Cuando llegó a la calle se quedó allí el tiempo suficiente para abrocharse el último botón del abrigo. Después pensó si pasar por Macy's y comprar un regalo para la fiesta a la que acudiría el sábado. Pero luego recordó su acogedor piso en Brooklyn y a su marido, que tenía el día libre y había prometido cocinar para ambos. Aquello era demasiado tentador. Fue hasta la esquina y bajó las escaleras del metro, agradecida de poder ir a casa, a una atmósfera cálida y amorosa.

«Si de verdad pudiera ayudar a personas como Clyde... —pensó—. Aunque supongo que lo máximo que puedo hacer es evitar que muera de neumonía en cualquier callejón».

Peggy Hotchkiss estaba en su casa de Staten Island, sentada frente al televisor, viendo el mismo informativo que su hijo y su nuera. Un suspiro ahogado, seguido por un sonido que fue a un tiempo gemido y grito sordo, se le escapó mientras apretaba los brazos del butacón de piel donde estaba sentada.

Su mirada se desplazó a la foto de Clyde, Skip y ella que tenía sobre la repisa de la chimenea. Se la habían hecho solo un par de semanas antes de que regresara de la visita que hizo a sus padres en Florida y se encontrase la nota y el dinero de Clyde, rodeados por las placas identificativas de Vietnam, sobre la mesa del comedor. Peggy había sustituido la foto original que Clyde se había llevado por la copia que ella había regalado a sus padres.

A pesar del impacto que le provocó la partida de Clyde, estaba segura de que lo encontrarían pronto y que él buscaría ayuda. Pero había desaparecido. Durante meses fue a la morgue cada vez que algún hombre de la misma estatura, peso y apariencia que Clyde era hallado muerto sin identificar. Y todas las veces, mientras un asistente levantaba la sábana que cubría el cuerpo, había negado con la cabeza y se había marchado.

Clyde había desaparecido sin dejar ni rastro de adónde podía haber ido. Transcurridos doce años, y sin ninguna novedad, el padre de Peggy la había convencido de que lo declarasen legalmente muerto en algún juzgado y así ella pudiera cobrar el seguro de vida. Cuando desapareció, ella tenía veintisiete años. Cuando Clyde estaba en el ejército, ella trabajaba de secretaria, pero después, con un bebé, le pareció más sensato conseguir un trabajo en la tienda de *delicatessen* que había a solo dos manzanas de casa que tener que coger el tren de regreso a Manhattan.

Ahora, cuarenta y un años después, Peggy, todavía guapa a sus sesenta y ocho años, con una talla cuarenta y cuatro en vez de la cuarenta de antaño, se sentía satisfecha con su vida. Skip siempre había sido el hijo que cualquier padre hubiera querido tener. La anualidad que él le había contratado como complemento de la jubilación le permitía vivir con comodidad. La casa que nunca había dejado había sido reformada para incluir toda clase de avances, desde una ducha de hidromasaje en el baño de arriba hasta una nueva cocina y ventanas climatizadas. «Y sabe Dios qué más querrá mi hijo que me ponga», bromeaba con sus amigos.

Peggy, cuya fe era lo que le daba fuerzas, era pastora ecuménica de su congregación y voluntaria habitual en el albergue para personas sin techo del barrio. Sus años de trabajo en la tienda de *delicatessen* la habían convertido en una cocinera y pastelera excelente, y los vagabundos que frecuentaban el albergue sabían cuándo había estado Peggy Hotchkiss en la cocina.

Donald Scanlon y su mujer, Joan, habían sido vecinos de Peggy y amigos íntimos desde el día en que se mudaron al barrio, hacía muchos años. Joan había muerto cinco

años atrás, y para nadie era un secreto que Donald habría sido muy feliz casándose con Peggy, pero la conocía demasiado bien como para pedírselo. Aunque a él le pareciera increíble, Peggy estaba segura de que Clyde seguía vivo y de que algún día regresaría.

En el fondo, Peggy sabía que, aunque la puerta se abriera de repente y entrara Clyde, serían como dos desconocidos. Él la había necesitado durante los años que vivieron juntos y, en cierta forma, ella le había fallado. Estaba tan dedicada al pequeño Skip que no había querido pararse a pensar en lo mucho que Clyde bebía. Había encontrado las botellas de vino escondidas y había decidido no disgustarlo; se dijo que se trataba solo de una fase. Cuando se marchó a Florida para visitar a sus padres antes de Navidad, algo le había advertido que no se fuera.

«Si reconoce a algunas de las personas de esta foto...», estaba comentando la presentadora de las noticias Dana Tyler mientras señalaba la imagen para la audiencia del programa.

—Reconocer... reconocer... —dijo Peggy entre sollozos. Con desesperación, repitió el número de teléfono que habían dado para llamar, pero supo que se había hecho un lío.

El teléfono estaba sonando. Contestó:

—¿Diga?

—Mamá, soy Skip.

—Yo también tengo la tele encendida. He visto la foto. Skip, ¿cuál era el número? No lo he memorizado bien.

—Mamá, ¿por qué no me dejas llamar a mí?

—Han dicho que hallaron la foto en una furgoneta en la que se refugiaba un vagabundo, y que puede que estuviera allí en el momento de la explosión en Long Island City.

—Mamá, ya lo sé. Y el vagabundo pudo haberla encontrado en algún lugar hace años.

Peggy Hotchkiss se tranquilizó de pronto.

—No, Skip —dijo—. No lo creo. Siempre he sospechado que si dábamos con tu padre sería porque estaba en esa situación. ¡Oh, Skip!, a lo mejor lo hemos encontrado o vamos a encontrarlo. Sabía que Dios escucharía mis oraciones. La espera ha sido muy larga.

El martes por la tarde, Doug Connelly llegó a casa de malhumor. Había ido al piso de Kate, en el Upper West Side, horas antes. Al llegar, pidió al portero que lo dejara entrar; le dijo que debía comprobar unas cosas que le había pedido Kate. En cuanto estuvo solo en el piso, registró el escritorio de su hija. Decidió que no había nada interesante.

Sabía la combinación de la caja fuerte. La había oído por casualidad cuando ella se la había dado a Hannah poco después de instalarse en su nuevo piso. «Tu cumpleaños, treinta, tres; mi cumpleaños, tres, seis, y el cumpleaños de mamá, diecinueve, siete».

Doug no lo había olvidado jamás. El cumpleaños de mamá, había pensado. ¿Y yo qué? Pero la información era útil, y si Kate no salía adelante, consideraba que las joyas de Susan le pertenecían a él. No importa lo que Susan haya dejado escrito en su testamento, se dijo.

Pero cuando abrió la caja fuerte, estaba vacía. Hannah ya se ha llevado lo que había dentro, pensó airado.

Al salir se tropezó con un conocido de Kate. Justin Kramer, creía recordar que se llamaba así. Un tipo con buena pinta, dijo para sus adentros, y luego automáticamente lo borró de su mente.

Había vuelto a subir al coche. Como siempre, Bernard, su chófer, había escuchado las noticias mientras lo esperaba.

—Señor Connelly, estaban hablando sobre ese tipo que vivía en la furgoneta del complejo.

—¿Qué le pasa?

—Me parece que en televisión han mostrado una foto de familia que tenía en la furgoneta.

—Espero que, si tiene familia y lo ven, no sean tan tontos de decir que lo conocen —soltó Doug cerrando el puño de forma involuntaria.

Bernard se dio cuenta de que su jefe estaba de muy malhumor y que lo mejor era agachar la cabeza y mantener la boca cerrada.

—¿Todavía quiere pasar por el hospital, señor Connelly? —preguntó.

—No, creo que no. El doctor Patel me ha asegurado que Kate ya no tenía fiebre y que estaba estable. Estoy muy cansado. Vamos a casa. Esta noche no saldré.

—Sí, señor.

Sandra le había dicho que cenaría con unas amigas y que luego iría a dormir a su piso.

—Quiero estar aquí contigo, Doug —insistió—, pero tengo que consultar el correo y hacer un par de recados por la mañana.

Doug se preguntó si alguna de sus amigas se llamaría Majestic, aunque le daba igual. Descansaría de la constante presencia de Sandra en los últimos días. Decidió

comer en el restaurante privado de su edificio y acostarse temprano. Necesitaba estar tranquilo y en silencio para recuperarse.

Jack Worth le había llamado unas horas antes ese mismo día.

—He pasado con el coche por el complejo. La patrulla de recogida de escombros está allí. Eso quiere decir que los inspectores periciales del seguro ya se han llevado lo que querían y han terminado la investigación.

—Ahora que ya saben que había alguien más en el aparcamiento, no impedirán que se efectúe el pago de la póliza.

Necesito el dinero, pensó Doug. Me quedaré sin efectivo en menos de un mes y, si no lo consigo... ¿Qué estaba haciendo Kate con Gus a esas horas en el museo...? ¿Vio algo ese vagabundo que pudiera poner en peligro el cobro del seguro? Si hubiera encontrado las joyas de Kate, las habría empeñado hasta conseguir el dinero de la póliza, se dijo. Menuda cara dura había tenido Hannah al vaciar la caja fuerte de Kate.

Con ese pensamiento llegó a casa a las siete de la tarde del martes. Acababa de entrar cuando sonó el teléfono del recibidor. Déjalo sonar, pensó. Casi todos los que me conocen me llaman al móvil.

Pero entonces recordó que había dado su móvil y su fijo a la compañía de seguros. Ya había pasado el horario de oficina, pero... Con dos rápidos pasos cruzó el recibidor y levantó el auricular.

—¿Diga? —respondió.

—Douglas —dijo una voz desconocida—, soy el padre Dan Martin. Puede que no me recuerde, pero, en la época en la que su familia sufrió la tragedia, yo era ayudante del sacerdote en la parroquia de San Ignacio de Loyola y estuve presente en la misa fúnebre. Nos encontramos en un par de ocasiones, pero luego me trasladaron a Roma.

—Lo recuerdo bien —dijo Doug intentando hablar con calidez—. Fue usted muy amable, y yo estaba bastante mal.

—Fue una época terrible para usted. Siento mucho lo que está ocurriendo ahora. He pasado hoy por el hospital para ver a Kate y le he ofrecido el sacramento de la extremaunción. También he visto a Hannah y he hablado con ella, y ahora tenía muchas ganas de volver a ponerme en contacto con usted.

De ninguna forma quiero volver a contactar con usted, pensó Doug. No necesito a nadie que venga a decirme que está rezando por mí y por Kate. No he vuelto a pisar una iglesia desde el funeral. Rosie Masse se ocupó de las niñas mientras se hacían mayores.

Y, desde luego, no quiero que ningún cura ande por aquí cuando Sandra esté en casa. Pero si esta noche no tiene nada que hacer, puede que me libere de él rápidamente.

—Padre, ¿está llamándome desde San Ignacio?

—Sí, vivo aquí, en la rectoría.

—Entonces está en mi barrio. ¿Ha cenado ya?

—En realidad voy de camino a reunirme con un viejo amigo para cenar con él. ¿Quedamos para otra ocasión? Me alegro mucho de haberlo encontrado.

—Claro. Lo llamaré a lo largo de esta misma semana —dijo Doug.

—Perfecto.

Con un suspiro, Doug volvió a colocar el teléfono en la base. Llamaría al cura cuando las ranas criaran pelo, pensó. Después entró en la biblioteca. Fue directamente al mueble bar y se sirvió un *whisky* doble. Bebiendo poco a poco, se advirtió: Cálmate. Pero antes de relajarte demasiado, llama al hospital y pregunta por Kate. Seguro que Hannah quiere saber si he ido a visitarla esta noche.

La enfermera de la UCI habló en tono tranquilizador:

—Acabo de terminar mi turno, señor Connelly. Como ya sabe, Kate no tiene fiebre desde esta mañana. Hoy ha tenido un buen día.

—Eso es maravilloso. Gracias por ponerme al día —dijo Doug.

Había una idea que le incomodaba. ¿Estaría Kate despierta cuando el cura había estado con ella? Le había administrado el sacramento de la extremaunción. ¿Suponía eso que Kate estaba lo bastante consciente como para hablar con él? De ser así, ¿qué le habría dicho?

El martes por la noche, el padre Dan Martin se encontró con su antiguo pastor, el padre Michael Ferris, de ochenta y siete años, en la residencia de ancianos de los jesuitas en Riverdale, la parte alta del oeste del Bronx. Había ofrecido al padre Ferris la posibilidad de cenar en un par de sitios, pero sabía perfectamente que el anciano escogería el restaurante Neary's, un típico *pub* irlandés en la calle Cincuenta y siete Este, en Manhattan.

Inaugurado hacía más de cuarenta y cinco años el día de San Patricio, el 17 de marzo, había sido el restaurante favorito del padre Mike cuando era pastor de San Ignacio de Loyola, y todavía le encantaba ir a ese lugar.

El padre Dan había hecho una reserva para las ocho en punto, y a las ocho y diez estaban sentados a la mesa disfrutando de una copa.

El padre Mike fue el primero en hablar de lo que le estaba ocurriendo a la familia Connelly.

—Los conocí a todos —dijo—. Al viejo Dennis y a su esposa, Bridget. Eran de mi congregación. Luego, Douglas y Susan se casaron en San Ignacio y se trasladaron a un piso de la Quinta Avenida. Doug todavía vive allí.

Era exactamente el tema que el padre Dan Martin quería tratar. Con toda la intención, no lo había sacado al principio, pero ahora ya estaba sobre la mesa.

—Si recuerda, yo ayudaba en San Ignacio en la época del accidente. Estuve en el altar en la misa fúnebre. Llamé a Douglas al día siguiente. Acababa de ordenarme sacerdote. Quise ayudarlo si estaba en mis manos poder hacerlo.

—No creo que ninguno de nosotros pudiera ayudarlo mucho. Estaba loco por Susan. Nunca he visto una pareja más enamorada. Y sé que se sentía culpable no solo por la muerte de ella, sino por la de su hermano y sus cuatro amigos íntimos. Él iba al timón del barco, pero la investigación demostró que no había sido culpa suya. No hubo negligencias y no había bebido. Cuando pescaban atunes de noche, nunca llevaban alcohol en el barco.

Liz, una camarera que había trabajado en Neary's desde el día de su inauguración, estaba de pie junto a la mesa.

—Dejen que adivine —dijo—. Padre Mike, usted tomará salmón a la irlandesa de entrante y ternera con maíz y col de plato principal.

—Tienes razón, Liz —confirmó el padre Mike.

—Padre Dan, usted tomará cóctel de gambas y salmón.

—No sabía que fuera tan predecible, pero así es. —El padre Martin sonrió y retomó la conversación con su antiguo pastor—. Mike, ambos hemos visto muchos episodios tristes en algún momento, pero ver a Douglas Connelly en el funeral de su mujer y su hermano, cogiendo de la mano a la pequeña Kate de tres años, fue una imagen que nunca he olvidado. Cuando lo visité en su casa más tarde, fue como hablar con un sonámbulo.

—Estoy de acuerdo. Estaba paralizado por la pena. Es lo que le ocurre a cualquiera que sobrevive a una tragedia en la que pierde a un ser querido. Pero en ese caso fueron dos seres queridos y cuatro amigos íntimos. Llevaban un radar en el barco, pero estamos hablando de casi treinta años atrás. Al salir del puerto de Brooklyn a las once de la noche, cualquiera pensaría que va a tener el océano Atlántico para él solo, pero había muchísimo tráfico. Como sabrá, habían planeado llegar a los bancos de atunes al amanecer, a una distancia de unas setenta millas.

El padre Ferris hizo una pausa para untar mantequilla en el pan, dio un mordisco y negó con la cabeza.

—Doug vio el remolcador y mantuvo el espacio suficiente entre esa embarcación y su barco. Pero lo que no vio, y tampoco lo reflejó el radar, era que esa enorme nave arrastraba una barcaza. Las cadenas eran tan largas y la noche tan oscura que, cuando Doug situó el barco detrás del remolcador a una distancia segura, la cadena rebanó literalmente el casco de su embarcación. Cerca del timón había un chaleco y el bote salvavidas. Se puso el chaleco y tiró el bote al agua. Los demás estaban en el camarote y no lograron salir porque el barco se hundió rápidamente.

—Ninguno de los tripulantes del remolcador se dio cuenta de lo que ocurría — recordó Dan Martin.

—No. No suelen llevar mucha tripulación, y a esas horas ¿quién sabe quién estaría despierto? Al día siguiente, cuando nadie conseguía contactar por radio con el barco, una partida de rescate salió y encontró a Doug tirado en el bote salvavidas, medio muerto. Se había golpeado con los restos del naufragio y tenía graves cortes y moratones de pies a cabeza. Estuvo tres semanas en el hospital. Encontraron los cuerpos de los demás y retrasaron el funeral de Susan y Connor hasta que Doug pudiera asistir. Es increíble que ahora su hija tenga una lesión cerebral, porque eso fue exactamente lo que le ocurrió a él. Tenía lapsus de memoria y había momentos en que hablaba de Susan como si ella estuviera en el piso. Después de aquello, no volvió a ser el mismo, al menos mientras yo mantuve relación con él.

El anciano sacerdote miró por encima de su compañero y suspiró.

—El viejo Dennis Francis Connelly solía venir por aquí. Menudo personaje.

—Iba a San Ignacio antes de que yo llegara.

—Pues igual tuvo usted suerte. Era el viejo irlandés más gruñón, supersticioso y estirado que he conocido nunca. Aunque había tenido un pasado interesante. En Dublín era un niño de la calle, pero tenía cabeza. Fue lo bastante listo como para saber que necesitaba una educación y consiguió una beca en el Trinity College. En cuanto se graduó, se embarcó rumbo a Estados Unidos y trabajó de mensajero en la Bolsa. A los veintidós años ya había decidido que ese era el lugar donde aprender a hacer dinero. Y vaya si lo hizo.

Llegaron los entrantes. Michael Ferris echó un vistazo al comedor mientras cogía los cubiertos.

—Recuerdo cuando Hugh Carey era gobernador. Venía mucho por aquí. Decía

que el buen Dios había transformado el agua en vino, pero que Jimmy Neary había invertido el proceso. A Jimmy le encantaba esa frase y siempre la citaba.

—Nunca la había oído —dijo Dan Martin—. Pero también me gusta.

—Así que Dennis se hizo rico, pero siempre tuvo presente que no procedía de una familia que vivía en un castillo y salía de caza a caballo. Por eso forjó su propia historia. Hizo muchísimo dinero, vendió su empresa de inversiones y abrió la fábrica de Mobiliario antiguo de imitación Connelly. Ese museo era su castillo, le encantaba mostrar a la gente las antigüedades que coleccionaba. Conocía la historia de todos los muebles; y permítame que le diga que, antes de acabar la visita, uno también la conocía.

—Leí que no se casó hasta los cincuenta años.

—A los cincuenta y cinco, creo. Bridget O'Connor era veinte años más joven. Luego nacieron los dos niños.

—Se llevaban un año, ¿verdad?

—Mejor diga cuatro minutos. Douglas nació un minuto antes de la medianoche de un 31 de diciembre; Connor, tres minutos después de la medianoche, el 1 de enero. No esperaban gemelos, y para Dennis fue una preocupación terrible. En su familia dos generaciones de gemelos habían muerto de forma violenta, y estaba seguro de que sus hijos estaban malditos. Siempre se refería a ellos llamándolos «hermanos», aunque, según tengo entendido, eran idénticos. Bridget tenía prohibido llamarles «gemelos». Incluso de bebés, siempre iban vestidos de forma diferente y llevaban cortes de pelo distintos. Si Douglas llevaba flequillo, Connor iba rapado. A medida que fueron creciendo, Dennis decía a la gente que no era muy cercana a la familia que se llevaban un año de diferencia. Fueron a colegios distintos, desde el parvulario hasta la universidad, pero, a pesar de todo, estaban muy unidos.

Jimmy Neary se detuvo junto a la mesa.

—¿Cómo va todo hasta ahora? —preguntó.

—Genial —dijeron al unísono.

—Jimmy, estaba hablando sobre Dennis Francis Connelly —añadió el padre Mike—. Tú lo conocías bien.

—Los cielos nos asistan. Siempre encontraba algo que no estaba demasiado caliente o demasiado frío. Dios lo tenga en su gloria —dijo Jimmy—. Me alegro de que ni él ni Bridget estuvieran vivos para ver que uno de sus hijos está muerto, que una de sus nietas está luchando por vivir y que la empresa de la que estaba tan orgulloso está destruida.

—Estoy de acuerdo —dijo el padre Mike.

Liz retiró los platos de los entrantes. Ambos sacerdotes decidieron tomar una copa de chardonnay.

El padre Dan dijo:

—Mike, me interesaba hablar de los Connelly porque después de lo que leí sobre el accidente decidí pasar a ver a Kate Connelly en el hospital. La he visto esta

mañana y he conocido a Hannah. Kate tenía fiebre. Si hubiera sido provocada por una infección grave, habría sido letal, pero, gracias a Dios, le ha bajado. Le he dicho a Hannah que había estado con su padre después del naufragio, hacía casi treinta años. En ese momento creí que podía ayudarlo.

—Yo también lo pensé —afirmó el padre Mike—. Pero Connelly me dejó claro que no necesitaba mi apoyo y que no quería ninguna ayuda del Dios que se había llevado a su mujer, su hermano y sus amigos. Cuando lo vi, fue justo una semana después del funeral. Se había roto la mano y le dolía muchísimo. El médico insistió en que tuviera una enfermera en casa. Creo que temían que se suicidara. Se rompió la mano al dar un puñetazo al espejo de la cómoda de Susan.

Michael Ferris, de la Compañía de Jesús, comentó:

—Solo espero que la maldición que preocupaba a su padre no haya caído sobre él. Puede que debamos dar gracias de que Kate y Hannah no sean gemelas.

A las siete de la tarde del martes, Frank Ramsey apagó el televisor de la sala. Celia y él habían visto las noticias locales de la CBS de las seis y a la presentadora Dana Tyler enseñando a los telespectadores la foto que habían encontrado en la furgoneta. Luego Celia entró en la cocina para terminar de preparar la cena. Estaba sacando un pollo asado del horno cuando Frank se reunió con ella. Olisqueó la comida con apetito.

—Tengo hambre, y parece que esta noche podremos cenar tranquilos —comentó.

—Eso espero. No ha sido así desde lo del incendio. —Se quedó mirándolo—. Me parece que no confías mucho en que la fotografía encontrada en la furgoneta vaya a ser de mucha ayuda.

Frank probó el puré de patatas.

—Delicioso —opinó—. Para ser sincero, creo que estoy intentando no hacerme demasiadas ilusiones. Esa foto es lo único que tenemos para llegar a la persona que se encontraba en la furgoneta.

Ni siquiera se le pasó por la cabeza hablar a Celia sobre la libreta de Jamie Gordon, la estudiante asesinada. Esa información no podía compartirse con nadie, ni siquiera con ella.

No obstante, Frank era consciente de que, desde que habían encontrado la libreta, Jamie Gordon no había dejado de obsesionarlo. Sabía el infierno que habían vivido sus padres desde su desaparición y cuando encontraron el cuerpo, un año y medio más tarde. Si ese vagabundo había sido el asesino, quería que pagase por ello.

Hacía diez años habían ampliado la cocina para incluir una barra americana y era ahí donde solían comer. La tabla era una antigua puerta de granja, estilo amish, que habían lijado y completado con unas patas. El banco acolchado, empotrado en la pared, y las sillas con respaldo alto al otro lado de la barra eran acogedores y cómodos, y añadían ese toque de tranquilidad y relajación que necesitaban al final del día. Desde el principio de su matrimonio ambos habían acordado que la cena era para conversar, no para ver la televisión.

Juntos pusieron la mesa y luego se sentaron. Con la esperanza de recibir alguna respuesta sobre la foto, Frank colocó su móvil al lado del plato. En menos de un minuto recibió una llamada.

Cogió el teléfono.

—Frank Ramsey —dijo.

—Jefe, soy la agente Carlita Cortez. Acabo de responder a una llamada sobre la fotografía de familia que ha sido distribuida y me parece que es información veraz. Creo que le gustaría hablar con esa mujer.

—¿Quién es? —preguntó Frank mientras dejaba el tenedor en el plato.

—La persona que llama es la señora Peggy Hotchkiss y vive en Staten Island. Ha dicho que la foto que vio en las noticias es de ella, con su marido y su hijo. Se tomó

hace cuarenta y un años. Su marido los abandonó poco tiempo después. Era veterano de la guerra de Vietnam, con graves problemas psicológicos. No pudo localizarlo jamás, pero siempre ha creído que podía haberse convertido en vagabundo.

Frank olvidó que tenía delante la cena, lista para comer.

—Pásemela.

Celia observó a su marido mientras este escuchaba, vio cómo le cambiaba la expresión y se tornaba cada vez más intensa. Por fin dijo:

—Señora Hotchkiss, no puedo decirle lo importante que es que haya llamado. Puedo estar en su casa en menos de una hora. Dice que tiene los informes militares de su marido. ¿Puede dejármelos para que los examine? Permítame confirmar su dirección.

Frank Ramsey cortó la llamada y miró a Celia.

—Si la foto todavía estaba en posesión del marido de esta mujer, el hombre es Clyde Hotchkiss, un veterano de Vietnam que volvió a casa con un montón de medallas y muy perjudicado emocionalmente. Me ha dicho que durante los últimos cuarenta años no ha dejado de rezar para poder encontrarlo. Espero que si es el mismo tipo no sea él quien provocó el incendio, o algo peor.

Tras pronunciar esas palabras, Frank se dio cuenta de que había estado a punto de mencionar lo de la libreta de Jamie Gordon.

—Frank, espera diez minutos y cómete la cena que te he preparado —dijo Celia con firmeza.

—Lo siento, Ceil, sí —respondió a modo de disculpa—. Y, como ya he dicho antes, el tipo que estaba en la furgoneta podría haber encontrado esa fotografía hace años. Podría no tener nada que ver con ella. Pero si es el hombre de la foto, siendo veterano de Vietnam, sus huellas estarán en los archivos del ejército. Podremos comprobarlo.

Frank hizo una llamada rápida a Nathan Klein y ambos quedaron en verse al cabo de una hora en la casa de Peggy Hotchkiss, en Staten Island.

Luego, sabiendo lo importante que era para Celia, Frank empezó a comerse la cena que antes tanto deseaba pero que en ese momento ya no le apetecía probar. Ya estaba imaginándose lo terrible que sería para esa mujer tan ansiosa saber que su marido, desaparecido desde hacía tanto tiempo, era un asesino, si es que se trataba del veterano condecorado.

Por no hablar de la reacción de la familia de Jamie Gordon. El cierre de un caso gracias a una detención también provoca tristeza.

No era la primera vez en su larga carrera que el jefe de bomberos Frank Ramsey reflexionaba sobre este hecho.

Los zapatos de raso rojo. Mamá bailaba con ellos puestos. Daba vueltas y más vueltas por la habitación. Luego se agachó y le dio un beso en la mejilla.

No, era Hannah.

Yo soy la que se parece a mamá, pensó Kate, sumida en el abismo del coma. Hannah se parece a papá. Como papá, pero en envase pequeño. Me duele mucho. Todo me duele...

—La fiebre es un problema grave. —La voz de un hombre, cerca...

Puedo oírte, se dijo Kate. Tú no lo entiendes, pero puedo escucharte. Hannah, hermanita, no te preocupes. Me ha ocurrido algo, pero voy a mejorar...

Papá estaba cantándole. «Adiós pajarito mío...».

Y estaban dándole besos de despedida...

Alguien estaba tocándole la frente.

—Te perdono...

Alguien estaba rezando por ella.

Voy a ponerme bien, pensó Kate. Si al menos pudiera decírselo a Hannah... Y entonces sintió que se quedaba dormida cada vez más y más profundamente...

Y mamá dejó de bailar y papá dejó de cantar y... nunca más...

La fiebre por fin bajó, quedó sumida en un sueño profundo y tranquilo antes de completar ese pensamiento.

Jack Worth no durmió bien el martes por la noche. La combinación entre de repente tener tiempo libre y la actitud escéptica de los jefes de bomberos cuando intentó explicarles la falta de seguridad en la fábrica y la presencia de una furgoneta accidentada habían conseguido que se sintiera irritable y nervioso.

¿Qué se supone que debo hacer?, se preguntó cuando las primeras luces del alba empezaron a colarse por las ventanas de su habitación. ¿Saltar cada vez que suene el teléfono, por si son esos jefes de bomberos que quieren pasar a verme otra vez?

A las cinco y media de la madrugada del miércoles, retiró las mantas y se levantó. Me pregunto cuánto hizo ayer el equipo de limpieza, pensó. Si los tipos del seguro les han dejado seguir, es porque deben de estar satisfechos y no esperan encontrar nada más. La llegada de ese equipo significa que la labor de vigilancia de policías y bomberos ha terminado. Me acercaré en coche a echar un vistazo antes de que se presente alguien más.

Una vez tomada la decisión, Jack se vistió rápidamente: chándal, calcetines gruesos y zapatillas de deporte. Si me ducho y me afeito, podría toparme con alguien que llegue pronto, se dijo. Eso no me conviene.

Lo que necesito es ir a Florida y quedarme allí durante el invierno, decidió. Y tengo que volver a ponerme en forma. He cogido unos cinco kilos que me sobran.

Más bien diez kilos. Dejó de pensar en eso.

Últimamente había captado la mirada de rechazo en algunas de las mujeres con las que intentaba ligar en los bares. Nunca había dejado que su barbero, Dom, le arreglara el pelo, aunque quizá hubiera llegado la hora. Dom lo presionaba para que lo hiciera.

—Jack, ya sé que a las mujeres les encantaba pasar los dedos por tu frondosa cabellera de color rubio pajizo. Me lo contaste. Pero es que ya no es tan frondosa.

Ya nada es lo que era, pensó Jack.

Encendió la luz de la escalera, bajó y pasó por el salón hasta la cocina sin apenas mirar a su alrededor. Para Jack Worth, la casa que había compartido con su mujer era principalmente el lugar donde dormía. Su trabajo en el complejo Connelly le había reportado un buen sueldo. Su asistente iba una vez a la semana, y con eso bastaba. Era un hombre ordenado en su día a día.

Durante el verano, un jardinero de los de toda la vida cortaba el césped y arreglaba las plantas del exterior, y el mismo tipo se encargaba de palear la nieve de la acera y del camino de entrada en invierno.

Jack Worth apreciaba su libertad. No habría otra «señora Worth». Y nunca habría otro hijo al que mantener durante la carrera universitaria.

Cuando Jack pensaba en todo eso, siempre se enfadaba. Su hijo ya ni siquiera llevaba su apellido. Y cuando se lo cambiaron en el juzgado, su ex mujer le había dicho que su marido, un doctor famoso, estaría encantado de costearle los estudios

universitarios a Johnny cuando acabara el instituto.

Les dije que nadie iba a pagar la universidad a mi hijo, recordó Jack mientras cerraba de golpe la puerta entre la cocina y el garaje y subía a su BMW. Sé que lo que querían era sacarme de sus vidas. Idiotas. Y ahora tendré que pagar la matrícula del año que viene.

Pero ¿quién sabe? A lo mejor, tal y como están las cosas, cuando se enteren de que me voy a quedar sin trabajo, el doctor famoso se apiadará y dirá: «Insisto... Insisto», pensó Jack Worth con sarcasmo mientras presionaba el botón de la puerta del garaje y sacaba el coche marcha atrás. Sí. A lo mejor.

Eran un poco más de las seis y el tráfico de primera hora de la mañana empezaba a ocupar la carretera. Una hora más y esto será un aparcamiento, se dijo Jack. Bienvenido a la ciudad.

Aunque la explosión había sido hacía menos de una semana, el conocido camino en coche hasta el complejo le pareció raro e incluso le asustó. Iba a ocurrir algo más. Algo distinto a lo que ya había sucedido.

De haber sido un día normal de trabajo, habría llegado con el coche hasta la entrada principal del complejo. Pero Jack decidió no hacerlo. Su BMW era un foco de atención habitual para los vigilantes y las cámaras de seguridad de los almacenes de alrededor, y no quería que se dieran cuenta de que hacía una visita al amanecer. En lugar de entrar por allí, se dirigió hacia la puerta de los vehículos de reparto. Después de la explosión habían puesto una barrera temporal para impedir la entrada de intrusos. Jack aparcó el coche, salió y saltó la barrera con agilidad. A mí me quieren dar lecciones de seguridad, pensó, airado.

Se volvió para ir hacia el aparcamiento donde se dejaban las furgonetas de reparto y donde estaba el vehículo accidentado en el que se había refugiado un vagabundo. Fue en ese momento cuando vio la cinta amarillo chillón de PELIGRO, y se dio cuenta de que había un socavón. Se acercó y vio lo profundo que era.

Pasó por encima del precinto y miró hacia el fondo. Estaba en la parte oriental de la propiedad, la intensa luz del sol penetraba en el agujero y dejaba a la vista el secreto, hacía tanto tiempo oculto, bajo el pavimento resquebrajado.

—¡No! —Susurró Jack Worth—. ¡No!

Vio el medallón de la vieja cadena en torno al cuello del esqueleto de la joven Tracey Sloane. El medallón que la unía estrechamente a él.

Clyde se despertó temprano el miércoles por la mañana; parpadeó, la luz del sol lo cegaba. Se encontraba fatal, sentía frío y calor al mismo tiempo, pero sobre todo calor.

¿Dónde estoy? A veces, cuando no había bebido demasiado, se hacía otra pregunta: ¿adónde voy?

Sacudió la cabeza y empezó a repasar mentalmente todo lo que le había ocurrido hasta entonces. El albergue. El hospital. Su foto en la tele de la habitación.

¿Y si Peggy y *Skippy* la han visto? A estas alturas Peggy ya se habrá vuelto a casar, y *Skippy* habrá crecido pensando que ese otro tipo es su padre. Y seguro que todas esas medallas de Vietnam están metidas en una caja en el desván. Eso si no las han tirado.

Se obligó a pensar, aunque tenía la cabeza hecha un lío. Si lo relacionaban con la fotografía y descubrían quién era, aunque Peggy y *Skippy* decidieran no saber nada de él, la policía seguiría buscándolo. ¿Y si resolvían que había sido él quien había provocado la explosión?

Esa tal Shirley... Era una señora agradable. Se había preocupado sinceramente por él. Pero creía que me quedaría en ese antro, se dijo. Clyde se incorporó apoyándose en un codo. Empezó a reír con una risa ronca que acabó convirtiéndose en tos seca. ¿Dónde estarán esas pastillas que me dio? Rebuscó en los bolsillos del poncho que le habían dado en el hospital, primero con una mano y luego con la otra. Tenía unos bolsillos muy hondos, y suponía que eso era bueno. Podía meter muchas cosas dentro. Pero la chaqueta que no le habían devuelto era lo que de verdad quería.

Cuando los turistas veían esa chaqueta vieja y andrajosa, sentían pena por él. Los dólares que le echaban en la gorra aumentaban. Tenía que deshacerse del poncho y hacer unos agujeros en esos pantalones nuevos, tan gruesos y pesados. Se sentía como una cría de foca con ellos puestos, una cría de foca bonita, calentita y satisfecha. A la gente le gustaban las focas recién nacidas, no les daban pena.

Necesito beber, pensó Clyde. ¿Y dónde he dormido?

Miró a su alrededor y gruñó de placer. De alguna forma había logrado llegar hasta los muelles de Chelsea, frente al río Hudson, cerca del Village. Recordó algo más sobre el día anterior. La buena de Shirley se había despedido en el hotel.

Él había esperado quince o veinte minutos más o menos.

La mujer del mostrador en esa especie de vestíbulo le había preguntado si regresaría. Y él le había dicho que claro que sí.

Cuando se puso a toser con fuerza en la calle, alguien le echó diez pavos a la gorra, y otra persona le dio un par de dólares más, y él se compró dos botellas de vino. Así que había sido una buena noche. El problema era que no podía estar tosiendo todo el rato para que la gente se compadeciera de él. Necesitaba que lo vieran helado y hambriento, y no con pinta de cría de foca.

Clyde dejó caer la cabeza hacia atrás, sobre los periódicos. La noche había estado bien. Había dormido sin nadie a su alrededor, con los agradables sonidos de Nueva York colmándole los oídos. El tráfico de la autovía del West Side, un avión que pasaba de vez en cuando por encima y los transbordadores de primera hora de la mañana que cruzaban el río Hudson. Se había instalado allí con sus periódicos cuando empezó a quedarse dormido, la ropa de abrigo que no quería hizo que se sintiera como un bebé en brazos de su mami.

Pero en ese momento se asustó. La foto. La chica. Sabía que le había hecho daño. Le había dado un buen puñetazo. Pero no sabía qué había ocurrido después.

Empecé a perseguirla. Estaba enfadado. Tenía miedo de lo que pudiera decir de mí y quería volver a mi furgoneta. Y entonces...

Comenzó a toser de nuevo. Se levantó, le temblaba todo el cuerpo. Cada vez le costaba más tomar aire. No podía respirar ni parar de toser.

—¿Está bien? ¿Necesita ayuda?

Clyde intentó decir: «Largo de aquí. Déjame en paz».

Agitó el puño en el aire pero no golpeó a nadie. Cayó sobre los periódicos y no pudo volver a levantarse, aunque luchaba por poder respirar.

Pasados tres minutos, ya no oyó el aullido de las sirenas de un coche patrulla que llegó desde la autovía del West Side en respuesta a la llamada de emergencia de una joven corredora que había suplicado ayuda.

Señaló la maltrecha silueta del suelo.

—Tenga cuidado, agente. Creo que se está muriendo, pero cuando le he ofrecido ayuda ha intentado darme un puñetazo.

—Tranquila, señora. Retroceda, por favor. Llamaré a una ambulancia.

El joven agente se acercó a Clyde. Viendo los esfuerzos que tenía que hacer para respirar, fuera de sí, lo primero que pensó es que el tío tendría suerte si seguía vivo cuando llegara la ambulancia.

Sal Damiano, el jefe del equipo de limpieza, tomó la decisión el miércoles por la mañana de que la reparación del socavón del pavimento se aplazaría hasta que hubieran sacado todos los escombros del complejo.

Una vez más, las losas rotas que antes formaban parte de los muros, los fragmentos de las máquinas que habían transformado la fina caoba y el arce en mobiliario, y las abolladas latas de aceite que se usaba para conservar las antigüedades del museo eran levantados por las carretillas elevadoras y descargados en los contenedores.

Cuando José Fernández llegó a casa la noche anterior, encendió el ordenador para buscar el complejo Connelly en internet. Sentado en la cocina de un piso de protección oficial de cuatro habitaciones, próximo al puente de Brooklyn, le contó a su madre qué estaba buscando.

—Mamá, echa un vistazo a las fotos de ese museo, mira cómo era antes de la explosión. Esos muebles debían de costar una fortuna. A esta sala la llamaban «habitación Fontainebleau». La verdadera Fontainebleau era el lugar donde dormía María Antonieta antes de la Revolución francesa.

Carmen, la madre de José, se volvió y miró por encima del hombro de su hijo.

—Demasiado elegante. Demasiado complicada de limpiar. Esa tal María Andrea...

—Antonieta. Era una reina francesa.

—Bien por ella. Cien mil dólares en préstamos para estudiar y acabas limpiando los restos de unos muebles antiguos.

José suspiró. Era una frase que ya había oído muchas veces. Sabía que habría sido más inteligente estudiar económicas, pero tenía algo en los genes que lo inclinaba hacia la historia antigua. Todavía me alegro de haber estudiado historia, pensó. Solo me gustaría no haber conseguido todos esos préstamos. Pero algún día seré profesor. En esos momentos cursaba un máster de enseñanza de español en la academia municipal. Sabía que lo conseguiría. Y los préstamos que le habían concedido para estudiar eran algo con lo que cargaría toda la vida. Los pagaría como si fuera una hipoteca o un coche.

El único problema era que no tenía ni casa ni coche. Pero por algún motivo, tras haber pasado todo el martes paleando y sacando escombros en el complejo Connelly, el socavón seguía haciéndole volar la imaginación. En la antigüedad se levantaban nuevas ciudades sobre ruinas de otras antiguas que habían sido arrasadas por guerras, inundaciones o incendios.

Durante los veranos de sus primeros y últimos años en la facultad había recorrido a pie y en autoestop Oriente Próximo y Grecia. A los doce años había leído un libro sobre Damasco y recordaba lo emocionado que se había sentido cuando por fin logró llegar a ese lugar. En ese momento susurró para sí la primera frase del libro:

—Damas, Damasco, la ciudad más antigua del mundo, ciudad sobre ciudad...

El verano siguiente, cuando estaba en Atenas, mientras ensanchaban las calles para la preparación de las olimpiadas, descubrieron otra capa de antiguos asentamientos, incluso con todas las excavaciones arqueológicas que ya se habían realizado.

Debo de estar volviéndome loco, pensó José mientras paleaba, cargaba, empujaba y arrastraba dentro de su zona de limpieza. Estoy comparando un socavón en un aparcamiento de Long Island City con lugares como Damasco y Atenas.

Pero a las cinco de la tarde, cuando el cansado equipo de limpieza se sintió agradecido de finalizar la jornada, José no pudo aguantarse más las ganas de acercarse a echar un vistazo al agujero del suelo. Estaba casi a oscuras, pero tenía una linterna en la camioneta. Fue a buscarla y se dirigió hacia el fondo del aparcamiento.

—¿Piensas ir a casa andando, José? —preguntó Sal a su espalda.

José sonrió. Sal era un tipo agradable.

—Solo quiero echar un vistazo rápido por aquí. —Señaló el socavón.

—Vale, pues si vas a volver en mi coche date prisa.

—De acuerdo.

Corrió y llegó al socavón en unos segundos. Tal como había hecho Jack Worth unas horas antes, pasó por encima del precinto y, con cuidado de no cargar demasiado peso sobre el borde del agujero, encendió la linterna e iluminó hacia abajo.

No fue el medallón del collar lo que vio primero. A pesar de la suciedad pudo leer lo que había grabado en él.

«Tracey».

Los largos mechones de pelo rubio pegados al cráneo del esqueleto lo dejaron demasiado atónito para moverse o llamar a alguien. El incongruente recuerdo de una clase de biología del instituto lo asaltó de pronto. Recordó a la profesora diciendo:

«Incluso después de muertos, el pelo y las uñas siguen creciéndonos».

Como todos los días, Peggy Hotchkiss asistió a la misa de las ocho de la mañana en Santa Rita, su parroquia en Staten Island. Aunque no había pegado ojo en toda la noche, no se le habría ocurrido romper una costumbre que tenía desde hacía cuarenta años. La misa diaria era una parte integral de su vida, y santa Rita, patrona de los desesperados e incluso de lo imposible, era su santa favorita. Esa mañana, la oración que le dedicó fue incluso más intensa.

—Por favor, haz que lo encuentren. Te lo ruego. Que lo encuentren. Sé que me necesita.

Los jefes de bomberos habían sido muy amables, pensó. Cuando vinieron a casa tuvieron el detalle de decirme que era muy posible que el vagabundo de la furgoneta se hubiera encontrado la foto, o que incluso se la hubiera robado a alguien.

—Pero no la robó —les dijo Peggy—. Me jugaría la vida a que Clyde ha conservado la fotografía. Vi en televisión lo que ocurrió con el complejo Connelly. Solo me pregunto si Clyde durmió en la furgoneta la noche de la explosión. Está claro que debió de escapar corriendo y que no tuvo tiempo de llevarse la foto.

Se percató del escepticismo en los rostros de los bomberos, pero fueron muy educados. Sabía que no querían disgustarla sugiriendo que el vagabundo podría ser Clyde, pero ella se lo puso fácil.

—Yo quiero encontrarlo —comentó—. Su hijo quiere encontrarlo. No nos avergonzamos de él. Estuvo en Vietnam y estaba orgulloso de haber servido a su país. No perdió la vida allí, pero, debido a lo que le ocurrió en ese lugar, perdió las ganas de vivir.

Santa Rita estaba solo a cinco manzanas de su hogar. A menos que hiciera muy mal tiempo, Peggy siempre iba andando. A las nueve menos cuarto estaba doblando la esquina para llegar a su casa cuando le sonó el móvil. Era el jefe de bomberos Frank Ramsey.

—Señora Hotchkiss —dijo—, acaban de llevar a un hombre sin techo al Hospital Bellevue, en Manhattan. En la sala de urgencias lo han reconocido. Ayer mismo estaba allí y le dieron el alta. Dijo que se llamaba Clyde Hastings. Creemos que puede ser su marido.

Peggy intentó parecer tranquila.

—Voy enseguida y llamaré a mi hijo. Bellevue está cerca de la calle Veintitrés, ¿verdad?

—¿Dónde está ahora, señora Hotchkiss? —preguntó Ramsey.

—A una manzana de mi casa.

—Vaya a casa y espere. Mandaré un coche de policía a recogerla dentro de cinco minutos. Lamento mucho tener que decirle que el hombre del hospital se está muriendo de neumonía. Si es su marido, aunque hayan pasado muchos años, podría convencerlo de que nos cuente qué sabe sobre la chica desaparecida.

* * *

Una hora después, Peggy estaba en la sección de urgencias del Hospital Bellevue. Skip había llegado unos minutos antes que ella.

—¿Estás bien, mamá? —le preguntó en voz baja.

—Sí, estoy bien.

Frank Ramsey la esperaba.

—Lo tienen en una habitación privada al fondo del pasillo. El médico nos ha dicho que no le queda mucho tiempo. Esperamos que pueda contarnos algo sobre una joven estudiante universitaria que intentó entrevistarlo para saber cómo era vivir en la calle.

A ella se le secó la boca, se humedeció inconscientemente los labios, apretó el brazo firme de su hijo y siguió al alto bombero hasta que él se apartó y la dejó entrar en el pequeño cuarto.

Peggy no necesitó mirarlo detenidamente para saber que se trataba de Clyde. La amplia frente, el pequeño pico de viuda del pelo, la cicatriz casi imperceptible en un lateral de la nariz. Tenía los ojos cerrados; su respiración, intensa y esforzada, era el único sonido en la habitación. Le cogió la mano.

—Clyde, Clyde, cariño, estoy aquí.

Desde muy lejos, Clyde oyó una voz que recordaba, dulce y amable, y abrió los ojos. Algunas veces había visto a Peggy en sueños, pero en ese momento supo que no estaba soñando. La mujer que estaba de pie mirándolo, con las mejillas cubiertas de lágrimas, era Peggy. Tomó aire. Tenía que hablar con ella. Consiguió esbozar una sonrisa.

—¿Tengo el honor de hablar con la devota Margaret Monica Farley? —preguntó con un hilillo de voz cansada, y luego añadió—: Oh, Peggy, te he echado de menos...

—Yo también te he echado de menos. Mucho, muchísimo. Y Skip está aquí. Te queremos. Te queremos.

Clyde volvió la cabeza como pudo para mirar al hombre que se encontraba junto a Peggy. Ambos tenían los rostros muy luminosos, pero el fondo empezaba a oscurecerse. Mi hijo, pensó, y después lo oyó decir:

—Hola, papá.

—Lo siento —murmuró Clyde—. Lo siento mucho.

Frank Ramsey y Nathan Klein se acercaron. Antes de que Peggy llegara al hospital, habían intentado interrogar a Clyde sobre Jamie Gordon, pero él había cerrado los ojos y se había negado a responder. Ambos se dieron cuenta de que su muerte era algo inminente. Ramsey se inclinó sobre Clyde y en un tono impaciente le dijo:

—Clyde, háblele a Peggy sobre la libreta. Dígale si vio a la chica.

—Clyde, no pasa nada, cariño. Nunca has querido hacer daño a nadie —susurró

Peggy—. Quiero que les cuentes qué ocurrió.

En ese momento, con Peggy tomándolo de la mano, sentía mucha paz. Se sentía muy bien.

—Esa chica me siguió. Le dije que se largara. Pero no se iba.

Empezó a toser. Esta vez no podía recuperar el aliento.

—Clyde, ¿la mató? ¿La tiró al río? —exigió saber Ramsey.

—No... No. Ella no quería irse. Le pegué un puñetazo. Entonces se fue. Y oí un grito... —Clyde cerró los ojos. Todo empezaba a oscurecerse.

—Clyde, ella empezó a gritar —dijo Frank—. ¿Qué ocurrió luego? Responda —exigió—. ¡Respóndame!

—Gritó: «¡Socorro! ¡Socorro!».

—¿Todavía estaba usted en la furgoneta?

—S...

No pudo acabar de hablar. Con un largo suspiro, exhaló su último aliento. La tormentosa vida de Clyde Hotchkiss, esposo y padre, veterano de Vietnam, héroe y vagabundo, había tocado a su fin.

El miércoles por la tarde, Hannah y Jessie se reunieron para comer algo rápido en un pequeño restaurante en Garment, el distrito de la moda, a una manzana del despacho de Hannah. Esa mañana Hannah no había tenido tiempo de pasar por el hospital, solo de hacer una rápida llamada. Sabía que ella y Jessie tenían que hablar y ahora Kate ya no estaba en situación de riesgo. Ambas pidieron un bocadillo y un café. Esa reunión no sería como una de sus cenas en Mindoro's, donde bebían vino, comían pasta y se ponían al día.

Desde el otro extremo de la mesa, Jessie miró a su amiga con satisfacción. A Hannah le brillaba la mirada. Las ojeras habían desaparecido. Llevaba un jersey blanco de cuello alto y un pañuelo de diseño de tonos azules alrededor de los hombros.

—Tienes muy buen aspecto —dijo Jessie—. Supongo que habrás pasado buena noche.

Hannah sonrió y dijo:

—Tú también tienes muy buen aspecto. Ese es otro de los conjuntos que me alegro de que te lo compraras porque te lo sugerí. El *tweed* verde te queda de maravilla con el pelo rojo. Anoche caí rendida a las ocho, y esta mañana me he despertado a las ocho. Ni siquiera he ido al hospital, pero al llamar me han dicho que Kate estaba durmiendo tranquila y que la temperatura era normal. Sé que a estas alturas no puedo pedir más.

Jessie no quiso perder la oportunidad mostrándose algo optimista.

—No, no puedes, pero el hecho de que ya no tenga fiebre es muy buena noticia.

—Sí que lo es. Jess, ¿cómo afecta en la defensa de Kate y Gus el hecho de que hubiera alguien en esa furgoneta la noche de la explosión?

—Está claro que abre nuevas posibilidades. Intuyo que anoche no viste las noticias.

—No, no las vi.

—Encontraron una foto familiar en el vehículo accidentado. Ha salido en todos los medios. Esperan que les sirva para identificar a quien se refugiaba allí.

El camarero había llegado.

—Dos bocadillos de jamón y queso con pan de centeno, lechuga y mostaza. Dos cafés solos —verificó mientras ponía los platos con brusquedad en la mesa, seguidos por las dos tazas.

Jessie miró las salpicaduras de café en su platillo.

—Restaurante de cuatro tenedores —murmuró—. Bueno, no pasa nada. Estos bocadillos siempre están buenos.

—Si averiguan quién era la persona de la furgoneta, ¿qué supondrá eso para Kate y Gus? —quiso saber Hannah.

—No lo sé. Ese vehículo estaba en el fondo del aparcamiento, bastante alejado de

los edificios. Si había algún vagabundo dentro, pudo haber estado durmiendo la mona y no enterarse absolutamente de nada. Pero sí tengo claro que quieren averiguar quién era y qué implica el hecho de que estuviera allí. Y posiblemente eso sea bueno para Kate.

—Será bueno a menos que esa persona viera algo que fuera malo para Kate. — Hannah bebió un sorbo de café y cogió su bocadillo.

—Conociéndote, te comerás la mitad y dejarás la otra en el plato —dijo Jessie muy convencida.

—Tienes razón. ¿Qué quieres que te diga? Es enorme. Seguramente a las cinco de la mañana tú ya estabas haciendo gimnasia. Tú sí tienes que acabarte el tuyo.

—A las seis —confirmó Jessie—. Hannah, tengo la sensación de que te preocupa que Kate esté implicada en la explosión. ¿Me equivoco?

Se quedó mirando a Hannah mientras esperaba la respuesta. O cree que Kate está implicada o lo sabe a ciencia cierta, pensó Jessie con desesperación.

—Está bien. Voy a contarte exactamente lo que ocurrió. El jueves por la tarde, cuando mi padre estaba a solas con Kate, ella le dijo algo. Yo acababa de salir de la UCI, pero le vi la cara. Parecía asustado. Solo puede describirse así: asustado. Cuando le insistí en que me contara qué le había dicho Kate, me sorprendió que ella le había confesado que sentía lo del incendio.

—Que sentía lo del... —empezó a repetir Jessie lentamente.

—Ya puedes imaginar lo que pensé, que Kate provocó el incendio. Pero pasados unos días, mi padre me comentó que estaba tan impresionado con lo del accidente que seguramente no había dicho más que tonterías sobre lo que Kate le confesó. Aseguró que ella había dicho que sentía lo que pasó refiriéndose a lo mucho que le importaba el complejo.

—Eso es muy diferente, por decirlo con delicadeza —soltó Jessie—. ¿Qué versión te convence más?

—No puedo creer que mi hermana haya planeado una explosión.

—Yo tampoco —respondió Jessie con énfasis—, pero debo decirte que he hablado con Doug por teléfono. Está decidido a defender la versión de que Gus engañó a Kate para que se reuniera con él en el complejo. Justifica que ella lo llamara porque siempre había sido muy simpática con Gus y casualmente se puso en contacto con él para charlar un rato. El resto de la hipótesis que Doug plantea es que Gus lo odiaba tanto por haberlo obligado a jubilarse que encontró una forma de castigarlo. Engatusó a Kate para que se reuniera con él a la hora en que sabía que se produciría la explosión. Seguramente le dijo que necesitaba su ayuda. Pero algo salió mal. Gus acabó muerto, y Kate, gravemente herida.

Jessie dio el último bocado a su primera mitad del bocadillo y agarró la otra mitad.

—Un empleado resentido hizo estallar el complejo. La hija herida es una víctima inocente, y el seguro paga. ¿Te quedas con la película?

—Supongamos que Kate se recupera y... Mejor dicho, cuando Kate se recupere y pueda hablar de todo esto, ¿qué pasará si contradice la versión de mi padre? — planteó Hannah en voz baja.

—No sé. —Jessie no quería contar a Hannah que percibía cierta desesperación en la actitud de Douglas Connelly.

Pase lo que pase, él siempre puede conseguir un montón de dinero si vende la propiedad, pensó. Pero quiere ir a por el premio gordo; serán más millones si cobra el seguro. No quisiera ser yo la que se interponga en su camino para impedirselo.

Lottie Schmidt vio en el identificador de llamadas de su teléfono que era Gretchen. Era miércoles a media tarde, lo que significaba que su hija había vuelto a cancelar otro masaje con uno de sus clientes. Lottie pensó que, una vez que Gretchen regresó a Minnesota y estuvo dentro de su hermosa casa, por fin le entró en esa dura cabezota que los jefes de bomberos estaban tan interesados en esa propiedad porque querían saber cómo había logrado adquirirla.

Plegó las manos sobre su regazo. Cuando sonó el teléfono estaba sentada a la mesa de su pequeño salón, mirando álbumes de fotos. Como no quiso contestar, y deseando tener el valor de levantarse y marcharse, se quedó escuchando el desesperado mensaje de Gretchen.

—Mamá, sé que nunca sales a esta hora. ¿Por qué no contestas? Mamá, ¿papá hizo algo raro para conseguir el dinero para comprarme la casa? Si fue así, ¿por qué no me lo dijisteis? Jamás habría enseñado las fotos a esos jefes de bomberos, o polis, o lo que sean. ¿Por qué no me lo comentaste claramente? Mamá, hay muchas cosas que me han salido mal en la vida. Papá y tú fuisteis muy estrictos. Nunca me dejabais divertirme. Siempre me decíais que estudiara más, que mis notas nunca eran lo bastante buenas. Me casé con Jeff para salir de casa y fue una pesadilla. Siempre estaba temiendo que me pegara, como tú con papá. Y...

Los treinta segundos para dejar un mensaje en el contestador pasaron. Gracias a Dios, pensó Lottie, y luego se encogió de hombros. ¿Qué se le va a hacer? Le compraron una casa y eres una santa. Ahora puede perderla por esa boca que tiene y resulta que la culpa es mía. Miró el álbum de fotos. Gus y ella tenían veinte años cuando los casó el pastor, en el jardín trasero de la casa de su madre, en Baden-Baden, Alemania. Ella llevaba una blusa blanca y una falda y Gus, un traje azul de alquiler. Al día siguiente se marcharon de Alemania rumbo a Estados Unidos.

Yo sonreía, se dijo Lottie. Me sentía muy feliz. Gus parecía asustado, aunque también estaba feliz. Sabía lo decidido y estricto que era, pero no me importaba. Y sigue sin importarme. Me quería y me cuidaba bien. Era un hombre muy orgulloso. Cuando vinimos a vivir a Little Neck, y nuestros amigos estaban tan emocionados por la compra de muebles nuevos y presumían de ello, yo le decía: «Gus, no pongas esa cara. Ya sé lo que estás pensando. Que han pagado demasiado por esos trastos que no valen nada. Deja que los disfruten».

Gus había fabricado sus propios muebles. En todos esos años solo habían renovado la tapicería dos veces y, por supuesto, se había encargado él y lo había hecho en el garaje.

Para un artesano como Gus, el mobiliario de los vecinos era una ofensa; se sentía muy dolido. Eso lo explicaba todo.

Alguien llamó a la puerta. Lottie se había perdido en los recuerdos de tal forma que el tiempo había pasado más rápido de lo que pensaba. Ya eran las tres y media, y

Peter Callow, el joven abogado que se había criado en la casa de al lado, fue a hablar con ella.

Ella lo había llamado después de recibir la visita de los jefes de bomberos el lunes.

Lottie sabía que todo aquello iba a ser difícil. Le resultaba bochornoso ponerse en manos de alguien a quien todavía veía como el niño que le rompió la ventana del comedor jugando al béisbol.

Se levantó apoyando con fuerza las manos en la mesa para aliviar el peso sobre las rodillas, se dirigió hacia la puerta y abrió. El abogado, seguro de sí mismo, con abrigo, traje de vestir y corbata, seguía teniendo la misma sonrisa cálida del niño de ocho años que se sintió agradecido cuando ella le dijo que sabía que él no quería romperle la ventana.

Mientras Lottie cogía el abrigo, lo colgaba en el armario del recibidor, y luego se dirigían hacia el salón, aseguró a Peter que desde el fallecimiento de Gus estaba bien y seguiría estándolo. Después de que él hubiera rechazado una taza de café o de té, e incluso un vaso de agua, se sentaron.

—¿Cómo puedo ayudarla, señora Schmidt? —preguntó.

Lottie había decidido que no se andaría con rodeos.

—Hace cinco años, Gus me dijo que había ganado la lotería. Eso fue lo único que me comentó. Utilizó el dinero para comprar la casa de Gretchen en Minnesota y una anualidad para que pudiera pagar los gastos.

Peter Callow no hizo ningún comentario acerca de la generosidad de su gesto. Supo de inmediato que había más que contar.

—Intentan culpar a Gus de la explosión del complejo Connelly. Los jefes de bomberos estuvieron en el velatorio y me visitaron el lunes. Me hicieron preguntas sobre la casa de Gretchen.

—¿Cómo supieron de su existencia?

—Porque mi hija no puede evitar hablar de ella —soltó Lottie con enfado.

—Si el señor Schmidt ganó la lotería y pagó los impuestos que debía, no tendría que haber ningún problema —dijo Peter—. Los jefes de bomberos podrán comprobarlo fácilmente.

—No estoy segura de que Gus ganara la lotería —intervino Lottie.

—Entonces ¿de dónde sacó el dinero para comprar la casa y la anualidad?

—No lo sé. Nunca me lo dijo.

Peter Callow se dio cuenta, por el intenso rubor de las mejillas de la anciana que había sido su vecina, que estaba mintiendo.

—Señora Schmidt —añadió con amabilidad—, si no encuentran datos de que el señor Schmidt haya ganado la lotería y haya pagado los impuestos, volverán a interrogarla. Supongo que irán incluso a Minnesota para hablar con Gretchen.

—Gretchen no tiene ni idea de dónde sacó su padre el dinero.

—¿Y a usted el señor Schmidt jamás le dio una pista?

Lottie apartó la mirada.

—No.

—Señora Schmidt, deseo ayudarla. Sin embargo, ya sabe que los medios llegarán hasta donde puedan, sin importarles que los demanden por difamación, a la hora de especular sobre una conspiración entre el señor Schmidt y Kate Connelly para provocar la explosión. ¿Hace cuánto tiempo que tiene Gretchen la casa?

—Cinco años.

—¿No coincide con el momento en que pidieron al señor Schmidt que se jubilara?

—Así es. —Lottie dudó un instante—. Peter, ¿serás mi abogado? Quiero decir, ¿puedes estar aquí cuando vengan a hablar conmigo?

—Sí, por supuesto, señora Schmidt. —Peter Callow se levantó. Tal como están yendo las cosas, pensó, mi nueva clienta tendrá que acogerse pronto a la quinta enmienda y no decir nada más a nadie.

Frank Ramsey y Nathan Klein se quedaron en el hospital con Peggy y Skip mientras estos hacían las gestiones con la funeraria de Staten Island para que fueran a recoger el cuerpo de Clyde.

Después, cuando ya estaba serena y tranquila, Peggy llamó a su pastor de Santa Rita para contarle que había visto a su esposo justo antes de morir y que quería celebrar una misa funeral el viernes por la mañana.

Les habían ofrecido pasar a un pequeño despacho mientras el médico firmaba el certificado de defunción y Peggy hacía las llamadas pertinentes. Skip se encontraba de pie, detrás de su madre, en actitud protectora. Ella dejó el móvil y de pronto se volvió en la silla giratoria y preguntó:

—¿Qué van a poner como causa de la muerte? —Sin esperar una respuesta dijo —: Porque si van a anotar «alcoholismo», quiero que rompan el certificado de defunción. Clyde ha muerto de neumonía.

Mientras ella hablaba, el médico que había corrido hasta la cama de Clyde cuando saltaron las alarmas de las máquinas que monitorizaban su respiración, llamó a la puerta, que estaba medio abierta, y entró. Resultaba evidente que había oído a Peggy, porque dijo en un tono amable y comprensivo:

—Tiene toda la razón, señora Hotchkiss. Su marido ha fallecido de neumonía, y le aseguro que eso es lo que pone en el certificado.

A Peggy le temblaba la mano cuando la alargó para recibir el documento que el médico le entregaba.

—Ya lo cojo yo, mamá —intervino Skip.

Peggy dejó caer la mano. Luego sin mirar a nadie preguntó:

—¿Saben en qué tontería estaba pensando justo ahora? —Era una pregunta retórica. Skip, el médico y los jefes de bomberos aguardaron—. Un árbol crece en Brooklyn es uno de mis libros favoritos —dijo Peggy en tono nostálgico—. Cuando el personaje de Johnny, que era alcohólico, muere, su mujer le suplica al médico que ponga que la causa de la muerte es neumonía, porque en realidad tenía esa enfermedad. Le dice que tiene unos hijos encantadores y que no quiere que nunca tengan que decir que su padre murió por alcoholismo. Bueno, pues yo tengo un hijo que es un encanto y cuatro nietos maravillosos, y mi marido fue un héroe de guerra y no quiero que nadie lo olvide.

—Mamá, ya has oído lo que ha comentado el doctor. No hay problema. —Skip apoyó las manos en los hombros de su madre.

Peggy se secó las lágrimas que empezaban a caerle por las mejillas.

—Sí, por supuesto, gracias. Muchas gracias.

—Mis condolencias, señora Hotchkiss. —Con un breve gesto de la cabeza, el médico asintió y luego se marchó.

Ayudada por Skip, Peggy se levantó.

—Supongo que no hay nada más que yo pueda hacer aquí. El director de la funeraria me ha dicho que él se encargará de vestir a Clyde. —Miró a Frank Ramsey y a Nathan Klein—. Han sido ustedes muy amables. Si no hubiera llegado a ver a Clyde antes de su muerte, habría sido terrible para mí. No hubiera llegado a tiempo si no es por el coche de policía que me recogió y me trajo a toda prisa al hospital. Necesitaba que se fuera sabiendo que estábamos con él y que lo queríamos. Pero ahora, díganme, ¿quién era esa chica sobre la que le preguntaron?

—Señora Hotchkiss, no podemos darle los detalles, pero le estaremos eternamente agradecidos por rogar a su marido que respondiera a nuestras preguntas —contestó Frank Ramsey.

—Que yo sepa, Clyde jamás mintió, ni siquiera ocultaba la verdad —intervino Peggy con firmeza—. Les dijo que había golpeado a la chica, ella había salido de la furgoneta, y luego se había puesto a pedir socorro a gritos. ¿Qué le ocurrió después?

—Puedo decirle que nunca volvió a casa —comentó Frank Ramsey.

—¿Creyeron a Clyde? —exigió saber Peggy.

Frank quería decir que sí para consolarla, pero, mirando los ojos vidriosos de la viuda de Clyde Hotchkiss, respondió:

—Lo que nos contó abre toda una serie de posibilidades para resolver la muerte de esa joven. Podría ser una información muy valiosa, y le agradecemos que lo convenciera para que la compartiera con nosotros.

* * *

Veinte minutos después, Frank y Nathan estaban almorzando un bocadillo en un local cercano al hospital. Cuando se sentaron y pidieron, Frank lanzó la primera pregunta:

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. Puede que Clyde no se atreviera a decir a su mujer y a su hijo que era un asesino —sugirió Nathan.

—Reconoció haber pegado a la chica, y eso explica el moratón que Jamie tenía en la barbilla. —Al igual que Nathan, Frank estaba pensando en voz alta—. Seguramente estaba muy borracho cuando le pegó. Ella salió de la furgoneta. Recuerdo haber leído que era buena corredora. Creo que estaba en el equipo de corredores de fondo del instituto. Eso quiere decir que era una joven rápida. Estoy seguro de que una vez que ella salió del vehículo él no habría podido darle alcance —señaló Nathan.

Era la clase de instinto analítico para la investigación que ambos llevaban en la sangre.

—O a lo mejor el puñetazo la dejó inconsciente y él tuvo todo el tiempo del mundo para atarla, estrangularla, meterla en el carrito y tirarla al río.

—Suponiendo, claro está, que tuviera un rollo de cuerda en la furgoneta. Eso habría sido muy práctico —comentó Klein con ironía.

—Si ella ya estaba muerta, podría haberla dejado allí y volver con la cuerda —replicó Ramsey.

Llegaron los bocadillos. A diferencia de los que estaban comiendo Jessie Carlson y Hannah Connelly a unas manzanas de allí sin que ellos lo supieran, estos parecían duros como si los hubieran preparado el día anterior. Nathan comentó esta posibilidad a Frank Ramsey.

—O quizá anteayer —supuso Frank mientras le hacía una seña al camarero para que le dijera al cocinero que volviera a intentarlo.

Cuando llegaron los nuevos bocadillos, comieron en silencio, cada uno concentrado en sus propios pensamientos. El silencio se rompió cuando Ramsey dijo:

—Cuanto más lo pienso, más improbable me parece que alguien estuviera fuera de esa furgoneta en un intervalo de tiempo que seguramente fue entre la medianoche y las seis de la mañana. Y si allí había alguien más, ¿por qué atacaría a Jamie Gordon? No tiene sentido. Creo que Clyde Hotchkiss no pudo reconocer delante de su esposa e hijo que había matado a una estudiante porque estaba molestándolo. Dudo que cuando se reúna con su Creador, si no se ha reunido ya, pueda librarse de esa.

—¿Les decimos al jefe y a Cruse que ha llegado el momento de que la familia Gordon sepa que quizá hemos dado con el asesino de Jamie?

—Les diremos lo que hemos averiguado, pero les recomendaré que de momento no comenten nada sobre la libreta ni sobre Clyde Hotchkiss. Mi instinto me dice que todavía no conocemos todos los hechos. Pero lo que sí sé es que debemos descubrir de dónde sacó Gus Schmidt el dinero para comprar la casa a su hija. Ambos estamos seguros de que nunca ganó la lotería, y pronto nos lo confirmarán. Entonces podremos presionar a Lottie Schmidt. Tiene setenta y cinco años y no pesa más de cuarenta kilos, pero no dejes que eso te engañe. Es perro viejo, y apuesto mi rancho a que sabe exactamente cómo y dónde consiguió Gus el dinero. Nuestro trabajo es lograr que hable.

El arresto de Harry Simon, un trabajador de la cocina del Tommy's Bistro, por el asesinato de otra joven actriz había dejado conmocionado a Nick Greco. Estuvo todo el miércoles examinando y volviendo a examinar hasta el último detalle el expediente sobre la desaparición de Tracey Sloane.

Leyó una y otra vez la declaración que Harry Simon realizó hacía casi veintiocho años, e intentó descubrir cualquier cosa que se le hubiera pasado por alto. Recordaba muy bien a Harry. Por entonces tenía poco más de veinte años, era delgado pero fibroso, de tez cetrina y ojos pequeños. Su actitud servil y su entusiasmo por responder a las preguntas habían resultado exasperantes, pero en realidad daba la impresión de estar muy afectado por la desaparición de Tracey.

Molesto, Greco releyó la declaración de Simon: «Salimos a las once. Algunos camareros, camareras y ayudantes iban al Bobbie's Joint a tomar una copa. Tracey dijo que tenía una audición a primera hora de la mañana y que se iba a casa. Yo también eché a andar hacia mi piso. —Nick Greco había anotado que su apartamento estaba en dirección contraria a la que se habría dirigido Tracey—. Luego pensé: “¿Por qué voy a irme a casa?”. Estaba bastante pelado, pero me dije que podía permitirme un par de cervezas. Cada uno pagaba lo suyo. Así que di media vuelta y me reuní con ellos».

Los demás empleados habían confirmado que Harry había llegado a eso de las once y media. Todos coincidían en que ellos habían llegado al Bobbie's a las once y diez. En menos de veinte minutos, Harry se había reunido con ellos.

Nick Greco recordó que se trataba de una coartada muy sólida. A menos que Harry y tal vez un cómplice arrastraran a Tracey hasta sacarla de la calle principal, para llevarla a un callejón o hasta algún vehículo.

Era algo muy poco probable en un intervalo tan breve de tiempo.

Preguntamos a los demás si algo en Harry hacía pensar que estaba nervioso o inquieto cuando llegó al Bobbie's, recordó Greco mientras revisaba los informes con las declaraciones del resto de las personas que habían estado en el bar. Todos habían dicho que parecía estar de muy buen humor.

Pero ahora sabemos que es un presunto asesino, que quizá haya pasado desapercibido para la policía durante casi treinta años. El departamento de homicidios repasará todos los casos sin resolver, sobre todo aquellos en los que las víctimas son mujeres jóvenes, para averiguar quién más pudo haber caído en las garras de Harry, se dijo.

La joven actriz a la que había matado hacía dos semanas iba de camino a casa desde el lugar donde trabajaba de camarera, en el Lower East Side. Era medianoche cuando él se acercó a ella en una calle desierta. La arrastró hasta el patio trasero de un edificio abandonado, donde abusó de ella y la asesinó. Luego llevó el cuerpo hasta su ranchera, que estaba aparcada doblando la esquina, en un oscuro callejón sin salida.

Harry no se percató de la cámara de seguridad del edificio adyacente, que lo había grabado cometiendo el crimen.

Sintiéndose impotente y enojado consigo mismo, convencido de que se le había pasado por alto algo sobre Simon cuando Tracey desapareció, Nick Greco decidió llamar a Mark Sloane para invitarlo a cenar. Sabía que Mark estaría embarcado en una montaña rusa emocional. Harry Simon había trabajado con Tracey. Harry Simon era un presunto asesino. ¿Fue él quien secuestró y asesinó a Tracey y luego consiguió presentarse en el bar veinte minutos después para tomar una cerveza con sus amigos?

Por el tono de voz de Mark, Nick Greco supo que el joven agradecía la oportunidad de volver a hablar con él. Mark dijo que tenía una reunión en su despacho a última hora de la tarde y que le iría perfecto quedar a las siete.

Se encontraron en el Marea, un restaurante de lujo en el sur de Central Park. Cuando lo llamó para invitarlo, Nick sabía que lo último que necesitaba Mark Sloane era cenar en un restaurante que le recordase el Tommy's Bistro.

Ambos hombres estaban sentados a la mesa del rincón, que Nick había reservado. A Nick le resultaba evidente que la detención del trabajador de la cocina había sido un duro golpe para Mark Sloane. Parecía tenso e incluso a la defensiva, como si esperara recibir más noticias malas y tuviera que prepararse para ello.

Ambos pidieron vino tinto, enseguida se pusieron a leer la carta y pidieron la cena. Entonces Mark inició la conversación.

—No he tenido muy buen día en la oficina —reconoció—. No paro de pensar que el tipo al que han detenido también es culpable de la desaparición de Tracey.

—Si fue él, casi seguro que tuvo un cómplice —dijo Greco en tono inexpresivo—. Y sin embargo mi intuición me dice que este tipo actúa solo.

Con empatía y sensibilidad, Greco miró al otro extremo de la mesa, al rostro preocupado del hermano de Tracey Sloane. Podía adivinar lo que estaba pensando. La detención de Harry Simon había sido noticia de última hora en los medios. El hecho de que Simon trabajara en el mismo lugar que Tracey Sloane antes de que ella desapareciera también había ocupado todos los titulares de esa mañana. El caso Sloane volvería a saltar a la palestra aunque la coartada de Simon pareciera tan sólida.

Después de haber pedido, Mark preguntó de pronto:

—Este restaurante ¿antes no era el San Domenico?

—Sí, exacto. —Nick Greco tenía la constante sensación de que Mark temía lo que él pudiera decirle esa noche.

—Ya decía yo que me sonaba la dirección. Estuve en Nueva York hace ocho años. Había un bufete de abogados interesado en mí. La oferta que me hicieron no era lo bastante buena. Vine a cenar aquí una noche. Por aquel entonces era un restaurante muy bueno, y el hecho de que estén todas las mesas ocupadas me hace pensar que todavía sigue siéndolo.

—Sí que lo es —respondió Greco.

El camarero les trajo el vino.

—Las ensaladas llegarán enseguida —les prometió.

—¿Le ha hablado a su madre sobre la detención? —preguntó Greco.

Mark bebió un sorbo de su copa.

—Sí, ya lo he hecho. Sabía que no podía esperar a obtener más información. Temía que la noticia sobre la detención de Simon y su relación con Tracey saliera en la televisión de Illinois. Cuando desapareció en Nueva York, fue una bomba informativa en nuestra localidad. No quiero que mi madre se entere por nadie que no sea yo. Necesita que sea yo quien se lo cuente.

Bebió otro sorbo de vino y añadió con gesto de preocupación:

—Mi madre recordaba que, cuando habló con la gente del Tommy's, les dio las gracias por ayudar a la policía a encontrar a Tracey. Y ese tipo estuvo todo el rato atosigándola y diciéndole lo mucho que todo el mundo quería a mi hermana.

—Mis chicos me han dicho que la patrulla de homicidios interrogó a Simon anoche a fondo, durante horas. Reconoció haber matado a la chica en el Lower East Side, pero jura no haber tenido nada que ver con la desaparición de Tracey.

Greco notó la vibración de su móvil en el bolsillo de la americana. Era la llamada del inspector que había estado revisando el expediente del caso de Tracey Sloane. Respondió ocultando el teléfono con la mano y apoyando el codo en la mesa, con la esperanza de disimular el hecho de que estaba recibiendo una llamada en un restaurante donde se prohibía el uso de móviles.

—Greco —dijo.

—Nick, soy Matt Stevens.

—¿Qué ocurre? ¿Algo nuevo sobre ese tal Simon?

—No, todavía no, pero parece que han encontrado los restos de Tracey Sloane.

Nick se dio cuenta de que Mark lo había oído, porque se había puesto blanco como el papel.

—¿Dónde? —preguntó Greco.

—No te lo vas a creer, pero en un socavón en el aparcamiento del complejo inmobiliario Connelly, donde se produjo la explosión la semana pasada.

Pequeños fragmentos de pensamientos flotaban en la memoria de Kate. Gus. Ella lo había llamado.

Y enseguida supo que lo había molestado. ¿Por qué?

Gus había accedido a reunirse con ella.

¿Por qué parecía asustado por teléfono?

No había ningún motivo...

Kate sintió que volvía a sumirse en una cálida oscuridad. A dormir, pero no a soñar, intentó susurrar. Sus sueños la asustaban...

Sintió que se le movían los párpados... Pero le pesaban tanto... Suspiró y volvió a cerrarlos. ¿Por qué estaba tan asustada? Lo recordó. Era pequeña, iba corriendo con su camisón de flores y había llegado al final del pasillo. Pero alguien la había agarrado antes de que pudiera bajar las escaleras...

Y ella intentaba gritar, pero...

Kate volvió a sumirse en un sueño reparador.

Temblando, estremeciéndose, Jack Worth había conducido hasta su casa a primera hora de la mañana del miércoles. Cuando llegó allí se dio cuenta de lo estúpido que había sido salir corriendo del complejo después de mirar en el interior del socavón.

La reacción normal habría sido llamar al teléfono de emergencias. Pero, claro, cuando la policía hubiera llegado, le habrían preguntado qué estaba haciendo allí. Su respuesta habría sido: «He venido a comprobar cómo iba la retirada de escombros. Tengo todo el derecho de estar aquí. He trabajado en este complejo durante treinta años y he sido jefe de fábrica durante los últimos cinco años, hasta el incendio de la semana pasada».

Tenía que tranquilizarse y pensar qué le diría a la policía en caso de que alguien hubiera visto su coche esa mañana.

Tracey Sloane. Jack Worth había sido una de las personas a las que habían interrogado cuando ella desapareció. Él tenía veintitantos años y trabajaba de ayudante de contable en el complejo Connelly. Solía ir al Bobbie's Joint por la noche. Fue en esa época cuando empezó a frecuentar a los futuros actores y actrices que trabajaban de camareros en los bares y restaurantes de la zona. Bobbie's era un punto de encuentro para los chicos de su edad que querían ligar con chicas guapas.

Tracey Sloane fue la afortunada. Me rechazó, pensó Jack ensayando con meticulosidad lo que diría a la policía. Un día, mientras pasaba por una de las pequeñas joyerías que había antes en el Village, vio a un tipo grabando nombres en unos medallones azules de zafiro falso. En la ventana, colgando de unas cadenas, había un montón con los nombres ya grabados. En uno de ellos ponía TRACEY. Costaba ocho pavos. Un par de noches después, vi a Tracey en el Bobbie's Joint e intenté regalárselo. «Nada de ataduras —le dije—. Cuando lo vi, no pude resistirme. El medallón es del mismo color que tus ojos».

Intenté dárselo delante de sus colegas del Tommy's, recordó Jack. Uno de los tíos del bar dijo: «No te servirá de nada». Y todos nos reímos.

Y ella acabó comprándomelo.

Eso ocurrió unos seis meses antes de que desapareciera, pensó Jack.

En su día le explicó a la policía que se había sentido algo disgustado porque cuando se habían encontrado por casualidad en el Bobbie's ella nunca llevaba el medallón.

A las tres de la tarde del miércoles, después de dos cervezas y un bocadillo, Jack Worth seguía ensayando su versión de la historia, intentando que fuera la misma que había contado hacía casi veintiocho años.

La noche que Tracey desapareció, trabajé en la fábrica hasta las seis y cuarto. Fui directamente a casa. Es lo que les dije a los inspectores cuando me interrogaron. Vivía en Long Island City, a un kilómetro y medio de la fábrica. No me encontraba muy bien y me acosté pronto. Todavía no estaba casado.

¿Cómo explicaría que Tracey Sloane acabara enterrada en el aparcamiento? En esa época estaban asfaltando, pensó Jack. Diré a la policía que comenté lo del asfalto a los chicos del Bobbie's un par de noches antes de que Tracey desapareciera. Los chicos habían bromeado con la posibilidad de hacer una excursión por el museo de muebles de lujo. Les dije que tendrían que esperar. Había nevado mucho en los dos últimos inviernos, el suelo del aparcamiento estaba cuarteado y estaban asfaltándolo.

Sé que se lo conté a algunos de ellos. Lo sé. Que la poli los interrogue otra vez.

Fue la mejor historia que se le ocurrió, y era lo bastante parecida a la verdad como para sonar convincente. Una oleada de rabia le recorrió cuando recordó haberle ofrecido a Tracey el collar hacía tantos años. Ella le comentó: «El azul es mi color favorito, y el zafiro, mi piedra preferida. Verás, me encanta, Jack, pero quiero pagártelo. Incluso yo puedo permitirme pagar esos ocho dólares».

Cuando no la dejé hacerlo, ella se lo quitó y me lo devolvió. Yo le dije: «Está bien, has dicho que te gusta, dejaré que me lo pagues. Y si no crees que ha costado solo ocho dólares, ve a la calle MacDougal y verás otros como este en la vitrina».

Sintiendo un profundo resentimiento incluso después de todos esos años, Jack recordó al listillo que los había oído hablar y había visto cómo Tracey le daba el dinero. Había tenido el atrevimiento de decirle más tarde, esa misma noche: «Jack, asúmelo. Tracey tiene clase. Tú no eres su tipo».

¿Cuándo miraría alguien del equipo de limpieza en el socavón y haría saltar la alarma? Jack Worth esperaba con angustia.

Tenía la televisión encendida y pasaba de un canal de noticias a otro. Todos daban la noticia de la identificación del vagabundo que había ocupado la furgoneta del complejo Connelly. Se trataba de Clyde Hotchkiss, un veterano condecorado de la guerra de Vietnam que había regresado a casa muy afectado emocionalmente y que, después de una difícil época intentando recuperarse, había abandonado a su mujer y a su bebé, hacía más de cuarenta años. Aunque sonara increíble, Hotchkiss se había reunido con su preocupada esposa e hijo solo unos minutos antes de morir en el Hospital Bellevue, de Manhattan, esa misma mañana.

Los medios habían abordado a Peggy y a Skip cuando bajaban del coche frente a la casa de Peggy, en Staten Island. Ninguno de ellos había hecho ningún comentario mientras entraban en la vivienda a toda prisa para escapar de las cámaras y los micrófonos.

Cuando dieron las noticias locales de las cinco y media, los medios ya tenían más detalles. Tras regresar de Vietnam, Clyde Hotchkiss había trabajado de encargado en una importante constructora. Entrevistaban a un electricista que había trabajado con él.

—No había nada que Clyde no supiera hacer. Fontanería, calefacción, de todo.

El periodista le preguntó:

—¿Cree que podría haber provocado esa explosión?

—Si estaba en sus cabales, no. Siempre fue un buen hombre. Pero si me está

preguntando si tenía los conocimientos para hacer algo así, entonces le respondo que sí. Cuando se construye una casa y hay que instalar conductos de gas, como hacía él todo el tiempo, hay que saber lo que se hace.

Doug se sentirá bien oyendo esta clase de declaraciones, pensó Jack. Y ese tipo, Hotchkiss, ha vivido en la calle durante cuarenta años. A lo mejor resulta que estaba por el complejo hace veintiocho años. A lo mejor pueden culparlo del asesinato de Tracey.

Jack se dio cuenta de que no había llamado a Doug para advertirle de que en cualquier momento saltaría la alarma sobre los restos de Tracey Sloane encontrados en la propiedad.

Al final, reunió el valor necesario para hacer la llamada. Pero fue un verdadero alivio que Doug no contestara. Sabía que el hallazgo lo pondría hecho una furia. Pensó con preocupación que Doug no querría que nadie le recordase que su hermano Connor, que había muerto en el accidente de barco, también había sido uno de los chicos que conocieron a Tracey Sloane.

Justin Kramer no dudó en reconocer para sí mismo que le atraía muchísimo Hannah Connelly.

Desde el preciso instante en que abrió la puerta del piso de su hermana Kate y se quedó en el umbral, algo había cambiado en él.

Llevaba un chándal que resaltaba su esbelto cuerpo y su fina cintura. Sus ojos eran de un azul más intenso que los de su hermana y tenían unas largas pestañas que enmarcaban su mirada. Justin no sabía qué clase de persona esperaba encontrar. Quizá una chica parecida a Kate, que era alta y rubia, pensó.

Sin embargo, incluso en aquel breve encuentro con Douglas Connelly, Justin se había dado cuenta de que Hannah se parecía a su padre, un hombre muy atractivo.

El tío se zafó de mí rápidamente, pensó, y está claro que estaba molesto por algo. Luego, cuando llamé a Hannah, ella no pareció muy contenta al saber que su padre había estado en el piso de su hermana.

Me pregunto por qué.

* * *

El miércoles por la noche, cuando Justin llegó a casa del trabajo, decidió satisfacer su curiosidad sobre la familia Connelly.

Como experto en la búsqueda y localización de información, empezó a rastrear en su ordenador el material más reciente, que consistía sobre todo en los artículos sobre el incendio.

Ya era una noticia pasada que Kate y un antiguo trabajador claramente resentido fueran sospechosos de provocar la explosión. Desde el principio, Justin no había creído que Kate estuviera implicada en ninguna acción delictiva, y seguía sin creerlo. Le bastaba con haberla visto una vez, cuando cerraron el trato de compraventa del piso, para estar convencido de ello.

Los artículos de prensa mencionaban la tragedia acontecida hacía veintiocho años, cuando la madre de Kate y Hannah, su tío y otras cuatro personas se habían ahogado durante un naufragio. Su padre había sido el único superviviente.

Justin siguió buscando hasta que encontró las fotos del funeral de Susan Connelly y su cuñado, Connor. Aunque hubieran pasado tantos años, le conmovió el ver la foto de Kate con tres años de edad agarrada de la mano de su padre, yendo de aquí para allá en la iglesia de San Ignacio de Loyola y luego en el panteón familiar en el cementerio de Gate of Heaven, en Westchester County.

Bajo el apellido Connelly, grabado sobre la enorme y ornada lápida, distinguió los nombres de las personas ya enterradas en el lugar: DENNIS FRANCIS CONNELLY y BRIDGET O'CONNOR CONNELLY. Seguramente eran los abuelos, pensó.

Echó un último vistazo a la foto de Kate y su padre colocando una rosa de tallo largo sobre cada uno de los ataúdes, y después buscó información sobre Dennis Francis Connelly. Lo que descubrió sobre el fundador del complejo Connelly le resultó sorprendente y desconcertante a partes iguales.

—Ese tío sí que era raro —dijo en voz alta—. No habría querido tenerlo como padre.

Sacudiendo la cabeza, Justin apagó el ordenador. Eran las siete en punto. ¿Estaría Hannah en el hospital con su hermana? ¿O habría salido a cenar con alguien?

Sintió una punzada de celos al pensar en esa posibilidad. Espero que no, se dijo. No pasará nada si la llamo. Fue a coger el móvil. Hannah respondió a la primera.

—Estoy bajándome de un taxi en la puerta de mi edificio —puntualizó—. Kate ha pasado un buen día, aunque parecía inquieta. El médico dice que eso es buena señal. Puede que esté intentando despertar.

—Eso es genial —respondió Justin. Dudó un instante y luego preguntó—: ¿Ya has cenado?

—No, pero, para serte sincera, no me apetece nada sentarme en un restaurante.

—¿Te gusta la comida china?

—Sí.

—Shun Lee West está a un par de manzanas. Es el mejor restaurante chino de la ciudad. Deja que vaya a por la comida que más te guste y la llevo a tu casa. Pondré la mesa, calentaré la comida, la serviré y lavaré los platos. Tú no tienes que hacer nada.

Justin contuvo la respiración.

Hannah empezó a reír.

—Es la mejor oferta que me han hecho en toda la noche. Me gusta la sopa *wantan* y el pollo con sésamo. ¿Tienes mi dirección?

Después de darse cuenta de que seguramente Hannah se había llevado las joyas de Kate, Douglas Connelly durmió muy mal el martes por la noche y se despertó con dolor de cabeza. Sandra se había colado en su piso a primera hora, y su presencia le resultaba molesta, aunque conveniente. Hablaba demasiado. No dejaba de sacudir su melena rubia platino, que movía de delante hacia atrás por encima de los hombros. Luego inclinaba la cabeza hacia delante para que el pelo le tapara la cara. Después alzaba el rostro y el cabello se dividía en dos, como el mar Rojo, y miraba a Doug parpadeando con gesto seductor.

Deben de tener una academia de seducción en Dakota del Norte, o de donde narices sea, pensó Doug, y esta era una de las lecciones para coquetear con discreción. Con la discreción de un tractor arando en Central Park.

Pero, por extraño que pareciera, Sandra sabía cocinar. Había dicho que él necesitaba un desayuno potente y que ella lo prepararía. Otras mañanas, cuando se quedaba a pasar la noche, solían llamar al servicio de habitaciones, gestionado por el restaurante del edificio. Los huevos escalfados llegaban prácticamente fríos, la tostada estaba quemada y, aunque cobraban carísimo, nunca conseguían servir el café caliente.

El miércoles por la mañana, con Miss Universo en la cocina, el zumo de naranja estaba fresco; los huevos, perfectamente escalfados; las tiras de beicon, crujientes y al punto, y la tostada tenía un uniforme tono dorado. Además, Sandra había cortado un pomelo y naranjas y peras que había encontrado en la nevera y lo había dispuesto todo en una bandeja para que Doug picara algo de fruta.

El servicio diario del edificio se encargaba de la limpieza del piso. Entraban a la una en punto, de ese modo, si Doug se levantaba tarde o tenía alguna visita, no lo molestaban con el ruido de la aspiradora taladrándole los oídos. Bernard, el chófer, se ocupaba de cargar la nevera con lo necesario y reponía las botellas del mueble bar. Si Doug ofrecía un cóctel o daba una fiesta, con una llamada a Glorious Foods, la empresa de catering de lujo, estaba todo arreglado.

Pero después de desayunar, casi por obra de un milagro, Sandra recogió la cocina y Doug deseó que se largara. Necesitaba pensar. Pero fue ella quien preguntó:

—Doug, ¿ayer fuiste a ver a Kate?

—No, me dijeron que estaba descansando después de que le bajara la fiebre.

—Creo que deberías ir esta mañana, y yo iré contigo. No olvides que la conocí y me gustaría rezar una oración por ella.

Mientras se alejaba de la mesa del desayuno, Doug había pensado que eso haría estallar la Tercera Guerra Mundial con Hannah.

Sin embargo, una hora después, Sandra y él estaban hablando con el doctor Patel.

—Kate está inquieta —informó el médico—. Lo tomo como una muy buena señal. Quiero pensar que está luchando por volver, que ya no quiere estar sedada. El

cerebro está desinflamándose. Debo advertirles de que, hasta que no retiremos la sedación por completo, no sabremos qué grado de lesión cerebral ha sufrido. Tampoco sería raro que no tuviera ningún recuerdo de lo que ocurrió inmediatamente antes del accidente.

—¿Podemos verla ahora, doctor? —preguntó Sandra.

Doug se molestó al darse cuenta de que Sandra se daba ciertos aires, como si fuera la portavoz de la familia Connelly. Le puso una mano en el brazo para retenerla.

—Yo estoy impaciente por ver a mi hija —dijo haciendo énfasis en la primera persona.

—¿No irás a negarme el derecho a rezarle una oración?

A Doug no le hacía gracia que el doctor Patel fuera testigo de aquel intercambio. No le gustó el hecho de que, cuando Sandra se quitó el abrigo, no llevara más que un jersey corto, más apropiado para un club nocturno del barrio de Meatpacking District. Había estado demasiado absorto en sus pensamientos como para darse cuenta antes.

Aunque, por suerte, el doctor Patel le había dicho que Hannah ya había pasado por allí esa mañana. Casi seguro que no volvería en los próximos diez minutos. Él no iba a contarle que Sandra había entrado a visitar a Kate.

—Vamos —dijo a Sandra con brusquedad.

Kate estaba moviéndose, pero tenía los ojos cerrados. Doug la cogió de la mano.

—Pequeña, soy papá. Te quiero mucho. Tienes que ponerte bien por mí y por Hannah. Puedes hacerlo. Te necesitamos.

Le cayeron lágrimas de los ojos.

Al otro lado de la cama, Sandra pasaba una mano con suavidad sobre el vendaje de la frente de Kate.

—Kate, soy Sandra. Estuvimos cenando juntas la noche del accidente. Me pareciste muy guapa y muy lista, y lo eres. Y volverás a serlo. Y quiero ser tu mejor amiga. Si te metes en líos, allí estaré para ayudarte.

—Ya está bien, Sandra —la interrumpió Doug susurrando con enojo.

—Vale, voy a rezar una oración. —Sandra cerró los ojos y miró hacia arriba—. Hermosa Kate, que Dios te bendiga y que te cures. Amén.

Kate, que no se podía comunicar con ellos, lo había oído todo. Cuando volvió a dormirse, le vino una idea muy clara a la cabeza: una tía mona y tonta.

* * *

Doug había albergado la esperanza de que Sandra quisiera consultar su correo electrónico o fuera a cenar con sus amigas esa noche, pero volvió a subir al Bentley y dijo a Bernard:

—Vamos a casa, Bernard. Pero haré una reserva para esta noche en el SoHo North, así que tendrás que recogernos a las ocho y media. Nuestro muchacho tiene que salir. Está aguantando mucho, y no es justo.

Doug había estado a punto de comentar a Sandra que estaba empezándole un fuerte dolor de cabeza y que necesitaba tumbarse en una habitación a oscuras y en silencio. Quería decir a Bernard que la llevara a su casa enseguida. Pero, una vez más, la idea de estar completamente solo toda la noche no le atraía. Le apetecía más cenar con una buena copa de vino en el mismo comedor que los famosos que frecuentaban el SoHo North.

—Me parece un buen plan —dijo intentando parecer animado.

* * *

A las seis y veinte sonó el teléfono. Sandra acababa de preparar un *whisky* para Doug y un *martini* con licor de manzana para ella. Corrió al teléfono y miró el identificador de llamadas.

—Es Jack Worth —dijo.

—Déjalo sonar. No me apetece hablar con él.

Pasados diez minutos, el teléfono volvió a sonar.

—No sale el número —informó Sandra tras cruzar la biblioteca corriendo con la copa de *martini* en la mano para mirar el teléfono fijo del escritorio.

—Déjalo. No, espera, lo cogeré. —Doug recordó de pronto que alguien más podría llamarlo.

—Residencia de los Connelly —respondió Sandra en un tono que era su idea de la sirvienta ideal o la perfecta secretaria contestando el teléfono.

—Pásame a Doug Connelly —le dijo una voz grave y enojada.

—¿Quién lo llama, por favor?

—He dicho que me lo pases.

Sandra tapó el auricular con la mano.

—Creo que es una especie de chalado. No quiere decirme quién es y está furioso por algo.

Sin saber qué esperar, pero repentinamente nervioso, Doug se levantó y cruzó a toda prisa la sala.

—Aquí Douglas Connelly —dijo al coger el aparato.

—¿Sabías con quién estabas jugando cuando me diste el cambiao?

Doug reconoció la voz, pero se sintió abrumado por la pregunta.

—Creías que te saldrías con la tuya con un truco tan tonto como ese, ¿a que sí, estúpido idiota? Pues no. Quiero cuatro millones de dólares depositados en mi cuenta corriente el viernes por la mañana o no llegarás vivo hasta el sábado. Son los tres millones y medio que me debes más el interés por daños y perjuicios.

—¡No tengo ni idea de qué estás hablando!

—Entonces piensa en nuestra última transacción y a lo mejor lo pillas. Pero ¿sabes qué? Quizá necesites algo más de tiempo para reunir todo ese dinero. Así que tienes hasta el lunes. Pero si tengo que esperar tanto, que sean cuatro millones

doscientos mil. Los doscientos más son por hacerme quedar como un idiota.

Doug oyó el clic del teléfono. Con el puño apretado, puso el aparato en su base.

—Dougie... Dougie, ¿qué pasa? Parece que vayas a desmayarte. ¿Quién era? ¿Qué te ha dicho? —Sandra estaba junto a él, agarrándole la mano en la que tenía la copa; el *whisky* se le derramaba por la manga.

—Oh, Dios mío... —gimió Doug—. Oh, Dios mío... ¿Qué voy a hacer?

A las cinco de la tarde del miércoles, Frank Ramsey y Nathan Klein llamaron al timbre de la casa de Lottie Schmidt. Ahora que ya tenían la confirmación de que Gus no había ganado ningún premio de la lotería en Estados Unidos, acordaron que esta vez serían más duros en el interrogatorio, Frank interpretaría el papel del tipo comprensivo y Nathan expresaría incredulidad ante la afirmación de Lottie sobre el premio.

Lottie abrió la puerta con la segunda llamada del timbre. Aunque le sorprendió verlos, no lo expresó. Además, algo había cambiado en su actitud. Ambos se dieron cuenta enseguida. Parecía menos asustada y más segura de sí misma.

—Habría agradecido que llamaran por teléfono antes de venir —dijo mientras se apartaba para dejarlos entrar—. Y podrían haberse ahorrado un viaje en balde. Dentro de unos minutos me marchó a casa de mi vecina. Ha tenido la amabilidad de invitarme a cenar temprano.

—Entonces me alegro mucho de haberla encontrado en casa, señora Schmidt —dijo Frank con amabilidad—. Nos quedaremos solo unos minutos. —Empezó a dirigirse desde el recibidor hacia el salón.

Lottie lo detuvo.

—Creo que iremos más al grano si nos sentamos a la mesa del comedor. Tengo unos álbumes de fotos que me parece que podrían interesarles.

No les contó que, cuando su vecino Peter Callow se había marchado el otro día, ella se había quedado sentada a la mesa, pensando largo y tendido. Tenía claro que, aunque Peter accediese a defenderla, no se creía que ella no supiera de dónde había sacado Gus el dinero para comprar la casa de Gretchen. Si él no me cree, nadie lo hará, pensó. Bueno, pues encontraré una historia que parezca creíble.

Con esa idea en mente había bajado la escalerilla plegable que llevaba al desván, había subido y había recuperado un antiguo y polvoriento álbum de fotos y varias fotos enmarcadas de personas con gesto serio y vestimenta formal o uniforme militar. Todo estaba guardado en una caja que nadie había tocado desde el día en que se habían mudado a esa casa.

Limpios ya de polvo, el álbum y las imágenes estaban sobre la mesa del comedor. Lottie invitó a los inspectores a sentarse allí. A diferencia de la visita anterior, en esta ocasión no les ofreció ni agua ni café.

—Ya han oído que describen a mi marido como un experto artesano obligado a jubilarse por Douglas Connelly y su subalterno Jack Worth —dijo en tono sereno—. Gus era eso. Era todo eso. Pero también era miembro de una de las mejores familias de Alemania.

Volvió el álbum para que pudieran verlo con detalle.

—En la Primera Guerra Mundial, su abuelo fue edecán del káiser. Era el mariscal de campo Augustus Wilhelm Von Mueller. Esta es su fotografía con el *káiser*.

Atónitos, los dos inspectores se quedaron mirando la imagen.

—Y esta es una foto de la casa de su abuelo. El padre de Gus era el segundo hijo de la familia. El padre y la madre de Gus fallecieron en un accidente cuando él era un bebé. Gus era su único hijo. El carruaje tirado por caballos en el que viajaban volcó una noche de lluvia. Tras la muerte de sus padres, fue llevado a este lugar y se crio con sus primas.

Lottie señaló la foto y prosiguió:

—Era un castillo a orillas del Rin y estaba lleno de muebles y cuadros que eran antigüedades de un valor incalculable. Mi marido nunca supo apreciar los muebles bonitos ni el arte en un museo abierto al público. Vivió los primeros ocho años de su vida en lo que era en esencia un museo, y jamás lo olvidó.

Lottie volvió la página.

—Aquí está Gus con sus primas a los seis años. Verán que eran todo niñas. Gus era el único nieto varón, y heredaría el castillo y cuanto había en él. —Con voz cada vez más emocionada, añadió—: El abuelo de Gus despreciaba a Hitler. La familia no era judía, pero, como muchos otros de su rango, desaparecieron y murieron cuando Hitler subió al poder. Sus hogares y propiedades fueron confiscados. Gus estaba en el hospital por una peritonitis cuando detuvieron y se llevaron a su familia.

»La Gestapo fue al hospital. La enfermera escondió a Gus, les enseñó el cuerpo de un chico de su misma edad que acababa de morir y les dijo que era el niño de los Von Mueller. Aceptaron su versión y se marcharon. La enfermera, que se apellidaba Schmidt, se llevó a casa a Gus esa noche. Y así es como mi marido sobrevivió.

—¿Creció como hijo de la enfermera? —preguntó Ramsey.

—Sí. Ella se trasladó a otra ciudad y lo matriculó en el colegio. Le dijo que no hablara nunca de su otra familia porque, si lo hacía, se lo llevarían también a él. A Gus le aterrorizaba la crueldad de lo sucedido en la Noche de los Cristales Rotos y el hecho de que sus amigos judíos tuvieran que llevar la banda en el brazo con la estrella de David. Eso fue, claro está, antes de que estos también desaparecieran.

—Entonces ¿él fue el único superviviente de su familia?

—Desde luego. Todos murieron en los campos de concentración. El castillo de su abuelo fue ocupado por los nazis y bombardeado durante la guerra. Así que nadie sabía con certeza si quedaba algo que perteneciera a la familia. Gus nunca quería hablar del pasado, ni siquiera conmigo. El pueblo alemán sufrió muchísimo. Gus dejó el colegio a los dieciséis años, después de que la mujer que lo había adoptado enfermara y muriera. Estaba completamente solo y encontró un trabajo en una tienda de restauración de muebles. Ambos teníamos veinte años cuando nos casamos. Él llevaba un traje de alquiler.

Sonrió al recordarlo, luego dijo:

—Verán, ese es el motivo por el que la gente encontraba a Gus tan inflexible, incluso autoritario. Lo llevaba en la sangre. Era descendiente de una familia noble.

—Señora Schmidt, esto es absolutamente fascinante —dijo Frank Ramsey—,

pero ¿qué relación tiene con el hecho de que Gus pudiera comprar una casa hace cinco años y una anualidad que permitiese a su hija Gretchen mantener la vivienda?

—Como ya saben, existen organizaciones que localizan las propiedades usurpadas por los nazis. Hace años me enteré de que Gus se había puesto en contacto con ellas. No sé más. Él odiaba referirse a la vida que había tenido antes de la desaparición de su familia. El dolor que sentía era demasiado profundo. Tenía el corazón roto. Lo que sí me dijo hace cinco años es que al final lo había llamado una de esas organizaciones y habían llegado a un acuerdo con el entonces propietario de uno de los cuadros que había en el castillo. El nuevo dueño pagaría un precio justo por él, siempre que su identidad permaneciese en el anonimato. Gus aceptó la oferta. Nunca me contó nada más, pero de ahí provino el dinero para comprar la casa a Gretchen. Recibió el pago por el cuadro, que era suyo por derecho, y esa es la razón, caballeros, por la que les pido que se marchen de mi casa y dejen de convertir a Augustus Wilhelm Von Mueller II en un ladrón.

»Sé que, aunque esté muerto, ustedes están convencidos de que él provocó el incendio —dijo Lottie con amargura mientras echaba su silla hacia atrás—. ¿No les basta con eso?

En silencio, la siguieron hasta la puerta. Una vez hubieron salido, ella cerró y oyeron el contundente clic de la cerradura.

Se quedaron mirándose el uno al otro en la oscuridad y de pronto sonó el móvil de Frank. Era el inspector jefe de la comisaría próxima al complejo.

—Frank, acabamos de recibir una llamada de la fábrica Connelly. Hay un socavón en el aparcamiento y han descubierto un esqueleto en su interior. Está claro que lleva allí mucho tiempo. Parece una mujer. Lleva un colgante al cuello con el nombre de «Tracey». Creen que se trata de Tracey Sloane, una joven actriz que desapareció hace aproximadamente veintiocho años.

—Vamos para allá ahora mismo —dijo Frank.

Colgó el teléfono, miró a Nathan y le contó en voz baja el increíble hallazgo en el complejo. Ambos subieron corriendo al coche. Mientras Frank lo ponía en marcha, Nathan preguntó:

—Frank, Hotchkiss llevaba desaparecido casi cuarenta años. ¿Crees que estaba deambulando por el complejo Connelly cuando Tracey Sloane desapareció?

—No lo sé —respondió Frank—. Pero, si es así, va a ser realmente difícil probarlo.

Justin y Hannah estaban sentados a la mesa del pequeño salón. Acababan de terminar la excelente selección de comida china que Justin había llevado y estaban a punto de leer sus galletas de la fortuna. Justin desenrolló el diminuto papel de su galleta y lo leyó en voz alta:

—«El año de la serpiente te traerá mucha felicidad».

Consultó internet en su teléfono y vio que el año de la serpiente empezaría en menos de dos meses.

La fortuna de Hannah no estaba tan clara.

—«La sabiduría llega a aquellos cuya mente está abierta a la verdad». Pues es como si no me hubieran dicho nada —añadió riendo—. Ojalá hubiera escogido la tuya.

—Hay más galletas. ¿Quieres volver a intentarlo? O mejor comparto la mía contigo.

Se sonrieron. Ambos tenían la agradable sensación de que algo estaba ocurriendo entre ellos, y a los dos les gustaba. Durante la cena, Justin le había hablado de su vida.

—Mi madre era del Bronx. Mi padre, de Brooklyn. Se conocieron en la Universidad de Columbia. Después de casarse se trasladaron a la Universidad de Princeton. Mi madre da clases de literatura inglesa y mi padre es catedrático en el departamento de filosofía. Tengo una hermana pequeña. Es médico residente en el Hospital Hackensack.

Mientras hablaba, Hannah percibió su alegría en la mirada y se dio cuenta de que Justin había disfrutado de una infancia normal y feliz. Con melancolía, repasó sus primeros años de vida. Papá siempre estaba fuera. Rosemary Masse le insistía en que volviera a casarse, que sus pequeñas necesitaban una madre. Hannah se acordó de cuando fingía que su madre estaba viva y le hablaba; le decía que era maravilloso que hubiera sacado un excelente en su examen de deletreo.

Hacía eso porque su mejor amiga de primer curso, Nancy, le contó que su madre estaba muy orgullosa de ella porque había sacado un excelente. Y entonces Hannah y Nancy fueron un día a tomar un helado. Yo le dije que mi madre también me había llevado a comer un helado, recordó Hannah. Y Nancy repuso: «Pero tú no tienes mamá. Tu mamá está muerta».

Estuve días sin hablar a Nancy, y Kate no paraba de preguntarme qué pasaba. En esa época ella tenía nueve años. Al final se lo conté. Me dijo que no me enfadara con Nancy, que debía decirle que mi mamá estaba en el cielo pero que yo tenía una hermana mayor y ella no, así que era afortunada. Luego fui con Kate y Rosie a comerme un helado porque había sacado un excelente.

Hannah se dio cuenta de que no solo había pensado en todo eso, sino que se lo había contado a Justin. Rio con ganas.

—Oye, se te da muy bien escuchar.

—Eso espero. Por otra parte, mi hermana dice que hablo demasiado.

El teléfono de la cocina empezó a sonar. Justin percibió el pánico en la mirada de Hannah cuando se levantó de un salto para responder.

—Hannah, tranquila —dijo, pero la siguió a la cocina esperando con toda su alma que no fueran malas noticias sobre el estado de Kate.

Quien llamaba era el padre de Hannah. Hablaba tan alto y tan alterado que Justin podía oírlo.

—Acabo de recibir una llamada de los jefes de bomberos. El agua de las mangueras ha abierto un socavón en el aparcamiento de atrás. Dentro han encontrado el esqueleto de una joven. Creen que la han identificado, pero no han querido darme ningún nombre.

—¡Un esqueleto! —Exclamó Hannah—. ¿Saben desde cuándo está ahí?

—No me lo han dicho. Hannah, esto es muy raro. No sé qué pensar.

—Papá, ¿estás solo?

No respondió de inmediato, pero luego dijo:

—No, Sandra está conmigo. Estábamos a punto de salir cuando ha sonado el teléfono.

—¿La policía quiere hablar contigo?

—Sí, vienen para acá. Creo que son unos inspectores de Nueva York, no los jefes de bomberos.

—Entonces, evidentemente, tendrás que esperarlos. Pide la cena al restaurante de tu edificio. Puede que se queden un buen rato.

—Claro. Debería hacer eso. Hannah, no sé qué pensar. Entre lo que les pasó a Kate y a Gus, la explosión, ese vagabundo que vivía en la furgoneta, y que la aseguradora se niega a hablar conmigo del pago del seguro... —Douglas Connelly empezó a sollozar.

—Papá, tranquilo. Tú no tienes la culpa de nada.

—Ya lo sé, pero eso no significa... —Al otro lado del teléfono, Douglas Connelly se dio cuenta de que estaba balbuceando. Había estado a punto de decir que tenía que conseguir cuatro millones de dólares en los siguientes cinco días. Había contado con el dinero del seguro de las antigüedades del museo y el valor de los edificios, pero ahora se veía obligado a hablar con el agente inmobiliario sobre la venta de la propiedad. Había gente interesada en comprarla. Puede que lograra un trato rápido con ellos y conseguir un depósito de cuatro millones, aunque tuviera que vender a precio de saldo.

Si culpaban solo a Gus del incendio, la compañía de seguros tendría que pagar en algún momento. Pero yo necesito el dinero ahora, se dijo.

—Papá, ¿estás bien? ¿Estás bien? —Hannah se dio cuenta de que estaba alzando la voz.

—Sí, sí. Es que estoy muy impresionado.

—Llámame cuando hayas terminado de hablar con la policía. No importa la hora que sea.

—Está bien. Adiós.

Justin y Hannah se miraron mientras ella colgaba el teléfono. Volvieron a la mesa en silencio y se sentaron. Luego Hannah sirvió té.

—¿Te imaginas los titulares de mañana? —preguntó ella.

—Sí —respondió Justin—. Tu padre ha usado la palabra «esqueleto». Eso significa que el cuerpo lleva mucho tiempo ahí, puede que estuviera desde antes de que tu abuelo comprara la propiedad hace sesenta años.

Ante la cara de sorpresa de Hannah, él se explicó con cierta vergüenza:

—He buscado en internet todo lo relativo al tema. ¿Nunca lo has hecho?

—No, jamás. Bueno, es que mi padre nos contó que nuestro abuelo hizo fortuna en Wall Street, vendió la compañía inversora que había creado y compró la propiedad. Antes ya coleccionaba antigüedades. Construyó la fábrica y el museo, y compró muchas más antigüedades. Mi padre entonces estaba empezando la universidad. Y ahora tiene cincuenta y ocho años. Creo que no le gusta la idea de tener hijas de nuestra edad. Quiere que lo llamemos Doug en lugar de papá. Pero siempre hemos añorado tener una madre, así que convertirlo a él en un amigo no nos ha hecho bien a ninguna de las dos.

Justin se levantó.

—No te culpo. Oye, sé que te prometí que no me quedaría hasta tarde, pero, después de la llamada de tu padre, ¿quieres que me quede hasta que vuelvas a hablar con él?

Hannah no lo dudó. Sonrió con timidez y dijo:

—Me gustaría mucho.

—Bien. Y también te prometí que recogería la cocina. Así que tómate el té que yo me encargo del resto.

Hannah intentó sonreír de nuevo.

—No pienso impedírtelo.

Mientras daba sorbos al té, se le ocurrió que, si a su padre le habían dicho lo del esqueleto, era muy probable que Jack Worth también lo supiera. Después de la explosión, ella había incluido su número en la lista de contactos de su móvil. Desde que Kate estaba en el hospital, siempre tenía el teléfono al alcance de la mano. Se había puesto una sudadera y unos pantalones cómodos al llegar a casa. Sacó el móvil del bolsillo, buscó el número de Jack y lo llamó.

Si su padre parecía asustado, Jack Worth parecía que estuviera frente a un pelotón de fusilamiento.

—Hannah, ya me he enterado. No puedo hablar. Los inspectores están aquí. Me llevan a la comisaría para interrogarme. Hannah, no importa lo que oigas, yo no maté a Tracey Sloane.

Desde el momento en que lo detuvieron en la cocina del Tommy's Bistro el martes por la noche, Harry Simon se mostró desafiante. Después de que le leyeran sus derechos, se lo llevaron a la comisaría de policía. Accedió a hablar con los inspectores e insistió en que no había hecho nada malo. Pero no había manera de que pudiera negar la prueba de las cámaras de seguridad. Harry Simon era, sin lugar a dudas, el hombre que había arrastrado a Betsy Trainer, la joven camarera y aspirante a actriz, por el callejón hasta un patio donde había abusado de ella y la había estrangulado.

Aunque solo una parte del crimen estaba grabado, quedaba claro, por la cara del criminal y el dragón en la espalda de la chaqueta, que el hombre echado sobre la indefensa figura que estaba en el suelo era Harry Simon. Las cámaras habían captado la expresión aterrorizada de Betsy mientras él abusaba de ella. Veinte minutos después, volvían a registrar el rostro de la chica, con los ojos mirando fijamente al frente, mientras él arrastraba su cuerpo inerte hasta el coche.

Evidentemente impresionado mientras los inspectores le mostraban la cinta, su única respuesta fue:

—Sí, se parece a mí. Pero no recuerdo haber hecho nada a nadie. Si era yo, y no estoy diciendo que lo fuera, estaba ido. Soy bipolar. A veces olvido tomar la medicación.

—¿Necesitas medicación para reconocer tu cara en la cinta o esa chaqueta barata con el dragón que llevabas entonces y cuando hemos ido a buscarte? —le gritó con sarcasmo uno de los inspectores—. ¿Necesitas medicación para entender qué le hiciste a esa chica?

Harry no cedió ni un ápice e insistió en que no recordaba nada sobre el asesinato, aunque siguieron interrogándolo durante toda la mañana y la tarde del miércoles.

Los inspectores habían reconducido las preguntas a la desaparición de Tracey Sloane.

—Hace años trabajaste con Tracey. ¿Saliste alguna vez con ella?

—Ni soñarlo. Ella ni me miraba.

—¿Te gustaba?

—Tracey le gustaba a todo el mundo. Era muy divertido estar con ella. No era como las otras camareras, que se metían con el personal de cocina si tardábamos en tener listas sus comandas.

—¿Estás seguro de que nunca saliste con ella? Alguien nos ha dicho que os vieron juntos en el cine.

—Eso es mentira. Decidle a ese «alguien» que se compre gafas nuevas.

—A lo mejor has olvidado que hiciste desaparecer a Tracey Sloane y que mataste a Betsy Trainer la semana pasada. A lo mejor tienes un colega que se llevó a Tracey como tú te llevaste a Betsy, y te reuniste con él después de haber acordado tu coartada

en el Bobbie's Joint. A lo mejor Tracey todavía seguía viva cuando te encontraste con él más tarde.

—Es una buena hipótesis —respondió Harry Simon, que claramente estaba divirtiéndose.

Siempre había sabido que un día lo pillarían, pero en Nueva York no había pena de muerte, así que se consideraba afortunado. Suponía que si lo hubieran detenido en Texas, después de la desaparición de aquella chica borracha; o en California, después de que desapareciera la modelo en la playa; o en Colorado, cuando la autoestopista que recogió también desapareció, seguramente habría acabado en el corredor de la muerte.

Aunque los inspectores lo bombardeaban con preguntas, él seguía abstraído en sus pensamientos. Conoció a todas esas chicas estando de vacaciones. Nunca decía a nadie la verdad sobre el lugar al que viajaba. A los chicos de la cocina del Tommy's les decía que iba a algún otro sitio, y cuando volvía les enseñaba fotos suyas en la playa y comentaba que eran de un lugar de la costa en Jersey o en Nantucket o en Cape Cod. No es que a nadie le importara, pero era una buena forma de borrar su rastro. Por si acaso.

La rabia y la frustración que vio en los rostros de los inspectores habían animado a Harry Simon y le divertían.

—Como ya he dicho, es una buena hipótesis —repitió—. Pero incluso hace veintiocho años, las calles entre el Tommy's Bistro y el piso de Tracey estaban siempre llenas de gente. ¿Cómo iba a llevarme a rastras a Tracey sin que nadie me viera?

Harry supo que había hablado demasiado.

—Entonces ¿sí la seguiste?

—Sabía dónde vivía. Sabía qué camino tomaba para ir a casa. Como lo sabía todo el mundo. Y, recordad, llegué al Bobbie's dieciocho minutos después que los demás.

* * *

A las tres de la tarde del miércoles, Harry por fin señaló que ya había tenido suficiente de toda esa basura y que quería hablar con el abogado que le había librado de pagar una multa por exceso de velocidad el año anterior.

—El radar de mano de la poli no funcionaba —dijo sonriendo—. El juez lo desestimó.

Los inspectores sabían que debían interrumpir el interrogatorio, pero no pudieron contenerse de hacer el comentario sarcástico de que había una gran diferencia entre librarse de una multa por exceso de velocidad y librarse de un asesinato que estaba registrado en una cámara.

Cuando el abogado Noah Green llegó una hora y media después, los inspectores lo condujeron a la pequeña celda donde esperaba Harry Simon. Cuando los policías

se marcharon, Harry Simon dijo:

—Hola. Me alegro de que hayas venido. Esta es la primera vez que me meto en un buen lío.

—Un lío de los gordos —lo corrigió Noah Green—. La policía me ha dicho que te tienen grabado matando a una mujer en el Lower East Side.

—Les he dicho que no me había tomado la medicación y que no recuerdo nada —repuso Harry con desdén—. A lo mejor puedes conseguir que me libre alegando locura.

Noah Green torció el gesto.

—Haré todo lo posible, pero no cuentes con ello.

Harry decidió probar con algo que tenía reservado.

—Supón que puedo contarles algo sobre Tracey Sloane.

—Su nombre no ha parado de salir en las noticias desde que te detuvieron. Trabajaste con ella, y la policía te interrogó cuando desapareció. ¿Qué quieres decirles ahora?

—Que a lo mejor empecé a seguirla aquella noche para ver si se tomaba una copa conmigo pero que luego la vi subir a un vehículo.

—En las noticias han dicho que tú siempre has afirmado que no tienes ni idea de qué le pasó. Ahora dices que se montó en un vehículo. Será mejor que vayas con cuidado, o también te acusarán de esto. Por otra parte, si no estuviste implicado y tienes información importante que pueda ayudar a resolver el caso, creo que podríamos llegar a un trato para que no acabes el resto de tus días entre rejas.

—Deja que me lo piense.

—No puedes decirles solo que la viste subir a un coche. No te creerán y, aunque lo hicieran, no les ayudaría en nada.

—Yo no he dicho que fuera un coche. Puedo describirlo. Puedo dar detalles.

—Harry, ¿tienes algo que decirme o no? Soy tu abogado. Esto es confidencial. No lo sabrá nadie más que yo, a menos que decidamos que es conveniente.

—Está bien. Esto es lo que ocurrió. Estaba siguiéndola la noche que desapareció. Como he dicho, pensé que, si acababa plantándome en su puerta, igual me invitaba a subir. Seguramente no, pero... —Harry dudó—. No podía evitarlo. Iba más o menos a media manzana por detrás de ella. Pero entonces el semáforo se puso en rojo en una esquina. Alguien que se detuvo allí la llamó. Un minuto después, la puerta del acompañante se abrió, y ella entró de un salto, como si se muriera de ganas por subir.

—Debía de conocer al conductor —comentó Green mientras analizaba la cara de listillo de Harry. Su instinto le indicaba que su cliente estaba diciendo la verdad—. ¿Por qué no contaste eso a la policía cuando Tracey desapareció? —le preguntó.

—Porque la había seguido, y eso no quedaba muy bien. Porque me había reunido con los demás en el Bobbie's y tenía una buena coartada. Así que lo dejé estar. No quería que se pusieran a investigar sobre mi pasado. Había tenido un par de problemillas en el instituto. Tenía miedo de que me culparan de la desaparición si

abría la boca.

A Noah Green no le gustaba nada su cliente y estaba dispuesto a irse a casa.

—Dudo mucho que te convenga decir a los inspectores que viste a Tracey Sloane subir a un vehículo esa noche. De hecho, estoy de acuerdo en que acabarán culpándote de su desaparición.

—No se trataba de un vehículo cualquiera. Acabo de decirte que puedo describirlo. Era una furgoneta para el transporte de muebles, de tamaño medio y color negro, con unas letras doradas y la palabra «imitación» a un lado. Si les diéramos eso, ¿podríamos conseguir una reducción de la condena?

—¿Estás totalmente seguro de que quieres contarlo?

—Sí.

—No puedo prometerte que nos sirva de algo. Déjame pensar en cómo comunicar esta información a los inspectores. Te veré mañana por la mañana, en la lectura de cargos. Recuerda, no hables con nadie; de verdad, con nadie, sobre nada.

Un agotado Noah Green dejó a su cliente a las cinco y cinco de la tarde del miércoles. Fue justamente en ese momento cuando, en Long Island City, José Fernández cruzó el aparcamiento del complejo Connelly, miró el socavón y vio los restos de Tracey Sloane.

Cuando Frank Ramsey y Nathan Klein llegaron a la fábrica de los Connelly el miércoles por la tarde, se enteraron de que los inspectores que acababan de interrogar a Harry Simon iban de camino al mismo lugar. Yo también habría salido disparado si hubiera tenido un caso abierto durante casi veintiocho años, pensó Frank.

El aparcamiento, ahora oficialmente el escenario de un crimen, era un hervidero de actividad.

El equipo de limpieza había recibido órdenes de permanecer en el complejo, y José Fernández, el joven trabajador que había encontrado los restos óseos, estaba siendo interrogado en la unidad móvil de la policía. Su versión era clara y contaba con el respaldo de su jefe.

—Anoche estaba bastante oscuro cuando pusimos los postes alrededor del socavón. No se veía qué había dentro, y en cualquier caso había sido un día muy largo. Esta mañana Sal, el jefe, decidió que repararíamos el agujero más tarde porque nuestro trabajo era deshacernos de los escombros lo antes posible.

En ese momento José decidió contar algo sobre su interés por los hallazgos arqueológicos. Quién sabe si uno de los inspectores tiene una hermana que es directora de un colegio y necesita un sustituto, pensó. Mencionó que tenía un máster y luego añadió:

—Por eso tenía curiosidad por ver qué había ahí dentro. Sal me dijo que me diera prisa, que era él quien me llevaba de vuelta al garaje en coche. Crucé corriendo el aparcamiento hasta el socavón, miré abajo y...

Entonces se encogió de hombros. El nítido recuerdo del esqueleto retorcido y la larga melena rubia asomando por el cráneo lo obsesionaría durante mucho tiempo.

José y el resto de los miembros del equipo de limpieza no tardaron en ser descartados como posibles sospechosos. Revisaron sus identificaciones, los nombres, las direcciones, tomaron nota de sus teléfonos y se les permitió marcharse.

* * *

Frank y Nathan sabían que no participarían en la investigación de los restos de Tracey Sloane. Aunque iba a realizarse una autopsia, no tenían ninguna duda de que se trataba de ella. Se ocuparía del caso la oficina del fiscal general de Manhattan, donde la investigación había permanecido en punto muerto durante todos esos años. Pero ambos se quedaron ahí hasta que su jefe, el supervisor Tim Fleming, llegó y charló con ellos y con los inspectores de la oficina del fiscal.

En una tensa reunión en la unidad móvil de la policía, todos estuvieron de acuerdo en que no era conveniente hacer público el hecho de que el cuaderno de Jamie Gordon había sido localizado en la furgoneta accidentada y que el ya fallecido

vagabundo Clyde Hotchkiss había admitido haberla golpeado pero no haberla matado.

Todos estaban pensando lo mismo. Hotchkiss había vivido en la calle durante cuarenta años. ¿Era posible que rondara por el complejo hacía veintiocho años? De ser así, ¿podría ser el culpable de los asesinatos tanto de Jamie como de Tracey?

Pasaron al asunto de que, en la grabación del interrogatorio de veintiocho años atrás, Jack Worth afirmaba que había intentado regalar el collar a Tracey pero ella lo había rechazado y se lo había comprado meses antes de morir. En esa época Jack había admitido que se sintió herido y decepcionado. Pero juró no haberla matado. Iban a interrogarlo otra vez.

—Así que tenemos al jefe de fábrica que trabajaba aquí cuando Tracey desapareció y que pudo ofenderse cuando ella rechazó un regalo que le había costado ocho dólares. Tenemos a un vagabundo muerto que reconoce que Jamie Gordon estuvo en la furgoneta con él y que quizá estuvo rondando por aquí hace veintiocho años. Y tenemos a un asesino que trabajaba con Tracey y que no puede justificar dónde estuvo durante dieciocho minutos la noche que desapareció la chica —dijo uno de los inspectores a modo de resumen.

Frank Ramsey y Nathan Klein podrían haberse marchado a casa en ese momento, pero, por acuerdo tácito, se quedaron y observaron con seriedad el socavón mientras lo fotografiaban y lo registraban en busca de cualquier pista que pudiera determinar si había sido el lugar donde Tracey había muerto.

Ya eran casi las diez de la noche cuando los restos óseos fueron elevados y colocados con sumo cuidado en una camilla. Unos focos iluminaban la tétrica escena.

Jirones de tejido azul oscuro, que otrora formaron parte de unos pantalones holgados, y restos de lana de color marfil, que habían conformado el entramado de un jersey, cayeron en el borde del socavón cuando sacaron a Tracey Sloane del agujero donde había estado oculta durante más años de los que había vivido.

Mark Sloane salió del restaurante Marea sin haber probado la cena y después de decir a Nick Greco que tenía que irse a casa para llamar a su madre. Por la descripción del collar, no tenía ninguna duda de que los restos encontrados en Long Island City eran los de su hermana. En una de las últimas fotos que había enviado a casa, Tracey llevaba el medallón azul con su nombre. Había escrito: «Queridos mamá y Mark: ¿os gusta mi collar de zafiro? Una ganga por ocho dólares, ¿no os parece? Cuando mi nombre brille en Broadway, a lo mejor puedo comprarme uno auténtico. ¡Anda que no sería genial!».

¿Por qué y cómo había acabado el cuerpo de Tracey en Long Island City? Podrían no haberlo descubierto jamás si el complejo Connelly no hubiera explotado. Por otra parte, era de lo más curioso que una de las jóvenes con las que se había encontrado en el vestíbulo del edificio de su nuevo apartamento fuera la hija del propietario del complejo donde habían hallado el cuerpo de Tracey.

Mark miró el reloj. Solo eran las ocho. Quería hablar con Hannah Connelly. A lo mejor ella lo ayudaba a averiguar con rapidez si Harry Simon había trabajado alguna vez en la fábrica de Connelly o si tenía algún pariente que hubiera trabajado allí. Los archivos de hace casi treinta años seguramente ya no existen, se dijo. Hacienda no exige que los conserves más de siete años.

Cogió el móvil sin darse cuenta. Esto es una locura, pensó. Pero quiero una respuesta. A lo mejor durante todos estos años he pensado que algún día Tracey volvería a nuestras vidas. Cumpliré treinta y ocho años dentro de un par de meses. Ella solo tenía veintidós cuando desapareció. Tengo que llamar a mamá esta noche para contarle que han encontrado a Tracey. Espero poder decirle que muy pronto tendremos la certeza de que el baboso que trabajaba en la cocina es el culpable y no volverá a pisar la calle jamás.

Tracey. Hermana mayor. «Mark, se te da muy bien lanzar. Venga, hazme fallar ahora...».

Tracey lo llevaba al cine los viernes por la noche. Tomaban una hamburguesa con patatas fritas y un refresco en el McDonald's y cuando llegaban al cine ella le preguntaba: «¿Palomitas o una tableta de chocolate, Mark? ¿O las dos cosas?».

Mark se dio cuenta de que tenía el móvil en la mano y estaba marcando el número de información. Se sintió aliviado al comprobar que Hannah Connelly estaba en el listín de búsquedas personales. Cuando lo conectaron con su número, pensó que, si ella no quería verlo, le bastaría con decírselo.

Contestó al segundo tono. El saludo de Hannah Connelly sonó casi sin aliento, como si le hubiera dado miedo coger el teléfono.

—Hannah, soy Mark Sloane. Vivo justo debajo de ti, en el quinto C. Nos conocimos en el vestíbulo la noche del jueves pasado.

—Sí, ya me acuerdo. —Ahora sonaba amigable—. Subiste al ascensor con Jessie

y conmigo. Me temo que yo estaba bastante mal.

—¿Te han dicho ya que han encontrado unos restos óseos en la propiedad de tu familia en Long Island City?

—¿Cómo lo sabes? —Su tono ahora era de preocupación.

—Tracey Sloane era mi hermana. —Mark no esperó una respuesta—. Acaban de decírmelo. Estoy yendo para casa. Llegaré pronto. ¿Puedo subir a verte?

—Sí, claro. Mark, lo siento muchísimo.

Quince minutos después, Hannah estaba abriendo la puerta de su piso a Mark Sloane. Cuando lo conoció la noche del jueves pasado, al estar llorando a moco tendido y sentirse observada, apenas se fijó en el hombre alto y atractivo que tenía delante. Pero ahora lo primero que vio fue la expresión de dolor en su mirada y sintió tristeza.

—Pasa, Mark —dijo—. Por favor, pasa.

Él la siguió dentro del apartamento; se fijó en que la distribución era una copia exacta de su piso, con la diferencia de que no había cuadros repartidos por el suelo esperando a ser colgados. Ese piso tenía el acogedor aspecto de un espacio lleno de vida.

Mientras reflexionaba sobre eso, se dio cuenta de lo absolutamente irrelevante que era pensar en la decoración.

Había imaginado que Hannah Connelly estaría sola, pero había dos personas en la sala. Una era Jessie, la abogada alta y pelirroja que había conocido la otra noche. La otra era un tipo que tendría unos años menos que él pero que a todas luces estaba al corriente de la situación. Su apretón de manos fue firme.

—Soy Justin. Debes de estar pasándolo muy mal —dijo en voz baja.

Mark no quería emocionarse delante de desconocidos. De pronto notó que se le aflojaban las rodillas y se sentó en el sofá.

Su propia voz le sonó hueca cuando se oyó decir:

—Estaba con el inspector que investigó la desaparición de mi hermana hace casi veintiocho años. Está jubilado, pero siempre ha conservado una copia del expediente del caso. Estábamos cenando cuando ha recibido una llamada en la que le han dicho que quizá hayan encontrado los restos de Tracey. Bueno, es casi seguro que los han encontrado —se corrigió Mark—. Supongo que estoy aquí porque necesito respuestas. Cuando Tracey desapareció, una persona que trabajaba con ella en el restaurante fue interrogada, pero su coartada era demasiado buena. A lo mejor tuvo un cómplice; quiero decir, quizá lo ayudó alguien que trabajaba en el complejo Connelly. —Mark sintió que le ardía la garganta—. Sé que los inspectores harán las mismas preguntas, pero ahora tengo que llamar a mi madre para contarle que han encontrado a Tracey. Ya sabe que el tipo que trabajaba con ella, y que no paraba de decirle lo maravillosa que era, ha sido detenido por el presunto asesinato de una joven actriz. No importa lo que mi madre haya dicho, sé que nunca ha perdido la esperanza de que Tracey volviera a casa algún día. Yo sé lo que siento. Necesito respuestas. Si

hay algún registro de empleados de esa época, ¿podría acceder a él? Necesito respuestas. Mi madre necesita respuestas...

La voz preocupada de Mark fue apagándose. Se levantó.

—Lo siento —dijo—. Normalmente no soy así.

Fue Jessie quien le respondió:

—Mark, todos nos hemos quedado de piedra con el descubrimiento de los restos de tu hermana. Puede que pronto haya una respuesta. El jefe de fábrica que ha trabajado para la familia de Hannah durante treinta años, y que regaló a Tracey el collar, está siendo interrogado por la policía en este mismo instante. También lo interrogaron cuando Tracey desapareció.

Al observar la expresión alicaída de Mark y sabiendo que estaba a punto de derrumbarse, Jessie dijo:

—Creo que deberías llamar a tu madre antes de que se entere por otra persona. — No tenía intención de decir nada más, pero añadió—: ¿Quieres que baje contigo? Creo que te vendría bien una taza de té o café. Te la prepararé mientras la llamas.

Martha Sloane se quedó destrozada tras la llamada de su hijo aquella noche para comunicarle que Harry Simon, uno de los trabajadores de la cocina del Tommy's Bistro, había sido detenido la noche anterior como presunto asesino de una joven actriz. La víctima se parecía mucho a Tracey: una chica que servía mesas e intentaba hacer realidad su sueño de convertirse en actriz.

Puedo con esto, pensó Martha mientras intentaba mantenerse ocupada. En los días en los que se sentía angustiada ante la posibilidad de que Tracey siguiese viva en algún lugar y la necesitara, se imponía distintas tareas domésticas.

Pero su casa ya estaba limpia como una patena, los armarios estaban en perfecto orden. No era su día de voluntariado en el hogar de ancianos, y su grupo de lectura no se reuniría hasta dentro de una semana.

Harry Simon. Con toda la gente que había conocido en el Tommy's Bistro cuando estuvo allí, y cuyos rostros le resultaban confusos, era raro que recordara el de ese hombre con tanta claridad. Era una persona muy poco agraciada, de ojos pequeños, cara afilada y maneras obsequiosas. Lloró cuando habló conmigo, se dijo Martha, e intentó abrazarme. Yo me eché hacia atrás, y Nick Greco, que estaba al mando de la investigación, dijo algo así como: «Tranquilo, Harry». Y se interpuso entre ambos.

Pero yo creía que la coartada de Simon era muy buena. Odio la expresión «caso cerrado», pensó Martha. Cuando la oigo, me vuelvo loca. ¿Es que nadie se da cuenta de que no tiene sentido? A menos que signifique que la persona que le ha quitado la vida a tu niña no vuelva a hacérselo a nadie más. Eso sí es un caso cerrado.

El resto se reduce a que por fin te devuelven el cuerpo de tu hija y la entierras y puedes visitarla y plantar flores en la tumba. Eso también es una forma de cerrar el caso. Ya no tienes que seguir preocupándote por si tu niña yace en un pantano o está secuestrada.

En cierta forma, Martha Sloane tenía la sensación de que pronto lo sabría. Mark le había dicho que, si Harry Simon confesaba o si había alguna novedad, volvería a llamarla. De no ser así, la llamaría a la mañana siguiente. Por eso cuando sonó el teléfono esa noche, después de haber recogido la cena que no había podido tocar, Martha supo que Mark tenía algo importante que decirle. Su madre se dio cuenta de que tenía la voz quebrada y estaba a punto de llorar cuando le dijo:

—Mamá, han encontrado a Tracey.

—¿Dónde?

Armándose de valor, la madre de Tracey Sloane escuchó la voz rota de su hijo. Un socavón en el aparcamiento de una fábrica de muebles. Fue como una puñalada en el corazón.

—¿Mark, Tracey estaba viva cuando la dejaron allí? —preguntó.

—Todavía no lo sé, pero no lo creo.

—Mark, tú no me creías, pero te dije que en el fondo ya había descartado la

esperanza de que Tracey siguiera viva. Creo que eres tú el que en cierta medida todavía albergaba esa ilusión. Pero ahora ya lo sabemos. Bueno, no esperaba viajar a Nueva York tan pronto, pero me gustaría ir mañana y quedarme contigo unos días.

Martha Sloane no añadió que sabía que Mark la necesitaba tanto como ella a él.

—Me gustaría mucho, mamá. Haré una reserva para el vuelo de última hora de la tarde. Te llamaré por la mañana. Intenta dormir un poco. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño. —Martha Sloane dejó el teléfono en la base y, con paso lento y comedido, se dirigió hacia la entrada. Alargó la mano hasta el interruptor de la luz del porche. Por primera vez en casi veintiocho años, la luz de la entrada se apagó.

Cuando Doug recibió la llamada el miércoles por la noche en la que le informaron de que habían encontrado unos restos óseos en el socavón y que los jefes de bomberos iban hacia su piso para interrogarlo, dijo a Sandra que se fuera a su casa.

—Me has ayudado mucho, pero ahora necesito estar solo. Llama a alguna de tus amigas y salid a cenar. Mañana ve a la peluquería o haz algo así. Luego vuelve. No quiero...

Se calló. Lo que había estado a punto de decirle era que no quería que actuara como la señora de la casa ni que metiese baza cuando él hablara con los jefes de bomberos ni que corriera a contestar al teléfono cada vez que sonaba.

Sandra lo había bombardeado con preguntas después de la llamada que ella había descrito como la de un tío que estaba «furioso por algo». Él le había explicado por qué se había alterado tanto.

—Era un asesor de Bolsa que perdió mucho dinero. Yo lo animé a que sus clientes invirtieran en un nuevo fondo de cobertura, pero el tío que lo llevaba resultó ser un desastre. Sus clientes han perdido la inversión y ahora me culpa a mí.

—Eso no me parece bien, Dougie —dijo Sandra, indignada—. Bueno, puede que hayas sido tú el que le haya aconsejado invertir en algo, pero las inversiones son como el juego. Me lo explicó mi padre. Siempre me decía que, si pones unos dólares en el banco durante una semana, te sorprendería cómo crece tu capital, y siempre insistía en que uno se siente más seguro cuando tiene un colchón económico.

—Tu padre es un hombre muy listo —dijo Doug Connelly con amargura, cuando por fin logró que Sandra se levantara y la acompañó hasta la puerta.

Bernard, quien había estado esperando por si tenía que llevarlos a cenar al SoHo North, la llevaría a su piso.

Doug se fue directamente a la biblioteca y se sirvió un *whisky* doble. Luego pensó en que los bomberos seguramente habrían llamado a Jack Worth. Entonces cogió el teléfono para ponerse en contacto con su jefe de fábrica, pero este no respondió al móvil.

Recordó que Jack lo había llamado hacía un par de horas, pero él había decidido ignorar la llamada.

Pasados treinta y cinco minutos, llegaron los jefes de bomberos Ramsey y Klein. Durante el camino habían hablado sobre la estrategia que seguirían en la conversación con Douglas Connelly. Estaban casi seguros de que diría que no sabía nada sobre Tracey Sloane ni sobre cómo había acabado su cuerpo bajo el pavimento del aparcamiento.

También estaban de acuerdo en que Jack Worth era una persona algo más que interesante. En ese momento los inspectores de la oficina del fiscal de Manhattan estaban interrogándolo.

—Creo que con Douglas Connelly no vamos a sacar nada —dijo Ramsey

mientras aparcaba en un sitio donde no se podía y bajaba la visera del conductor para que se viera el cartel de «Asunto oficial del Departamento de Bomberos».

El portero les dijo que el señor Connelly los esperaba y que le avisaría de que habían llegado. Mientras subían en el ascensor, Klein preguntó:

—¿Qué posibilidades hay de que su amiga todavía esté por aquí?

—Del cincuenta por ciento —respondió Ramsey—. Yo me volvería loco, pero parece que él es el tipo de tío al que le gusta tener cerca a una chica treinta y cinco años más joven.

Douglas Connelly estaba esperándolos dando la espalda a la puerta principal, que había dejado abierta. Los jefes percibieron el tufo a alcohol y vieron su mirada vidriosa. Tal como esperaban, los llevó directamente a la biblioteca; un vaso medio lleno de *whisky* descansaba en la mesita junto a su asiento.

Cuando ambos declinaron su ofrecimiento de un vaso de agua o algo más fuerte, Frank se fijó en las estanterías que cubrían las paredes. Pensó fugazmente que los libros parecían todos conjuntados, como esos volúmenes de ediciones antiguas con filetes dorados en el borde de las páginas y con ilustraciones. Se preguntó si Connelly se habría tomado alguna vez la molestia de abrirlos. Y lo siguiente que se preguntó fue si los libros, como todo lo que había en aquel piso, serían también imitaciones de los originales.

Tras hacerles un gesto para que se sentaran, Connelly inició la conversación.

—No sé ni cómo decirles lo impresionado que me ha dejado su llamada. ¿Tienen idea de a quién pertenecen esos restos o cuánto tiempo llevan allí?

—Creemos conocer la identidad de la persona; de hecho, se trata de una joven —dijo Ramsey—. ¿Le suena el nombre de Tracey Sloane, señor Connelly?

Los jefes de bomberos se quedaron mirándolo mientras él, concentrado, fruncía el ceño.

—Me temo que no —respondió con firmeza—. ¿Quién era?

—Una joven de veintidós años, aspirante a actriz de teatro, que desapareció cuando iba del trabajo a su casa hace casi veintiocho años.

—¿Hace casi veintiocho años? ¿Creen que lleva enterrada en nuestro aparcamiento todo ese tiempo?

—No lo sabemos —contestó Frank—. Pero ¿de verdad no recuerda haberla conocido?

—Hace veintiocho años, yo era un hombre felizmente casado y padre de dos niñas pequeñas. —El tono de Douglas Connelly se tornó gélido—. ¿Están insinuando de algún modo que tenía alguna relación con la joven en esa época?

—No, claro que no.

—¿Cuándo desapareció exactamente?

—El 30 de noviembre se cumplirán veintiocho años.

—Un momento. El horrible accidente de barco que se cobró la vida de mi esposa, mi hermano y mis cuatro mejores amigos fue el 3 de noviembre de ese año. Yo estuve

en el hospital hasta el 24 de noviembre. ¿Se atreven a sugerir que una semana después, cuando todavía estaba recuperándome de terribles lesiones, estuve implicado de algún modo en...?

Ramsey lo interrumpió.

—Señor Connelly, no estamos sugiriendo nada. Estamos aquí porque se han encontrado los restos óseos de esa joven en su propiedad.

—¿Trabajaba Jack Worth en el complejo en esa época? —preguntó Nathan Klein.

—Supongo que si les interesa Jack Worth, ya sabrán que lleva trabajando con nuestra familia desde hace más de treinta años.

—¿Eran amigos por aquel entonces? —inquirió Klein.

—Jack empezó como ayudante de contable. Yo era el hijo del dueño y no tenía ningún motivo para confraternizar con él. Fue ascendiendo en la empresa hasta que el jefe de fábrica que habíamos tenido siempre, Russ Link, se jubiló. Entonces Jack había demostrado estar capacitado para encargarse del día a día de la empresa, y lo puse al frente. Eso fue hace cinco años.

—Entonces ¿su relación siempre ha sido de trabajo? —insistió Klein.

—Principalmente. En los últimos cinco años, fuera de las horas de trabajo, hemos cenado juntos alguna vez. Como a mí, a Jack le preocupa que el mercado de antigüedades de imitación no tenga un futuro muy prometedor. Es una realidad que ambos reconocemos. La solución es cerrar la fábrica y vender la propiedad, pero no a precio de saldo. He estado esperando a que me hagan una oferta apropiada.

—Aparte de su relación laboral, ¿qué opinión le merece Jack Worth? —preguntó Ramsey a bocajarro.

—Tanto antes como después de su divorcio hace algunos años, todo el mundo sabía que Jack era un mujeriego. De hecho, sé que mi padre, poco antes de morir, le había llamado la atención por ser demasiado atento con una secretaria de la junta ejecutiva, una joven que estaba casada. Ella dijo a mi padre que Jack no dejaba de insistir en invitarla a una copa después del trabajo. Al parecer, ser rechazado, incluso por una mujer que estaba felizmente casada, era un insulto y un desafío personal para él.

Los jefes de bomberos se levantaron.

—Señor Connelly, ha sido usted de gran ayuda —dijo Frank Ramsey—. No lo molestaremos más por esta noche.

—No es ninguna molestia —respondió Douglas Connelly mientras él también se ponía en pie—. Aunque ¿me permiten preguntar qué interés tienen en Jack Worth? ¿Conocía él a la chica cuyos restos han encontrado hoy?

Ninguno de los inspectores le contestó. Con un correcto «Buenas noches, señor», se marcharon del piso. A esas alturas, ni Ramsey ni Klein iban a decirle que Jack Worth estaba siendo bombardeado con preguntas sobre Tracey Sloane en la oficina del fiscal de Manhattan.

Preguntas a las que, según se enterarían después, respondió una y otra vez con las

mismas trece palabras: «Yo no maté a Tracey Sloane y no la enterré en ese aparcamiento».

El jueves a las siete de la mañana, Lawrence Gordon recibió una llamada del inspector John Cruse, quien le explicó que dos jefes de bomberos que estaban investigando la explosión del complejo Connelly querían verlo.

—Es por algo que ha surgido y que queremos hablar con usted, señor —dijo Cruse.

—Es sobre Jamie, ¿no? ¿Ya saben quién la mató?

—Señor Gordon, no nos hemos puesto antes en contacto con usted porque lo que tenemos que decirles, a su esposa y a usted, les alteraría mucho y necesitábamos el máximo de información posible. Estaré en su casa dentro de una hora junto con los jefes de bomberos Frank Ramsey y Nathan Klein. No sé qué planes tiene hoy, pero ¿puede esperarnos?

—Por supuesto, vengan enseguida.

Lawrence acababa de ducharse y afeitarse. El baño estaba en uno de los extremos de la habitación y, como la puerta estaba cerrada, Veronica no oyó el teléfono móvil. Esa era otra costumbre que había adquirido Lawrence en los casi dos años transcurridos desde que Jamie había desaparecido. Incluso después de que encontraran su cuerpo, siempre tenía el móvil cerca, a la espera de la llamada de la policía para decirle que habían localizado al asesino de su hija.

En ese momento, aunque odiaba tener que hacerlo, se sentó en un lado de la cama y puso una mano sobre el rostro de Veronica con delicadeza y lo acarició. Ella abrió los ojos de inmediato.

—Lawrence, ¿ocurre algo? ¿Estás bien?

Veronica solía levantarse cuando él ya estaba vestido, se ponía el albornoz y bajaba a tomarse un café con él. Pero si estaba dormida, él nunca la despertaba. Por lo general, si seguía durmiendo significaba que había estado en vela casi toda la noche.

—Cariño, estoy bien; el inspector Cruse y dos jefes de bomberos vienen para acá a hablar con nosotros sobre Jamie.

Lawrence observó cómo su mujer cerraba los ojos por el dolor.

—Tú no tienes que hablar con ellos —le dijo—. Yo puedo encargarme de esto si quieres.

—No, quiero oír lo que tengan que decir. ¿Crees que han detenido a alguien?

—No lo sé.

Ambos se vistieron a toda prisa. En lugar de arreglarse como para ir al trabajo, con traje, camisa y corbata, Lawrence se puso unos pantalones holgados y una camiseta de manga larga. Veronica, con manos temblorosas, se puso su ropa de deporte, que era lo que solía hacer al levantarse. Todas las mañanas iba puntualmente al gimnasio local para la clase de ejercicios de las nueve.

Dottie, su asistente interina desde hacía muchos años, estaba en la cocina. Ya había preparado el café y dispuesto la mesa en la sala del desayuno. Cuando les vio la

cara, su alegre saludo de buenos días quedó silenciado en sus labios.

—Van a venir tres inspectores —explicó Lawrence—. Creemos que tienen información sobre Jamie.

—¿Sobre quién la mató? —preguntó Dottie con voz temblorosa.

Dottie trabajaba para ellos desde antes de que naciera Jamie. La pena que sintió cuando la chica desapareció fue más honda de lo que habría podido sentir nadie que no fuera el padre o la madre.

—Eso esperamos. No lo sabemos —respondió Lawrence en voz baja.

Cuando Cruse, Ramsey y Klein llegaron media hora después, aceptaron el ofrecimiento de tomar café y se sentaron a la mesa frente a los padres de Jamie. Cruse repitió de forma concisa que Ramsey y Klein eran los jefes de bomberos que habían inspeccionado la explosión y el incendio en el complejo Connelly.

—Hemos sabido que un vagabundo estuvo durmiendo durante varios años en una furgoneta accidentada que estaba aparcada al fondo de la propiedad de los Connelly. El vehículo había sufrido un accidente hacía algunos años y lo habían dejado en el aparcamiento. Cuando descubrimos que la furgoneta estaba llena de periódicos viejos, la enviamos al laboratorio de criminología. Tras ser sometida a análisis, hallaron el cuaderno de Jamie —explicó Cruse.

—¡El cuaderno de Jamie! —exclamó Veronica.

—Sí. Tiene su nombre y está claro que es el que usaba en las entrevistas de los sin techo para el proyecto en el que estaba trabajando. Identificamos al vagabundo que vivía en la furgoneta gracias a una foto de familia que encontramos allí. Puede que ya lo hayan visto en las noticias. En la imagen se veía a una pareja joven con un bebé.

—Los dos la hemos visto —dijo Veronica un poco aturdida—. ¿Fue ese hombre quien mató a nuestra hija? Si es así, ¿lo han detenido?

—Se llamaba Clyde Hotchkiss. Debo decirles que murió ayer por la mañana en el Hospital Bellevue, de Manhattan.

Lawrence y Veronica lanzaron un suspiro ahogado y se cogieron las manos.

Ramsey esperó un momento y añadió:

—Lo llevaron al hospital cuando una transeúnte lo vio desmayarse en la calle, cerca de la autovía del West Side. Estaba muriéndose de neumonía y vivió solo un par de horas más. El personal del hospital lo reconoció por las noticias y se puso en contacto con nosotros. Pudimos hablar con él solo unos minutos.

—¿Qué dijo? —exigió saber Lawrence—. ¿Qué dijo?

—Le preguntamos por Jamie. Admitió que había subido a la furgoneta y que no había parado de atosigarlo con sus preguntas. Admitió haberle pegado un puñetazo, pero juró que había salido del vehículo y que luego la oyó gritar: «¡Socorro! ¡Socorro!».

—¿Intentó ayudarla? —Lawrence Gordon estaba pálido, tenía los ojos anegados en lágrimas.

—No, no lo hizo. Murió tras reconocer que solo la había golpeado y jurar que no

la había matado.

—¿Le creen?

Los bomberos se miraron.

—Yo no estoy seguro —respondió Frank Ramsey.

—Yo no le creo —contestó Nathan Klein tajantemente—. Su esposa y su hijo, que no lo habían visto desde que los abandonó hacía casi cuarenta años, también fueron avisados y se acercaron al hospital. Estaban allí cuando hablamos con él. Su esposa le suplicó que respondiera a nuestras preguntas, pero creo que no reconoció haber matado a Jamie porque estaba delante de su familia. La información que estamos dándoles se hará pública en una rueda de prensa hoy al mediodía.

—Entonces ese tipo o la mató o ignoró sus gritos de auxilio. ¡Que su alma se pudra en el infierno! —El rostro de Lawrence Gordon estaba constreñido por la pena y la rabia.

La madre de Jamie comentó con tranquilidad:

—El otro día, una vidente me aseguró que pronto tendríamos una respuesta sobre lo que le ocurrió a Jamie. En cierta forma, sé que decía la verdad. Bueno, ya tenemos la respuesta, supongo. —Luego, cuando Lawrence la estrechó entre sus brazos, Veronica empezó a sollozar—. ¡Oh, Jamie, Jamie, Jamie!

El jueves por la mañana, Hannah se pasó por el hospital a las ocho, de camino al trabajo. Se había convertido en parte de su rutina empezar la jornada sentándose junto a la cama de Kate para hablar con ella, con la esperanza y la fe de que la escuchara.

Recordó el libro que había leído de un neurocirujano que había estado en coma profundo pero que oía todo cuanto ocurría a su alrededor.

A lo mejor a Kate le pasa lo mismo, pensó mientras tomaba una mano de su hermana entre las suyas. Le contó que la noche anterior Justin Kramer había comprado la cena en Shun Lee West y la había llevado a su casa, y que la bromelia que él le había regalado estaba floreciendo.

—Tiene algo especial, Kate —dijo—. Me gusta mucho. Antes de conocerlo, me comentó que te había regalado la planta como detalle de bienvenida.

Entonces, mientras hablaba, Kate le apretó débilmente la mano durante un breve instante.

Cuando el doctor Patel entró a visitar a Kate, y Hannah le contó lo ocurrido, él dijo:

—No me sorprende. Desde que la fiebre remitió, Kate está realizando progresos increíbles. La inflamación del cerebro ha desaparecido por completo. Ya no hay rastro de la hemorragia. Poco a poco iremos retirándole la sedación; empezaremos a partir de hoy. Si va todo bien, mañana, o el sábado como muy tarde, estará en planta. Tengo grandes esperanzas de que recupere la conciencia. Aunque no recuerde el pasado más inmediato, y con eso me refiero a la explosión. Creo que conseguirá recuperarse del todo.

Mientras el médico hablaba, Kate volvió a apretar la mano a Hannah.

—¡Doctor, Kate intenta decirme que sabe que estoy aquí! —exclamó Hannah.

—Seguro que sí.

—Ahora tengo que irme a trabajar, pero no podría haberme dado mejores noticias. Gracias. ¡Muchas gracias!

Kate intentó mover los labios. «Hannah, quédate conmigo, por favor —quería decir—. No paro de tener esa pesadilla. No quiero tenerla más. No quiero estar sola».

A las siete de la mañana del jueves, después de ser interrogado durante toda la noche en la oficina del fiscal de Manhattan, dijeron a Jack Worth que podía marcharse. Cuando llegaron a su casa el día anterior, le leyeron sus derechos. Al principio dijo a los inspectores que no necesitaba un abogado y que estaría encantado de colaborar. Tras el impacto inicial de que se lo llevaran para interrogarlo, decidió que tenía una historia muy clara, sin lagunas, y que buscar un abogado a la desesperada lo haría parecer culpable.

Una vez y otra, a medida que pasaban las horas, respondió a las preguntas cada vez más insistentes de los inspectores.

—Cuando fue al complejo esta mañana, por la razón que sea, a primerísima hora, miró dentro del socavón y vio a esa chica que llevaba su medallón, ¿por qué salió corriendo? ¿Por qué no llamó al teléfono de emergencias?

—Nunca he olvidado el intenso interrogatorio al que me sometieron hace veintiocho años solo porque compré aquel maldito medallón de ocho dólares a Tracey con su nombre e intenté regalárselo —dijo—. Ella no lo aceptó pero le gustaba y me lo compró. Nunca salimos juntos. Nunca la vi llevando el collar. Me asusté porque sabía lo que pensarían ustedes. Vamos. Sométanme al detector de mentiras. No estoy preocupado.

La actitud de Jack cambió cuando empezaron a interrogarlo sobre Jamie Gordon.

—He leído algo sobre esa pobre chica. Están diciéndome que hace dos años estuvo en la furgoneta del aparcamiento entre la medianoche y las seis de la mañana, ¡y me preguntan si sé algo sobre eso! Yo era el jefe de fábrica, no el vigilante nocturno. Escuchen, he intentado seguirles el ritmo, chicos, pero ahora estoy cansado y voy a marcharme. —Se levantó—. ¿Alguien va a impedírmelo? ¿Estoy detenido?

—No, eres libre de irte, Jack —le dijeron—. Puede que queramos hablar contigo de nuevo, pero ahora puedes marcharte.

Un aterrorizado Jack Worth, convencido de que volvería a saber de los inspectores, salió a toda prisa de la sala.

Al abogado Noah Green le asqueaba sinceramente su cliente, Harry Simon.

—Bueno, en realidad no es un cliente nuevo. ¿Recuerdas que lo libré de una multa por exceso de velocidad hace un par de años? —preguntó a su mujer, Helen, el jueves por la mañana, mientras tomaban su habitual desayuno de café y *bagel* en su pequeño despacho en el Lower Manhattan.

Se habían conocido en la facultad de Derecho y se habían casado el día después de jurar su cargo en el Colegio de Abogados del Estado de Nueva York, hacía veintiséis años. Llenos de optimismo, habían abierto un despacho de abogados con el dinero que les habían dado sus familiares y amigos como regalo de boda. Por desgracia, Helen había sufrido varios abortos y no habían tenido hijos.

Ambos se habían ganado una buena reputación en la comunidad legal y tenían una trayectoria próspera. Helen Green se había dedicado al derecho de familia, y la mayoría de sus clientes eran mujeres. Muchas de ellas habían sido víctimas de la violencia de género o buscaban ayuda para que sus ex parejas se comprometieran en la manutención de los hijos. Los clientes de Noah solían ser personas que vendían o compraban propiedades, querían hacer testamento o intentaban librarse de pagar caras multas por infracciones cometidas con sus carísimos coches. La broma que se hacían entre ellos era que los casos de Helen acababan siendo de beneficencia, mientras que los clientes de Noah pagaban las facturas.

Aunque Noah y Helen tenían el acuerdo tácito de no hablar nunca de sus casos mientras comían, la noche anterior Noah había comentado a su mujer la visita a Harry Simon y que no sabía si dar a la policía la información que Simon decía tener sobre la noche en que había desaparecido Tracey Sloane.

Helen se había sentido horrorizada ante la idea de que su marido representara a un asesino cuyo crimen había sido captado por una cámara de seguridad.

—Noah, quiero que te retires del caso —le había suplicado ella—. No lo necesitamos. Si Simon te ha dicho que des esa información a la policía, hazlo y se acabó.

—Helen, ese tipo me gusta tan poco como a ti. Ni siquiera me alegra que se haya librado de la multa por exceso de velocidad. Puede que el radar de mano no funcionara bien, pero creí al joven policía de tráfico cuando declaró que Harry iba conduciendo como un loco y casi se carga a una familia con niños que iba en un monovolumen. Pero, Helen, este es un caso muy importante. Simon no puede pagar mucho, pero tiene derecho a un abogado, y la publicidad podría proporcionarme muchos clientes, sobre todo si le consigo un trato más favorable gracias a la información sobre Sloane.

Noah y Helen recordaban que ambos estaban estudiando en la facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York cuando Tracey Sloane desapareció. De vez en cuando iban al Tommy's Bistro, donde trabajaba Tracey en el momento de su

desaparición, e incluso habían comentado entre ellos si alguna vez ella los habría atendido. Al final llegaron a la conclusión de que, las pocas ocasiones en que estuvieron allí, su camarera había sido una mujer mayor que ella con un fuerte acento italiano.

—Está bien, Noah —dijo Helen a regañadientes—. Me parece bien que quieras representarlo. —Y añadió con preocupación—: Pero no esperes que me emocione el tema.

Noah había pasado una noche muy inquieta. No estaba seguro de que fuera buena idea contar a la policía la historia de Simon sobre el hecho de que Tracey Sloane subió a una furgoneta que pertenecía a una fábrica de muebles. Pero el jueves por la mañana, mientras se terminaba el *bagel* y el café, decidió que Simon, en realidad, no tenía nada que perder. El caso de lo ocurrido en el Lower East Side lo llevaría a prisión por el resto de sus días. La única oportunidad que tenía de librarse de la cadena perpetua sin fianza era la información sobre el caso Sloane.

—Helen, esta tarde me pondré en contacto con la oficina del fiscal del distrito para contarles lo que me ha dicho Simon. Quiero dejar listas un par de cosas antes de llamar.

A las doce y dos minutos, Helen entró a toda prisa en el despacho de Noah.

—Pon la tele, rápido. Hay una rueda de prensa con la policía que tienes que ver. El titular decía que era sobre Tracey Sloane.

Noah agarró el mando a distancia y encendió el televisor. La pequeña pantalla que tenía en la pared de su despacho se iluminó. La rueda de prensa estaba a punto de empezar. Escuchó la voz solemne del portavoz de la policía anunciando que había sido confirmado, por la oficina de análisis forense, que los restos de la desaparecida Tracey Sloane habían sido encontrados en el complejo de mobiliario Connelly, en Long Island City.

«La explosión de la semana pasada abrió un profundo socavón en la parte trasera de la propiedad, y un miembro del equipo de retirada de escombros descubrió los restos a las cinco de la tarde del día de ayer. —El portavoz prosiguió—: A este respecto, podemos darles información limitada. Nuestra investigación ha revelado que un vagabundo, Clyde Hotchkiss, veterano condecorado de la guerra de Vietnam, vivió durante varios años en una furgoneta accidentada que se encontraba en la parte trasera de la propiedad de los Connelly. Antes de su muerte en el Hospital Bellevue, de Manhattan, anterior al descubrimiento de los restos de Tracey Sloane, Hotchkiss fue interrogado sobre la desaparición de Jamie Gordon, la estudiante de la Universidad de Barnard cuyo cuerpo fue hallado en el East River hace un año y medio. Un cuaderno con su nombre fue encontrado en la furgoneta después de la explosión. La señorita Gordon estaba entrevistando a personas sin techo como parte de un proyecto universitario en el que trabajaba cuando desapareció».

«¿Hay alguna relación entre los dos casos?», preguntó un periodista a gritos.

«Por favor, permítanme acabar —respondió el agente—. El señor Hotchkiss

reconoció que la señorita Gordon había subido a la furgoneta y había intentado hablar con él. Reconoció haberse enfadado muchísimo y haberle pegado un puñetazo en la cara. Dijo que ella se había ido corriendo y que, pasados unos minutos, la había oído gritar pidiendo ayuda. Antes de morir, negó con contundencia haberla seguido o haberle causado más daños».

El portavoz miró directamente al periodista que le había lanzado la pregunta.

«Llegados a este punto, no sabemos si el señor Hotchkiss estuvo implicado en la desaparición de Tracey Sloane. No sabemos si vivía allí hace veintiocho años. El hecho de que los restos de la joven hayan sido hallados a solo unos metros de la furgoneta puede tener o no trascendencia. Podemos afirmar, no obstante, que Clyde Hotchkiss es un claro sospechoso por la muerte de Jamie Gordon».

—Helen, ¡acaban de decir que los restos de Tracey Sloane han sido descubiertos en el complejo de Imitaciones de Muebles Exclusivos Connelly! —exclamó Noah.

—Sí, lo he oído. Ya sé qué estás pensando.

Mentalmente, Noah Green vio otra vez la expresión huidiza de Harry Simon mientras le contaba que Tracey Sloane había subido por voluntad propia a una furgoneta de muebles de color negro con letras doradas en el lateral y la palabra «imitación».

Ese monstruo decía la verdad, pensó Noah. Esta información se ha hecho pública hace solo un par de minutos. Noah sacó el móvil y llamó al inspector Matt Stevens, quien había interrogado a Simon el día anterior.

—¿Qué pasa, Noah? —preguntó.

—Pasa que voy para allá para hablar contigo. Puedo darte información útil que Harry Simon me ha facilitado referente a la desaparición de Tracey Sloane, y no es lo que estás pensando. Aunque él no lo hizo, podría ser un valioso testigo. Cuando estuve ayer con él, me dijo que podía describir el vehículo al que ella se subió, por voluntad propia, la noche en que desapareció. Pero no hablará hasta que le aseguren un acuerdo de reducción de condena en el caso del Lower East Side. No es idiota. Ya sabe la clase de prueba que tenéis con esa cinta.

—La idea de que ese monstruo pase un día menos en prisión me pone enfermo —respondió Stevens—. Y en realidad yo no tengo esa autoridad. La autorización tiene que proceder del fiscal en persona o de uno de sus ayudantes de confianza.

—Bueno, pues llámalos ahora. Pero te aseguro que lo que Simon me contó fue antes de la rueda de prensa, y es de fiar. Y si alguien duda sobre el momento en que recibí esta información, me retiraré del caso como abogado y me presentaré como testigo. Puede que ese tipo sea escoria, pero esta vez te juro, como funcionario de justicia, que habló conmigo ayer. Y después de haber visto la rueda de prensa, creo que lo que te contaré va a ayudaros. Llegaré en unos minutos.

Noah Green se metió el móvil en el bolsillo y miró a su mujer.

—Deséame suerte —dijo.

Al cabo de una hora, Noah se encontraba sentado en el impresionante despacho

de Ted Carlyle, el fiscal del distrito de Manhattan.

El inspector Matt Stevens, de expresión inescrutable, se encontraba junto a Carlyle. Tras manifestar su rechazo ante cualquier trato de favor a Harry Simon, el fiscal Carlyle accedió a ofrecer a Simon veinte años sin fianza por el asesinato de Betsy Trainer si la información sobre Tracey Sloane resultaba ser realmente valiosa.

—Si al final no sirve de nada, volveremos a la cadena perpetua sin fianza —afirmó Carlyle con contundencia—. Lo enterraré en vida.

—Sin duda lo entenderá —respondió Green.

—Está bien —dijo Carlyle—. ¿Cuáles son los detalles que conoce?

—Siguió a Tracey Sloane a la salida del restaurante la noche en que desapareció. La vio subir a una furgoneta de transporte de muebles a un par de manzanas de allí.

Noah se regodeó con la cara de sorpresa de ambos hombres.

—La furgoneta se detuvo en el semáforo. Alguien dentro la llamó. La puerta se abrió y ella entró por propia voluntad. Desde donde estaba, Simon no pudo ver al conductor, pero observó que era una furgoneta negra con letras doradas en un lateral y la palabra «imitación». —Noah habló en tono firme—. Como ya he dicho antes, quiero que comprueben a qué hora estuve ayer por la tarde con Simon. Lo dejé justo antes de las cinco. Los restos de Tracey Sloane se descubrieron unos minutos después en un socavón del complejo de Mobiliario antiguo de imitación Connelly.

—¿Por qué Simon no le contó esto a Nick Greco la primera vez que lo interrogaron en el momento de la desaparición de Sloane? —exigió saber Carlyle.

—Yo le hice exactamente la misma pregunta —respondió Noah—. Me dijo que tenía miedo de que saliera a la luz parte de su pasado y acabara convirtiéndose en sospechoso.

—En eso tiene razón —espetó Carlyle.

Sammy era uno de los muchos vagabundos que fue interrogado por la policía por si conocía al sin techo que se llamaba Clyde. Al principio dijo que nunca había oído hablar de él. No quería meterse en líos. Pero, cuando uno de sus amigos le chivó que por la tele habían dicho que Clyde podía haber matado a un par de chicas, Sammy sintió la obligación de cumplir con su deber como ciudadano.

Tony Bovaro era un joven policía del distrito de Chelsea que solía despertar a Sammy cuando lo veía durmiendo en la entrada de algún edificio o cerca de alguna casa. Le decía: «Venga, Sammy, ya sabes que no tendrías que estar aquí. Muévete antes de que te meta entre rejas».

En esta ocasión fue Sammy quien fue en busca del agente. El jueves por la tarde se acercó al coche patrulla donde se encontraban Bovaro y su compañero de trabajo.

—Tengo algo que contarle, agente —dijo Sammy intentando disimular el hecho de que estaba bastante borracho.

—Hola, Sammy. Hacía un par de días que no te veía —dijo Bovaro—. ¿Qué pasa?

—Debería echarle un vistazo al moratón que tengo en la barbilla.

El agente de policía de veinticuatro años salió del coche patrulla y observó de cerca la cara de Sammy, cubierta de roña, manchada y sin afeitarse. Pero entonces vio el feo y negruzco moratón en la hinchada barbilla. Esto aumentó su interés.

—Tiene muy mala pinta, Sammy. ¿Qué ha pasado?

Sammy se dio cuenta de que el policía lo escuchaba con respeto.

—Ese tipo, Clyde, el tío que creen que mató a esa estudiante universitaria, casi me mata la semana pasada. Maldito sea. Intenté dormir a su lado, pero él no quería que estuviera allí. Y cuando le dije que no pensaba largarme...

Sammy hizo una pausa y no mencionó que había tirado a propósito la botella de vino que Clyde estaba bebiendo.

—Bueno, la cuestión es que me dio un puñetazo tan fuerte que casi tuve que ir al hospital, pero no fui. Ese tío era malo. Estaba loco. Oí que reconoció haberle pegado un puñetazo a esa chica, pero apuesto a que la mató. No sé nada del otro asesinato, el de hace unos treinta años o algo así. Pero si él estaba por allí, y ella se cruzó en su camino, seguro que también la mató.

—Está bien, Sammy, tómatelo con calma —dijo el agente Bovaro, aunque su compañero ya estaba cogiendo el transmisor para informar de que tenían nueva información sobre Clyde Hotchkiss.

Una hora más tarde, Sammy estaba en la comisaría local relatando su historia encantado de la vida. Mientras la contaba, iba embelleciéndola y aseguraba que los chicos de la calle tenían miedo a Clyde Hotchkiss.

—Lo llamábamos Clyde el Solitario —dijo Sammy al tiempo que su maliciosa sonrisa dejaba al descubierto varios dientes mellados. Luego echó hacia delante su

mandíbula para que los inspectores que todavía no la habían visto de cerca pudieran examinarla—. Clyde tenía un carácter horrible. Era un asesino. Me pegó de tal manera que ahora mismo yo podría estar muerto.

Cuando Sammy salió de la comisaría, lo siguió un periodista que lo había visto entrar y quería saber qué hacía allí.

—Era mi deber presentarme —respondió Sammy con decisión.

Después, embelleciendo aún más cómo se había librado de la muerte por los pelos, volvió a relatar su historia.

Nick Greco pensó en los casi veinte años que había trabajado en el caso Sloane. Su determinación de resolverlo era bien conocida por todo el departamento, así como el hecho de que se había llevado una copia del expediente al jubilarse.

Con el descubrimiento de los restos óseos, el inspector Matt Stevens, quien había sustituido a Greco, lo mantenía informado sobre cualquier acontecimiento relativo al caso. Stevens le había contado con anterioridad que ni Harry Simon ni Jack Worth habían cambiado, de ningún modo, sus versiones sobre lo sucedido. Ambos negaban con rotundidad tener nada que ver con la muerte de Tracey.

—Nick, sabemos que Simon no tuvo tiempo de secuestrarla —dijo Stevens—. Y Worth afirmó que esa noche se fue a dormir a casa después de salir del trabajo. Hotchkiss reconoció haber golpeado a Jamie Gordon, y creemos que la mató. Por lo que sabemos, estaba en Long Island City hace veintiocho años. Podría haber estado pidiendo limosna en Manhattan la noche en que desapareció Tracey Sloane. Por aquel entonces, ya llevaba más de diez años desaparecido, y su esposa había dejado de buscarlo. Seguramente nunca sabremos si Hotchkiss mató a Sloane.

Nick Greco no creía que el vagabundo que había golpeado a Jamie Gordon tuviera nada que ver con la desaparición de Tracey Sloane. Su instinto le decía que el culpable había sido una persona del círculo de amigos de Tracey. Por todo lo que habían averiguado de ella, no pensaba que tuviera ningún romance en secreto ni que se dejase embaucar por un completo desconocido.

Durante todo el jueves, Nick repasó una vez más la lista de los amigos de Tracey, los compañeros de trabajo y los clientes que siempre pedían las mesas que ella atendía. Había más de cien personas en ese registro que había hecho hacía tantos años. Los había buscado en Google, uno por uno, para ver si alguno de ellos se había metido en líos durante los pasados veintiocho años.

Algunos ya estaban muertos. Otros se habían jubilado y se habían trasladado a Florida o Arizona. Ninguna de las personas a las que pudo seguir la pista había llevado una vida que no fuera normal y corriente.

Vio la rueda de prensa al mediodía y se preguntó si un hombre en su lecho de muerte habría dicho una mentira que era casi tan perjudicial para él como admitir que había matado a Jamie Gordon. Nick no lo creía. Si Hotchkiss iba a mentir, ¿por qué admitió que conocía a Jamie Gordon? Podría haber dicho que había encontrado su cuaderno en alguna calle de Manhattan y lo había recogido.

Habría sido una historia creíble, o al menos una coartada casi imposible de rebatir. Y lo habría exculpado, al menos a los ojos de su mujer y su hijo. Entonces ¿por qué admitió que le había golpeado y que no la había ayudado cuando pidió socorro?

Greco llegó a la conclusión de que Clyde Hotchkiss había dicho la verdad en su lecho de muerte.

A las tres en punto, Matt Stevens lo llamó para darle información nueva.

—Nick, podría perder mi trabajo por contarte esto —dijo.

—Ya lo sé, pero no será así porque quedará entre nosotros. ¿Qué has averiguado?

—El abogado de Harry Simon está tratando de llegar a un acuerdo con la policía. Su cliente ha dicho que siguió a Tracey Sloane aquella noche, pero que alguien que iba en una furgoneta la llamó y ella subió al vehículo por voluntad propia.

—¿A una furgoneta?

—Sí. Simon ha asegurado que era un vehículo para transportar muebles, de tamaño medio, negro y con letras doradas en un lateral, y que pudo leer parte de lo que ponía. Jura que la palabra «imitación» estaba escrita en la carrocería. Jack Worth, el jefe de fábrica en el momento de la explosión, trabajaba por entonces en Mobiliario antiguo de imitación Connelly como ayudante de contabilidad. Vamos a ver si quiere volver a la oficina del fiscal para responder a algunas preguntas. Ahora sí que le interrogaremos a fondo. Esperemos que no haya buscado un abogado.

—De acuerdo, gracias, Matt. Mantenme informado.

Cuando terminó de hablar, Nick Greco se quedó sentado un minuto largo frente a su escritorio. Pensó en la relación que podía haber entre la fábrica de Mobiliario antiguo de imitación Connelly y las personas a las que había interrogado cuando desapareció Tracey Sloane.

Entonces, prácticamente dando un salto de la silla, recordó uno de los nombres. Connor Connelly. Connor había cenado en el Tommy's Bistro varias veces, recordó Greco. Algunos compañeros de Tracey nos dijeron que Connelly siempre pedía sentarse a una de las mesas que ella atendía. Y él era uno de los hombres que estaba en la foto que Tracey tenía sobre la cómoda de su cuarto. Pero su nombre había sido eliminado de la lista de personas a las que interrogar cuando se supo que había muerto en el accidente de barco semanas antes de la desaparición de Tracey. Esto era lo que intentaba recordar, se dijo Nick. Vi su nombre en la lista original cuando volví a repasarla ayer.

Esta vez, cuando encendió el ordenador, Nick empezó a buscar cuanto pudo sobre Connor Connelly y su familia.

El jueves por la mañana, en lugar de esperar la llamada que sabía que recibiría, Douglas Connelly llamó al hombre que estaba «furioso por algo».

—Tendrás tu dinero, aunque todavía no estoy convencido de ser culpable de lo que me acusas —dijo Connelly intentando parecer tranquilo pero apretando el puño de forma involuntaria—. Estoy seguro de que tu cliente puede enviar un montón de matones a por mí, pero eso no hará que consigas ni un centavo. En el pasado ya te he dado muchas, llamémoslas «propinas», así que puedes permitirte esperar un par de semanas. Te lo pagaré todo. Y lo haré sin abusivos intereses de demora, debo añadir.

Se quedó escuchando y luego dijo:

—Voy a presentar una demanda contra la aseguradora. Gus Schmidt y solo él provocó el incendio. Cuando mi hija lo llamó, y solía hacerlo como amiga, Gus decidió que había otra forma de hacerme daño por haberlo despedido. Nunca pensó que él moriría en la explosión. Pero sí planeaba dejar allí a mi hija para que muriera. Y fue ella quien lo sacó, aunque estaba muy malherida. Además, tengo planes para vender la propiedad a un contratista. He insistido en que me dé un adelanto de cinco millones de dólares, que llegará dentro de poco.

Volvió a quedarse escuchando y después añadió:

—Por cierto, con toda la bronca que me echaste el otro día, no dijiste nada sobre la última propina que te envié. Me juego la vida a que te vino muy bien.

Cuando puso fin a la conversación, Doug oyó el ruido de la llave en la puerta de entrada. Sandra había llegado. Eran solo las ocho y cuarto. No estaba listo para que regresara. Quería ir al hospital a ver a Kate y no le apetecía que Sandra lo acompañara. Inspiró profundamente. Bueno, ya que está aquí, que me haga otra vez el desayuno, pensó. Además, es probable que Hannah esté en el hospital entre las ocho y las nueve y cuarto. Siempre pasa por allí antes de ir a trabajar. No quiero encontrarme con ella, se dijo Doug. Ha estado muy desagradable conmigo y ya me tiene harto.

—¿Dougie...? ¿Dougie...?

—Estoy aquí —dijo en voz alta.

Escuchó el repiqueteo de los tacones mientras ella se acercaba a toda prisa por el pasillo hasta la biblioteca. Cuando apareció en la puerta llevaba su vestimenta habitual de las mañanas: un jersey ajustado y unos vaqueros aún más ajustados. Era un día soleado, y a Douglas le pareció que incluso desde lejos la gruesa línea negra perfilada en los ojos de Sandra resultaba muy inapropiada. Pensó por un instante que al portero debía de haberle sorprendido verla llegar tan temprano. Doug ya sabía que los trabajadores del edificio siempre andaban chismorreando sobre el tema y sospechaba que las chicas que lo visitaban eran objeto de gran interés para el personal.

Sandra atravesó la habitación con el clac-clac de sus tacones y los brazos

extendidos.

—Oh, Dougie, no he podido dormir en toda la noche pensando en todos los problemas que tienes. —Le dio una palmadita en la mejilla—. Hoy no nos hemos afeitado.

Doug la apartó.

—Vale, Sandra. No estoy de humor para mimos.

—Eso es porque no has desayunado. Sé dónde se me necesita. —Hizo un saludo militar—. Su chef a su servicio. Señor, sí, señor.

Douglas Connelly se la quedó mirando hasta que salió de la biblioteca y se dirigió a la cocina. Entonces se levantó y cerró la puerta. Tenía que hablar con Jack Worth y averiguar qué le pasaba. Tendría que haber respondido cuando me llamó ayer, pensó. No le dejé un mensaje cuando intenté localizarlo, pero tiene que haber visto mi número en el registro de llamadas perdidas.

Doug apoyó la mano en el teléfono fijo. Me da igual lo modernos que sean los móviles, pensó. Creo que los aparatos antiguos son más sencillos y no pierden la cobertura. Se le secó la boca. La valentía que había sentido al prometer la rápida devolución del dinero desapareció. Seis meses atrás había rechazado la oferta que le hicieron para comprarle la propiedad. A lo mejor ese fabricante había encontrado otra nave que comprar.

Y había algo más. Casi todas las noticias de la noche anterior hablaban del hallazgo de la libreta de Jamie Gordon en la furgoneta y del cuerpo de Tracey Sloane en el socavón del aparcamiento. Era como si la policía pensara que ese vagabundo, Clyde Hotchkiss, las hubiera matado a ambas. Antes de morir, Hotchkiss reconoció haber golpeado a la chica apellidada Gordon. Incluso un peón de obra que había trabajado con Hotchkiss cuando este volvió de la guerra de Vietnam aseguró que Hotchkiss lo sabía todo sobre conductos de gas y que seguramente tenía los conocimientos necesarios para provocar una explosión.

Un motivo más para la compañía de seguros, pensó Doug. Tienen que pagarme. Tienen que pagarme.

Todavía tenía la mano sobre el teléfono. ¿Debería llamar a Jack?, se preguntó. ¿Por qué no me ha devuelto la llamada? En cuanto supo que intentaba localizarlo, tenía que haber cogido el teléfono para ponerse en contacto conmigo. Sabe muy bien que no puede ignorarme.

Doug tomó el aparato y lo levantó. Jack respondió tras el primer tono.

—Están ocurriendo cosas muy raras, ¿verdad, Doug? —dijo en un tono a un tiempo preocupado y sarcástico.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que me han tenido toda la noche en la oficina del fiscal del distrito, interrogándome.

—¿Tienes abogado? —Preguntó Doug—. Porque si no tienes, deberías conseguir uno.

—No, Doug, no tengo abogado y no lo necesito. Como ya les he dicho a los inspectores, no tengo nada que ocultar y me he mostrado dispuesto a responder a sus preguntas. No ha habido ningún problema.

—Eres idiota —espetó Doug, y luego colgó de golpe.

* * *

Dos horas después, duchado y afeitado, satisfecho con el magnífico desayuno que Sandra le había preparado y sabiendo que la chaqueta de *tweed* hecha a medida y con coderas de cuero le sentaba como un guante, Doug llegó al hospital en compañía de Sandra.

El médico ya se había marchado, pero la enfermera jefa estaba en la recepción de la UCI y tenía buenas noticias que darle.

—El doctor Patel ha dicho que vamos a despedirnos de nuestra paciente —dijo—. Mañana por la mañana subirán a Kate a planta. Allí ya no recibirá más sedación. ¿Verdad que son buenas noticias?

—No podrían ser mejores —respondió Doug, animado—. Estoy seguro de que habrá alguna habitación privada y bastante cara. Quiero una para mi hija.

—Puedo encargarme de eso, señor. Sí, esas habitaciones son muy bonitas. Se sentirá como durmiendo en su propia cama.

Sandra había entrado de puntillas en el cubículo de Kate.

—Creo que está empezando a salir del coma —comentó entre susurros—. Me parece que está recordando el accidente. Acaba de murmurar algo así como: «No, por favor... No...».

Doug se agachó y besó a Kate en la frente.

—Papá está aquí, mi niña —dijo para tranquilizarla—. Papá siempre estará contigo.

Cuando Doug y Sandra volvieron al piso, la luz del contestador del teléfono fijo parpadeaba.

—Voy a ver quién ha llamado, Dougie —dijo Sandra.

Él le agarró el brazo.

—Me gusta consultar mis mensajes.

—Dougie, me haces daño. Me saldrá un cardenal. Me pasa con facilidad. Bueno, pues escucha tú el contestador. —Se alejó taconeando con un staccato furioso sobre el suelo de mármol y cruzó el pasillo a toda prisa en dirección a la habitación—. ¡Y pienso recoger mis cosas e irme a casa! —gritó—. ¡Ya estoy harta de aguantar tu malhumor por hoy!

Pues vete y que te den, pensó Doug. Presionó el botón de encendido del contestador. Era quien temía. La voz hablaba con demasiada simpatía.

—Doug, en cuanto a la conversación que hemos tenido antes, creo que te has pasado un poco con tus comentarios. Espero que me pagues como te indiqué. He comprobado algunas cosas. Hace unos meses me dijiste que te habían hecho una oferta por la propiedad y me comentaste de quién se trataba. Me dijiste la verdad, y eso está bien. Me diste los detalles importantes, incluido lo del pago por adelantado que estaban dispuestos a realizar. Pero ahora hay un problema. Compraron otra nave en Long Island City hace un mes, así que ya no necesitan tu propiedad. —Hubo una pausa—. Para que lo sepas —proseguía el mensaje—, también entiendo que quizá no puedas cobrar el dinero de la póliza. Eso es una verdadera pena. Quiero ser claro contigo: estoy dispuesto a darte una semana más para reunir lo que me debes. Todo. Una semana y nada más.

El clic resonó en su oído como un disparo. Oyó a Sandra regresar por el pasillo. Esta vez su actitud era distinta.

—Dougie, lo siento. Ya sé lo preocupado que estás. Llama a Bernard, dile que nos lleve a Westchester y comemos en alguna pensión agradable en esa zona.

—No puedo hacerlo —dijo Doug en un tono comedido y tranquilo—. En cuanto Kate esté instalada en su habitación privada, iré al hospital a verla. —Miró a Sandra—. Y voy a ir solo.

A las diez de la noche del jueves, tras dar las buenas noches en el velatorio de Clyde a un grupo de amigos íntimos que todavía recordaban a su marido en sus mejores días, Peggy y Skip regresaron a casa. Celia y los chicos llegarían a la mañana siguiente en coche para el funeral. Madre e hijo vieron juntos una emisión en diferido de la rueda de prensa del mediodía, que estaban repitiendo en las noticias. Incluía la entrevista a un vagabundo llamado Sammy.

Ahogada por la rabia, Peggy llamó a Frank Ramsey a su móvil.

—¿Cómo ha podido hacer algo así? —Exigió saber—. ¿Cómo ha podido? Confiaba en usted. Usted lo sabe. Clyde le dijo todo cuanto sabía sobre Jamie Gordon. Reconoció haberla golpeado. —Elevó la voz hasta gritar—: ¡Le confesó lo que sabía! ¡Lo hizo en su lecho de muerte! Declaró que Jamie había saltado de la furgoneta y que la había oído gritar pidiendo ayuda. Clyde bebía mucho. Lo único que quería era dormir, pero esa tal Gordon no hacía más que molestarlo. Él solo quería librarse de ella. ¡Usted sabe que no la mató!

—Señora Hotchkiss, entiendo que esté disgustada, pero no sabemos si él no la mató.

—¡Yo sé que él no la asesinó! Escuche lo que dijo ese asqueroso vagabundo. ¡Incluso él reconoció que Clyde no intentó seguirlo! ¡Me ha traicionado, Frank Ramsey! Me pidió que lo convenciera para que respondiese a sus preguntas en el lecho de muerte. Ahora me arrepiento de haber preguntado a Clyde por esa tal Gordon. Lo siento por ella y por sus padres. Pero prácticamente usted ha anunciado que él es el asesino. Sin tener ni idea de dónde estaba Clyde hace casi treinta años, ha insinuado que quizá, y solo quizá, mi marido, un héroe de guerra herido, también fue el culpable de la muerte de Tracey Sloane. ¡Espero que esté contento, señor Ramsey! ¡Espero que esté contento! ¡Y váyase al infierno!

Frank Ramsey había tenido una semana muy larga. Celia y él acababan de meterse en la cama cuando recibió la llamada de Peggy Hotchkiss. Celia no oyó lo que Peggy estaba diciendo, pero sí supo que una mujer muy alterada estaba gritando a Frank.

Cuando la llamada finalizó, ella le preguntó:

—Frank, ¿qué ha pasado?

Frank Ramsey reflejó cada minuto de sus cuarenta y ocho años y más cuando respondió:

—Celia, mucho me temo que acabo de escuchar la voz de la verdad. He defraudado a la esposa de Clyde Hotchkiss. Creí a Clyde cuando dijo que no había seguido a Jamie Gordon al salir de la furgoneta. Todos estuvimos de acuerdo en descartar su nombre como posible sospechoso del asesinato de Tracey Sloane por un motivo muy concreto. Pero no era un motivo lo bastante bueno, y es culpa mía.

Mark llamó al despacho el viernes a las nueve de la mañana para decir que esperaba estar allí a mediodía, pero que en todo caso llegaría puntual a la reunión de la una. Nunca había hablado a sus jefes sobre Tracey. En esta ocasión, y con la máxima brevedad posible, explicó al socio principal del despacho que la Tracey Sloane que había salido en las noticias del día anterior y en los titulares de los diarios de ese día era su hermana.

Lo más rápido que pudo, pero sin resultar grosero, cortó la avalancha de condolencias que recibió por parte de su jefe.

—Ahora que sabemos que los restos de Tracey descansarán en el nicho familiar junto a los de mi padre, será mucho más fácil para mi madre y para mí —dijo.

Luego, una vez más, rechazó la comprensiva oferta de tomarse el día libre e insistió en asistir a la reunión.

Hizo la llamada mientras estaba sentado a la mesa del desayuno con su madre. Ella había llegado la noche anterior en el vuelo programado a las cinco de la tarde pero que se había retrasado a causa de la fuerte tormenta de nieve. La diferencia de una hora entre Nueva York y Chicago supuso que ya eran más de las diez cuando su madre llegó al aeropuerto de LaGuardia, y eran casi las once cuando recogieron las maletas y subieron a un taxi para dirigirse a su piso.

Al llegar, encontraron la mesa ya puesta y la comida que Jessie había comprado. Pasados unos minutos estaban compartiendo una bandeja de bocadillos variados, rodajas de piña y fresas, y la selección de pastelitos que Jessie les había preparado. Él le había dicho que lo primero que hacía siempre su madre cuando regresaba a casa después de haber estado fuera era prepararse una taza de té. La noche anterior, Mark había descubierto que el termo eléctrico ya estaba lleno de agua y la tetera, con las bolsitas dentro, dispuesta sobre el fogón.

A esa hora de la mañana, Martha Sloane, con un albornoz sobre su camión de algodón, dijo:

—No puedo creer que haya dormido hasta tan tarde, e incluso no puedo creer que haya conseguido dormir. Cuando llegué del aeropuerto, tenía miedo de pasar la noche en vela dándole vueltas a todo. Ni siquiera me di cuenta del hambre que tenía. Ayer no había comido más que una tostada en el desayuno. Pero después de esa maravillosa cena, y al encontrarme la cama lista, supongo que me relajé. ¡Oh, cómo lo necesitaba!

—Seguro que sí, mamá. Parecías agotada.

Mark ya estaba vestido para ir al despacho, solo le faltaba abrocharse el cuello de la camisa y ponerse la corbata. Le había contado a su madre que el miércoles por la noche había pasado por el piso de Hannah Connelly para explicarle lo de Tracey, y que una de las amigas de Hannah, Jessica Carlson, había bajado con él para acompañarlo mientras la llamaba por teléfono.

—Supongo que ya sabes que estaba bastante mal, mamá. Espero no habértelo puesto más difícil —dijo.

—No, y me alegro de que no estuvieras solo cuando me llamaste. Es bueno que hubiera una amiga contigo.

—Acababa de conocer a Jess —explicó—. Bueno, eso no es del todo cierto. Las conocí, a ella y a Hannah Connelly, la noche que me trasladé aquí, la semana pasada. Subimos juntos en el ascensor. ¿Te das cuenta de lo imposible que era imaginar que nosotros, unos perfectos desconocidos, nos encontrásemos y luego descubriéramos que la familia de Hannah era dueña de la propiedad donde hallaron el cuerpo de Tracey?

Al hablar de Tracey, usaba de forma deliberada la palabra «cuerpo». No quería que su madre tuviera que soportar la imagen de lo que habían encontrado en el socavón. Un esqueleto con un collar barato enroscado al cuello.

Se quedaron sentados en silencio durante un rato, y luego Martha dijo:

—Sí que parece imposible, Mark. ¿Recuerdas esa frase de Byron: «Más extraña que la ficción»?

—Sí, claro.

—«Es extraño, pero es verdad, porque la verdad es siempre extraña. Más extraña que la ficción».

—Sin duda puede aplicarse en este caso —señaló Mark con entusiasmo.

Estaba bebiendo la segunda taza de café. Sabía que estaban preparándose para lo que iba a ocurrir. Cuando su madre se hubiera vestido, irían a la oficina del forense para gestionar el traslado de los restos de Tracey a la funeraria de Kewanee. La semana siguiente se celebraría una misa funeral, y Tracey sería enterrada junto a su padre, a pocos kilómetros de su casa. Tracey por fin volvería a casa.

Retrasando el momento de volver a sugerir a su madre que podía ir solo a la oficina del forense, dijo:

—Mamá, Jess es abogada. Es muy inteligente y muy amable.

El instinto materno de Martha Sloane le indicó que a su hijo le gustaba mucho esa chica.

—Me encantaría conocerla en algún momento, Mark. Háblame de ella.

—Tiene treinta y tantos años. Es alta, delgada, con una bonita melena pelirroja que le llega hasta los hombros.

No le contó que, al colgar el teléfono tras hablar con ella la otra noche, había roto a llorar sentado a la mesa y había hundido la cara entre las manos. Jessie se había agachado, lo había abrazado y le había dicho: «Suéltalo, Mark. Necesitas llorar».

Más tarde, cuando Jessie supo que no había cenado, había preparado unos huevos revueltos para ambos. Y el día anterior lo había llamado para saber cómo estaba. Cuando supo que su madre llegaría bastante tarde, le preguntó si le parecía bien que le dejase en su piso algo ligero para comer.

—Estoy segura de que no querrá cenar nada fuerte —dijo Jessie—, así que, si

dejas las llaves en el buzón de Hannah, os llevaré algo de comida para los dos. En el barrio hay una tienda de exquisiteces que seguramente todavía no conoces. Compraré algo allí. En cualquier caso, Hannah y yo saldremos a cenar por esa zona, así que no me supone ningún problema.

Tras escuchar la descripción de Jessie, Martha Sloane echó la silla hacia atrás.

—Bueno, Mark, antes de que vuelvas a sugerir que me quede esperándote y que te encargarás de los preparativos del velatorio, voy a ducharme y a vestirme. Haremos esto juntos.

Mark sabía que no valía la pena discutir. Recogió la mesa, metió los pocos platos del desayuno en el lavavajillas y fue al comedor a esperar a su madre. Tenía la sensación de que había algo distinto en la sala. Echó un vistazo y se dio cuenta de lo que era. Los cuadros que había dejado en el suelo para colgarlos durante el fin de semana ya estaban en la pared, en el lugar exacto que él había previsto.

Evidentemente, Jessie también se había encargado de eso. La invitaré a cenar con mamá y conmigo esta noche, pensó. Sé que mamá quiere conocerla y darle las gracias por sus atenciones. Y yo también. Voy a llamarla ahora mismo.

Cuando entró en su habitación para hacer la llamada y coger la chaqueta y la corbata, Mark dio un salto de alegría como no había dado desde antes de que Tracey se marchara de casa. Desde la época en que le lanzaba las bolas en el patio trasero o cuando lo llevaba al cine y le compraba golosinas o palomitas. O las dos cosas.

Cuando empezó su búsqueda sobre la familia Connelly el jueves por la tarde, Nick Greco no pensó que encontraría un montón de material sobre Dennis Francis Connelly, el inteligente, poderoso y excéntrico abuelo de Kate y Hannah Connelly.

Se habían escrito decenas de artículos sobre él. Relataban sus humildes orígenes en Dublín, donde Dennis había sido un niño de la calle detenido en numerosas ocasiones por pillaje. Después de permanecer en el colegio el tiempo suficiente para llegar a octavo curso con dieciséis años, acabó el instituto en solo dos años, le concedieron una beca para ir al Trinity College y se graduó *summa cum laude* en menos de tres años.

Sus fotos de adolescente y de cuando tenía veintitantos mostraban a un joven delgado, más bien alto, serio y con una mirada cargada de resentimiento.

Tenía todo el derecho de sentir resentimiento, pensó Greco mientras leía que el padre y el tío de Connelly, que eran gemelos, habían muerto cuando contaban solo veintiséis años, tras quedar atrapados en un incendio en la deprimente fábrica donde trabajaban siete días a la semana.

La madre de Dennis tenía veinticuatro años y estaba embarazada de seis meses cuando su esposo murió. Tres meses después nacieron dos gemelos varones, tan pequeños y desnutridos que solo sobrevivieron unos días. Pasados siete años, Dennis empezó a mantener a su madre, que estaba muy débil y triste, combinando mendicidad y trabajos extraños. Y algunas veces robando.

Cuando Dennis cumplió diez años, una amable mujer que no podía vivir sola contrató a su madre como asistenta. Y dio a ambos un hogar. Enseguida se dio cuenta de lo listo que era el chico y lo convenció para que volviera al colegio.

Era un hombre malhumorado y orgulloso, pensó Greco mientras leía el resto de los artículos sobre los primeros años en la vida del fundador del complejo Connelly.

Leyó rápidamente los relatos sobre la travesía en barco de Dennis rumbo a Estados Unidos y cómo consiguió un trabajo en Wall Street y empezó a amasar una fortuna.

Al llegar a ese punto de la investigación, Nick apagó el ordenador y volvió a casa con el tren de siempre. El viernes a las ocho de la mañana estaba de nuevo sentado frente a su escritorio y retomó la búsqueda en internet.

Su interés aumentó cuando leyó que Connelly finalmente se había casado a los cincuenta y cinco porque, en sus propias palabras: «A un hombre le gusta saber que sus herederos disfrutarán de los frutos de su trabajo».

No es que sea la razón más romántica ni la mejor para casarse, pensó Greco mientras observaba con detenimiento la foto de boda de Dennis Connelly y su novia de treinta y cinco años y mirada tímida, Bridget O'Connor.

Según el anuncio de nacimientos de *The New York Times*, su hijo Douglas nació el 31 de diciembre de ese año. Un año después se celebró el primer cumpleaños de su

hijo Connor, en enero, en el apartamento que Dennis tenía en el centro de Manhattan.

¿Por qué?, se preguntó Nick. Un año después también sería el primer cumpleaños de Douglas. ¿Connor era adoptado? La respuesta le llegó cuando leyó un artículo en un humilde boletín religioso. Dennis Connelly había desnudado su alma frente a un comprensivo sacerdote. Había compartido con él que sus hijos eran gemelos idénticos: uno nació el 31 de diciembre; el otro, cuatro minutos después, el 1 de enero del año siguiente.

Contaba que había vivido con el miedo constante de lo que consideraba una maldición familiar. Según explicó, esta empezó cuando su padre y el gemelo de su padre murieron en el incendio de una fábrica y siguió cuando sus hermanos gemelos fallecieron al poco tiempo de haber nacido. Mi madre nunca tuvo suficiente para comer mientras estaba embarazada de ellos, dijo Dennis Connelly al sacerdote.

Después reconoció que, como sus gemelos habían nacido en años distintos, había albergado la esperanza de evitar la maldición que había recaído sobre su padre, su tío y sus hermanos gemelos. Explicó que jamás se refería a sus hijos como gemelos, ni había permitido que nadie más lo hiciera. «Nunca los vestimos igual. Nunca celebramos sus cumpleaños al mismo tiempo. Y siempre fueron a colegios distintos».

Después de todo lo que había leído sobre la vida de Dennis Connelly, Nick Greco tenía claro que las terribles pérdidas que sufrió en sus primeros años habían tenido mucho que ver en la educación que había dado a sus hijos. Quería que fueran competitivos en todos los sentidos. Quería que fueran fuertes. Quería que jugaran al fútbol en equipos universitarios de distintas facultades. Si se lesionaban, esperaba que jugaran a pesar del dolor y que se recuperasen pronto. Incluso cuando eran niños, Dennis no se mostraba comprensivo si se quejaban por alguna enfermedad. Si se caían de la bici, los obligaba a montar de nuevo, de inmediato.

En una entrevista a Douglas cuando tenía veintiún años y acababa de licenciarse en la Universidad de Brown con honores tanto académicos como deportivos, le preguntaron:

—¿Siente que ha tenido una vida privilegiada?

—Sí y no —respondió—. Sé que, según el estándar general, soy un privilegiado. Por otro lado, recuerdo haber leído que el hijo del presidente Calvin Coolidge tuvo un trabajo durísimo durante un verano y un amigo le preguntó por qué lo hacía si su padre era el presidente de Estados Unidos. Su respuesta fue: «Si tu padre fuera mi padre, tú también lo habrías aceptado. Mi padre piensa igual que los demás. Nunca ha sido más tolerante que cualquier otro padre».

Greco se recostó en su silla durante un buen rato, impactado por lo que acababa de descubrir. El pasado es la respuesta, pensó. El pasado siempre ha sido la respuesta.

Para confirmar lo que ahora creía que sabía, Greco buscó en su ordenador alguna noticia sobre el funeral de Connor y Susan Connelly.

Hannah no sabía por qué se sentía tan incómoda. Justin la había llamado el viernes al mediodía.

—¿Cómo están tu padre y tu hermana?

—He visto a Kate esta mañana. Estaba inquieta, pero van a trasladarla a una habitación privada hoy, así que es evidente que está mejor. Eso es maravilloso.

—Hannah, pareces preocupada. ¿Cómo está tu padre?

—Me ha llamado hace una hora. Detesto decir esto, pero creo que está tan preocupado por el hecho de que Kate admita que Gus y ella provocaron la explosión que no le alivia el hecho de que su hija, mi hermana, vaya a recuperarse. En su caso, todo parece estar relacionado siempre con el dinero, y siempre será así.

—¿Cuándo volverás a ver a Kate?

—Todos los días paso por allí de camino al trabajo.

Después de que se despidiera de ella a regañadientes, Justin pensó si enviar flores a Kate, ya que iba a estar en una habitación privada. Pero entonces se le ocurrió una idea mejor. Cuando esté un poco mejor, le llevaré la bromelia a su habitación, se dijo. Satisfecho, volvió al archivador que tenía sobre el escritorio.

Allí tenía los documentos que había preparado para la estrategia inversora de una viuda que no tenía ni la más remota idea de cómo gestionar su considerable patrimonio. «Me limitaba a comprar cuanto quería con mi American Express —había dicho a Justin—, y mi marido, Bob, pagaba todas las facturas».

Bob ganaba una pasta, pensó Justin, y también gastaba mucho, pero era su dinero, estaba en su derecho.

Volvió a pensar en Hannah. Por lo que me cuenta, su padre ha vivido por encima de sus posibilidades durante mucho tiempo. No me extraña que esté preocupado porque le denieguen el pago de la póliza. Según me ha dicho ella, los muebles antiguos del museo estaban asegurados por casi veinte millones de dólares. Es un montón bárbaro de dinero para dejar que se te escape de las manos.

El viernes Frank Ramsey se despertó a las seis de la mañana, como siempre. Pese a la perturbadora llamada de Peggy Hotchkiss, había dormido bien, pues estaba agotado. Pero en cuanto se levantó le sobrevino la profunda sensación de haberla decepcionado. Se duchó, se vistió y bajó. El café estaba recién hecho y se sirvió una taza. Mientras bebía a sorbos, abrió la nevera y sacó una botella de zumo de naranja y una cajita de arándanos. Después fue a la despensa, miró los cereales que había y escogió uno.

—Siéntate —le dijo Celia—. Yo me encargo del desayuno.

No la había oído bajar, pero, como siempre, se alegraba de que estuviera allí. Llevaba su pijama de raso con el batín a juego, que le llegaba hasta las rodillas. Era uno de los regalos que él le había hecho en su último cumpleaños. La dependienta le había asegurado que a su esposa le encantaría el conjunto y, por suerte, no se había equivocado. A Ceil le encantó. Y a él le encantaba cómo le quedaba.

—Siento lo de la llamada de anoche —dijo ella como si nada mientras le servía el zumo de naranja—. Aunque, por lo que me contaste, puedo entender por qué la señora Hotchkiss estaba tan disgustada.

—Yo también —admitió Frank—. Ceil, no hay duda de que su marido reconoció haber golpeado a Jamie. Borracho o no, eso no estuvo bien, y claramente prueba que tenía un carácter irascible y era violento. —Él le dedicó una mirada de agradecimiento mientras ella le servía más café—. Y, Ceil, es muy probable que el tal Hotchkiss estuviera por la zona hace veintiocho años y se hubiera cruzado en el camino de Tracey Sloane. Todos los hombres de la lista con una posible conexión con Tracey han sido interrogados y vueltos a interrogar, y siempre llegamos a un callejón sin salida. Puede que Clyde sea el asesino. —Hizo una pausa—. Evidentemente, el departamento de bomberos no está implicado en esa investigación —aclaró.

—Parece como si intentaras convencerte a ti mismo de que Hotchkiss mató a una o a ambas chicas, pero no lo consigues —comentó Celia.

Frank se encogió de hombros.

—Creo que me conoces demasiado. Trato de convencerme a mí mismo. Pero me parece que hay algo que estamos pasando por alto.

Celia se sirvió una taza de café y se sentó frente a él. Sabía que su marido recurría a ella como espejo cuando pensaba en voz alta.

—¿Y qué crees que estáis pasando por alto? —preguntó.

—Bueno, por ejemplo, Lottie Schmidt.

—¡Esa pobre mujer! ¡Venga ya, Frank!

—Esa pobre mujer es una mentirosa consumada y una estafadora nata. La verdad es que Lottie Schmidt se ha inventado un cuento increíble para explicar que Gus pudiera pagar la casa en Minnesota. Según ella, Gus procedía de una familia de la aristocracia alemana y, cuando los nazis subieron al poder, les confiscaron la

propiedad familiar. Dice que él cobró una cuantiosa indemnización hace cinco años. Tenemos a un experto informático comprobando la historia. Ha prometido enviarnos un informe a mediodía como muy tarde.

—Yo creo que, de una forma u otra, Gus consiguió el dinero de manera honrada, pero a Lottie le preocupa tener problemas con Hacienda porque él no pagó los impuestos del dinero que recibió.

—En esa historia hay algo más —dijo Frank con firmeza—. Y en cierto modo creo que tiene que ver con todo el lío que rodea al incendio en el complejo Connelly y el hecho de que fue provocado.

Tres horas más tarde, el experto informático que había hecho el seguimiento de la historia de Lottie llamó a Frank mientras Nathan y él estaban consultando el correo electrónico en su despacho de Fort Totten.

—Frank, tengo todo el pasado de los Schmidt para vosotros. Acabo de enviároslo por correo electrónico. Os va a encantar. Coincide bastante con lo que tú sospechabas. Aunque ella no se lo inventó todo. En realidad contó algo muy parecido a la verdad. Parecido, pero no igual.

—Me muero de impaciencia —dijo Frank Ramsey—. Lottie Schmidt interpretó tan bien el papel de esposa de aristócrata, que Nathan y yo estuvimos a punto de besarle la mano cuando nos echó de su casa —añadió.

Intentando transmitir confianza, Jack Worth entró el viernes por la mañana en la misma sala de la oficina del fiscal de Manhattan en la que lo habían interrogado el día anterior. El inspector Stevens lo había llamado hacía menos de una hora para que volviera. Jack se sentó frente a Stevens y le comentó alegremente que sus encuentros empezaban a convertirse en costumbre. Y luego añadió con énfasis que no tenía nada que ocultar.

El interrogatorio empezó. Y fue igual que el día anterior. ¿Por qué no había llamado al teléfono de emergencias cuando miró el socavón y vio el medallón que había intentado regalarle a Tracey Sloane?

—Ya se lo dije ayer y se lo repito también hoy, y se lo repetiré mañana si todavía estamos aquí: estaba muerto de miedo. Está claro que tendría que haber llamado a emergencias. Era lo correcto. Pero ustedes me sometieron a un calvario de preguntas hace veintiocho años. Evidentemente debí suponer que no había forma de librarse de esto. Así que aquí estamos.

Durante dos horas, Matt Stevens repitió gran parte de las preguntas y luego se sacó un as de la manga.

—Jack, ya sabemos lo que le ocurrió a Tracey esa noche —dijo—. Hemos dado con un testigo ocular fiable que la vio subir a un vehículo por voluntad propia.

Stevens y los demás inspectores observaron con atención la reacción del hombre que creían que había recogido a Tracey aquella noche.

Pero Worth no pareció impresionado.

—Entonces ¿por qué ese testigo fiable no fue a la policía cuando ella desapareció? —preguntó con una expresión burlona—. Supongo que creían que me pillarían con esa estúpida historia.

—Subió a una furgoneta de tamaño medio para el transporte de muebles. Era negra con letras doradas en un lateral que decían: MOBILIARIO ANTIGUO DE IMITACIÓN —espetó Matt Stevens alzando la voz.

—¡No le creo! —gritó Jack Worth—. Está inventándose. Mire, ya le dije que me sometieran al detector de mentiras. Quiero que lo hagan ahora. Y luego me iré a casa, y ustedes pueden contarle ese cuento chino al próximo desgraciado que saquen de la calle.

Jack estaba a punto de decir a los policías que quería hablar con un abogado, pero su instinto le indicó que eso lo haría parecer culpable y se contuvo. Superaré la prueba del detector de mentiras y eso les demostraré, de una vez por todas, que no sé qué narices le ocurrió a Tracey Sloane, decidió. Y me da igual llegar a saberlo. ¡Menuda panda de escoria! ¿Es que creen que soy idiota?

A la una de la tarde del viernes, Frank Ramsey y Nathan Klein estaban en la entrada de la casa de Lottie Schmidt. No le habían avisado de que iban porque no querían que se pusiera en guardia. Tampoco querían que estuviese sentada con su abogado cuando llegaran.

Cuando les abrió la puerta, el rostro de Lottie reveló un gesto de desaprobación, aunque Frank percibió el miedo en el fondo de su mirada.

—Entren —dijo con voz apagada y preocupada.

Levantó la mano para enseñarles que sostenía el teléfono móvil.

—Estaba hablando con mi hija. Le diré que ya la llamaré luego.

Los condujo de nuevo hasta el comedor. Los álbumes y las fotos que les había enseñado el miércoles todavía estaban sobre la mesa. Sin haber sido invitados a sentarse, los jefes de bomberos tomaron asiento en las mismas sillas que habían ocupado con anterioridad.

Lottie no intentó alargar la conversación con su hija en privado. Habló por el móvil:

—Gretchen, los jefes de bomberos que estaban en el velatorio han venido a hablar conmigo otra vez. Te llamo después.

—¡Pon el altavoz y ya hablo yo con ellos! ¡Les diré lo que pienso de que estén acosándote!

Tanto Ramsey como Klein oyeron que Gretchen estaba gritando enfadada antes de que Lottie colgara y apagara el teléfono. Se sentó frente a ellos con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó.

—Señora Schmidt, me temo que hoy en día puede comprobarse la veracidad de cualquier historia —dijo Frank Ramsey en tono distendido. Hizo una pausa—. Incluida la suya. La realidad es que su marido sí se crio en la propiedad de los Von Mueller. Pero no era miembro de la familia ni heredero de ninguna fortuna. Su padre era uno de los jardineros, al igual que su abuelo y su bisabuelo. Augustus Von Mueller sí era un aristócrata, pero era hijo único y tenía cinco hijas.

Frank abrió el álbum de fotos y señaló las imágenes que Lottie les había enseñado.

—Sí, este es su marido con las niñas de Von Mueller. De niño jugaba con ellas. Cualquier parecido es pura coincidencia, porque todos eran rubios con ojos azules. Y cuesta encontrar algún parecido entre su marido y el mariscal de campo Augustus Von Mueller.

Ramsey hizo una pausa y luego prosiguió:

—Toda la familia Von Mueller fue detenida y sí que desaparecieron cuando Hitler subió al poder. El castillo y sus propiedades fueron confiscados por los nazis. A los sirvientes encargados del terreno se les dejó marchar. El padre de su esposo murió de

un infarto en esa época. Su marido fue criado por su propia madre, no por una amable enfermera que lo adoptó. Los objetos de valor recuperados tras la guerra fueron reclamados por un primo de los Von Mueller que al final los recuperó.

La expresión de Lottie Schmidt permanecía inmutable mientras escuchaba.

—Señora Schmidt, si su marido tenía buen gusto y era autoritario, era porque de niño observó ese comportamiento, no porque lo llevara en la sangre —dijo Klein—. ¿No cree que ya va siendo hora de que nos cuente de dónde sacó Gus el dinero para comprar la casa a Gretchen?

—Quiero llamar a mi abogado —dijo Lottie Schmidt.

Ambos jefes de bomberos se levantaron para marcharse. Cuando ya casi habían llegado a la puerta, ella los llamó:

—No. Esperen. Vuelvan. ¿Qué más da? Les contaré lo que sé.

Jack Worth intentaba parecer seguro de sí mismo mientras estaba conectado al detector de mentiras.

—Cuando vea los resultados se dará cuenta de que ha estado perdiendo el tiempo —dijo al inspector Matt Stevens—. Y que me lo ha hecho perder a mí —añadió.

—Eso ya lo veremos —dijo Stevens.

Empezó por hacerle la letanía habitual de preguntas sobre sus datos personales, que sabía que Jack contestaría con sinceridad. ¿Cómo se llama? ¿Qué edad tiene? ¿Dónde trabaja? ¿Cuánto tiempo lleva en esa empresa? ¿Está casado? ¿Tiene hijos?

Cuando hubo formulado las preguntas básicas, el inspector Stevens pasó a los temas que eran fundamentales para la investigación.

—¿Ha conducido alguna vez una furgoneta para el transporte de muebles perteneciente a la empresa Connelly?

—Ocasionalmente —respondió Jack enseguida—. Si estaban reparándome el coche, dejaban que me llevara a casa una de las furgonetas pequeñas.

A Matt Stevens le asqueaba que Worth pareciera tan seguro.

—¿De qué color son las furgonetas de Connelly?

—Negras con letras doradas. Al viejo Connelly le parecía una combinación elegante, y así se quedaron.

—¿Conducía una de esas furgonetas la noche en que desapareció Tracey?

—No. Me fui a casa, estaba cansado, y me metí en la cama.

Matt Stevens observó que los gráficos del ordenador que reflejaban las reacciones físicas de Worth eran bastante regulares.

—En cualquier caso —prosiguió Worth—, aunque hubiera aparecido con un Rolls-Royce, Tracey no se habría subido. Nunca se fijó en mí.

—¿Tiene idea de quién conducía una de esas furgonetas la noche en que ella desapareció?

—No.

Una vez más, Stevens no captó ninguna reacción fisiológica.

—¿Sabe si Tracey Sloane conocía a algún trabajador del complejo Connelly?

—No.

—Está bien. Pasemos a otro tema —dijo Stevens—. ¿Tuvo alguna vez algún contacto con Jamie Gordon?

El ordenador registró un cambio considerable.

—No, nunca.

—¿Sabe algo sobre lo que le ocurrió a Jamie Gordon?

—No —insistió Worth mientras el ordenador seguía registrando un importante cambio.

—¿Mató usted a Jamie Gordon? —exigió saber el inspector Stevens.

Cuando la reacción registrada disparó los gráficos del ordenador, Jack Worth se

arrancó los sensores del cuerpo y se levantó de un salto.

—¡Ya está bien! —gritó—. Creía que esto era sobre Tracey Sloane. Le han dicho a todo el mundo que ese vagabundo mató a Gordon. ¿De qué intentan inculparme? He sido claro con ustedes y he colaborado. Pero ahora voy a buscarme un abogado.

Kate se agitó. Sintió un bache y lo que fuera que transportaba se atascó.

¿Dónde estoy?, se preguntó. ¿Estoy soñando?

—La última habitación —dijo alguien—. La número seis.

Kate empezó a recordar. Se había encontrado con Gus en el aparcamiento. Habían entrado en el museo.

Olí a gas, pensó. Grité a Gus que saliera. Todo saltó por los aires. El museo saltó por los aires. Algo pesado nos cayó encima. Lo saqué a rastras.

¿Estaría bien Gus?

¿Por qué se puso tan nervioso cuando le pedí que nos encontráramos allí?

Creo que estoy en un hospital. Me duele la cabeza. Tengo sondas en los brazos. No he parado de tener la misma pesadilla. ¿Por qué?

Intentó abrir los ojos pero no pudo. Volvió a sumirse en un sueño profundo...

La pesadilla volvió a empezar. Solo que esta vez sabía cómo acababa.

Me agarró cuando yo intentaba bajar por las escaleras. Me atrapó. Yo grité: «¡Tú no eres mi papá! ¡Tú no eres mi papá!». Me tapó la boca con la mano y me llevó hasta el cuarto. Yo le daba patadas. Intentaba zafarme.

Él me tiró sobre la cama y me dijo: «Mira esto, Kate, mira esto». Entonces pegó un puñetazo al espejo de la cómoda de mamá, y el cristal se rompió, y él tenía la mano llena de sangre. Y dijo: «Eso es lo que te haré si vuelves a decirlo alguna vez».

Me levantó y me sacudió con fuerza. «Ahora repite, ¿qué es lo que no dirás nunca más?».

«Que no eres mi papá». Me puse a llorar. Estaba muerta de miedo. «Te lo prometo. Te lo prometo. No volveré a decirlo».

Pero sé que sí lo hice, pensó Kate. Se lo dije cuando se inclinó sobre mí en el hospital, después del accidente. Entonces oí que le decía a Hannah que yo había dicho que sentía lo de la explosión. Pero estaba mintiendo. Yo no dije eso.

Dije: «Tú no eres mi padre».

Tengo que contárselo a Hannah. Pero no puedo despertar. Lo intento, pero no puedo despertar.

Para confirmar sus sospechas, Nick Greco miró de cerca la foto del periódico del entierro de Connor y Susan Connelly. El funeral se había retrasado tres semanas para que Douglas Connelly estuviera lo bastante recuperado de sus heridas, le dieran el alta y pudiera asistir a la ceremonia.

Con aspecto débil y destrozado, y los ojos anegados en lágrimas, Doug Connelly estaba de pie junto a los ataúdes, con el puño izquierdo cerrado, mientras se pronunciaban las últimas oraciones en el cementerio.

Era la mano que Connor se había fracturado gravemente cuando jugaba al fútbol en la universidad, pensó Greco. A eso se refería Douglas cuando dijo en una entrevista que su hermano Connor se había lesionado y su padre había insistido en que siguiera ejercitando esa mano, flexionándola, para recuperar la fuerza. Pero luego su padre se había puesto furioso porque, después de que se le hubiera curado la mano, Connor desarrolló la manía de cerrar el puño.

A pesar de lo veterano que era, a Greco le impresionó lo que veía. La persona que estaba junto a los ataúdes con el puño cerrado... ¿Era posible que no fuera Douglas Connelly? ¿Que Douglas Connelly estuviera en un ataúd y su mujer en el otro? ¿Qué posibilidades había de que Connor Connelly fuera el único superviviente del accidente y hubiese visto en eso una oportunidad? ¿Era posible que hubiera usurpado la identidad a su hermano y se hubiese hecho pasar por Douglas?

El viejo Connelly, con sus viejas costumbres, había dicho en uno de esos artículos que su primer hijo estaba destinado a ser presidente y accionista principal de su empresa, y que sus descendientes la heredarían. El segundo hijo tendría un puesto en la compañía y una participación menor en las propiedades de la familia.

Douglas se había convertido en el presidente de la empresa a la muerte de su padre. No creo que Connor haya provocado el accidente, pensó Greco. Pero quizá, cuando ocurrió, vio una oportunidad y la aprovechó. Sabía que su hermano y Susan habían muerto. No permitiría que la empresa acabara en manos de Kate y Hannah. Cuando estaba en el hospital dijo que era Douglas y se salió con la suya.

Greco tenía delante la foto de grupo que habían encontrado en el piso de Tracey Sloane. Cuando miró la imagen de cerca, observó el puño cerrado de Connor Connelly sobre la mesa. Connor era un habitual del Tommy's Bistro. Había estado en la lista de personas a las que había que interrogar cuando Tracey desapareció, pero habían borrado su nombre porque había muerto en el accidente unas semanas antes. O eso era lo que habían creído.

¿Se habría convertido Tracey Sloane en una amenaza para Connor Connelly? ¿Por qué? La noche en que subió a la furgoneta, debió de creer que el conductor era su hermano, Douglas. De algún modo, Connor percibió que ella se había fijado en su costumbre de cerrar el puño y sabía que podía arruinarlo todo.

Greco presionó el botón de marcación rápida de su teléfono para llamar al

inspector Matt Stevens.

—Matt, creo que ya sé quién mató a Tracey Sloane.

Stevens escuchó y lo que oyó le sorprendió.

—Nick, tiene mucho sentido. Tracey Sloane habría aceptado tranquilamente la invitación de viajar con el señor Connelly; su hermano era uno de los clientes más amables del Tommy's Bistro. Pero veintiocho años después descubrimos sus restos en la propiedad. Sabemos que la explosión fue provocada. Por lo que estás diciendo, apuesto a que su cuerpo está ahí desde la noche en que subió a esa furgoneta.

—Matt, sugiero que esta vez llamemos al señor Connor Connelly, más conocido como Douglas Connelly, para hablar con él. Cómo me gustaría seguir en el cuerpo...

—A mí también me gustaría que siguieras.

—Matt, no sé por qué ni cómo, pero el instinto me dice que la muerte de Tracey y la de Jamie Gordon, así como la explosión en la que murió Gus Schmidt y que casi mata a Kate Connelly, están conectadas.

—Yo también lo creo, Nick. Lo averiguaremos. Te lo prometo. En cuanto cuelgue, llamaré a Connelly. Quiero tenerlo aquí hoy mismo.

La sensación de malestar de Hannah estaba convirtiéndose en verdadera inquietud. Algo iba muy mal. Lo sabía. Kate había estado más inquieta esa mañana. Todavía no la habían trasladado a la habitación privada. Algo o alguien la había asustado. No debería haberme ido, pensó. Sé que no debería haberla dejado sola. Intentaba comunicarse conmigo.

Me pregunto si papá ha pasado a verla hoy. Cogió el móvil y marcó el número del piso de su padre.

Sandra respondió al segundo tono de llamada. A todas luces molesta, dijo:

—Hannah, me gustaría saber qué está pasando. Tu padre está de muy malhumor desde ayer. Además, hace menos de veinte minutos ha llamado un inspector. He contestado yo al teléfono, y él ha preguntado por tu padre. Primero, tu padre me ha gritado por haber contestado. Luego me ha quitado el aparato de la mano. Supongo que el inspector le ha pedido que vaya a la oficina del fiscal del distrito, o algo así, para hablar con ellos, y entonces tu padre le ha gritado también a él. Le ha dicho que estaban conspirando contra él para que no recibiera el dinero del seguro. Luego ha soltado: «¿Qué quiere decir con eso de que Jack Worth ha colaborado mucho?». Finalmente ha colgado y ha salido a toda prisa. No me ha dicho adónde iba. Pero, Hannah, está perdiendo los nervios. Todo esto es demasiado.

—¿No tienes ni idea de adónde ha ido? —espetó Hannah.

—Supongo que ha ido a reunirse con esos inspectores. Ha repetido en voz alta la dirección que le han dado. Me he ofrecido a acompañarlo, pero casi me arranca la cabeza. Luego ha salido disparado.

»Hannah, ayer cuando volvimos del hospital, tu padre estaba muy disgustado a pesar de que Kate estaba mucho mejor y de que iban a trasladarla a una habitación privada. Cualquiera habría pensado que estaría feliz de que pronto se despertara. De todas formas, intenté convencerlo de que Bernard nos llevara a comer a una de esas pequeñas pensiones que hay cerca del río Hudson, ya sabes, las que están por West Point, pero no quiso ni oír hablar de ello. Se...

Hannah no podía seguir escuchando. Colgó y metió el móvil en el bolso. Pensó en la importante reunión ejecutiva que tenía programada para las cuatro sobre el desfile de primavera. Tendría que perdérsela. Echó la silla hacia atrás, se levantó, descolgó el abrigo de la percha y se lo colocó sobre los hombros antes de salir de su pequeño despacho. Se detuvo un momento en el mostrador de la recepción cuando iba corriendo hacia el ascensor.

—Tengo que ir al hospital. Tengo que estar con mi hermana. Diles que lo siento. Es que no puedo esperar más.

Le costó más de diez minutos conseguir un taxi.

—Al Hospital Manhattan Midtown —dijo con nerviosismo—. Por favor, dese prisa.

Alarmado, el conductor se volvió para mirarla.

—¿No irá a ponerse de parto o algo así, verdad, señora? —le preguntó.

—No. No. Claro que no. Mi hermana está ingresada allí.

—Siento oírlo, señora. Haré todo lo posible por llegar cuanto antes.

¿Habrán trasladado ya a Kate?, se preguntó Hannah veinte minutos después, cuando metió el dinero por la ranura de la mampara que la separaba del conductor, salió pitando del taxi y corrió hacia el hospital. Había cola en el mostrador de visitas, pero, disculpándose con las demás personas que esperaban, se coló hasta el primer puesto.

—Creo que mi hermana iba a ser trasladada hoy de la UCI a una habitación privada. ¿Dónde está?

—¿Cómo se llama?

—Connelly. Kate Connelly.

La recepcionista lo comprobó en su ordenador.

—Está en la habitación 1106. Su padre ha llegado hace unos minutos. Ahora debe de estar con ella.

Una sensación de pánico se apoderó de Hannah. Se volvió y corrió hacia los ascensores. Sin entender por qué estaba tan asustada, se dio cuenta de que estaba diciendo:

—Por favor, que esté bien. Por favor, que esté bien.

Connor Connelly salió del ascensor en la última planta del hospital. Desde el puesto de enfermería le indicaron que doblase a la izquierda y siguiera por un largo pasillo hasta la habitación 1106.

—Es la última habitación, la mejor de toda la planta y la más tranquila —dijo una enfermera en tono animado—. Acabo de ver a su hija. Antes estaba bastante inquieta, pero ahora duerme como un bebé.

—No la despertaré —prometió él—. Solo quiero verla.

Le complació lo lejos que estaba Kate del puesto de enfermería y el que le hubieran dicho que estaba dormida. Si la enfermera acababa de verla, era poco probable que regresara pronto. Poniendo cuidado en que no pareciera que tenía prisa, recorrió el pasillo hasta la 1106. La cabeza le iba a mil.

Quien lo había llamado el día anterior le había dicho que tenía una semana para pagar por un negocio fallido. Su única oportunidad de echar mano a los casi cuatro millones de dólares era el cobro de la póliza. Sabía que la compañía de seguros no cedería hasta que pudieran interrogar a Kate sobre lo que había ocurrido aquella noche.

Si Kate estaba muerta, nunca podrían demostrar que había tenido nada que ver con la explosión. Un buen abogado podría alegar que, cuando llamó a su viejo amigo Gus, como hacía a veces, él le tendió una trampa al pedirle que fuera al museo. Gus era quien tenía los conocimientos técnicos para provocar una detonación y estaba lo bastante resentido como para hacerlo.

El cobrador furioso es lo bastante listo como para saber que, si me persiguen, nunca recibirá el dinero. Si lo convengo de que la compañía de seguros pagará la póliza en un par de meses, esperará pero seguirá subiéndome los intereses, se dijo.

¿Cómo hemos podido Jack y yo tener tan mala suerte como para programar esa tremenda explosión en el complejo y que coincidiese con la presencia de Gus y Kate allí en plena madrugada?

¿Y cómo ese escritorio antiguo al final ha resultado ser una falsificación? Llevaba cuarenta años en el museo. Lograron timar incluso a mi padre con esa pieza, pensó Connor. Y él siempre presumía de saber todo lo necesario sobre muebles antiguos.

Su mente cambiaba de un tema a otro; su respiración era entrecortada y superficial. Saludó con un gesto a un paciente que salía de su habitación y que lo miró fijamente cuando pasó junto a él.

Lo tenía todo muy bien planeado, pensó, asombrado de que todo hubiera salido tan mal. Hace cinco años, cuando le dije a Jack que sería el jefe de fábrica, le confié todo mi plan. Era muy sencillo. Durante cinco o seis años retiraríamos, uno a uno, los muebles valiosos del museo y los sustituiríamos por imitaciones. Lo haríamos hasta que quedasen suficientes piezas auténticas para que los peritos del seguro las encontraran entre los escombros del fuego que provocaríamos.

—De esta forma ganaremos millones vendiendo las antigüedades a compradores privados —había dicho a Jack—. Hay un montón de personas en China y Sudamérica que pagarán grandes sumas en efectivo por los originales y no preguntarán a qué colección pertenecen. En nuestros archivos constará que esos originales están en el museo. Así, en el momento en que se produzca el incendio, la compañía de seguros podrá comprobar la información.

Le prometí a Jack un diez por ciento de cada venta. Y saltó sobre la presa.

Por eso tuvimos que jubilar a Gus. Hubiera identificado una imitación en el museo con los ojos cerrados.

Durante cinco años se dedicaron a retirar los valiosos originales por la noche y los reemplazaron por imitaciones que, para un ojo desentrenado, eran imposibles de distinguir de los muebles auténticos. Para Jack fue fácil manipular la documentación y reflejar el stock del almacén.

Yo me he pulido todo el dinero que gané, pensó Connor. Seguro que Jack tiene gran parte del suyo en algún paraíso fiscal.

Siempre se reunían después de la medianoche. Tras sustituir el mueble de turno, Jack conducía la furgoneta donde transportaban la antigüedad y se la entregaba al intermediario de Connecticut que trabajaba para el vendedor final. Fuimos con cuidado, se dijo Connor cuando ya estaba a punto de llegar al final del pasillo. Hacíamos una venta solo cada tres o cuatro meses.

Ese vagabundo que metió las narices esa noche en el aparcamiento... En las noticias han dicho que admitió haber estado dentro de la furgoneta cuando la universitaria intentó hablar con él. Reconoció haberla golpeado y luego haberla oído gritar pidiendo ayuda. Todos creen que él la mató.

Connor puso la mano en la puerta de la habitación de Kate, que estaba entrecerrada. Recordó el momento en que Jamie Gordon apareció corriendo por el aparcamiento a las tres de la madrugada y los vio sacando una mesa antigua del museo. La chica se sujetaba la barbilla. Estaba sangrando. Gritaba: «¡Socorro! ¡Socorro!». Y nos suplicó que llamáramos a la policía. Yo la agarré por la bufanda y se la retorcí. Me di cuenta de que a Jack le entró el pánico, pero no tenía otra salida. Esa chica estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Ese fue su problema. Se encontraba en mi propiedad. Jack estaba hecho un manojo de nervios, pero le dije que se calmara. Le hice envolver el cadáver y meterlo en la furgoneta. Lo tiró al río de camino a la entrega del mueble.

El inspector dijo que Jack había colaborado. ¿Habría dicho a la poli que yo maté a Jamie Gordon? ¿Cómo lo haría sin mancharse él mismo las manos? Ese poli iba de farol. Jack es demasiado listo. Sabe que no tienen pruebas de lo que hice.

Si Kate muere, nadie sabrá jamás que no soy el verdadero Douglas Connelly.

No podrán probar nada en mi contra. Tracey Sloane fue lo bastante tonta como para escribirme una nota de condolencias después del accidente y preguntarme si me había lesionado la mano. La nota decía que había visto una foto mía en el entierro,

publicada en prensa, y se había fijado en que tenía el puño cerrado, como hacía Connor. Me explicó que en una ocasión, mientras servía su mesa en el Tommy's Bistro, Connor le contó que lo del puño cerrado era un tic nervioso que le había quedado después de lesionarse la mano porque su padre había insistido en que la flexionara para fortalecerla.

Era cuestión de tiempo que se diera cuenta de la verdad o le hablara a alguien de lo de mi mano y esa persona se imaginase lo que realmente había ocurrido. No podía correr ese riesgo. Tenía que deshacerme de ella. Esa noche Tracey creyó que mi afligido hermano Douglas la llevaría a casa. Mi gran error fue aprovechar que estaban ampliando y pavimentando el aparcamiento. Esa noche fue fácil enterrarla con toda la tierra que había. No imaginé que después de todos estos años se formaría un socavón justo en ese lugar, pensó Connor.

Con cuidado para no hacer ruido, entró en la habitación de Kate. Luego cerró la puerta con sigilo. Había un pequeño recibidor. Totalmente en silencio, dio unos pasos y observó el lugar donde se encontraba. La habitación tenía una zona de asientos con un sofá y unas butacas. Se dio cuenta de que había muy poca luz porque las persianas estaban echadas. Kate estaba tumbada en la cama, inmóvil. Tenía una sonda en el brazo derecho, y había una especie de monitor en el otro lado.

Tendría que actuar deprisa. Sabía que, cuando ella dejase de respirar, aparecerían una docena de enfermeras. Ahogarla no funcionaría. La única forma de hacerlo sería que se tomara los potentes somníferos que Connor llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Cuando los monitores reaccionaran, sería demasiado tarde para que la reanimaran. Si moría durmiendo, podrían achacarlo a la lesión cerebral o a un error en la medicación.

Sabrán que yo estaba aquí. Su querido padre. Me aseguraré de despedirme cuando me marche. Les diré que Kate seguía durmiendo y volveré a darles las gracias por cuidarla tan bien.

Seré solo una de las muchas personas que entren hoy en esta habitación. A lo mejor creen que ha sido una de esas enfermeras tipo «ángel de la muerte».

Connor se acercó a la cama. Se metió la mano en el bolsillo y abrió el bote de somníferos. Cuando se dio cuenta de que le costaría tragar las pastillas, las machacó y las puso en un vaso de agua que había en la mesilla de noche. Esperó a que se disolvieran y luego colocó una mano en la nuca de Kate y le levantó la cabeza varios centímetros.

—La hora de la medicina, mi pequeña —susurró.

Ella abrió los ojos y gimió, sabía que iba a hacerle daño.

—Dime una vez más lo que tenías prohibido repetir.

Ella no movió los labios, y él habló con brusquedad:

—Te he dicho que lo digas.

—Tú no eres mi padre —susurró ella en tono desafiante.

—¿Por qué crees que le di un puñetazo a ese espejo aquella noche, pequeña?

Tenía que asegurarme de que iba a tener la mano enyesada durante un tiempo para que, si la flexionaba, hubiera un motivo. Me dolió mucho, pero funcionó y pude volver a tener el tic.

Connor levantó el vaso.

—Ahora bébete esto. No te dolerá. Te matará... Si no te lo bebes, mataré a Hannah. Eso no te gustaría, Kate, ¿verdad?

Aterrorizada, empezó a abrir la boca. Pero mientras él dirigía el vaso hacia sus labios, su expresión cambió. Estaba mirando más allá de Connor.

—¡Lo he oído todo! —gritó Hannah—. ¡Lo he oído todo!

Cuando él volvió la cabeza, se dio cuenta de que la tenía justo detrás. Antes de que él pudiera reaccionar, ella intentó alcanzar el vaso. Aunque sabía que todo había terminado, Connor siguió obligando a Kate a tragar los somníferos, pero ella apretó los labios, volvió la cabeza, y el agua se derramó en su cuello y las sábanas.

Connor dio media vuelta para atacar a Hannah y le rodeó el cuello con las manos, pero Kate se incorporó como pudo y presionó el botón de emergencias, oculto bajo un pliegue de las mantas.

Cuando la enfermera respondió por el intercomunicador, Kate consiguió pronunciar unas palabras. Aunque resultara espeluznante, eran casi las mismas que pronunció Jamie Gordon antes de morir.

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

Quince segundos después, un enfermero fornido entró corriendo y encontró a Hannah, ya muy débil, luchando por conseguir zafarse de las manos estranguladoras de Connor.

Al instante apartó a Connor de la chica y lo tiró al suelo. Mientras Connor seguía resistiéndose con violencia, llegaron más enfermeros a la habitación. Hicieron falta tres para reducirlo.

Una de las enfermeras atendió a Hannah, que intentaba levantarse a toda costa.

—¿Kate está bien? —Preguntó entre sollozos—. ¿Le ha hecho daño?

—No. Está bien. Preocúpese por usted —dijo la enfermera mientras la ayudaba a levantarse.

Kate estiró los brazos, y Hannah se dejó caer en la cama, junto a su hermana.

Epílogo

Un año después

Connor Connelly había decidido no ir a juicio. Sabía muy bien que había numerosas pruebas contra él. Confesó los asesinatos de Tracey Sloane y Jamie Gordon, el homicidio involuntario de Gus Schmidt, el intento de asesinato de su sobrina Kate Connelly y el ataque a su sobrina Hannah Connelly, además del fraude a la compañía de seguros.

Reconoció que, tras el accidente del barco, cuando todavía estaba en *shock*, oyó que una enfermera lo llamaba Douglas. Entonces se dio cuenta de que había cogido por error la cartera de su hermano. Y vio en ello su gran oportunidad.

Al volver a casa fue bastante fácil colarse en la vida de Doug. Al principio fingió tener lagunas de memoria y olvidar nombres y detalles, y eso le sirvió de excusa.

Hannah no era más que un bebé. Kate fue el problema. Ella era la única que presentía que él no era su verdadero padre. Cuando se dio cuenta de que no podía dejar de cerrar el puño, se rompió la mano deliberadamente mientras ella lo miraba. Kate había reprimido ese recuerdo hasta que resultó herida en la explosión.

A pesar de lo angustiadas y airadas que se sentían, Kate y Hannah se consolaron al saber que las confesiones de Connor Connelly lo mantendrían entre rejas hasta la muerte.

Cuando la última sesión del interrogatorio de Jack Worth terminó de forma abrupta, después de que el inspector Matt Stevens prácticamente lo acusara del asesinato de Jamie Gordon, Jack entendió que era solo cuestión de tiempo que fueran a buscarlo a casa para detenerlo.

Se marchó de la oficina del fiscal, buscó su pasaporte en casa, hizo la maleta y reservó un vuelo a las siete de la tarde para partir del aeropuerto Kennedy a las islas Caimán, donde tenía una cuenta bancaria. Estaba el primero de la cola cuando la azafata del mostrador de la puerta trece anunció que los pasajeros de primera clase podían subir al avión.

En ese momento sintió la mano del inspector Matt Stevens agarrándolo del brazo.
—No tan deprisa, Jack. Te vienes con nosotros.

Connor «Douglas» Connelly se sintió feliz de arrastrar a Jack Worth con él. Mientras gritaba y decía entre sollozos que su padre jamás lo había tratado bien, reconoció todos sus crímenes y la complicidad de Jack en algunos de ellos.

Jack cumpliría una sentencia de veinticinco años de cárcel.

Harry Simon se confesó culpable del asesinato de Betsy Trainer. A regañadientes, el fiscal del distrito accedió a una condena de veinte años de prisión, en lugar de veinticinco, que habría sido lo habitual. Noah Green logró que el fiscal reconociera que la información de Simon sobre el hecho de que Tracey Sloane había subido a una furgoneta de transporte de muebles había resultado de gran ayuda.

Para los inspectores era evidente que, aunque Clyde Hotchkiss hubiera intentado ayudar a Jamie Gordon, habría llegado demasiado tarde para evitar que Connor la matara, y él también habría muerto.

Hicieron una declaración ante los medios para exculpar a Clyde Hotchkiss, veterano de la guerra de Vietnam, de haber participado en el asesinato de Jamie.

Una agradecida Peggy Hotchkiss telefoneó a Frank para darle las gracias y añadió:

—Ahora Clyde sí que puede descansar en paz, y yo puedo seguir con mi vida.

Lottie Schmidt les había proporcionado la última pieza del rompecabezas. Rabioso y amargado al saber que lo obligaban a jubilarse, Gus decidió vengarse. Con su habilidad para la ebanistería fabricó una réplica exacta de un pequeño escritorio que estaba en la sala Fontainebleau del museo. Reemplazó la pieza y vendió el original en el mercado negro. Con los tres millones que le pagaron en efectivo, compró la casa a Gretchen y la anualidad para que mantuviera la propiedad durante el resto de su vida.

Ese era el escritorio que Connor había vendido al intermediario que luego amenazó con matarlo. Nunca se imaginó que era una imitación creada por Gus Schmidt.

Kate y Hannah no presentaron cargos contra Lottie por su complicidad en el robo del escritorio. Sabían lo mucho que ella había sufrido y decidieron que Gretchen conservara la casa.

En ese momento Kate volvía a lucir una melena hasta los hombros y, salvo por una pequeña cicatriz en la frente, no quedaba ni rastro de la lesión que casi acaba con ella. Con nostalgia comentó a Hannah:

—No puedo creer que ya haya pasado un año. Como dije a la policía, no entendía por qué Gus estaba tan nervioso aquella noche. Yo había estado en el museo y sospechaba que el escritorio, que tantas veces había visto, parecía algo distinto. Por eso le pedí a Gus que nos reuniéramos en secreto, a esa hora. Se me ocurrió que quizá Jack Worth estaba robándonos y sabía que Gus podría decirme si había dado el cambiaso al escritorio. Ahora hemos sabido que fue Gus quien lo hizo.

Estaban sentadas en la cocina del piso de Kate. Sobre la mesa se encontraban los documentos que ambas habían firmado, relativos a la venta del complejo de los Connelly.

Los demás se reunirían con ellas para cenar. Mark y Jessica, que se habían hecho inseparables. La madre de Mark, que estaba de visita y que presionaba a su hijo repitiéndole con cariño lo mucho que le gustaría tener un nieto. Y Justin. La línea de diseño de Hannah había sido un éxito, y ella y Justin planeaban casarse en primavera.

En la cocina, sobre el alféizar de la ventana, la bromelia que había unido a Justin y Hannah estaba en flor.



MARY HIGGINS CLARK. Nació el 24 de diciembre de 1931 en Nueva York, donde también creció, aunque tiene ascendencia irlandesa. Huérfana de padre a los diez años, Mary y sus dos hermanos crecieron junto a su madre. Tras unos años trabajando de secretaria, sus ganas de viajar y conocer mundo la llevaron a trabajar de azafata para la Pan American Airlines, empleo gracias al cual conoció Europa, África y Asia. Un año después, se casó con un amigo de toda la vida, Warren Clark. Una vez casada, Mary comenzó a escribir historias cortas, consiguiendo vender la primera tras seis años de intentarlo. En 1964 enviudó tras un ataque al corazón que acabó con la vida de su marido. Mary tenía cinco hijos que mantener, y para superar la pérdida de su marido se refugió en la escritura.

Su primer libro fue una biografía sobre la vida de George Washington. Su siguiente novela, ya enmarcada en el género de suspense, se tituló *¿Dónde están los niños?*, y se convirtió en un bestseller que iniciaría la exitosa carrera de la autora.

En 1996 se casó de nuevo con John J. Conheeney, con quien actualmente vive en Nueva Jersey.

Presume que su sangre irlandesa es esencial a la hora de escribir «Los irlandeses son narradores de historias por naturaleza». Sus mayores influencias son de los libros de misterio de Nancy Drew, Sherlock Holmes y Agatha Christie. En sus novelas se entremezcla el misterio y la intriga con un punto de romanticismo.